

Isabel Bueno Bravo

La guerra en el imperio azteca

Expansión, ideología y arte



de

En busca de la tierra prometida, el pueblo mexica, después de doscientos años de migración, llegó a orillas del lago Texcoco. En aquel extraordinario lugar, donde florecía la superpoblada ciudad de Tenochtitlán, los mexicas se asentaron. En tan sólo dos siglos, entre 1320 y 1521, después de largas luchas, intrigas y alianzas, los mexicas fueron capaces de superar su condición de extranjeros y dominar la mayor extensión del área mesoamericana, fundado lo que hoy conocemos como el imperio azteca. Bajo su dominio, Tenochtitlán, su capital, alcanzó la cifra de 300.000 habitantes y deslumbró a los primeros conquistadores, pues las ciudades europeas no reunían entonces más de 100.000 habitantes.

¿Cómo el pequeño grupo mexica se convirtió en la cabeza del imperio azteca? ¿Qué estrategias utilizaron? Este estudio desarrolla la tesis de que los aztecas fundaron unas estructuras de poder propias de un gran imperio con argumentos y recursos similares a los utilizados por los pueblos mediterráneos. Analiza los mecanismos de la expansión política, militar, económica y cultural, el auge y la caída del imperio azteca y realiza una brillante y documentada reflexión sobre la ideología, el arte y el imperialismo.



Isabel Bueno Bravo

La guerra en el imperio azteca

Expansión, ideología y arte

ePub r1.0

Titivillus 03.11.2018

Título original: *La guerra en el imperio azteca: Expansión, ideología y arte*
Isabel Bueno Bravo, 2007

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0



SUMARIO

Prólogo: De los mexica a los mapuche

Consideraciones previas

1. ANTECEDENTES DEL IMPERIALISMO MEXICA.

El postclásico mesoamericano: la Edad de Oro • Tula y la serpiente emplumada • El valle de Oaxaca y el señor 8 Venado • Los purepecha y la necropompa • Los mayas y la influencia mexicana • Azcapotzalco y los aztecas • Los mexica como tributarios tepanecas • Los Orígenes del pueblo mexica: de Aztlán a Tenochtitlan • La fundación de los dos México • La guerra que cambió el universo azteca.

2. MÉXICO-TENOCHTITLAN: LA NUEVA POTENCIA

El nuevo orden y la triple alianza • Cumbre “postazcapotzalco” • Administración del nuevo orden • Zona cercana: “despensa” • Zona lejana: “suntuaria” • Caminando hacia el imperio • Los reinados militares • La mujer serpiente • Enfrentamientos entre Tlatelolco y Tenochtitlan • La fuerza política del faccionalismo • Recapitulación Moctezuma Xocoyotzin y Cortés: el desenlace.

El ejército

Guarniciones • Las guerras floridas • La guerra naval • Escuelas militares • El calmecac • El telpochcalli • Otras escuelas.

¿A quién beneficia la guerra y cuál es su justificación

El componente ideológico en el expansionismo imperial

Reflexiones y recapitulación

3. EL ARTE DE LA GUERRA

Cambio político y evolución iconográfica • El cautivo • El gobernante: máxima encarnación del guerrero • El escenario • El eterno debate • Espacio y tiempo • El tiempo • El *axis mundi* • El sacrificio • Piedras sacrificiales • Otras obras.

La función de los códices en la burocracia imperial

Recapitulación: Arte y propaganda política

Conclusiones

Bibliografía

GLOSARIO NÁHUATL

ÍNDICE DE FIGURAS

Sobre el autor

Notas

A mi padre, *in memoriam*.

Prólogo

De los mexica a los mapuches

Es para mí un placer prologar esta obra que viene a llenar un importante vacío investigador en el campo prehispánico. No sólo la autora sortea con éxito las dificultades que las intrincadas fuentes plantean, sino que por su doble formación, como antropóloga e historiadora del arte, es capaz de ofrecer un panorama unificado donde sólo teníamos pinceladas sueltas.

Con una prosa rigurosa pero amena, la autora nos conduce por parajes poco estudiados de la mano de la guerra mesoamericana. Ésta se convierte en el pretexto perfecto para, desde una perspectiva antropológica, mostrarnos las implicaciones que la guerra tuvo en el desarrollo de los grandes centros prehispánicos. Sociedades apenas esbozadas en cuanto nos salimos del ámbito religioso y ritual, pero que en sus planteamientos poco difieren de las cortes europeas.

En esta entrega pormenoriza el componente bélico, total y legitimador, de la cultura mexica, más conocida como azteca, que devino eje seminal de una sociedad centrada en un expansionismo militar e imperialista y paradigma de un estado excedentario, tan similar y tan distinto de los europeos coetáneos, no el único en el ámbito mesoamericano, pero sí culminación de todos los demás, Teotihuacan o Tula, y que fue desarrollando un poder material basado en la violencia y el acoso a los vecinos. Todo ello permitiendo a la autora cuestionarse cuál era la causa y cuál el efecto o detallar la vinculación entre guerra, tributos y privilegios.

Para alcanzar la meta que se propuso relata bandos, camarillas de poder, confabulaciones o estrategias diplomáticas y matrimoniales.

Y, ahorrándose el eurocentrismo de muchos estudiosos que les ha impedido captar una sociedad tan extraordinaria, ha sido capaz de valorar la trascendencia de los sacrificios humanos, su largo y azaroso periplo y el rol de su pasado, lleno de pugnas internas tan enmarañadas —tergiversadas por

los vencedores— como tan mal conocidas, a pesar de lo cual la autora parece competente para desentrañarlas.

Mas allá cuestiona el supuesto cariz democrático de Tenochtitlan, refiere las muy complejas intrigas palaciegas en las diversas cortes del ámbito y el triunfo de los mexica, la extraña exclusión de Tlatelolco y el orto del imperio de la Triple Alianza, pero sin liquidar el faccionalismo, reforzando el integrante bélico y con varios casos de autoaniquilamiento, lo que ha intentado explicarse de muchas maneras, sin olvidar paralelismos con otros colapsos imperiales.

Isabel intenta encontrar explicación para las variantes de la adaptación de la Triple Alianza a las circunstancias estratégicas que le iban sobreviniendo en su expansión a través de dos organismos uno administrativo y otro tributario, éste muy complejo y acertadamente registrado, si bien desde el principio la expansión de los mesoamericanos parece más vinculada a criterios comerciales —actividad, junto con la diplomacia, que detalla— que a militares. De suerte que economía, prosperidad y ejército se entretajan, con predominio del último y para ello fueron esenciales dos academias militares y otras donde se aprendía baile, canto y a tañer instrumentos musicales, tan necesarios para la grandiosa puesta en escena con que el estado premiaba a los guerreros invictos.

La autora estudia las variantes marciales de las guerras floridas —aquí los mexica fueron herederos de una larga tradición— las batallas navales, la táctica, o la insuperable diplomacia tan eficaz para la estrategia imperial, pendiente de los menores síntomas de grietas en la intrincada y frágil red de alianzas cada vez más extendida y, por lo tanto, difícil de sujetar por el poder central; problemática y embrollada, por cuestiones hereditarias, en unas cortes provinciales donde las secuelas de la poligamia no favorecían, sino todo lo contrario, la sucesión, o, a otro nivel, el rol de los aliados nativos en la conquista castellana.

También pormenoriza la fragua de una concreta ideología autoritaria que se imponía, cómo no, ya en la escuela y que manipulaba una religión al servicio del estado. Un estado que no se tambaleaba al llegar los europeos, si bien éstos no supusieron una alianza más, como pensaban los opositores, si no un cambio total y drástico del que saldrían perjudicados todos los nativos, enemigos o aliados de Cortés.

Notable aportación de este novedoso trabajo es recurrir a las obras de creación, vistas no sólo como manifestación del prestigio del poder o una de las estrategias de la oligarquía para diferenciarse. Interroga estelas o murales, esculturas o códices —sin olvidar diferencias estéticas abismales con la cultura occidental— para recuperar el pasado y captar, en toda su complejidad, rangos, ideología, estructuras de dominio, diplomacia, usos y costumbres, laborales o estéticos, y lances puntuales palaciegos o marciales.

Isabel Bueno ha conseguido una concorde y cabal composición sobre una de las contadas, pero espectaculares sociedades excedentarias americanas, caracterizada por la trascendencia de sus rasgos castrenses, mientras en el otro extremo, en ambos sentidos de la palabra, el Tawantisuyu parecería destacar por concordia, distribución asaz equitativa de los recursos o persuasión.

Y se me antoja machacar con una de mis neurias, que tengo por certeza: en América y 1492, la textura económica y social era antagónica de la del Viejo Mundo. Cerca de un 85% del ámbito cobijaba casi la mitad de la población en las que llamo naciones autosuficientes o armónicas, que eran libertarias —con harta frecuencia tachadas por los agresores de pueblos “Sin dios, rey, ni ley”—; gozaban de una cultura hedonista y ociosa (alcanzar el máximo placer posible mediante los sentidos era el eje generatriz de sus vidas), pero, a la vez, su frugalidad material implicaba que necesitaran bien poco y desdeñaran lo superfluo; nómadas en potencia, por conveniencia o gusto, podían desplazarse más o meno lejos sin mayor dificultad; por ética —basada en solidaridad, reciprocidad y cooperación— eran hospitalarios y generosos (basta recordar por qué en USA se conmemora el “Thanksgiving”).

El resto, algo así como el 15%, albergaba la otra mitad de la gente, en estados, parejos a los europeos, sociedades de clase que implicaban explotación y represión, poder y religión; pero, a muchos niveles, agricultura, astronomía, técnica o matemáticas, mucho más sofisticadas que éstos.

Miquel Izard

Universitat de Barcelona

Consideraciones previas

Antes de abordar directamente el análisis de la guerra mesoamericana en época mexicana, sería interesante conocer, someramente, las distintas posiciones que mantiene la Historiografía frente a algunos conceptos que juegan un papel importante al debatir sobre la guerra, así como intentar vislumbrar cuáles son las causas más comunes que las motivan.

Las ideologías que sustentan los regímenes políticos de la antigüedad han sido estudiadas por diversos autores en los múltiples aspectos que las forman, centrándose básicamente en Europa, Asia y América del Norte, dejando de lado en su análisis los regímenes políticos de América Central y del Sur. No es una labor fácil definir lo que es ideología y aislarla de lo que es doctrina y tampoco resulta sencillo situarla en un contexto histórico ya concluido e intentar analizarla y confrontarla con los arquetipos científicos que constituyen una metodología.

Los distintos analistas de las ideas políticas, a través de la Historia, se han afanado en presentarnos un recorrido diacrónico a lo largo de los tiempos para ‘explicar’ las doctrinas e ideas políticas que han movido a los hombres desde la antigüedad ya que, apoyados en ellas, han levantado grandes Estados e Imperios. Así, por ejemplo vemos que Grecia queda enteramente condicionada por la existencia de la Ciudad; ésta es un don de los dioses y ella sola se basta para distinguir a los griegos civilizados de los bárbaros incultos que viven en tribus. También encontramos la misma diferenciación en Mesoamérica en el binomio chichimeca/tolteca.

Teóricos como Platón intentaron demostrar que “La ciudad ideal” no necesitaba de guerras de conquista, mientras que en la práctica los políticos se preocupaban por reducir las alianzas a su puro objetivo y contenido militar. Más tarde, los Helenos presentaron su Monarquía, en la que el rey gobernaba porque es un ser excepcional elegido por los dioses, absorbiendo y

representando en cierta manera a la Ciudad y creando un cuerpo de oficiales y funcionarios que ejecutaban sus órdenes.

La historia escrita de Roma es posterior a sus orígenes; por ello responde a los deseos interesados de sus artífices, igual que pasará con los aztecas y otros pueblos cuyas estructuras de poder se centralizan. El paso decisivo y diferenciador de Roma fue integrar a la plebe en la ciudad, caminando así hacia el concepto de Ciudad Universal. El Cristianismo, a su vez, por medio de los Evangelios, propugnó el sometimiento de las almas a la autoridad superior, porque está instituida por Dios.

En el Feudalismo se establecieron unas relaciones de subordinación entre siervos y señores, generalmente guerreros que, a cambio de prestaciones establecidas, ofrecían protección. El ocaso de la Edad Media se vio azotado por diversos Concilios que marcaron las pautas políticas y nos conducen hacia los siglos XV y XVI en los que asistimos a una renovación de las ideas con grandes pensadores como Maquiavelo, Moro, Lutero o Calvino.

En el siglo XVIII Hegel apuntó la definición del Estado moderno y afirmó que la unicidad de cada pueblo excluye a los restantes, originando guerras que dan a los pueblos su razón de ser. Sin embargo, éstas, aunque necesarias, llevan a los pueblos hacia su decadencia al construir imperios en los que la idea de unidad se difumina en la dispersión interna, perdiendo el Estado todo sentido, ya que su papel principal es conciliar los intereses universales con los particulares.

Karl Marx, modificando los esquemas de Hegel, observó que la ideología no era una experiencia vital independiente de la realidad, sino que nacía como fruto del deseo del hombre de satisfacer sus necesidades. Éstas se hacían cada vez más complejas cuanto más elaborado era el modelo de Estado. Vilfredo Pareto rechazó el planteamiento marxista de clases sociales, distinguiendo entre élite y masa; la primera es una pequeña minoría que marca el pulso a la sociedad que, presionada por parte de la masa, permite el acceso al poder de ciertos miembros de la misma, para evitar posibles revoluciones. Gaetano Mosca ensalzó el valor de las élites por ser los únicos grupos con capacidad de organización y de gobernar a la comunidad.

Sobre la definición de imperialismo encontramos tantas como historiadores se han ocupado del tema, aunque su orientación teórica no ha sido la única razón para tal variedad, sino que el paso del tiempo también ha

afectado la visión del imperialismo, al entrar en juego aspectos políticos diferentes o inexistentes según la sociedad a la que se aplique.

En estas disquisiciones intervienen palabras, como Estado, que tienen ecos preindustriales, pero en sociedades antiguas el imperialismo “*was not the direct or indirect domination of colonial or dependent territories by modern industrial state, but rather the personal sovereignty of a powerful ruler over numerous territories*” (Mommson 1980: 3).

Y tratándose de imperialismo no podemos soslayar a William Ewart Gladstone, que acusó Benjamin Disraeli de ejercer una política de agresión externa, utilizando el término imperialismo en el sentido moderno que hoy todos lo utilizamos.

En la escuela alemana, representada por Otto Hintze y Heinrich Friedjung, el imperialismo llevaba añadidos componentes de prestigio y de nacionalismo que, años más tarde, sirvieron de base ideológica para fundamentar la Segunda Guerra Mundial.

En los años 30 se añadieron al término aspectos de carácter emocional que reforzaron el moderno nacionalismo, apareciendo tintes racistas, especialmente en Inglaterra y Alemania; donde se recogió el testigo del darwinismo social, que propugnaba la supremacía de la raza blanca y la legitimación de ésta para gobernar.

En general, las teorías económicas clásicas, marxistas o capitalistas liberales, dedican su atención al tema del imperialismo, resaltando aspectos distintos según convenga a su inclinación historiográfica. Necesitamos definiciones que enmarquen los aspectos que se estudian, aunque no es fácil evitar que sean sectarias ni que el investigador pueda borrarse a sí mismo como propugnaba H. Holborn.

Aparte del enfoque del investigador y del factor tiempo también parece afectar a las definiciones el lenguaje en sí, porque no tiene el mismo valor, por ejemplo, hablar de soberanía o de capitalismo en un siglo que en otro. Aunque, ambos términos podríamos emplearlos para definir distintos momentos históricos de imperialismo, no valdrían para una definición general.

Lo que sí se puede afirmar es que el imperialismo supone la explotación, bien sea económica, territorial o ambas, de un Estado sobre otro pueblo. Si la dominación que se ejerce no es territorial, hablamos de un imperialismo hegemónico; pero hablemos de uno u otro, el objetivo perseguido no cambia.

Ambos pretenden obtener el máximo rendimiento de los pueblos dominados. Donde sí encontramos diferencias es en la estructura del poder; es decir, en la forma de gestionar los costes y los beneficios que la organización proporciona.

En cuanto a los tipos de guerras la Historia presenta una gran variedad: coloniales, defensivas, de represalia, de religión etc.; Pero, analizadas con detenimiento, en mayor o menor medida, podemos reducirlas a cuestiones crematísticas; ya que pretenden aliviar situaciones internas de crisis, mediante la obtención de botines que enriquezcan al Estado y a particulares, para solventar conflictos de base económica: la captura de esclavos que alivien la escasez de la mano de obra; la ampliación de nuevos territorios donde colocar a veteranos y colonos... Todos estos aspectos alentaban periódicamente la dominación a través de la guerra.

Al principio, cuando el Estado aún no está muy definido, busca el beneficio económico, bien individual o colectivo, a través de la rapiña o del saqueo. Una vez que la dominación da sus frutos, crece económicamente y las estructuras de poder se consolidan. El deseo de obtener los bienes ajenos se reviste de legalidad, a través de impuestos o de pactos que estipulen las condiciones establecidas y las sucesivas victorias llevan a la expansión del propio territorio, al crecimiento de la economía, etc., desembocando en una estructura que denominamos imperio.

Tucídides, en el siglo V a. C., no parece estar de acuerdo en que el objetivo de una guerra fuera económico, sino que aduce que el motivo habitual para declararla era el miedo a ser sojuzgados por otros pueblos. Por su parte, Karl Marx justifica la guerra como una forma “natural” de comportamiento, mediante el cual se crece económicamente y se transforma la estructura social. Perry Anderson, de acuerdo con Marx, estima que el poder militar contribuía al crecimiento económico más que cualquier otro modo de producción; y Moses I. Finley aúna todos estos motivos, afirmando que la guerra se puede generar por satisfacciones psicológicas como la venganza o la gloria, y por temor a ser sometido, expoliado o aniquilado; como sostenía Tucídides, y afirma que este miedo estaba lejos de ser imaginario en el mundo antiguo.

Por lo tanto, la guerra podría tener el calificativo de comportamiento natural, como exponía Marx, o una manera natural de apropiación, como justificaba Aristóteles; pero, finalmente, antes y ahora, el éxito militar en lo que desemboca es en unos beneficios económicos, a los que no están

dispuestos a renunciar quienes se apropian de ellos, especialmente los grupos sociales que tenían el poder. Aspectos que veremos en el contexto mesoamericano y, muy especialmente, cuando entren en juego los actores europeos.

Además de ser un “modo natural” de comportamiento entre los pueblos para crecer económicamente, Marx añade otro interesante factor: la guerra constituye el esfuerzo conjunto que realiza una comunidad para proteger o perpetuar su propia existencia. Jacob Burckhardt, recogiendo esta idea, incorpora el elemento de la ideología en el que se envuelven las guerras y, a través de la cual, se estimulan los más hondos sentimientos de la población, como es manifiesto en la sociedad azteca.

Múltiples son las causas a las que se aluden para justificar un acto militar, aunque un elevadísimo porcentaje de ellas entran en lo puramente económico: expansión por falta de tierras, descontento general de la sociedad por no tener medios suficientes para subsistir, excesivas cargas fiscales, mano de obra más barata, etc. Sin embargo, el Estado necesita acudir a la ideología para legitimar los actos bárbaros; y así, nos encontramos con las religiones que bendicen y apoyan su expansión.

No todos los pueblos pretenden los mismos objetivos a través de la guerra y, por lo tanto, las estrategias tampoco serán las mismas para alcanzarlos. Esto nos lleva a distinguir entre dos tipos de imperios, porque no es igual apropiarse de un espacio para dominarlo territorial y administrativamente, que pretender extraer un máximo beneficio económico, pero permitiendo cierto grado de autonomía política.

El primer objetivo deriva en un imperio territorial y el segundo en un imperio hegemónico. Aunque, desde nuestra perspectiva, la adaptabilidad de las estructuras a las nuevas situaciones que acarrea toda expansión, ofrece la posibilidad de combinar ambos, como veremos en el modelo azteca.

El tratamiento teórico de la guerra desde el siglo XIX ha estado impregnado de las ideas postnapoleónicas y clausewitzianas, que primaban el uso activo de la fuerza militar en detrimento de una diplomacia coercitiva o una fuerza ideológica. Por eso, al analizar las estructuras de poder de un Estado y calificarle o no de imperio debía cumplir una serie de puntos (conquista del territorio, sometimiento del enemigo y de sus aliados, aniquilación de sus fuerzas militares, etc.), que el estadista Carlos von Clausewitz sistematizó en sus tratados del siglo XIX.

El Estado imperialista debía, toda vez que la expansión territorial estaba conseguida, implantar una política en la que mantuviera el control interno de las áreas conquistadas; modificando su administración y el control de las fronteras, a través de la presencia permanente del ejército. Desde ese punto de vista cualquier Estado que se expandiera siguiendo otras pautas, no alcanzaba el grado de imperio.

No tener en cuenta, al menos, estos dos modelos imperiales, reduce la capacidad de explicar muchos de los desarrollos político-económicos de la antigüedad. Hay que ampliar los criterios y analizar cuáles son los objetivos que se marcan los Estados y cuál es la estrategia que consideran más adecuada, atendiendo a su medio geográfico y cultural; porque la situación económica, política e, incluso, geográfica, marca extraordinariamente la manera de actuar^[1].

El presente estudio plasma estos conceptos en el panorama mesoamericano del período Postclásico (900-1521 d. C.), con sus protagonistas más relevantes; para ello analizaremos la guerra; pero no desde una óptica puramente militar, sino desde un punto de vista social; pues desde esta perspectiva muestra múltiples aspectos que en su conjunto describen a la sociedad, política, económica, artística e ideológicamente.

Mencionamos carrera militar y por lo tanto se impone hablar del ejército: si fue profesional o no, y qué relación estableció con la sociedad. Estos y otros aspectos se irán desgranando a lo largo de la argumentación: cuáles fueron los mecanismos que hicieron posible el cambio político del *calpulli* a los *tlatoque* (gobernantes) independientes en la sociedad mexicana; qué papel jugó en esta evolución la fortuna personal del *tlatoani* y cómo se obtuvo; qué facciones se beneficiaron de este cambio y por qué lo apoyaron; cuáles fueron las ideologías y los mecanismos que articularon para justificarlo. Tal vez ¿pan y circo para las masas?

¿Por qué la época mexicana?^[2] Sin duda, es un momento histórico que ejemplifica vivamente los cambios políticos más importantes que asumieron las sociedades mesoamericanas, al evolucionar de pequeñas aldeas a estados fuertes; capaces de sojuzgar un vasto territorio, apoyándonos en el estudio de comunidades anteriores y contemporáneas a los mexicanos, con el fin de ofrecer un panorama más integrador y comprender cómo México-Tenochtitlan logró evolucionar desde su posición de pequeño núcleo sometido a Azcapotzalco a principal potencia del Valle de México y líder indiscutible de la Triple Alianza.

Todo ello con la pretensión de que las estructuras de poder mesoamericanas y el uso que de ellas hicieron sus gobernantes, sean tan conocidas como las de los pueblos mediterráneos; de tal forma que, al final del trabajo, podamos concluir que en ambas partes del mundo consiguieron crear grandes imperios, esgrimiendo argumentos táctico-ideológicos similares.

ANTECEDENTES DEL IMPERIALISMO MEXICA

El postclásico mesoamericano: la Edad de Oro

Uno de los muchos problemas que planteaba el análisis de la política mesoamericana, y más concretamente de la Cuenca de México, era que la única presencia que parecía haber existido era la azteca. No había un antes y sí un después marcado por la conquista española. Las fuentes tampoco parecían ayudar mucho en este sentido pero si afirmamos que los aztecas fueron herederos de la tradición mesoamericana, entonces se impone conocer quiénes eran sus vecinos, sus aliados y sus enemigos, comprobando que no siempre fueron los poderosos guerreros que la Historia presenta.

En el desarrollo de Mesoamérica observamos una continua sucesión de centros que dominan políticamente a otros durante algún tiempo, hasta que el siguiente ocupa el lugar del anterior y así sucesivamente. Un centro crecía al atraer bajo su dirección a diferentes comunidades, de las que obtenía productos de primera necesidad y objetos de lujo, con los que se enriquecía y sus élites se distinguían. En esta estructura dos instrumentos políticos eran claves: las relaciones diplomáticas y las alianzas, que combinadas daban y quitaban el poder.

El período Clásico (150-750/900 d. C.) había sido considerado una época pacífica en la que los grandes centros sólo se interesaban en servir a sus dioses, en contraposición al período Postclásico (900-1521 d. C.) que inauguraba una época de agitación política; dirigida por una nueva clase dominante que ensalzaba la vida militar y apoyaba las órdenes guerreras de connotaciones totémicas. Estos cambios se reflejaron en nuevos estilos artísticos más laicos al servicio de las poderosas élites, para glorificar sus hazañas y perpetuar su existencia. Sin embargo, con el devenir de las investigaciones estas concepciones se han quedado anticuadas. Ahora disponemos de nuevos datos, proporcionados por la arqueología y por nuevas interpretaciones de las fuentes, que muestran que el mundo idílico del Clásico no existió. Fue un período agitado en el que las luchas por la hegemonía política, las intrigas y las facciones que las generaban estaban a la orden del día; demostrando que este ambiente de enfrentamientos fue constante en la evolución política de Mesoamérica; y no una excepción cuando los españoles

arribaron. Pero no adelantemos acontecimientos y veamos qué nos deparan al respecto los fascinantes pueblos que florecieron en el Postclásico.

Tula y la Serpiente Emplumada

Tras la caída de Teotihuacan, la poderosa urbe del clásico, el Valle de México quedó bajo la soberanía de Tula (900-1250) que alcanzó su máximo apogeo entre el 950-1150. Durante el desarrollo político de la ciudad se produjo una fractura que culminó con la expulsión de la facción conservadora y que marcó un cambio en la concepción política. Esta disputa entre Ce Acatl, representante de los valores mesoamericanos más tradicionales, y Huemac que defendía valores más castrenses, marcó drásticamente el devenir político de sus gentes, hasta tal punto que lo perpetuaron en una leyenda^[3] y, a largo plazo sentenció el destino de Mesoamérica a manos de Hernán Cortés, según algunas fuentes^[4].

Sobre los hechos acontecidos en Tula se plantean muchos interrogantes. Porque la arqueología da testimonio del hecho ‘histórico’: hay evidencias de que hacia el 900 parte de la población abandonó Tula Chico, y coincidiendo con la fecha del enfrentamiento aparecen influencias claramente toltecas en Chichén Itzá; además el arte se militariza, otorgando a los guerreros el lugar que antes disfrutaban los sacerdotes. Pero la arqueología también nos dice que hay que tener cuidado con las afirmaciones que se hacen sobre la sociedad tolteca.

Muchos autores se encargan de ‘demostrarnos’ que dicha sociedad se caracterizaba por ser pluriétnica^[5], por ello es lógico pensar que la organización de sus estructuras políticas se vería afectada por ese hecho e intentaría acomodar las aspiraciones de las corporaciones poderosas que no pertenecían al grupo gobernante. Uno de estos grupos fueron los nonoalcas que contribuyeron al enriquecimiento de la ciudad a través de su actividad comercial, relacionada con la industria de la obsidiana, aunque el hecho de que el idioma ‘oficial’ fuera el nahuatl indica cuál era el grupo dominante^[6].

También sabemos que Tula fue una ciudad que aumentó el número de su población a buen ritmo, lo que obligó a hacer un uso racional de su espacio urbano. El plano de la ciudad presentaba una disposición en cuadrícula, en la que se plasmaba la jerarquía social espacialmente; y que su centro ceremonial

estuvo decorado con magníficas obras en las que se ponía de manifiesto la importancia del mundo militar. Éste debió tener una gran presencia en la sociedad, fomentando una ideología vinculada a él que se materializó en las abundantes representaciones de guerreros, en toda suerte de formatos y tamaños; en el *tzompantli* y en los *chacmooles* que ponen de manifiesto la práctica del sacrificio humano^[7].

El examen de estas piezas artísticas proporciona información valiosa sobre aspectos militares tales como el armamento disponible en la sociedad tolteca donde *atlats*, dardos, cuchillos, macanas cortas, armaduras completas y parciales, cascos y escudos están presentes. El escudo redondo fue introducido por los olmeca-xicalanca y al ser más pequeño y con correa proporcionó una libertad mayor que junto a la macana corta, característicamente tolteca; dio superioridad al ejército en las confrontaciones directas, pues cada individuo podía simultanear el *atlatl* desde cierta distancia, y la macana, sujeta al brazo junto con el escudo, en el combate personal^[8].

Estos cambios técnicos se reflejan en la táctica y terminan afectando a múltiples aspectos sociales. El grueso del ejército, ataviado como hemos descrito, formaría la primera línea de infantería, que daría paso a soldados más especializados y diestros en la lucha personal, tal vez los que componían las órdenes militares. Es posible que socialmente estuvieran organizados en función del parentesco y del grupo corporativo, y que estas relaciones verticales sirvieran para el reclutamiento del ejército y como eficaz mecanismo para evitar la desertión^[9].

Aunque Tula tuvo un desarrollo esplendoroso, basado en la reutilización, ampliación y liderazgo de la antigua red comercial, en la vocación mercantil de la propia ciudad, en la organización meritocrática, que alentaba la ascensión social a través del logro personal, proporcionando mano de obra abundante y motivada para el ejército, así como en las innovaciones tecnológicas introducidas en el armamento, que posibilitaron una nueva táctica más efectiva; sin embargo, no pudo escapar al violento final al que parecen abocadas las ciudades mesoamericanas y hacia el 1179 el brillo de Tula se apagó.

Un cúmulo de circunstancias contribuyó a minar su poder, entre ellas los cambios ecológicos que presionaron a grupos del norte hacia tierras más productivas^[10]. Equipados con arcos y flechas atacaban a distancia al ejército tolteca, que protegía las ricas caravanas comerciales y se retiraban indemnes,

aunque fueran numéricamente inferiores, desestabilizando el sistema social y económico de Tula^[11].

Lo expuesto hasta aquí, sobre el imperio tolteca y su famosa ciudad, es la postura generalmente admitida. Sin embargo, también podríamos presentar otra hipótesis, a nuestro juicio más esclarecedora. Está claro que existió un imperio tolteca, con una ciudad llamada Tula que tuvo una indudable influencia sobre el resto de los pueblos, dentro y fuera del Valle de México. Pero hay que reconocer que no tenemos datos arqueológicos suficientes para saber con exactitud dónde se encuentra tan fabulosa ciudad ni las claves históricas para reconstruirla.

¿Por qué decimos que era importante, si no tenemos datos fidedignos sobre ella?, las fuentes hacen mención expresa de la importancia del imperio tolteca y de su capital en la política del Valle, hasta tal extremo que los reyes de Tula confirmaban en sus cargos a los otros gobernantes y cómo las casas reales posteriores querían vincularse con ella para gozar de prestigio y legitimidad. Los mismos mexica-tenochca muestran un vivo interés en establecer una vinculación con la casa real tolteca.

Realmente, conocemos muy pocos datos sobre la Historia tolteca pues la narración que ha llegado hasta nosotros está en términos míticos, pero aún así sabemos que tenían un dios solar tutelar que se llamaba Quetzalcoatl, cuya adopción tuvo mucha fortuna entre los pueblos posteriores; que existen varias listas de reyes que son difíciles de conciliar y que donde genera mayor problema es al llegar al reinado de Huemac y de Ce Acatl Topiltzin Quetzalcoatl, quizás porque este último se confunde con el dios del mismo nombre^[12].

Podemos inferir que ocurrieron graves problemas políticos en los que posiblemente jugaron un papel importante las facciones y planea la sombra de la usurpación del poder: Topiltzin Quetzalcoatl tuvo que abandonar la ciudad y lo hizo acompañado por seguidores que se desplazaron hacia el este, alrededor del 900 y que, coincidiendo con ello, las fuentes mayas recogen la llegada a sus tierras de mexicanos acaudillados por Kukulcán^[13]. Huemac, por su parte, se suicidó o desapareció en la cueva de Cincalco, antes del trágico final de la ciudad.

Sin embargo, Tula no estaba sola en el Valle de México y como la entidad política más importante de su tiempo influyó en todos aquellos pueblos con los que tuvo contacto.

El valle de Oaxaca y el Señor 8 Venado

En el valle de Oaxaca el ejemplo más claro de la influencia tolteca lo constituye el reinado del carismático Señor 8 Venado (1063-1115 d. C.). Sus hazañas se recogen en varios códices mixtecos que reflejan cómo 8 Venado viajó hacia Tula para ser sancionado en su cargo^[14] y tomó prestado su modelo político; este viaje no hay que tomarlo de forma literal, porque, la influencia pudo venirle a través de los contactos mantenidos con los olmeca-xicalanca^[15].

Los códices del área mixteca son manuscritos que narran hechos de personajes relevantes, facilitándonos sus nombres, el lugar donde sucedieron y la fecha en que ocurrieron. Fueron creados por artistas mixtecos bajo el auspicio de sus gobernantes que, durante el Postclásico, demandaron un tipo de escritos que recogieran su vida y ‘milagros’ de una manera explícita e individualizada. Estas genealogías dejaban constancia de las obligaciones que establecían las élites con sus alianzas^[16].

En estos libros se narran, principalmente, la vida de la Señora 6 Mono, desde su nacimiento hasta el de sus hijos y la del Señor 8 Venado. Ambos protagonizan una tragedia que refleja luchas internas, conspiraciones y ambiciones entre distintas facciones. Concretamente la liderada por el Señor 8 Venado que consigue, desde una situación de ilegitimidad, instaurar una dinastía hereditaria en Tilantongo y atraer o dominar a muchas comunidades con las que estableció relaciones de dependencia o autonomía según el juego de las alianzas.

Este juego político queda plasmado con un lenguaje mítico en el *códice Nuttall*, representado a través de una guerra celeste que duró 20 años y en la que combatieron cuatro grupos por la hegemonía de la Mixteca, que obtuvo el grupo de Tilantongo. El final de la guerra viene marcado por la sumisión de los derrotados, al ofrecerse en vasallaje y la concertación de matrimonios políticos que vinculaban a la casa de Tilantongo con el resto de las familias más poderosas de las otras ciudades.

Como ocurrió en Tula, este interesante episodio de la vida política mixteca aparece en los códices narrado de forma mítica. Pero no cabe duda que el trasfondo político permite entrever esa situación agitada, que parece ser una constante en el desarrollo mesoamericano, en la que, como en un inmenso tablero de ajedrez, los participantes están dispuestos a dar mate al rey para

ocupar su lugar y, para ello, no dudan en movilizar a todos sus ‘peones’ y en emplear todas las armas diplomáticas, o no, para conseguir su objetivo. La aventura de 8 Venado contiene todos los elementos de un buen relato, ambición, amor, venganza y poder, pero no consiguió que su esfuerzo le sobreviviera. Continuando con la influencia tolteca llegamos a lugares tan alejados del Valle de México como Chichén Itzá, en tierras mayas.

Por lo general, se acepta que el cambio del Clásico al Postclásico, en esta parte de Mesoamérica, viene marcado por la influencia mexicana de grupos Putún, que dejaron su impronta, especialmente tolteca, en la arquitectura, la decoración escultórica y la presencia de glifos mexicanos.

Este grupo mexicano dominó las rutas comerciales reorientándolas por la costa^[17] y encajó a la perfección con la leyenda que envolvió a la facción que salió de Tula, liderada por Quetzalcoatl y que se instaló en Chichén Itzá entre el 918 y el 987.

El arte de Chichén, nos habla de una sociedad que basó su poder en la guerra, tomando dos aspectos del centro de México: un ejército de base meritocrática y el uso del *atlAtl*, para desestabilizar el sistema maya preestablecido. El interés inmediato del sistema meritocrático radicaba en que potenciaba ejércitos más numerosos que los aristocráticos, típicamente mayas^[18]. Sin embargo, los belicosos itzáes encontrarán freno a sus pretensiones en la ciudad de Cobá, situada en el este de Yucatán. Su actividad era eminentemente comercial, Cobá controlaba la costa de Quintana Roo y ejercía de intermediaria en el eje comercial norte-sur.

A pesar de ser un objetivo muy deseado para los itzáes, Cobá se mantuvo independiente; ayudada por su propia situación geográfica, así como por la red de calzadas que construyó y que le proporcionaban obvias ventajas. Aparte de las más inmediatas de rapidez y facilidad para las comunicaciones comerciales y administrativas, le daba superioridad a su ejército, que no tenía que depender de la estación lluviosa o seca para moverse. Además, al conocer con certeza lo que se tardaba en recorrer las distancias, sabía qué cantidad de suministros iba a necesitar, simplificando las cuestiones de intendencia^[19], que le permitían controlar a sus dependencias con una eficacia mayor que en cualquier otra parte de Mesoamérica^[20].

La influencia tolteca está expuesta a las mismas consideraciones de veracidad o polémica que despierta entre los investigadores la propia ‘realidad’ de Tula. Sabemos que hay elementos que tradicionalmente

denominamos toltecas, especialmente aquellos relacionados con el militarismo y el arte, pero que son discutibles en cuanto a cronología y procedencia. Especialmente, se debate la influencia que pudo ejercer o no en Chichén Itzá. Como siempre, encontramos investigadores que opinan que la influencia va del valle de México hacia Chichén y otros a la inversa.

Estudios recientes se centran en la idea de que en las tierras mayas el denominado estilo “tolteca” tiene una trayectoria más larga, que en el valle de México por que existen antecedentes de él en ciudades de Yucatán. Sin embargo, en Tula fue un movimiento que hace su irrupción de manera repentina hacia el 950-1150, por lo que se puede afirmar que los elementos ‘toltecas’ de Chichén son anteriores. Los antecedentes habría que buscarlos en la influencia que ejerció Teotihuacan, apoyando las opiniones de Kubler de una rica tradición en tierras mayas, que no encontramos en Tula.

Aún así, no todos los estudios que se han realizado reciente mente van en esa dirección y mantienen la idea ‘tradicional’, apoyándose en que los elementos arquitectónicos y escultóricos que calificamos como toltecas: el *chac mool*, el *tzompantli*, la columna como elemento sustentante, tienen sus antecedentes, 500 años antes, en la cultura Chalchihuites del Norte de México^[21].

Pero estos argumentos también son rebatidos, basándose en que en el Clásico el militarismo y los sacrificios están bien representados, por ejemplo en Teotihuacan y que la cultura Chalchihuites no presenta una evolución de *chac mooles* que derive en el prototipo conocido y sin embargo, esta evolución de los *chac mooles* a partir de las representaciones mayas de los prisioneros atados sí se puede documentar; respecto al *tzompantli* también presenta antecedentes en tierras mayas, concretamente en Cuicatlan cuya datación se remonta al siglo II d. C., así como en la pirámide 10L-16 de Copán, datada a mediados del siglo VIII, concluyendo que “*las fechas radiocarbónicas siguen colocando al Chichén ‘tolteca’ antes de los edificios y relieves correspondientes en Tula, podemos admitir que la interpretación según la cual fue Chichén la que, influenciada por elementos de Teotihuacan, creó el estilo ‘tolteca’, es tal vez más verosímil que la de los aportes nortños*” (Graulich 2002: 108)^[22].

Es más razonable pensar que Tula es más moderna, que intentar retrasarla para que sea más antigua que Chichén, porque proporciona al Postclásico una mayor continuidad con el pasado del Valle de México. Por tanto, parece convincente pensar que la influencia en tierras mayas fue teotihuacana y que

con los contactos de Cacaxtla y Xochicalco la influencia maya volvió al Valle de México. Esta idea nos acerca a una visión con menos interrupciones o ‘épocas oscuras’ en la historia mesoamericana del Clásico al Postclásico. Tras la desaparición del poder político de Tula los distintos centros luchan por ocupar su vacío y alzarse con la hegemonía del centro del Valle.

El Valle de Oaxaca estuvo afectado durante el Postclásico por los mismos síntomas que el resto de Mesoamérica. La caída de Monte Albán originó una importante fragmentación política en el valle, seguramente debido a las incursiones de los mixtecos^[23] que, a su vez, se encontraban presionados por el empuje de los mexica^[24]. Este ambiente bélico motivó que las poblaciones se instalaran en lugares de difícil acceso, para que el propio terreno actuara como defensa natural, aliviando el levantamiento de empalizadas.

Entre los centros zapotecos ya existentes y los mixtecos de nueva creación se concertaron alianzas matrimoniales que beneficiaban a las élites, aunque la organización político-social de los mixtecos no se basaba en el parentesco, como la de los zapotecos. Aumentó la competitividad económica dentro del valle y las fricciones fueron constantes, aunque esto no les impidió aliarse contra un enemigo común superior, como fueron los mexica^[25]. Lo hicieron con las mismas armas que el resto de los grupos que se desarrollaron en el Posclásico: arcos, flechas, mazas con incrustaciones de obsidiana, hondas, lanzas, armadura de algodón, casco y escudo y quizás el *atlatl* componen el repertorio.

En este ámbito la característica que destacamos es la utilización de la macana corta, en este tiempo ya en desuso, como reminiscencia de su relación con los toltecas, así como las órdenes militares integradas por los nobles^[26]. Estos tenían un entrenamiento más específico, dominando las armas de combate cuerpo a cuerpo, y portando los trajes de guerreros más completos, aunque toda la sociedad participaba en la defensa de las ciudades como por ejemplo en Tepexi Viejo, cerca de Cholula, donde se levantó una fortaleza alrededor del 1300, que será conquistada por los mexica en 1503^[27], o la guarnición de Guiengola que fue sitiada por las fuerzas imperiales de la Triple Alianza, cuya resistencia de la población fue tan exitosa que se vieron obligados a firmar un acuerdo con los zapotecos en 1495, reinando Ahuitzotl en Tenochtitlan.

El interés principal de la Triple Alianza, como veremos durante el auge azteca, era mantener este paso pacificado más que ‘dominarlo’, por eso se sentaron a negociar^[28]. El hecho de que los mexica no siempre arrasaran y

utilizaran la vía diplomática, no supone que el régimen imperial estableciera unas relaciones simétricas con los firmantes de los acuerdos, sino que valoraban otros tipos de negociaciones que les desgastaban menos en el ámbito económico y político.

Como parte de su plan expansionista los mexica erigían guarniciones en puntos estratégicos para velar por sus intereses, la zona de Oaxaca no fue una excepción pues conectaba áreas prioritarias, estableciendo guarniciones en la costa del golfo, concretamente en Acatlan, Cotaxtla, Hueytlalpa, Juyupango, Matlatlan Chila, Misantla, y Papantla^[29]. Pero estos puntos los iremos viendo, porque antes de que los mexica tomaran el relevo como grupo dominante del Valle de México, hubo otros actores que tuvieron importancia en la escena política, bien porque detentaron el poder antes que ellos, los conquistaran o porque lograron mantenerse al margen de su poder.

Por eso hay que destacar que dentro del valle de México también hubo núcleos que permanecieron independientes, a pesar del empuje mexica y que desgraciadamente no están lo suficientemente estudiados al quedar eclipsados por el brillo azteca. Entre estos pueblos destacan Metztitlan, estado otomí que no fue conquistado ya que se convirtió en santuario para los nobles conspiradores contra el poder de Tenochtitlan^[30].

Esta región, en cierta medida, marcó el inicio del desgraciado reinado de Tizoc. Al morir Axayacatl, subió al trono de Tenochtitlan su hermano Tizoc. Por indicación del *cihuacoatl* Tlacaelel realizó su campaña de coronación contra Metztitlan, no sabemos si en esta elección se escondía alguna intención oscura, pero resultó una derrota que no contribuyó a la popularidad del nuevo rey que murió prontamente en extrañas circunstancias.

En el momento de la conquista española Metztitlan estaba muy presionada por todos los tributarios aztecas que les rodeaban, por lo que el futuro de su independencia es difícil de concretar^[31]. Yopitzinco fue otro estado que se mantuvo independiente, aunque ya en el reinado del primer Moctezuma empezaron las hostilidades, aumentando su intensidad en la época del impetuoso Ahuitzotl^[32].

Tototepec era un estado mixteco por el que se interesaron Ahuitzotl y Moctezuma II^[33] y aunque los mexica obtuvieron algunas victorias, no lograron dominarlos.

Es posible que tanto la zona yope como la frontera norte no tuvieran alicientes para los mexica, pues sus intereses comerciales iban por otros

derroteros, aunque no podemos opinar lo mismo de los tlaxcalteca y de los tarascos, dos grupos poderosos con atractivos importantes que también permanecieron independientes. Quizás el éxito de la independencia de Puebla-Tlaxcala se debió a la confederación que formaron las ciudades de Tlaxcala, Cholula, Huexotzinco, Atlixco, y Tliluhqui-Tepec para hacer frente al poder mexica. Las características político-sociales de la sociedad tlaxcalteca se ajustan a las pautas generales del Postclásico, origen mítico y peregrinación épica hasta establecerse en el lugar indicado por su dios; desarrollo social jerarquizado y complejidad militar similar a la mexicana. Compartían con éstos una identidad cultural que en lugar de unirlos los enfrentó desde el reinado de Moctezuma I, seguramente al disputarse el control comercial de la costa del golfo liderado por Tlaxcala. Desde este momento, los mexica inician una estrategia de bloqueo que durará hasta la llegada de Hernán Cortés.

Para algunos autores el ejército imperial hubiera podido conquistarlos, sin embargo para otros Tenochtitlan era incapaz, viéndose obligada a reorganizar esta zona para erosionar a Tlaxcala por desgase.

No disponemos de evidencias irrefutables pero si un pueblo expansionista, como el mexica, hubiera podido conquistarlos a través de la violencia o de la diplomacia lo hubiera hecho, pues los tlaxcaltecas habían demostrado, en innumerables ocasiones, que eran un problema más que molesto. El resultado final de esta confrontación está sujeto a especulaciones al haber sido interrumpido por la llegada de los europeos.

Los purepecha y la necropompa

El grupo purepecha o tarasco posiblemente fue el grupo más poderoso al que se enfrentó el imperio de la Triple Alianza^[34]. Su origen, igual que el resto de los pueblos mesoamericanos, está envuelto en bellos mitos que describen cómo se establecieron a orillas del Lago Patzcuaro por indicación de sus dioses, su capital fue Tzintzuntzan, aunque no desde el principio, sino que el traslado se hizo en vísperas de la llegada de los españoles. La organización del imperio tarasco era tan compleja como la mexicana, con un desarrollo social y político paralelo^[35]. Los pueblos estaban divididos en barrios, cada uno de los cuales se basaba en el parentesco, con su propio dios patrón que los guiaba y protegía; y el reino, a su vez, estaba dividido en cuatro partes, cuyas

fronteras estaban protegidas por cuatro principales^[36]. Las relaciones socio-políticas se “enmascaraban” a través de las obligaciones religiosas, fuertemente estratificadas entre los dirigentes, altos funcionarios y sacerdotes, mantenidos por los plebeyos con su tributo y trabajo^[37]. El poder del gobernante, denominado *cazonzi*, emanaba directamente del dios protector, nombraba a los funcionarios, así como a los *caciques* que gobernaban las comunidades tarascas y que tenían la obligación de tributar leña para los templos y de reclutar gente para la guerra. Otros funcionarios llamados *ocámbecha* parecen tener las mismas atribuciones del *calpixque* mexicano^[38].

La sucesión solía ser por primogenitura, salvo algunas excepciones, el hijo mayor (*characu*) de la esposa principal (*yreri*) y que había sido designado en vida del *cazonzi* era el elegido. Si moría sin haber señalado sucesor se reunían los nobles y elegían al *characu*, que renunciaba en favor de su tío, para después de cinco días aceptar. Esta elección estaba refrendada por el resto de los nobles. Pero, en el caso de que el heredero no tuviera edad para gobernar se establecía una regencia^[39].

Tras cinco días de luto oficial por el *cazonzi* fallecido, el príncipe heredero llevaba a cabo una campaña militar, para obtener víctimas que sacrificar a los dioses y en una ceremonia fastuosa se casaba con las mujeres que dejaba su antecesor y con las hijas de los señores, “*porque no mezclaban los linajes*”^[40]

El hecho de que la fuente indique que se casaba con *todas* las mujeres de su padre, significa que también lo hacía con su madre, si ésta no se sacrificaba en las exequias del *cazonzi*. Esta relación no tendría por qué tener implicaciones sexuales y sí llevar implícito un enorme simbolismo político. Su madre transmitía el poder con la unión; era una manera de redoblar el poder del nuevo *cazonzi*.

El mundo político mesoamericano dominado por las relaciones que surgían de la práctica de la poliginia, obligaba a que el poder del *cazonzi* se hiciera cada vez más absoluto para controlar el surgimiento de facciones que pusieran en peligro la estabilidad de su trono, por eso un mecanismo de control fue el derecho que se arrogó el *cazonzi* para permitir o no los matrimonios de los nobles^[41]. La administración del imperio se hacía a través de las cuatro parcialidades gobernadas por un noble tarasco elegido por el rey, a quien le rendía las cuentas, estas relaciones se reforzaban a través de los matrimonios de Estado. Estos centros estaban ubicados en las fronteras de la zona nuclear para ejercer funciones administrativas y servir de filtro cultural.

Además de estos mecanismos de control directo, se utilizaron otros como la imposición del lenguaje, la repoblación con colonos del centro en las zonas de población dispersa y más alejada. Esta era una manera de reforzar a las poblaciones fronterizas ante una amenaza militar^[42].

La sociedad tarasca valoró altamente la destreza en los asuntos marciales, siendo la guerra un instrumento político, ya que a través de ella se conseguía el éxito social necesario para ser respetado y socialmente influyente, incluso, el candidato al trono, antes de su nombramiento, debía demostrar, una vez más, su valía como líder guerrero, organizando alguna correría que le permitiera hacer cautivos, para afirmar su poder^[43].

Los tarascos crearon sus estructuras de poder y su organización socio-económica como la mexicana, por eso, para no abundar en lo que desarrollaremos más adelante, solamente esbozaremos unas líneas. Crecieron gracias a los tributos obtenidos con la guerra y para ser por lo menos tan fuertes como sus vecinos se confederaron en una Liga que conseguía reunir poderosísimos ejércitos con los que mantener a raya las pretensiones expansionistas de los mexicanos.

Ambos ejércitos tuvieron sonados enfrentamientos al codiciar los mismos productos. Pero, sobre todo, ansiaban dominarse para hacer añicos sus logros políticos. Sin embargo, las fuerzas estaban equilibradas y en cada enfrentamiento las pérdidas fueron cuantiosas, *“los campos de batalla quedaron cubiertos por miles de cadáveres de ambos pueblos”*^[44] sin que hubiera un claro vencedor.

La excepción de la uniformidad en el armamento del Postclásico la protagoniza el pueblo tarasco, pues a las armas ya conocidas le añadían cobre. Exceptuando este hecho, cualquier otro aspecto logístico, táctico o estratégico que observamos en los mexicanos era aplicable al ejército tarasco. Aunque, quizás hay que hacer la salvedad de que su organización política parece tener una base territorial más fuerte que la mexicana, sobre todo en las fronteras, para detener su expansión, quizás por que la organización tarasca incluía a un número mayor de grupos étnicamente distintos que la abocaba a un control más directo^[45]. Para solventar el problema de la multiétnicidad impusieron su idioma, que se extendió por Michoacán y Jalisco, pero también utilizaron otras estrategias de control como la colonización para mantener y ampliar su área de influencia.

Como con los tlaxcalteca, tampoco podemos asegurar la suerte de los tarascos ante el empuje mexicana, o de estos últimos ante la organización, cada vez más militarizada de los primeros, en la que las armas de metal aumentaban su presencia, lo cierto es que la conquista española, una vez más, vino a poner el punto final a una situación que se prolongaba desde antiguo.

Los mayas y la influencia mexicana

Una vez que el ejército de la Triple Alianza consiguió la libertad del yugo tepaneca, intentó dominar algunas zonas productivas del área maya^[46], sobre todo en la costa pacífica, parte de Chiapas y Guatemala, instalando guarniciones en Xicalanco y Cimatlan, para defender sus importantes intereses comerciales^[47]. Al contrario que los tarascos, los centros mayas oponían poca resistencia a la fuerza mexicana. Sin embargo, las condiciones geográficas y la enorme distancia desde Tenochtitlan se aliaron en su favor para mantener la independencia^[48].

Como hemos comentado, con la llegada de grupos putún a Chichén Itzá se establecieron usos mexicanos, no sólo estéticos, sino sociopolíticos, como por ejemplo el sistema meritocrático en el ejército, que chocaba con el tradicional sistema aristocrático que caracterizaba a los mayas. El derrocamiento de este centro en 1221, a manos de las fuerzas de Mayapán, fue un intento de restablecer los valores aristocráticos tradicionales^[49], pero se había llegado a un punto de no retorno y los cambios habían sido demasiados para volver al pasado, sobre todo los que se habían operado en el ejército. El uso del arco y las flechas había restado protagonismo a los nobles, depositando en manos de los plebeyos una relevancia, que la sociedad debía recompensar. Consecuencia de esta inestabilidad fue el enfrentamiento de Ah Xupan, del linaje Xiu, en 1440, que acabó con el saqueo de Mayapán, decayendo definitivamente diez años después.

Las fuentes recogen que las ciudades de Chichén Itzá, Uxmal y Mayapán estaban unidas en una coalición para defender sus intereses comunes. Chichén Itzá fue tomando poder sobre el resto de sus compañeras, dando lugar a una situación de inestabilidad que recuerda a lo que sucedía en el Valle de México con la Triple Alianza. Las posibilidades de Mayapán, frente al ejército más numeroso de los itzáes eran pocas, pero reforzó sus dispositivos contratando mercenarios^[50] que desaparecían una vez realizado su trabajo y no afectaba a

su sistema aristocrático, evitando así las exigencias sociales que tendría el sistema meritocrático.

Los forasteros que ayudaron a los yucatecos de Mayapán eran mexicanos, que dominaban a la perfección el arco y la flecha. No sabemos hasta qué punto sería o no adecuado llamarles mercenarios, ya que venían acompañados de mujeres, dando la impresión de emigrantes en busca de una mejor realidad^[51]. Si eran emigrantes buscando un sitio donde establecerse, no parece lógico que hicieran el trabajo para Mayapán y desaparecieran; a menos que fuera un grupo especializado en las artes de la guerra que con sus familias se trasladaba a donde solicitaran sus servicios, recordándonos mucho a la migración mexicana del valle de México.

Con la derrota de Chichén Itzá, los itzáes se diseminaron por la península, especialmente por el Petén y las cercanías de Mayapán, ésta gobernó de manera integrada a través de las alianzas pactadas entre los linajes Cocom, Xiu, y Canul durante 250 años, reforzados por la ayuda de los mercenarios mexicanos^[52].

Aunque Mayapán fue próspera, no creció demasiado, o por lo menos no como se esperaba de un centro capaz de aglutinar un área extensa. Esto fue debido a que logró vencer a Chichén Itzá solamente por la tecnología militar que empleó, al completar su ejército con los capitanes mexicanos, y no porque en realidad fuera políticamente más poderosa o socialmente más compleja^[53].

La ambición del señor Cocom hizo que nuevamente se rompiera el equilibrio tripartito, de tal forma que el linaje Xiu se alió con los itzáes establecidos cerca de Mayapán, para desbancar al linaje Cocom y que éste buscara ayuda en los guerreros mexicanos que estaban en el enclave de Xicalanco. El comportamiento de los mexicanos fue demoledor, quizás, como apunta Miguel Rivera (1985: 233), no actuaban para los intereses mayas, sino a favor de los beneficios comerciales aztecas.

Tras la desintegración quedaron 16 centros compitiendo entre sí, como testimonian los restos de las construcciones defensivas. Aun que el estudio detallado de estas construcciones parece indicar que las guerras internas dentro de la misma provincia eran relativamente infrecuentes. En cuanto a las armas se sigue la tónica de la uniformidad del Postclásico contemplada en toda Mesoamérica, y las campañas militares se veían restringidas a los meses de octubre-enero^[54].

En las tierras altas mayas también había una diversidad étnica que intentaba encontrar acomodo en medio del clima convulso, que caminaba hacia un control más secular, influidos por las oleadas de filiación mexicana que procedían del centro, mixteca-puebla y costa del golfo, que empezaron a finales del Clásico y continuaron durante el Postclásico^[55]. Estos inmigrantes levantaron un emplazamiento defensivo elevado en Hacavitz desde donde se expandieron, exigiendo tributo e intercambiando sus productos agrícolas por gemas, obsidiana, sal y plumas^[56]. Sin duda, el éxito de este grupo tuvo su base en la guerra contra gentes militarmente desprevenidas e inferiores^[57].

Las armas usadas por los quichés fueron: macanas, lanzas, hondas, arcos y flechas, escudos y armaduras de algodón^[58] introducidos por los mexicanos en 1350, quedando obsoleto el uso del *atlatl*^[59].

Cuando llegaron los españoles su sociedad estaba estratificada y organizada sobre una base meritocrática. Los nobles estaban vinculados al linaje tolteca, manteniendo su *status* patrilinealmente^[60]. El sistema de sucesión era filial, y en caso de que no tuviese hijos le sucedía el hermano o el pariente más cercano del fallecido^[61].

Aunque políticamente habían estado agrupados en una confederación cuatripartita, gobernada por un noble del linaje dominante^[62], el rey de Utlán era quien más poder tenía, refrendado por su éxito militar en esta época^[63].

El más famoso de sus reyes fue Gucumatz, capaz de realizar los más increíbles prodigios “[...] *subía al cielo cada siete días; cada siete días estaba en Xibalbá, a los siete días se convertía en culebra y cada siete días se convertía en águila; a los siete parecía tigre y siete después se convertía en sangre coagulada. Mucho respeto causaba con estos prodigios delante de los de su reino. Su trono se llenó de grandeza y majestad*”. (Popol Vuh 1997: 109).

Aunque el más importante políticamente fue Quicab que, a mediados del siglo XV, logró extender sus fronteras considerablemente hacia el Xoconosco, Valle de Morelos y el área de Quetzaltenango, obteniendo ricos botines y abundantes tributos. Este éxito disminuyó cuando los cakchiqueles, aliados hasta 1470, dejaron de prestarles su apoyo y se enfrentaron a ellos. El resultado de estos levantamientos, en los que las facciones tuvieron mucho que ver ya que estuvieron implicados sus propios hijos, fue la abdicación y el destierro de Quicab. Se dirigió hacia el lago Atitlán, donde fundó la ciudad

fortificada de Iximche^[64]. Desde allí se reanudaron las hostilidades que sangraron a ambos bandos y de cuya debilidad se beneficiaron primero los aztecas que dominaron Utatlán^[65] y después el grupo de españoles capitaneado por el sin par Pedro de Alvarado.

Azcapotzalco y los aztecas

Cerramos este recorrido por Mesoamérica en el Postclásico volviendo al valle de México. La caída de Tula provocó una descomposición política que contribuyó a la inestabilidad general del área, originada por las oleadas de gentes procedentes del norte, que seguían asentándose en el Valle, unas veces acomodándose en los núcleos ya existentes y otras fundando nuevos lugares. Algunos de estos centros fueron aumentando su poder a costa de otras comunidades que le procuraban riqueza. Así surgió el importantísimo núcleo tepaneca, cuya ciudad era Azcapotzalco gobernado por Tezozomoc. Situada en la parte oeste del Valle y tras eclipsar a sus potenciales competidoras primero Culhuacan y luego Texcoco, se convirtió en la potencia más importante del Valle. A pesar de su rápido crecimiento establecieron una organización política bien estructurada, basada en la imposición de príncipes tepaneca en las ciudades vencidas^[66]; en la recaudación de tributos a través de la guerra y de criterios jurisdiccionales, que no podemos afirmar si existieron previamente al reinado de Tezozomoc. Esta estructura muestra dos niveles diferentes de autonomía política: *cuauhtlatocayotl* y *tlatocayotl*.

En el primer caso estos pueblos subordinados carecían de rango suficiente para tener su propio linaje y era Azcapotzalco quien imponía un gobernador militar que recibía el nombre de *cuauhtlatoani*. No podemos asegurar que sus funciones implicaran responsabilidades militares o solamente administrativas^[67], sí sabemos que el cargo lo ocupaban principalmente los hijos de Tezozomoc. El segundo nivel implicaba un mayor *status* político que permitía disponer de un gobierno propio, a la cabeza del cual estaba el *tlatoani*.

Algunos autores argumentan que los gobernadores nombrados por el imperio azteca, para regir las plazas conquistadas, recibían el nombre de *cuauhtlatoani* y que fueron ellos quienes crearon el cargo^[68]. Sin embargo, en las fuentes podemos descubrir referencias a este funcionario mucho antes de que los mexica dominaran el Valle^[69].

Los tributarios más conocidos de los tepaneca fueron los mexica, quienes durante más o menos un siglo le entregaron sus cargas en especie y servicios, tanto civil como militar, en señal de su vasallaje, no porque se anexionaran su territorio, sino porque los mexica les solicitaron terrenos para establecerse^[70]. Como sus vasallos los mexica tuvieron su *cuauhtlatocayotl* y posteriormente evolucionaron hacia el *tlatocayotl*. Sin embargo, no podemos asegurarlo porque las fuentes no presentan unanimidad, aquellas claramente protenochca lo niegan; otras, quizás más objetivas, afirman que Tezozomoc impuso *Cuauhtlatoani* en Tenochtitlan y Tlatelolco, incluso aseguran que colocó a dos de sus hijos. Transcurridos unos cincuenta años los mexica solicitaron el cambio de *status* y pidieron un *tlatoani* para gobernar su *tlatocayotl*^[71].

Es muy probable que fuera a los 52 años, aprovechando la celebración del Fuego Nuevo. Los motivos que las fuentes aducen para la petición son diversos y las partes implicadas no llegaron a un acuerdo^[72].

Como consecuencia del desacuerdo los tenochca tomarán como *tlatoani* a Acamapichtli, de estirpe colhua y Tlatelolco se inclinará por continuar con el linaje tepaneca. Esta ‘elección’ marcó una actitud distinta de Azcapotzalco hacia cada uno de sus vasallos que selló su futuro, como veremos en la fundación de los dos México. La situación de dependencia de los mexica respecto de Azcapotzalco quedará interrumpida en 1427 con la muerte de Tezozomoc, que propició el levantamiento de sus subordinados. Este hecho se vio favorecido porque Azcapotzalco se desangraba en una guerra civil, provocada por la ambición de los hijos de Tezozomoc.

Según algunas fuentes^[73] Tezozomoc dejó como sucesor a su hijo Tayauh y Maxtla, también hijo de Tezozomoc y señor de Coyoacán, le arrebató el poder. Al malestar interno que provocó esta actitud en el seno de su propio pueblo, hay que añadir las duras medidas que Maxtla adoptó sobre sus súbditos mexica, especialmente tenochca. El caldo de cultivo para una insurrección estaba listo para beber. Muchas fueron las intrigas urdidas antes de que todas las partes implicadas se lanzaran a la conquista: Tlatelolco, quizás porque siempre estuvo vinculado al linaje tepaneca, intentó aliarse con el Usurpador. A pesar de esta alianza Maxtla no sólo atacó intereses tlatelolca en Cuauhtitlan, sino que además ordenó asesinar a Tlacateotzin, *tlatoani* de Tlatelolco^[74] y sobrino suyo, quizás por el resentimiento que había provocado la actitud de su padre, el tirano Tezozomoc, al colocarle bajo las órdenes de Tlacateotzin en la guerra^[75].

Tenochtitlan estaba directamente afectada por este clima inestable y

Chimalpopoca instó a Tayauh para que asesinara a su hermano Maxtla^[76], quien enterado se adelantó a sus planes y acabó con su vida y probablemente con la de Chimalpopoca y su descendencia^[77].

Este episodio político ilustra una situación que se repite en el desarrollo político de los pueblos mesoamericanos. Dada la proximidad de los centros, el nivel de riqueza muchas veces similar, el acceso a los productos de un mismo nicho ecológico; la consanguinidad de las élites, que proporcionaba más de un posible candidato al trono, fomentaba y favorecía un ambiente de intrigas y la creación de facciones con un enorme poder.

Las explicaciones que se han ofrecido hasta la fecha sobre un hecho tan importante como la desaparición de la familia real tenochca, que dio la posibilidad de reinar a una rama que nunca lo hubiera hecho, han variado en función del interés científico por destacar unos aspectos u otros del desarrollo político. Hay autores que culpan a Maxtla^[78] y quienes implican a la facción política que lideraba el futuro *tlatoani* tenochca, Itzcoatl^[79]. Pero si ampliamos la escena política e introducimos a otro protagonista que tuvo mucho que ver en esta revuelta: Tlacateotzin, el *tlatoani* de Tlatelolco, y admitimos que fue eliminado por la misma facción que suprimió a Chimalpopoca, el panorama se esclarece^[80].

La muerte de ambos *tlatoque* fue el pretexto para iniciar una guerra en la que subyacían múltiples factores. Había grupos poderosos con intereses contrapuestos y estaba claro que la facción con más apoyos se haría con el triunfo.

Todos tenían motivos, en los que se entretajían la ambición y el resentimiento. Por un lado, estaba la facción de Maxtla que tal vez había arrebatado el poder a su hermano; pero que sabía que además tenía que luchar con otros posibles candidatos que podían reclamar el trono aduciendo su legitimidad, como los *tlatoque* mexica en calidad de nietos de Tezozomoc.

Por otro lado, la facción formada por Chimalpopoca, Tlacateotzin y Tayauh que parecen haber planeado la muerte de Maxtla, atrayéndole con engaños y una tercera compuesta por el bando vencedor, cuyo deseo de reinar bajo unas nuevas condiciones políticas es también razón más que suficiente para desear las muertes de los que entorpecían ese nuevo horizonte de poder.

El enfrentamiento de estos intereses contrapuestos originó una sangrienta guerra que colocó el poder en manos mexica, pero antes de desarrollar este

conflicto conviene conocer la evolución que siguieron hasta conseguir brillar con luz propia.

Los mexica como tributarios tepanecas

Cuando los españoles llegaron al Golfo de México en 1519, el imperio azteca no era una estructura sólida y asentada, sino que estaba en desarrollo y su aventura no hacía mucho que se había iniciado. En 1325 d. C. se fundó México-Tenochtitlan, como subordinada de la entidad política que dominaba el Valle: Azcapotzalco. Esta situación se mantendrá hasta 1428 cuando, junto a Tlatelolco, Texcoco y Tlacopan, consiguieron derrotarla. A partir de ese momento Tenochtitlan fue ganando posiciones dentro de esta Alianza hasta dominarla. Junto a la victoria de 1428 hay otros hitos fundamentales en la asunción del poder, que marcarán la historia mexica: la derrota que infligieron a los chalca en 1463, así como la anexión de la vecina Tlatelolco en 1473 con la que consiguió el dominio del comercio y colocarse, definitivamente, a la cabeza de la Liga.

Pero no siempre había sido así. Los mexica fueron los últimos en llegar al Valle de México, y cuando lo hicieron, en el siglo XIII, la región estaba ocupada por ciudades-estado que se disputaban la dominación política por medio de las armas y que estaban unidas, por lazos económicos y de parentesco, mediante alianzas matrimoniales entre los principales linajes, y por tradiciones artísticas y culturales. En menos de un siglo estos recién llegados encabezarían un soberbio imperio. Mil años antes que ellos, Teotihuacan ya lo había hecho, tradición que recogieron los toltecas y que llegaría hasta los mexica.

Los orígenes del pueblo mexica: de Aztlan a Tenochtitlan

Como la mayoría de los pueblos mesoamericanos el origen de los mexica está envuelto en mitos que narran una larga migración hasta llegar al Valle de México. En la actualidad no existe acuerdo sobre cuál era y dónde estaba enclavada la ciudad de la que partieron. Pero el recuerdo de ese lugar mítico hace que al establecerse busquen un asentamiento parecido al que se describe en su génesis.

El momento de partida para los mexica, desde Aztlan, es el siglo XII, su recorrido dura doscientos años, que no están exentos de avatares. Pues al ser un grupo heterogéneo, formado por varias parcialidades independientes, se irán separando a lo largo del recorrido, según distintas circunstancias no siempre pacíficas en las que ya se puede observar la formación de distintas facciones. Dentro de estas parcialidades estaba el grupo mexica compuesto por tlatelolca y tenochca. El hecho de que fueran el mismo grupo no evitó que durante el viaje se vivieran momentos de tensión, que unas veces se resolvían con la separación pacífica de parte del grupo y otras con la eliminación de los descontentos, como el enfrentamiento entre Huitzilopochtli y Malinalxóchitl y más tarde en Coatepec.

Estos últimos episodios, que narran los enfrentamientos sangrientos ocurridos dentro del mismo grupo, están envueltos en un formato mítico del que es posible extraer algunas consecuencias políticas que validan la importancia del faccionalismo desde antiguo, como un elemento necesariamente dinámico para la evolución política. Por eso, para la interpretación de estos hechos debemos distinguir cómo está narrado y qué es lo que se está contando.

En primer lugar, hay que destacar que en ambos casos los líderes de las facciones que se enfrentan a Huitzilopochtli son mujeres, como estereotipos de contraposición, utilizando el binomio femenino/luna frente al masculino/sol-Huitzilopochtli que es una presentación mítica ‘de libro’. Se cuenta en estos términos mítico-didácticos, para que el mensaje quede claro.

Por otro lado, la reflexión política del mito muestra que la relación de parentesco indica que ambos bandos tienen legitimidad para reclamar la autoridad del grupo e intentar gobernarlo; y el hecho de que sean mujeres quienes encabezan las facciones también está en consonancia con el hecho político de que son ellas quienes transmiten esa legitimidad.

Aparte de estas separaciones Torquemada (1969: 80) registra otra muy importante que marca la separación definitiva entre tenochca y tlatelolca y el motivo de su enemistad, que se zanjaría definitiva mente en 1473, cuando los primeros doblegaron definitivamente a los segundos.

En su larga peregrinación desarrollaron distintos trabajos hasta destacar como mercenarios, lo que ocasionó la hostilidad de sus vecinos, dejando ver ya sus aptitudes para la guerra y las intrigas. Vagaron por distintos lugares; hasta que, finalmente, el señor de Colhuacan les concedió un emplazamiento

en Tizapan; lugar poco saludable y en donde las serpientes eran sus principales habitantes, seguramente con el vano deseo de que se desanimaran y desaparecieran; pero los mexica cambiaron ese inconveniente en propio beneficio, alimentándose de aquéllas hasta exterminarlas, como gráficamente nos describe Durán (1967: 40).

Tras estos inicios en los que ‘ya apuntaban maneras’ consiguieron de los colhua el permiso para asistir a los mercados de la ciudad de Colhuacan y, además, usando la siempre útil estrategia matrimonial emparentar con ellos. Así surgen los colhua-mexica, también conocidos como aztecas. Como tributarios de los colhua los mexica tenían sus obligaciones^[81]. El cronista se hace eco de las militares pero, seguramente, a tenor de lo que sabemos sobre cómo se organizaban los estados mesoamericanos, éstas abarcarían aspectos tributarios y de servicios igual que bajo la subordinación tepaneca y como ellos mismos hicieron posteriormente.

Cuando todo parecía marchar bien los mexica pidieron al señor colhua una hija para casarla con su dios, éste honrado, o por intereses políticos, pues era una actitud normal dentro del juego político mesoamericano, aceptó. Pero cuando acudió a la ceremonia lo que allí vio le horrorizó. La piel de su hija cubría el cuerpo de un sacerdote con los atributos de la diosa (Durán 1967: 41-42)^[82]. Así que, nuevamente, tuvieron que partir en 1323, dirigiéndose hacia los lagos del Valle de México. Donde finalmente encontrarán el águila sobre el nopal devorando a una serpiente, señal con la que su dios señaló la tierra prometida.

El sitio no era mucho mejor que el anterior, pero estaba situado estratégicamente entre Texcoco y Azcapotzalco, dos ciudades rivales, de lo que Tenochtitlan se beneficiará^[83].

La fundación de los dos Méxicos

Cuando los mexica llegaron a la zona estaba superpoblada por lo que solicitaron al señor de Azcapotzalco que les acogiera y les proporcionara tierras para establecerse. Sin embargo, este reparto no agradó a todos, haciéndose una doble fundación que marcó la división definitiva del grupo mexica. Los tlotelolca manifestaron su desacuerdo porque creían que las tierras que Azcapotzalco les asignó eran las más yermas^[84]. Sin embargo, parece más plausible que fuera la animadversión histórica que se profesaban y

que iba en aumento. Al parecer porque los tlatelolca malmetían en la corte tepaneca contra sus vecinos^[85].

Algunas fuentes^[86] se hacen eco de que son los tenochca los que intentan la reconciliación para no separarse, pero generalmente las fuentes les son favorables y debemos actuar con prudencia. Nosotros pensamos que ellos rompieron el orden establecido, porque el régimen que imperaba era el tepaneca. Éste fue aceptado por los tlatelolca des de el principio; sin embargo, los tenochca ‘buscaron’ un señor fuera de ese orden.

Alrededor de 1376 México-Tenochtitlan tiene su primer *tlatoani*, llamado Acamapichtli, del linaje colhua, y Tlatelolco a Cuacuauhuitzáhuac, que pertenecía a la casa real tepaneca^[87]. Seguramente, en el asunto de los *tlatoque* mexica están primando aspectos que guardan relación con el *status* político-jurisdiccional, que establecía Azcapotzalco en la organización de sus tributarios. El hecho de que los mexica-tlatelolca recibieran un gobernante de la casa real tepaneca indica un mayor rango que el de los mexica-tenochca, si bien podían tener un *tlatoani* en lugar de un *cuauhtlatoani*, éste todavía no procedía directamente de la casa real, sino de la de Culhuacan, también vinculada a Azcapotzalco.

¿Por qué el grupo mexica optó por gobiernos distintos? Al salir de Chapultepec se dispersaron, los mexica-tlatelolca acabaron bajo el dominio tepaneca; y los mexica-tenochca se dirigieron hacia Culhuacan, donde estuvieron 25 años y entablaron relaciones de parentesco antes de partir, ‘con cierta prisa’, tras el incidente provocado por el desollamiento de la hija del rey. Éste parece ser el motivo por el cual los primeros no tienen relación con los culhua y los segundos ‘reclaman’ al señor de Culhuacan un *tlatoani*.

Las fuentes insisten en que Culhuacan accede porque los mexica-tenochca apelan precisamente a las “relaciones anteriores”. Pero sabemos también que éstas no fueron buenas y que tanto Colhuacan como México-Tenochtitlan estaban bajo la bota tepaneca, así que pensamos que ninguna de las partes tuvo nada que opinar al respecto, sino que Azcapotzalco indicó cómo tenían que ir las cosas, atendiendo al nivel de sujeción de ambas ciudades y a su situación jurisdiccional. Lo relevante es que las tierras donde se iban a instalar pertenecían a Azcapotzalco y que sería este gobierno el que tendría la última palabra a la hora de permitir que se hiciera una fundación o dos; pues este hecho podía alterar su organización política, bien porque reportara más beneficios teniendo dos tributarios que sólo uno, y también porque las fronteras estaban más protegidas.

A pesar de la doble fundación los problemas no disminuyeron, sino que fueron en aumento hasta desembocar en la terrible guerra civil que en 1473 dio la supremacía definitivamente a los tenochca.

Tlatelolco y la riqueza del comercio

Llegado el momento de poseer el estatuto de *Tlatocayotl* pare ce que tenían ‘derecho a elegir’ a su primer *tlatoani*, éste fue Cuacuauhpitzáhuac, procedente del linaje tepaneca, su reinado duró de 1376/77 hasta 1418, coincidiendo con los reinados de Acamapichtli y Huitzilihuitl, en la vecina Tenochtitlan.^[88]

Cuacuauhpitzáhuac residió en Azcapotzalco mientras construían un edificio en Tlatelolco lo suficientemente digno para albergar a su linaje^[89], además proporcionó las directrices para hacerla crecer económicamente y proyectó el trazado urbano^[90].

Los tlatelolca entregaban tributo a Azcapotzalco^[91] pero podían mantener alianzas con otros pueblos a través del matrimonio y, además al participar en las guerras tepanecas recibían una parte de los beneficios^[92].

Tras la muerte de Cuacuauhpitzáhuac en 1418 le sucedió su hijo Tlacadéotl cuyo reinado acabó de forma violenta diez años después. Fue un rey que gozó de la confianza de Tezozomoc porque no sólo le permitió entronizar a su segundo hijo en Cuauhtitlan^[93], sino que también le situó al frente de sus ejércitos como “*general del ejército de los tepanecas*”^[94], colocando bajo sus órdenes a su propio hijo, Maxtla, y a Chimalpopoca, también nieto del Señor de Azcapotzalco, por línea materna^[95].

La política de alianzas de los tlatelolca se concentró en fortalecer su poder económico, para ello Tlacadéotl casó a tres hermanas con mandones de Quechólac y Totomihuacan, enclaves comerciales de importancia. Él mismo reforzó su relación entre Coatlichan y el propio Azcapotzalco^[96] —su madre había nacido allí—, a través de sendas bodas. Hasta el momento de la muerte de Tlacadéotl en 1428 los mexica-tlatelolca no sólo se vieron beneficiados de la protección de Azcapotzalco frente a los mexica-tenochca, sino que también tuvo mayor importancia que Tenochtitlan. Esta situación se mantuvo durante 50 años^[97], pero cambió radicalmente con la muerte del *Huehue Tezozomoc*. *Tlatelolco y su “vocación comercial”*.

Al comentar la migración del grupo mexica y las desavenencias que tuvieron durante el recorrido, hemos señalado un hecho prodigioso que narra

Juan de Torquemada (1969: 79-80) ocurrido en Coatlicámac y que marcó las diferencias irreconciliables que mantuvieron tenochca y tlattelolca desde entonces.

En este lugar hallaron dos bultos, uno que a primera vista parecía más valioso: contenía una piedra maravillosa y, otro que contenía unos palos, en principio sin valor alguno. El grupo se peleó por la fabulosa piedra, originándose la separación en función de los bultos. El grupo que se quedó con la piedra fue el tlattelolca que marcó su destino comercial.

En cuanto al nombre que recibe la ciudad parece guardar relación con su actividad principal *Tlatelli* puesto de vender^[98]. Pero también el nombre deriva de lo accidentado del terreno ya que terraplén se decía *tlattelolli*^[99].

La situación geográfica de Tlatelolco no era mejor que la de Tenochtitlan por lo que sus inicios también fueron muy duros y para obtener los productos básicos de subsistencia establecieron relaciones con los grupos exteriores. En lugar de intercambiar los pocos productos que el lago ofrecía, iniciaron relaciones comerciales que poco a poco fueron reportando enormes ganancias.

El hecho de que los tenochca estuvieran instalados en medio de un lago parece ser que determinó su salida para buscar alimentos y tierras productivas y lo hicieron a través de la dominación y la imposición del tributo, esta misma necesidad acució a los tlattelolca, que la satisficieron a través del comercio^[100].

La diferencia en la actividad económica del grupo mexica también pudo estar marcada por su diferente situación jurisdiccional y al tener mayor importancia Tlatelolco obtuvo el permiso de Azcapotzalco para dedicarse a actividades de mayor rango. La actividad comercial estuvo impulsada por Cuacuauhpitzáhuac, el primer *tlatoani* de origen tepaneca^[101].

Este *tlatoani* debió intuir que el futuro de la ciudad estaba en el comercio y permitió que se establecieran en ella *pochtecas* que no eran tlattelolca, sino gente procedente del Golfo, y de los que seguramente aprendieron el oficio. Esta posibilidad se afianza con el hecho de que el propio término *pochteca* no es de origen nahuatl.

A pesar del tiempo transcurrido desde la fundación de Tlatelolco y de que ahora disfrutaba de su condición de *Tlatocayotl*, no hay que olvidar que seguían dependiendo de Azcapotzalco y que el gobierno tepaneca tendría mucho que opinar sobre las actividades que proporcionaban la riqueza a sus

satélites; por un lado para beneficiarse y, por otro, para controlar que no crecieran tanto como para suponer un peligro, así como la admisión o no de grupos extranjeros que pu dieran desestabilizar su organización.

Debemos suponer que los tepaneca estaban de acuerdo con la actividad comercial que desarrollaba Tlatelolco, e incluso, que la alentaría al ver los beneficios de la misma, si no fue impuesta por Azcapotzalco y a la sazón Tlatelolco tuvo que aceptar la ‘vocación comercial’.

Al ser una actividad lucrativa es lógico que el comercio estuviera manejado desde el gobierno o por ‘segundones’ que al no alcanzar posiciones de relevancia dentro de él, sí podían mantener una situación beneficiosa a través del comercio de alto nivel. Además, en las fuentes que hacen referencia a los *pochtecas* llevan la partícula *tzin* en sus nombres que indica su pertenencia a la nobleza.

No podemos saber con exactitud qué nivel de importancia tenía Tlatelolco en el momento en que los mexica decidieron separarse de Azcapotzalco, pero debemos suponer que tenían una posición más relevante que Tenochtitlan, no sólo por haber estado siempre ligado al linaje tepaneca, sino porque el comercio le reportó beneficios más cuantiosos, como veremos a la hora de buscar aliados para iniciar la guerra contra Azcapotzalco^[102].

México-Tenochtitlan: facciones y política matrimonial

Cuando los mexica tenochca se asientan en Tenochtitlan, su sistema político estaba menos desarrollado que el del resto de las ciudades del Valle de México^[103] que ya eran *tlatocayotl* o ciudades independientes. Por lo tanto, tienen que empezar como *cuauhtlatocayotl* subordinado a Azcapotzalco. Éste les designó un *cuauhtlatoani*, aunque tendría que contar en alguna medida con los jefes de los *calpullis*.

Transcurrido el tiempo necesario los tepaneca les otorgan la categoría *Tlatocayotl*. Este cambio también implicaba que el gobernante disfrutaría de mayor autonomía política y de una mejor integración en el *modus vivendi* de sus vecinos, pero siempre como subordinados tepanecas.

La elección del nuevo gobernante es un tema polémico pues se admite que eligieron a un extranjero para dar legitimidad a su situación política y evitar la pugna de intereses entre los líderes de los distintos *calpulli*^[104]. Sin embargo, parece un sistema en exceso ‘democrático’. Como subordinados no tendrían derecho a ‘elegir’, sino que el *tlatoani* seguramente les vendría impuesto

desde Azcapotzalco y la opinión de los líderes de los *calpulli* tampoco parece que pudiera tener mucho peso en las decisiones de la metrópoli tepaneca.

Las funciones del *tlatoani* iban a ser demasiado importantes para que tuvieran capacidad de decisión; sería el máximo responsable del gobierno y personificaba la conexión del mundo terrenal con el orden cósmico. Representaba la continuidad con los antepasados y la seguridad para sus súbditos. A través de los ritos se establecía una relación entre el gobernante y sus vasallos, relación de dominio y de pendencia, de lealtad y vasallaje. Esta relación se extenderá, no sólo a los habitantes de Tenochtitlan, sino también a los señores de las provincias que irán conquistando.

Finalmente, en 1372 Tenochtitlan consigue que Azcapotzalco le conceda el *status* de *tlatocayotl* y para gobernarlo deben ‘elegir’ a un *tlatoani*. Según narran las fuentes ‘decidieron’ que fuera extranjero por el prestigio que podía proporcionarles.

En esta elección quizás Azcapotzalco tuvo presente evitar una posible guerra civil entre los líderes de los distintos *calpullis*, pero lo que proporcionó a los tenochca fue una genealogía que los vinculó con los prestigiosos toltecas y les brindó la oportunidad de integrarse con pleno derecho en la vida económica del Valle. El elegido para ocupar el trono fue un joven príncipe de la casa real de Culhuacan llamado Acamapichtli.

Esta ‘elección’ debió ser muy deseada por los líderes de los *calpullis* pues por su situación geográfica Tenochtitlan necesitaba una mayor integración económica. Para dar un empuje a su desarrollo era prioritario ser aceptados como miembros de ese sistema económico, dirigido por Azcapotzalco, y para ello el pasaporte más seguro era que los tepanecas les permitieran consolidar un sistema político más afín con el resto de las ciudades con las que pretendían establecer relaciones. Por lo tanto, la mejor manera de hacerlo fue subordinándose a Acamapichtli.

Seguramente, no todos los jefes tenochca estuvieron de acuerdo con la designación y es posible que se crearan grupos opositores, pero sabían que para tener más peso debían estar lo más cerca posible de los principales de Azcapotzalco, como se verá con los siguientes *tlatoque*.

Una vez establecido el nuevo gobernante se puso en marcha la maquinaria que daba legitimidad a la situación, a través de los matrimonios políticos establecidos entre Acamapichtli y las “veinte” hijas de los “veinte” líderes de

los *calpulli*, de tal forma que los hijos de estas uniones heredaron no sólo la nobleza, sino también los roles de la jefatura de los *calpulli*^[105].

Aunque Azcapotzalco era quien imponía las normas, los líderes tradicionales de los tenochca intentarían no perder todo el poder del que habían disfrutado, por eso parece acertado concluir que, a través de los matrimonios, ellos eran quien más ganaban al quedar vinculados al nuevo linaje, pues aunque pudiera parecer que eran absorbidos por la nueva situación, lo que pasaba es que se diluían en ella.

A pesar de estar sujetos a los tepaneca, los mexica iban aumentando su patrimonio con las recompensas que recibían por participar en las guerras bajo sus órdenes y, además, podían realizar pequeñas conquistas en su propio beneficio, aunque tuvieran que tributar parte de las ganancias.

Por este motivo es difícil asignar con claridad qué batallas son exclusivamente mexica o pertenecen a Azcapotzalco, aunque contribuyeran como tropas auxiliares. Sí merece destacar el conflicto que los mexica mantuvieron con Chalco, primero a las órdenes de los tepanecas y más tarde como líderes militares del Valle.

Fue un conflicto que se inició alrededor de 1375, durante el reinado de Acamapichtli, en el que lucharon bajo las órdenes de Azcapotzalco, y como éste quedó sin resolver lo heredaron los tenochca. Chalco era la cabecera de una confederación que fue difícil de derrotar, la confederación Chalco-Amecameca. Por eso Tezozomoc primero, hasta 1385, y después sus herederos políticos tuvieron un enorme interés en acabar con él, y precisamente por abarcar varios reinados hasta su resolución, es un conflicto interesante que muestra la evolución de la guerra en Mesoamérica.

Los cambios realizados con el *tlatoani* no se limitaron a la política, sino que afectaron también a la religión, con el fin de adecuarla a ésta. Todo lo relacionado con el origen de Acamapichtli y su instauración en Tenochtitlan está rodeado de confusión. Incluso cabría la posibilidad de que la esposa principal tuviera más importancia para el inicio del nuevo linaje culhua-mexica. Ilancuéitl vino a Tenochtitlan como primera esposa de Acamapichtli, parece que era mayor que él y que tenía autoridad dentro del gobierno^[106].

Quizás el hecho de que una mujer tuviera relevancia dentro del gobierno podría también haber reformado el papel del *cihuacoatl* que tanta importancia tuvo en la vida política de Tenochtitlan. La mayoría de los pasajes que explican la “historia” tenochca están narrados en términos míticos o

legendarios; por eso, el acuerdo político al que llegaron las élites tenochca y tepanecas podría estar en estos términos y la introducción de Ilancuéitl podía deberse a necesidades del ‘guión’: Acamapichtli alcanzó algún acuerdo con los líderes de los *calpullis* de tal forma que estos le entregaron a sus hijas en matrimonio como parte de nuevo devenir político, quedando integradas ambas partes.

La tradición dice que Ilancuéitl era estéril y que las otras esposas le entregaban a sus hijos para ocultar el hecho. Esta narración podría tener una interesante lectura política: al ser presentados como hijos de Ilancuéitl se legitimaban a través de su alcurnia. De esta forma políticamente los líderes de los *calpulli* serían sustituidos, en cierta medida, por el *tlatoani* y en el ceremonial Quetzalcoatl fue paulatinamente sustituido por Hutzilopochtli, dios patrón de Acamapichtli, que se ajustaba mejor a los nuevos tiempos guerreros^[107].

Cuando murió Acamapichtli no dejó elegido sucesor, sino que dio una serie de consejos de cómo deberían regirse en adelante. A partir de este momento parece que se empieza con una selección entre los candidatos más idóneos y se abandona la elección por primogenitura: “*No Reinaron los Hijos de los Reies, por herencia, sino siempre por elección*”^[108].

Estas afirmaciones parecen basarse en fuentes que no observan el parentesco de los tres primeros *tlatoque*. Diego Durán (1967: 59) deja bien claro que Acamapichtli “no señala” a ningún candidato, tal vez él todavía era un gobernante títere de Azcapotzalco y no tenía la capacidad de “señalar” a su sucesor, sino que esta elección correspondería a Tezozomoc. Sería con Itzcoatl cuando se institucionalizan estos cambios. Primero porque hasta su nombramiento se elige como sucesor al hijo del *tlatoani* y segundo porque este cambio era obligado para que Itzcoatl pudiera legitimar su ascendencia. Reiteramos que al hablar de “selección de un gobernante” parece plantear un modelo de democracia que creemos muy lejos de la realidad. Tras un reinado de diecinueve años (1372-1391) Acamapichtli muere y el trono será ocupado por su hijo Huitzilihuitl desde 1391 hasta 1417, durante estos veintiséis años los mexica van ganando autonomía dentro del marco de dependencia establecido por Azcapotzalco y en esta evolución va a jugar nuevamente un papel importante la política matrimonial, que les proporcionará beneficios y animadversiones de importantes consejeros tepanecas que intentarán perjudicar los.

Huitzilihuitl en su política interior estableció cambios significativos dentro del estamento militar. Instituyó el grado de *Tlacochealcatl*, capitán general y cabeza suprema del ejército. Con los siguientes *tlatoque* este cargo tendrá mucho peso a la hora de optar al trono de Tenochtitlan^[109]. En cuanto a su política exterior se basó en una acertada estrategia matrimonial, con el fin de mejorar su situación como tributarios y de tener una mayor presencia política en la corte tepaneca. Se casó primero con una princesa de Tlacopan, y después con una nieta de Tezozomoc de Azcapotzalco. Al tener descendencia sólo tuvieron que tributar lo que provenía de su laguna. Esta decisión, al parecer, tomada unilateralmente por Tezozomoc no gustó a sus Consejeros^[110].

Aunque las fuentes insistan en mostrar el desacuerdo de los Consejeros lo que importaría sería la decisión del *Hueytlatoani* gustara o no a éstos. Sin embargo, este ‘malestar’ lo que sí podría originar sería facciones que conspiraran en contra de Tezozomoc y de sus decisiones y del grupo favorecido con ellas.

La hija de Tezozomoc murió después de nueve años de matrimonio con Huitzilihuitl y éste siguió con su política matrimonial.

En esta ocasión quiso emparentar con el señor de Cuernavaca pero a éste no le pareció que el rango de los tenochca fuera suficiente para emparentar con ellos^[111]. Sin embargo, el *tlatoani* de Tenochtitlan demostró que era capaz de superar con éxito las dificultades y haciendo uso de la fuerza obtuvo su propósito. La forma en que Huitzilihuitl lo consiguió está rodeada de románticos mitos, quizás para justificar un secuestro.

A pesar de que su dependencia de Azcapotzalco era menor y podían ir tomando decisiones en materias político-militares, seguían obligados a participar en las campañas que emprendía Tezozomoc. En este tiempo sus objetivos más importantes fueron Xaltocan y Texcoco^[112]. Como contraprestación por sus servicios recibían botín de guerra y en ésta contra Xaltocan, en 1395, obtuvieron tierras de esa provincia que reforzaron sus aspiraciones al aumentar su autosuficiencia agrícola.

En su política expansionista Azcapotzalco inició las hostilidades con Texcoco, que no se resolverán hasta el siguiente reinado. Se dirigió hacia el Golfo de México y alrededor de 1400 tomaron Cuauhtinchan, cerca de Cholula, especialmente importante por su comercio. Esta campaña claramente beneficiaba los intereses de los tlatelolca, pues por esta ruta se traerían los

artículos de lujo que tanto gustaban a la élite y que tantos beneficios reportaban^[113].

Nuevamente se reanudó el conflicto con Chalco, que se había iniciado con los tepanecas y que los mexica asumieron desde 1385. Huitzilihuitl se enfrentó a ellos en varias ocasiones dejándolos maltrechos, pero volvían a recuperarse, hasta que en 1411 toma la capital chalca e instaura un nuevo grupo de gobernantes. ¿Podría hacerlo sin el consentimiento de Azcapotzalco?. Las crónicas recogen que los estados más influyentes del lago, se reunieron con Azcapotzalco para acordar frenar a los tenochca^[114]. Tal vez esta reunión guarda relación con el episodio de Chalco. El vasallo se estaba volviendo demasiado ambicioso.

Tras la muerte de Huitzilihuitl sube al trono el hijo que tuvo con la princesa tepaneca: Chimalpopoca (1417-1427), durante su reinado México-Tenochtitlan conoce tiempos de prosperidad. Como consecuencia del desarrollo urbano se contaminó el agua potable de la ciudad^[115], y Chimalpopoca pide a su abuelo, el longevo Tezozomoc, trasvasar agua de Chapultepec. Al acceder a sus deseos despertaron recelos que acabaron con la vida del rey de Azcapotzalco^[116].

Aunque no sería de extrañar que hubiera muerto por su avanzada edad, según las crónicas murió con ciento veinte años; no obstante, durante el anterior reinado mexica parece que ya mantenía una política proteccionista que no agradaba a sus consejeros y, por otro lado, los mexica también se excedían en sus actuaciones militares, por lo que no sería de extrañar que las facciones que estuvieran conspirando en la sombra tuvieran algo que ver con su muerte.

Apuntamos que podría haber grupos opositores actuando en la sombra porque, nada más morir Tezozomoc, se inicia una guerra civil y este hecho necesitaba gestarse con sigilo, realizándose reuniones en las que los conspiradores hubieran ido perfilando el plan y sus apoyos, pues no olvidemos que Azcapotzalco era la ciudad más poderosa del valle.

En cuanto a la política exterior de Chimalpopoca también es tuvo marcada por las importantes campañas militares en las que participó bajo la dirección de Azcapotzalco. Destaca la que se libró contra Texcoco, pues como recompensa Tenochtitlan recibió la afamada ciudad, convirtiéndose, a su vez, en recaudadores de tributos de su área de influencia^[117].

Fue una gran recompensa, no sólo porque la posesión de tierras crecía considerablemente y la presión tributaria disminuía, sino porque la política expansionista y exitosa tepaneca iba eliminando obstáculos poderosos de los que se beneficiaría, sin duda, la comunidad mexicana^[118].

Sin ser una ciudad muy poderosa, Texcoco era lo suficiente mente competitiva para inquietar al ambicioso Tezozomoc. En 1409 subió al trono de Texcoco Ixtlilxochitl, que no encauzaba los problemas de forma sosegada como lo había hecho su padre que, pudiendo haber sido coronado como Señor de los Chichimecas, prefirió no caldear el ambiente con los tepanecas^[119]. Sin embargo, el nuevo rey conminó a Tezozomoc a que le reconociera como tal. La provocación aumentó cuando Ixtlilxochitl rechazó como esposa a una hija de Tezozomoc. Naturalmente, la situación era perfecta para declarar la guerra^[120]. Tezozomoc reunió un nutrido ejército con los aliados, entre los que se encontraban los mexica, aunque hay que tener en cuenta que Ixtlilxochitl se había casado con una hermana del *tlatoani* tenochca. Mientras que se ultimaban los preparativos para la guerra Tezozomoc buscó el pretexto perfecto para iniciarla.

Envió algodón a Texcoco para que su gente tejiera mantas, aduciendo la fama de las mismas. Este envío se repitió hasta tres veces, incrementando cada vez más la cantidad de algodón. Las dos primeras veces Ixtlilxochitl aceptó, pero a la tercera estalló el conflicto, que duró desde 1414 hasta 1418, y que se resolvió a favor de los tepaneca^[121]. Cabe preguntarse si Ixtlilxochitl tenía mayor rango que Tezozomoc, y por eso se luchaba, ¿por qué aceptó estos encargos?, ¿corresponde esta explicación a convencionalismos mesoamericanos que desconocemos? Ixtlilxochitl salió de la ciudad y buscó asilo entre los chalca, creyéndose a salvo. Sin embargo, fue traicionado, muerto por los tepaneca y sus atributos de poder entregados a Tezozomoc^[122]. Los chalca, o alguna facción dentro de ellos, se reunieron con el tirano de Azcapotzalco para pactar con él la muerte del molesto contrincante. A cambio éste prometió su neutralidad en los enfrentamientos que mantenían con los no menos incómodos mexica. Pero esta recompensa también podía enmascarar el deseo de frenar el creciente poder mexica, que recuerda a la mantenida por Nezahualcoyotl con Tlatelolco, como se verá adelante.

La consecuencia de estas campañas militares fue que Tenochtitlan empezó a perfilarse como un potencial enemigo para la propia confederación tepaneca, coincidiendo con la muerte de Tezozomoc, siempre dispuesto a

aplacar los ánimos contra los mexica. En este ambiente inestable Chimalpopoca y su descendencia fueron asesina dos.

Los tres primeros *tlatoque* de Tenochtitlan marcarán un antes y un después en la historia de México. Con el último de ellos, Chimalpopoca, se pone fin a la dependencia de Azcapotzalco, y, también, en palabras de Alfredo López Austin (1973: 173) al gobierno de los hombres-dioses. Dando lugar a una nueva dimensión política en el Valle de México donde las distintas facciones tomarán posiciones para jugar sus cartas. Estas diferencias se dirimirán en la contienda sangrienta que cambiará el orden establecido.

La guerra que cambió el universo azteca

Como ya vimos, Chimalpopoca junto con Tlacateotzin forma ron una facción que apoyaba a Tayauh en su pretensión de preservar el trono de Azcapotzalco frente a la facción de Maxtla. Enterado éste de la estratagema se enfrentó a ellos, pero no era el único que tenía interés en su desaparición, pues otra facción dentro de sus propias casas también deseaba acabar con sus vidas y las de sus descendientes, en un claro golpe de estado.

Con el camino despejado los nuevos actores inician los preparativos para la guerra, con el papel de protagonistas cambiado pues la situación entre los mexica también se alteró. Si hasta la fecha la casa tlotelolca parece haber disfrutado de una mayor relevancia política, ahora Itzcoatl, el nuevo *tlatoani* mexicano, parece acaparar más importancia que el tlotelolca Cuauhtlatoa. Quizás porque los tenochca fueron los que tomaron la iniciativa en la guerra contra los tepanecas o porque los tlotelolca al principio intentaron estar en el otro bando.

Tras la reunión que mantuvieron los conspiradores Itzcoatl, Nezahualcoyotl y Cuauhtlatoa acordaron enviar sus embajadas, solicitando ayuda. El encargado de hacerlo fue el señor de Cuauhtitlan que, como ya hemos comentado, era hijo de Tlacateotl de Tlotelolco^[123] y deseaba vengar la muerte de su padre, pero regresó con una respuesta negativa. Sin duda, conocedores los unos de la importancia que jugarían en la resolución del conflicto, y los otros conscientes de que sin aliados de peso no lograrían sus objetivos, decidieron tentarlos nuevamente. Esta vez junto al convincente

discurso de Nezahualcoyotl sumaron las no menos disuasorias riquezas de Tlatelolco^[124].

El ascendente que Nezahualcoyotl podía tener sobre los huexotzinca, venía de lejos. Cuando Ixtlilxochitl, su padre, fue muerto “*por órdenes del Huehue Tezozomoc, que se le dio muerte por mano de unos chalcas y tepanecas*”. (Chimalpahin 1965: 189), Nezahualcoyotl se refugió en la región de Tlaxcala para sobrevivir a la matanza de su estirpe^[125] hasta que fue a vivir a Tenochtitlan. La amistad de Nezahualcoyotl fue un motivo de peso para que tlaxcalteca y huexotzincas decidieran ayudarles^[126], una vez convencidos, el resto se sumó a esta empresa fácilmente: Tliluhquitepec, Atlancatépetl, y Tlaxcalan entre otros^[127]. Con este fabuloso ejército, dirigiéndose hacia Azcapotzalco, estaba claro de qué lado se inclinaría la balanza. Sin duda, el apoyo de los pueblos del Valle de Puebla Tlaxcala fue determinante.

Tras la victoria muchos de los nobles del Valle que habían perdido se refugiaron en Chalco, Tlaxcala y Huexotzinco. Entre los refugiados insignes se encontraban familiares de Nezahualcoyotl, abonándose nuevamente el terreno para la intriga^[128]. Sea como fuere, Nezahualcoyotl siempre demostró su gratitud a Tlaxcala enviando regalos periódicos^[129] y debió realizar también algún pacto de no agresión como recompensa por la ayuda prestada, teniendo en cuenta el tiempo que la Triple Alianza estuvo sin molestarla.

Pero tampoco debemos restar importancia a otros factores que fueron fundamentales en el desarrollo de la empresa; el papel tan relevante que jugó la diplomacia en manos de Nezahualcoyotl; el instinto guerrero de Itzcoatl, así como las excelentes condiciones militares de los mexica; el papel de presión que jugaron las facciones, pues por un lado estaba la de Chimalpopoca, Tayauh y Tlacateotzin, que en buena lógica contaría con el apoyo de parte del ejército, como hemos señalado, el *tlatoani* tlatelolca gozaba de la confianza de Tezozomoc para colocarlo al frente de los ejércitos, por otro lado estaba la facción de Maxtla que luchaba por el trono de Azcapotzalco y que según narra Chimalpahin “*buscaba socorro de todos los principales de los pueblos de Chalco para que lo ayudasen y favoreciesen en su guerra contra los mexicas tenochcas, pero los Señores chalcas no quisieron dar tales órdenes y se rehusaron a ayudarle*” (Chimalpahin 1965: 192).

Finalmente, la facción de Itzcoatl y Nezahualcoyotl fue la beneficiada y parecen los candidatos más probables para haber acabado con la rama que

gobernaba en Tenochtitlan, porque el hecho de que asesinaran también a sus descendientes es un dato significativo para empezar una nueva época política, sin que nadie pudiera reclamar; y si Tlacateotzin estaba implicado con Chimalpopoca también tuvo que desaparecer.

Tras esta guerra el poder de Azcapotzalco que había prevalecido desde 1348 cesó en 1428 al ser desbancado por la que sería la mayor organización política que se desarrolló en Mesoamérica: el imperio Azteca.

MÉXICO-TECNOCHTITLAN: LA NUEVA POTENCIA

El nuevo orden y la triple alianza

Se realizará entonces el agüero que significa que nadie en el mundo podrá destruir jamás ni borrar la gloria, la honra, la fama de México Tenuchtitlan. (Chimalpahin 1965: 55)

Al hablar de la guerra tepaneca hemos comentado que la verdadera razón del levantamiento de los pueblos tributarios fue la inestabilidad creada por la muerte de Tezozomoc de Azcapotzalco, cuya consecuencia supuso un cambio radical en la organización política del Valle, ya que los oprimidos vieron el momento propicio para ser libres y pusieron en práctica los planes que debieron estar anhelando durante mucho tiempo.

El pretexto para iniciar el conflicto fue el endurecimiento fiscal al que los sometió el polémico Maxtla, quien mostraba abiertamente su animadversión por los mexica y con motivo, pues sabemos que conspiraron para asesinarle. La situación no mejoraba y todos evaluaron sus opciones. Los descontentos se reunieron para estudiar la situación y decidieron aliarse en una confederación, para enfrentarse al nuevo tirano.

Esta asociación, en la que varias ciudades se unieron para defender los intereses comunes, recibió el nombre de *Excan Tlatoloyan*^[130], “el tribunal de los tres lugares”^[131]. La nueva confederación podía continuar con la tradición al estar representados los aculhua por Nezahualcoyotl de Texcoco, los culhua por Itzcoatl de México-Tenochtitlan, y los tepaneca por Totoquihuatzin de Tlacopan. Esta unión la conocemos como Triple Alianza. Ante la presión ejercida por Maxtla, Itzcoatl y sus sobrinos encabezaron una facción en contra del ‘usurpador’, no sin antes haber eliminado los obstáculos internos que se les oponían. En este grupo no sólo estaban Moctezuma I, Tlacaelel y Nezahualcoyotl, sino también Totoquihuatzin y Cuauhtlatoa, con todos los aliados que pudieron reunir.

Cada participante tenía motivos diferentes para oponerse a Maxtla, aunque el primordial era disputarle el poder que ahora reclamaba. Nezahualcoyotl estaba ansioso por reconquistar el trono de Texcoco y aunque tenía motivos personales, se dejan entrever otros que los exceden. En opinión de Pedro Carrasco (1996: 61) estaba sometido políticamente a Tenochtitlan, como también parece que lo estaba Totoquihuatzin, señor de Tlacopan, y que de la misma manera reclamaba su derecho legítimo al trono y Cuauhtlatoa de

Tlatelolco, que participó en esta facción, en cierta medida, obligado por las circunstancias, pues recordemos que intentó aliarse con Maxtla y éste no respondió como esperaba.

Tras 115 días de lucha y auxiliada por otros pueblos la Triple Alianza acabó con las aspiraciones de Maxtla. La victoria favoreció a la facción liderada por Itzcoatl, quien se preparó para cambiar la historia de México-Tenochtitlan, así como la del resto del Valle. Tenochtitlan asumirá el vacío político dejado por Azcapotzalco, haciéndose cada vez más fuerte; hasta tal punto que hubiera podido prescindir de sus socios, aunque esta opción carecía de lógica, ya que sólo habría conseguido reducir la potencia del ejército y el ingreso de los beneficios.

Cumbre “PostAzcapotzalco”

El resultado favorable de la batalla auspició cambios que obligaron a reunirse nuevamente a los vencedores —Tenochtitlan, Texcoco y Tlacopan— para repartir el territorio y establecer un nuevo orden que engrandeciera lo que ya había conseguido Tezozomoc de Azcapotzalco.

De esta reorganización salieron beneficiados, en mayor o menor medida, todos los aliados. Incluso los *macehuales* de Tenochtitlan, que en principio quedaron más sometidos a sus propios señores, consiguieron que, gracias al esfuerzo conjunto con los trabajadores de la Triple Alianza, se realizaran construcciones de vital importancia para el desarrollo urbano^[132]: el acueducto que trajo agua potable a la ciudad desde Chapultepec; un enorme dique que atravesaba el lago con el doble objetivo de evitar las temidas inundaciones y de poder controlar el nivel del agua, para que la sal no llegara a las cosechas^[133] y la calzada que unió Coyoacán con Tenochtitlan.

Ahora, por el hecho de ser uno de los tres miembros principales de la Alianza, automáticamente adquirirían el *status* jurídico de *hueitlatocayotl*. Esto implicaba que el resto de los *tlatocayotl*, que les correspondieran en el reparto, quedaban subordinados a ellos, pudiéndoles controlar políticamente al intervenir, incluso en la elección del *tlatoani*, aunque no fuera de forma directa^[134].

El reparto quedaba constituido en tres partes, no exactamente iguales. Tenochtitlan obtuvo mayor porción que sus otros dos aliados, le siguió en

importancia Texcoco, cuyo dirigente Nezahualcoyotl ‘exigió’ a Itzcoatl que admitiese a Totoquihuaztli de Tlacopan como tercer miembro de la Alianza^[135]. Quizá puso como condición para admitirlo ser la cabeza militar de la misma^[136]. O si, como señala Pedro Carrasco (1996: 63), cabe la posibilidad de que estuviera subordinada a Tenochtitlan se beneficiaba obviamente, pues actuaba “*como representante del poder que aún controlaba a los pueblos de las riberas occidentales del lago de Tezcoco*” (Noguez 1989: 15). Aunque si, los tlacopanecas asesinaron a Chimalpopoca, por encargo de Itzcoatl^[137], su inclusión sería una especie de recompensa por los servicios prestados.

Pero en esta reunión se echa de menos a Tlatelolco, ya que quedó completamente excluida del reparto^[138]. No sabemos con exactitud por qué, pues podría haber ocupado el lugar de Tlacopan dentro de la Triple Alianza, ya que técnicamente era uno de los vencedores de la contienda contra los tepanecas y, como sus *tlatoque* pertenecían a ese linaje, podía haberlos representado dentro de la alianza, si pretendían mantener la tradición de los tres linajes.

Hasta cierto punto podemos entender por qué los tenochca no los apoyaron. Por un lado, desde la época de la peregrinación siempre había existido una clara enemistad y ahora que Tenochtitlan tenía más poder lo ejerció; y, por otro, Tlatelolco fue muy reacia a entrar en la guerra; incluso intentó una alianza con los tepaneca antes de luchar contra ellos, quizá porque tenía vínculos más directos con Azcapotzalco, o simplemente por no aliarse con los tenochca.

Ciertamente, los tlatelolca intentaron una alianza que Maxtla no respetó, al atacar la ciudad de Cuauhtitlan, dañando los intereses tlatelolca^[139], pero lo que realmente les impulsó a romper la relación fue la orden que dio para acabar con la vida de Tlacateotl^[140]. No obstante, la actitud de Texcoco al favorecer a Tlacopan en perjuicio de Tlatelolco es más difícil de entender; pues Nezahualcoyotl en su actuación como árbitro en las disputas mexica siempre los apoyó. Si la postura se basaba en que éstos actuaran de freno al progresivo poder tenochca, hubiera sido más eficaz optar, desde un principio, por Tlatelolco como miembro de pleno derecho. Sin embargo, por motivos desconocidos Tlatelolco no fue tomada en cuenta.

Quizás Texcoco aspiraba a ocupar la cabecera de la Alianza y pensó que, si ambos grupos mexica se unían, o se presentaba la posibilidad de que Tlatelolco creciera más gracias a su importancia comercial, tendría menos

posibilidades de conseguir sus objetivos que con Tlacopan, que parecía de menor peso político; y si había sido admitida gracias a las gestiones de Nezahualcoyotl, también podrían demostrar su agradecimiento en caso de que se presentara la ocasión de enfrentarse a Tenochtitlan.

Tras la definición de quiénes eran los líderes de la Triple Alianza, el territorio quedó dividido en tres secciones, cuyos *hueitlatocayotl* fueron Tenochtitlan, Texcoco y Tlacopan. El análisis de este reparto puede parecer problemático pues se hizo basándose en un intrincado sistema, en el que cada ciudad tenía un número de posesiones propias, pero dentro de ellas los otros dos socios también disponían de señoríos que afectaban al reparto de tributos^[141]. En la actual organización político-administrativa se puede diferenciar el pago de tributos al gobierno central, al ayuntamiento, etc., circunstancia que asumimos como trámites administrativos normales.

Respecto al análisis de este reparto, en general, se sigue a Alonso de Zorita (1992: 54), que afirma que variaba en función de que el pueblo perteneciera directamente al *Hueitlatocayotl*, percibiendo en este caso el tributo completo, o que con las fuerzas de la Alianza se consiguieran nuevos tributarios, caso en el que unas veces su tributo era dividido a partes iguales y otras Tenochtitlan y Texcoco recibían dos partes y Tlacopan una.

Una vez establecidos los socios y cómo se reparten territorio y ganancias hay que establecer cuáles van a ser las funciones a desempeñar, qué directrices políticas van a seguir y cuál será su ámbito de actuación.

Definir las competencias precisas que tenía cada *hueitlatocayotl* dentro de la Alianza es complicado por la falta de datos, aunque las fuentes apuntan a que Tenochtitlan se encargaba de los aspectos militares, comandaba el ejército de la Alianza, potentísimo gracias a las tropas de las tres ciudades, más las *auxilia* de los pueblos sojuzgados; Texcoco los jurídicos y Tlacopan los tributarios^[142].

No obstante, a pesar de que el reparto de funciones aparece así en las fuentes, la información no parece fiable. Aunque el control del ejército era de máxima importancia para gestionar con éxito el imperio, la justicia y la economía no lo eran menos, y a nuestro juicio, es dudoso que Tenochtitlan permitiera que las otras dos ciudades controlaran con independencia estas funciones, principalmente por lo que se refiere a Tlacopan, que desde el principio aparece bastante dependiente de Tenochtitlan.

Incluso, aceptando este reparto de dominios y competencias, parece deducirse que Tenochtitlan disfrutó desde el principio de superioridad sobre sus dos aliados. Tlacopan que había luchado siempre bajo las órdenes del Huey Tezozomoc de Azcapotzalco, ahora parece que estaba bajo la dirección de Tenochtitlan. *“El papel de Tlacopan como subordinado de Tenochtitlan se evidencia en que, desde el tiempo de Itzcoatl, varias ciudades del grupo tepaneca tuvieron reyes de la dinastía tenochca, y en que recibía una porción menor de los tributos que las otras dos capitales del Imperio”* (Carrasco 1996: 63).

A pesar de que Texcoco tuviera más presencia en la Alianza, si la comparamos con Tlacopan, no hay que perder de vista que había pertenecido a Tenochtitlan cuando eran tributarios de los tepanecas. Durante ese tiempo Tenochtitlan inició una activa política matrimonial para incrementar su poder: Así, Huitzilihuitl casó a una de sus hijas con el gobernante de Texcoco, de tal forma que el siguiente rey, Nezahualcoyotl, inauguró la lista de los reyes texcocanos que descendían de madres tenochca, a través del *“tipo de alianza matrimonial en la que el rey superior da una hija a un rey subordinado. Este tipo de alianza continuó en tanto que los reyes sucesores de Nezahualcoyotl fueron hijos de princesas mexicas”* (Carrasco 1996: 61).

Como consecuencia de estas circunstancias Nezahualcoyotl tomó parte en la guerra tepaneca bajo las órdenes de su tío Itzcoatl, y aunque se hizo el reparto del botín en 1430, Nezahualcoyotl no se instaló en el trono de Texcoco hasta 1431, residiendo en Tenochtitlan hasta esa fecha^[143]. No podemos saber si durante estos cuatro años que menciona Ixtlilxochitl, Nezahualcoyotl estuvo negociando con su tío, quien finalmente consentiría su restauración en Texcoco como pago a los aliados conseguidos para vencer a los tepaneca. Sea como fuere, los tres miembros se disponen a gestionar el territorio conquistado, iniciándose un nuevo orden en la Cuenca de México.

Administración del nuevo orden

Aunque las tres ciudades vencedoras se repartieron el territorio, el imperio se organizó unitariamente al seguir unas directrices comunes en política interna, externa, económica y militar. Cada ciudad, con su dinastía dominante, controlaba una serie de dominios que podemos encuadrar en dos categorías: los que estaban en la zona inmediata de influencia o ‘zona despensa’ y los que

con la expansión quedaban cada vez más lejos de la influencia imperial o ‘zona suntuaria’, y que a continuación desarrollamos.

Zona cercana: ‘despensa’

En los *tlatocayotl* principales de la ‘zona despensa’ se desarrollaba una burocracia idéntica a la del *Hueitlatocayotl*, para manejar eficientemente los recursos de primera necesidad con los que se abastecía. Aparte de proporcionar éstos, tenían otra serie de obligaciones tributarias que consistían en la construcción y mantenimiento de los edificios públicos, contribución con sus hombres para engrosar las filas del ejército imperial, y otros servicios de índole doméstica.

Estas obligaciones podían ser con una de las ciudades miembro, si había sido conquistada individualmente, o bien con el imperio, si la conquista se había realizado conjuntamente; y se basaban en el cumplimiento de un calendario supervisado por funcionarios especializados denominados *calpixques*, por eso en las ciudades que residían recibían el nombre de *calpixcazgos*, desde el reinado de Moctezuma I y Nezahualcoyotl^[144].

Las responsabilidades de estos funcionarios no se limitaban a la recaudación de tributos, sino que aparte de velar por el buen funcionamiento económico del territorio, al asegurarse de recibir los tributos que estaban especificados para el abastecimiento de la ciudad principal y de que llegaran a su destino, como representantes imperiales tenían otras funciones más cercanas al protocolo, al recibir y acomodar a altos dignatarios que acudían a la ciudad, pues era costumbre que los principales de la Triple Alianza tuvieran residencias en las otras ciudades^[145].

Dentro del cuerpo de los *calpixques* había distintas escalas. El máximo responsable de la recaudación era el *hueicalpixque* que tenía bajo su control a otros *calpixques*. Estos altos funcionarios eran nobles nombrados por el *tlatoani* aunque, según descendamos en la importancia del centro productor de tributos, disminuiría la posición social del funcionario. Cabe la posibilidad de que este puesto se reservara a los militares como premio a sus destacadas carreras^[146]. Como hemos comentado, de acuerdo a un calendario establecido, el imperio establecía qué, cuándo y cuánto debía tributar cada región. La cuantía del tributo dependía mucho de la actitud que habían mantenido durante la conquista, a mayor resistencia mayor tributo^[147].

Y también guardaba relación con la distancia. El tributo tendría un menor volumen y peso y se evitaría que fuera perecedero, dependiendo de su situación geográfica respecto del lugar receptor del tributo. La introducción de estas variables hace que Frances Berdan y Michael Smith (1996: 209) afirmen que fue una innovación de los aztecas.

Sin embargo, opinamos que esta afirmación es discutible, pues lo que sí parece novedoso es la dimensión que cobraba el imperio, y que al no disponer de '*Código Mendoza*' o '*Matrícula de Tributos*' para Azcapotzalco que nos informen de cómo organizaban sus tributos, no podemos asumir sin reservas la deducción de Berdan y Smith. Del mismo modo que la organización política presenta dos zonas: la 'despensa' y la 'suntuaria', la organización tributaria distingue los tributos que proceden de ambas zonas, de tal forma que a la organización administrativa se le superponía una organización tributaria^[148].

El sistema de recaudación era piramidal, de tal suerte que los sujetos de la zona 'despensa' tributaban a su cabecera y ésta a la capital provincial, donde el *calpixque* recogía lo tributado de manos del *tlatoani* local para llevarlo a la metrópoli.

A nivel imperial Tenochtitlan recibía tributo de sus capitales de provincia, recaudado por los *calpixque* imperiales, aunque parte de ese tributo volvía a las mismas para financiar las guarniciones, los silos o cualquier otro gasto que corría por parte de la capital imperial.

Texcoco y Tlacopan tenían un *calpixque* en sus *tlatocayotl*, también tenían otro residiendo en Tenochtitlan para controlar los tributos procedentes de las provincias imperiales^[149]. De este comentario parece desprenderse que los recaudadores o mayordomos eran naturales de las provincias vencedoras, aunque el gobierno local permaneciera intacto.

Esta organización imperial está reflejada en las fuentes. Por ejemplo, el *Memorial Tetzcocano* de Motolinía redactado seguramente en relación con el *Memorial de los Pueblos de Tlacopan*, coincide en presentar una zona central liderada por la capital con una serie de ciudades menores con sus reyes que dependían de ella, así como los pueblos de campesinos asignados que estaban gobernados por mayordomos. Los tributos que obtenía esta zona central eran íntegramente para la capital principal. Por otro lado, estaba la zona periférica que comprendía los lugares conquistados por la Triple Alianza, cuyos tributos

se llevaban a Tenochtitlan y allí se repartían entre las tres^[150]. Este punto no lo comparten todos los estudiosos.

Además de los tributos que ya hemos mencionado merece nuestra atención el tema de su transporte, pues al carecer de animales de carga, cobra una importancia especial. Se han establecido unos cálculos generales de lo que se incrementaba el coste del tributo con el transporte, y se asume que el coste del transporte sería parte del tributo por cuenta del contribuyente y no de la Alianza^[151].

Las provincias que entraban a formar parte del imperio se regían con unas normas universales en lo referente a los *tlamemes* (porteadores). Estos trabajaban de cabecera a cabecera, lo que facilitaba y abarataba el transporte, a lo que hay que agregar la seguridad derivada de trabajar en una zona ya pacificada. Sobre la intervención o no del imperio en la red de distribución de los bienes y la relación de los comerciantes con el gobierno central las fuentes analizadas permiten afirmar que el Estado central era quien fijaba qué tributaba cada región y que, en ocasiones, dicho tributo había que adquirirlo en los mercados, por lo que ambos aspectos quedaban imbricados.

El gobierno imperial, marcaba y protegía las rutas comerciales con el propio ejército, cuando la situación así lo requería, e incluso las crónicas están plagadas de pasajes que dejan claro que el ataque a una caravana comercial era motivo suficiente para declarar la guerra^[152].

Asimismo, establecía toda la reglamentación que competía a los mercados: la categoría, su periodicidad, el tipo de mercancías, los jueces propios para solucionar los problemas que se suscitaban en relación con la justicia, etc.^[153] Definir el comercio como un sistema económico administrado, parece acertado en el sentido de que el comercio se desarrollaba dentro de unos canales que controlaba el gobierno administrativamente al fomentar la dinámica del mismo, exigiendo productos que se debían adquirir en mercados no locales como forma de tributo, protegiendo las rutas, facilitando a los *pochteca* de la Alianza su trabajo, al prohibir a otros que tuvieran acceso a todos los lugares, y cobrando impuestos por las transacciones.

Si bien es cierto que el tributo minaba la salud económica de las zonas conquistadas, a cambio las demandas imperiales estimulaban la producción local y, con frecuencia, expandían las relaciones comerciales para asegurar los bienes requeridos. Las nuevas comunidades incorporadas podían navegar por

la red comercial imperial, con todas sus ventajas como acceder a productos de otra manera impensable y poner los suyos en circulación.

La capital principal controló directamente una zona próxima con funciones de ‘despensa’, que le cubría las necesidades principales. Pero además, dentro del Valle también tuvo zonas en el territorio de las otras dos cabeceras de la Liga. Este esquema se puede aplicar a la organización de los tres *hueitlatocayotl*, teniendo en cuenta que las posesiones de cada una estaría en consonancia con el peso específico que tuviera dentro de la Confederación.

Así pues, para la administración de la zona cercana se emplearon varias estrategias políticas y administrativas para asegurar el despegue y la consolidación del imperio. En el ámbito político podemos destacar dos: unas de carácter más burocrático y otras que afectan más directamente a las élites y sus relaciones. De las primeras destacan la flexibilidad de la administración para adaptarse a los distintos lugares según conviniera, cambiando o manteniendo a los gobernantes, como veremos en Chalco y Tlatelolco; utilizando un cuerpo de funcionarios imperiales que organizaban las ciudades subordinadas, si el aparato burocrático de éstas no era satisfactorio; el desarrollo de una red comercial con sus propios profesionales, *pochtecas*, supervisada directamente por Tenochtitlan; en cuanto a las élites se establecían relaciones que pretendían vincular estrechamente a las ciudades subordinadas con la imperial a través de las alianzas matrimoniales, aspecto que será ampliado por sus importantes implicaciones, y de la apropiación de tierras de esas ciudades para beneficio personal del *tlatoani* y de los nobles, lo que permitió el despegue de la élite.

Zona lejana: ‘suntuaria’

Una vez bien consolidada la ‘zona despensa’, que aseguraba que los recursos básicos llegaran con regularidad al corazón imperial, se lanzaban hacia áreas lejanas, en busca no sólo de bienes exóticos que les proporcionaban riqueza, sino que estas zonas tenían la función de proteger el flujo de bienes vitales procedentes de las provincias cercanas^[154]. Estos territorios se organizaban siguiendo las pautas de la zona de influencia cercana^[155].

En las provincias conquistadas se trataba de extraer su productividad sin alterar el aparato burocrático. Para ello se mantenía, en la medida de lo

posible, el gobierno local, pues resultaba más operativo para los objetivos del imperio. Aunque en las fuentes también aparecen otros modelos.

En el caso de que un rey local muriera durante la conquista, era sustituido por alguien de su propio linaje, pero proclive al régimen imperial. En otros lugares un *calpixque* gobernaba, tal y como narra el Mendocino (1979). Otras veces vemos que el señor local, a la hora de impartir justicia y dictar sentencias, era asistido por funcionarios mexica que pudieran residir en guarniciones cercanas. Asimismo, existían emplazamientos cuya única sujeción era la de asistir al ejército imperial a su paso o el de enviar artículos de lujo^[156]. Estas provincias lejanas cooperaban militarmente de forma directa defendiendo la frontera, e indirecta aportando soldados y provisiones para el ejército así como para las fortalezas y guarniciones que se establecían cerca de las provincias enemigas.

Hay otras poblaciones lejanas que no tienen documentación para ser clasificadas como provincias tributarias del imperio, como la ciudad quiché de Uatlán. Durante el reinado de Ahuitzotl una caravana de *pochteca* viajó hasta Guatemala, pero el gobernante de Uatlán, entonces muy poderoso, la expulsó. Años después, en el reinado de Moctezuma Xocoyotzin, el camino al Xoconochco se reforzó, y en 1510 la ciudad de Uatlán pagó tributo en plumas de quetzal, oro, piedras preciosas, cacao y textiles, además de concertarse un matrimonio para reforzar esta relación^[157].

En nuestra opinión, las provincias exteriores se pueden dividir en las que tenían una situación geográfica estratégica y las que respondían al deseo de obtener productos suntuarios. Las primeras fueron la respuesta político-estructural del imperio ante las regiones que tenían sin conquistar, ocupándose de hacer frente a las incursiones hostiles de los enemigos. Y las segundas contribuyeron al engrandecimiento del imperio, especialmente al de la élite. En general, estas zonas eran conquistadas, aunque algunas veces se adherían voluntariamente^[158]. Una vez incorporadas, se les exigía un tributo que era diferente al de las provincias tributarias y, en el que además se incluía el apoyo militar; no estaba reglado en un calendario y en las fuentes aparece como “regalo” en lugar de tributo.

La actuación de la diplomacia y la entrega de presentes era vital para la gestión de estas zonas, así como para atraer a nuevos clientes. Como el control directo obviamente era menor que en la zona nuclear, se reforzaba con la construcción de guarniciones en las zonas que hemos comentado que tenían una situación geográfica estratégica, generalmente fronteriza.

Dentro de las actuaciones que llevó a cabo el imperio para fortalecer y ampliar su poder, se incluye reforzar una especie de corporativismo entre las élites gobernantes y el método más eficaz fue a través de los matrimonios de Estado. Este instrumento político no sólo ha sido utilizado en Europa, sino que en Mesoamérica, como no podía ser de otro modo, se usó desde antiguo para obtener los mismos beneficios e igual que en occidente, esta utilización del matrimonio con fines políticos encerraba un importante peligro: nos referimos a las facciones y sus consecuencias.

En el desarrollo de los grandes centros mesoamericanos los matrimonios de Estado han sido una constante para obtener beneficios políticos. Servían para entablar relaciones con nuevas ciudades, limar asperezas en caso de hostilidades y tener apoyos extras.

Como se ha tratado en la primera parte, los mexica “*tenían grandes trazas para ganar las voluntades a todos sus vecinos [...] henchían su ciudad con la gente comarcana y atraían las demás naciones, emparentando con ellos por vía de casamiento*” (Códice Ramírez 1980: 41). Y supieron sacar partido a la política matrimonial para crecer más rápidamente en su etapa de tributarios, pues sabían que “*emparentando con muchos Reies, y Señores, estaria mas engrandecido, y tendria mas favor, y aiuda en sus necesidades*” (Torquemada 1969: 104).

La complicada estructura familiar de la sociedad mesoamericana, merece por sí misma un estudio detallado, pues el hecho de que se practicara la poliginia, sobre todo entre las clases altas, daba lugar a verdaderos harenes de los que salían candidatos legítimos al trono y donde se urdían complots en los que las madres buscaban, dentro de sus linajes, los apoyos necesarios para promover a sus hijos, sin reparar en los medios utilizados para conseguirlo.

Claro ejemplo de esta política fue el enlace de Acamapichtli con las hijas de los líderes de los *calpullis* tenochca para prestigiar el que sería el linaje de los reyes tenochca^[159]. Al principio, estos matrimonios se concertaban con princesas o mujeres principales de Azcapotzalco o Aculhuacan, quizás buscando la mejor manera de entroncar con el linaje tolteca. Acamapichtli de Tenochtitlan, Cuacuauhuitzáhuac y Tlacatéotl de Tlatelolco lo hicieron con mujeres de Coatlichan. Huitzilíhuatl se casó con una hija del Huey Tezozomoc —Ayauhcihuatl— con objeto de que éste dulcificara las cargas tributarias y Tlacatéotl con Cueutlachcihuatzin también tepaneca^[160].

Tras la formación de la Triple Alianza cada ciudad recibió sus posesiones gobernadas por sus propios señores. Para mantener y aumentar el control político Nezahualcoyotl de Texcoco los vinculó a través de matrimonios políticos al casar a sus hijas con estos gobernantes locales, como anteriormente lo había hecho Tezozomoc, con la excepción del señorío de Chiauhltlan, donde envió a su hijo Cuauhtlatzacualotzin como rey, que era el sistema utilizado por los mexica. Dependiendo del rango político de estos centros Nezahualcoyotl les implicaba con responsabilidades en el gobierno de Texcoco, como el mejor sistema para tenerlos controlados^[161].

Tenochtitlan siguió una política similar casando a sus príncipes. Los hijos de Itzcoatl fueron *tlatoque* de Atotonilco (de Pedraza) y de Xilotepec; los de Axayacatl y Motecuhzoma II de Tollan, aunque también ‘utilizaron’ a las princesas mexica para asegurar los lazos sobre todo con las provincias lejanas^[162]. Así que con independencia de que en el reparto Tenochtitlan obtuviera mayor botín, los matrimonios políticos fueron decisivos para aumentar su poder dentro de la Alianza y desarrollar un verdadero cambio político.

Caminando hacia el Imperio

Victorioso, este pueblo guerrero, inició una carrera expansionista jalonada de éxitos, que les llevaría a dominar gran parte de Mesoamérica, desde México Central hasta la actual frontera de Guatemala.

En menos de dos siglos, de 1325 a 1521, crearon un imperio de gran extensión y de difícil control, limitado por la ausencia de animales de carga, la climatología y la orografía a la hora de plantear las bases estratégico-logísticas para su expansión. Sin embargo, el sistema funcionó y lo hizo bien, utilizando, en su propio beneficio, la fuerza de la amenaza conducida, para crear lo que podríamos llamar un ‘poder virtual’, basado en una diplomacia dura bien encauzada, respaldada por un ejército^[163], siempre listo a llevar un mensaje ejemplar allí donde la fuerza de la imagen flaqueara, capaz de extender su dominio hasta unas dimensiones sin precedentes en Mesoamérica.

Las líneas básicas de la política tenochca podrían compararse a los estudios de mercado que realizan las grandes multinacionales. Antes de instalarse en un territorio, se estudia económicamente y se hace un balance

para ver si interesa o no; se analizan los costes y los beneficios, y si el saldo que arrojan es positivo, se programa la ‘colonización’ a través de un meticuloso y bien trazado plan de *marketing* en el que, por medio de una buena campaña de promoción, comienzan una estrategia de penetración hasta hacerse presentes como algo irremediable, aceptado colectivamente como necesario, si bien sin el habitual carácter cruento de una conquista, aunque con parecidos resultados.

De igual forma Tenochtitlan, una vez que se independiza del yugo tepaneca, es consciente de que ese es el momento preciso de su ‘oportunidad’ para la expansión; era la vencedora, quien detentaba el aura del poder y quien podía imponer sus criterios.

Como si fuera una gran empresa que necesita recursos económicos para crecer, en cada caso estudiará cómo expandirse, por lo que a tenor del panorama social, económico y cultural en el que tiene que establecerse, conocerá el contexto en el que se mueve para diseñar adecuadamente objetivos y medios y así optar, de forma certera, por un determinado tipo de implantación.

Podrá colonizar en forma de sucursales, lo que implicaría un importante desembolso económico y un gran esfuerzo de establecimiento, con lo que puede producirse una limitación en la expansión, y grandes riesgos, al correr todos los gastos por cuenta de la empresa. Otra opción sería la de instalar ‘concesionarios’ que suponen menos riesgos económicos y la ‘imagen de marca’ de la empresa queda preservada de igual forma.

La sucursal se podría comparar a una forma de imperialismo territorial: llega, domina y corre con todos los gastos, limitando así su crecimiento. La segunda opción, con una delegación ‘vigilante’, correspondería a un imperialismo de tipo hegemónico: llega, da las directrices a seguir, es más barato, porque, si le conviene, respeta las estructuras existentes y permite cierta autonomía, aunque la supervisión es efectiva y cada cierto tiempo pasará a recoger los beneficios estipulados.

Son muchas las voces que han cuestionado la naturaleza política del México prehispánico desde un punto de vista que le privaba de la categoría de imperio^[164] o de Estado^[165]. Esto se ha debido a que en multitud de ocasiones los parámetros que se han utilizado para asignar categorías a las sociedades estudiadas eran demasiado rígidos, en el sentido de que si se proponía como patrón ideal la evolución de una sociedad occidental, puede ponerse como

ejemplo el desarrollo de la sociedad romana, cualquier sociedad que no se ajustara a los estadios evolutivos que presentaba la romana no alcanzaba el *status* de estado, imperio o cualquier otra organización que se estuviera comparando.

Evaluar si realmente la estructura que los mexica crearon se puede calificar o no de imperio, levanta bastante polvareda, debido a que el modelo al que tenía que ajustarse era el planteado por Carlos von Clausewitz (1980: 47-59). Según éste un imperio debe cumplir una serie de requisitos: expansión territorial, control interno de las áreas conquistadas y mantenimiento del ejército en las fronteras. Estas premisas sólo pueden llevarse a cabo con un ejército permanentemente movilizado, con el control territorial de los enemigos y de cambio de gobierno local, y la presencia de fortificaciones que garanticen la defensa del territorio.

La organización política mexica ha sido juzgada con este patrón de corte claramente eurocéntrico. Para Clausewitz (1980) la guerra era la consecuencia armada de la política, se identificaba con la consecución de un objetivo y no con la violencia. El objetivo se conseguía desarmando al enemigo y conquistando su territorio. Desde este punto de vista el imperio mexica ha sido duramente criticado y visto como falto de organización política y militar compleja. Pero también cabe la posibilidad de que no actuaran de dicha manera porque el objetivo político perseguido fuera diferente^[166].

Estas carencias de la estructura política de los mexica, comparada con la organización tradicional, entendida como europea guarda relación con la presencia o no de un ejército profesional. A este respecto, podemos decir que existen datos numerosos sobre órdenes y escuelas militares, tanto para nobles como para comunes, oficios relacionados directamente con la guerra, abundante vocabulario bélico que ofrecen una infraestructura compleja alrededor de la misma que implicaba a toda la médula social.

Aún así, algunos autores no consideran que Tenochtitlan hubiera desarrollado un ejército profesional, porque los soldados que participaban en las guerras mexica no eran militares a tiempo completo remunerados por el Estado^[167], ni en los territorios conquistados permanecían escuadrones de soldados para controlarlo permanentemente; y, por ello, eran corrientes las sublevaciones.

Como se verá a lo largo de este estudio los soldados mexica, así como sus tropas auxiliares, estaban siempre dispuestos y a tiempo total cuando la

climatología, la logística y la situación de guerra así lo exigían. Respecto a la permanencia o no de tropas imperiales en lugares conquistados dependía de la importancia de la plaza conquistada, según su situación estratégica en las líneas fronterizas más problemáticas, como la tarasca, costa del Golfo y Chichimeca, generalmente lejanas del núcleo imperial o en las rutas comerciales, donde se colocaban guarniciones que se poblaban con colonos procedentes de la Triple Alianza, con un gobernador al mando, encargado de mantener el orden y de que los pueblos cercanos suministraran los alimentos y mano de obra necesarios para el mantenimiento de la guarnición como forma de tributo^[168].

Si nos concentramos en los objetivos políticos y económicos que perseguían los mexica, sin descuidar los religiosos que los legitimaban, y los contextualizamos social y tecnológicamente, vemos que no están exentos de racionalidad. Y que la interpretación tradicional, clausewitziana, no es válida para la comprensión de la organización del imperio azteca.

Según el planteamiento expuesto dos son las maneras en que un imperio puede expandirse: la territorial y la hegemónica. En la primera se ejerce en la zona conquistada un control político directo a través del cambio de gobierno y de la permanencia de las tropas imperiales. Este sistema ofrece una fuerte explotación económica de la zona, pero a cambio todos los gastos de tipo administrativos corren a cargo del imperio, y, por tanto, el coste y dificultades de su financiación pueden limitar la expansión. En la hegemónica, en la zona conquistada se deja al equipo dirigente local, siempre que sea proclive a los nuevos patronos. La explotación económica puede ser menor en comparación con la territorial, pero todo el gasto administrativo corre a cargo de la zona conquistada, por lo que este ahorro permite al imperio mayores expectativas de crecimiento.

El imperio mexica en su expansión incorporaba ciudades dentro de su sistema político, pero la forma en que lo hacía no era mediante la dominación territorial, sino a través de una sojuzgación de tipo indirecto que exigía a las áreas conquistadas lealtad, y que la economía mexica entrara en forma de comercio, tributo y servicios. Aparte de esta solicitud, si la respuesta a los requerimientos mexica había sido positiva podían mantener más o menos su organización anterior^[169].

Conforme el imperio creció las revueltas en momentos de inestabilidad interna como era la muerte de un *tlatoani*, se hacían más difíciles de controlar. Por eso, al subir al trono el nuevo gobernante sancionaba su poder con una

campaña sobre la zona sublevada para demostrar su fuerza, sobre todo durante el período de los últimos *tlatoque*. La presión mexica creaba muchos descontentos y los tributarios estaban atentos a las situaciones críticas para encontrar ‘su oportunidad’ y liberarse como antes lo habían hecho ellos.

Los líderes de la Triple Alianza sabían muy bien que el principal peligro residía en la unión de varios estados cercanos para crear un frente común contra el imperio. Fue el caso de los tarascos o de las ciudades de Puebla-Tlaxcala que, a través de alianzas, consiguieron mantener libre de la presión mexica el acceso a los productos de la costa, con el consiguiente debilitamiento para el imperio al quitarles potenciales tributarios y áreas de paso vitales para el comercio. Pero estas situaciones de desventaja eran zanjadas por los mexica armando un zafarrancho, respondiendo a cualquiera que cuestionara su poder con una dureza desproporcionada, que servía de aviso a las ciudades tributarias^[170].

Además, para mantener satisfechos a los dioses y amedrentados a los tributarios, en la celebración de sus fiestas inmolaban a los prisioneros de guerra. A estas fastuosas ceremonias eran invitados los dirigentes de las provincias amigas y enemigas^[171]. Con el desarrollo del imperio se incrementó el número de cautivos para el sacrificio; quizás fue la respuesta política a la necesidad de mantener el terror como símbolo de poder y de control político.

Es posible que los peligros que hemos señalado para el régimen imperial podían solventarse fragmentando a sus tributarios más importantes; pero esta decisión hubiera dañado seriamente el nivel de ingresos, al alterar las jerarquías tributarias que el sistema había generado.

El ejército resolvía los aspectos logísticos básicamente con la aportación de hombres, armas y alimentos que tenían preparado los tributarios^[172]. Esto les permitía avanzar con rapidez al no tener que transportar grandes cargas desde Tenochtitlan. Además del abastecimiento del ejército los tributarios vigilaban y defendían las fronteras^[173]. A través de esta organización el imperio, ahorraba tiempo, tenía mayor disponibilidad, y minimizaba los gastos, no solo en lo referente al abastecimiento, sino también en la administración.

Como ya hemos apuntado el imperio mexica permitió dentro de su organización gobiernos locales con cierta autonomía^[174]. Frente a un sistema territorial que mantiene a sus tributarios bajo el peso directo del ejército, el

sistema azteca tuvo que afrontar numerosas rebeliones locales, pero esto no indicaba falta de control local, sino la consecuencia inherente al tipo de organización imperial que eligieron.

Los imperios hegemónicos están más orientados a mantener la tranquilidad entre sus tributarios que a guardar las fronteras permanentemente: este aspecto se encomienda a los estados clientes que se encargan de la seguridad con el apoyo, si lo necesitan, de las fuerzas imperiales. Su objetivo no era únicamente dominar un territorio, sino mantener la zona tributaria lo más productiva posible para sacarle el máximo rendimiento económico.

Tanto el imperio territorial como el hegemónico explotan las zonas de dominio, pero el primero hace hincapié en la incorporación de las regiones y, el segundo en su explotación. Aunque al principio parece más operativo el sistema territorial, éste se ve limitado en su expansión por tener permanentemente ocupado al ejército, y tiene mayores gastos político-administrativos^[175].

La organización del imperio mexica bajo las pautas de un sistema de control indirecto se nos hace ahora más racional y aunque existía la realidad de las rebeliones periódicas de los tributarios, a ambos parecía compensarles. A unos, por los beneficios económicos, el acceso a bienes de otra manera imposibles de conseguir y la seguridad en caso de necesidad que ofrecía el imperio y, a otros, por los excedentes y la disponibilidad de un poderoso ejército para obtenerlos.

La independencia de Tenochtitlan había nacido como consecuencia de una guerra: la derrota de Azcapotzalco. Ésta trajo un gran cambio político en el Valle y aunque los mexica resultaron la potencia más favorecida, aprendieron que era mejor para sus intereses dominar los actos guerreros y colocarlos al servicio de la política, porque, aunque indudablemente la guerra, si era favorable, proporcionaba poder y beneficios materiales, también presentaba otra faceta negativa: poner en marcha, sin auténtica necesidad, el aparato militar, que resultaba muy costoso para el Estado y, además, siempre se corría el riesgo de que los dioses no ampararan la empresa y, aunque la derrota materialmente no fuera gravosa, políticamente podía resultar desastrosa.

Se decidió que el Estado debía manejar con sumo cuidado este aspecto, dosificándolo con maestría para que al actuar fuera temible, ‘ejemplar’, y no hiciera falta volver. Así, los guerreros mexica adquirieron fama de

implacables y nacieron en torno a ellos privilegios e instituciones que desembocaron en una militarización de la sociedad.

Eso nos llevaría a concluir que, a pesar de sus connotaciones militares, la política exterior de Tenochtitlan estuvo marcada por la economía de fuerza innecesaria, aunque se nos antoje una paradoja en una sociedad que se militarizó con sus distintos *tlatoque* hasta los extremos que iremos viendo.

Los reinados militares

Itzcoatl (1427-1440) llegó al trono de Tenochtitlan en 1427 en un momento político delicado y oscuro, no sólo en la propia ciudad de México-Tenochtitlan, pues sobre él recaía la sospecha acerca de su implicación en el asesinato del anterior *tlatoani*, sino que la inestabilidad se extendía por todo el Valle, como solía ocurrir cuando un *hueitlatoani* moría.

La vacante del trono tepaneca originó una violenta guerra civil, que involucró a las poblaciones del Valle, haciendo que se posicionaran en cada uno de los bandos. Una facción liderada por Maxtla de Coyoacan, hijo de Tezozomoc y, según las fuentes, usurpador del trono de Azcapotzalco y la otra por Itzcoatl que, en a nuestro juicio, era igual de ‘usurpador’ del trono tenochca.

Asistidos por numerosos aliados, los segundos se hicieron con la victoria y las consecuencias de ésta fueron el inicio de una nueva era que se superponía al poder tepaneca, naciendo Tenochtitlan como una ciudad libre, para, a través de la fuerza que le proporcionaría la Triple Alianza, crear un imperio poderoso que estremecería los cimientos mesoamericanos.

Muchas e importantes fueron las consecuencias de la guerra tepaneca; otra de ellas fue el reparto de la tierra de forma poco equitativa. La nobleza recibió un mayor número de parcelas, aumentando considerablemente la propiedad privada en detrimento de los *calpullis*^[176]. Además de las parcelas de tierra individuales el Estado se reservó otras para su propio mantenimiento, para gastos de guerra, y de los templos —igual que un estado moderno—^[177]. Este reparto tendría consecuencias directas sobre la nueva estructura social.

Esta situación de desigualdad parece quedar legitimada en la ‘historia oficial’ pues al parecer no todos querían un enfrentamiento con Azcapotzalco,

sino que eran los nobles quienes estaban interesados en modificar la situación. Por eso antes de que se declarara la guerra a los tepanecas, la ‘historia oficial’ dice que Tlacaelel propuso un pacto al pueblo. A través de éste la clase dirigente se comprometía a morir si no traían la victoria y si, por el contrario, vencían, el pueblo quedaba obligado a la clase dirigente.

Independientemente de la veracidad o no del famoso “pacto” que relata Duran (1967: 79-80) lo importante es que queda justificada en la “historia oficial” la supremacía de los notables sobre los *macehuales* y que es una reorientación ideológica a posteriori, que marcó una importante diferenciación social y económica entre los mexica.

Pero, aparte de originar un profundo cambio social, permitió que el *tlatoani* se independizara de las instituciones tradicionales^[178], porque al tener tierras propias, el *tlatoani* dejó de depender de los *calpullis*^[179].

Los mexica estuvieron agrupados en comunidades cuya base de asociación era el parentesco y que denominaban *calpulli*. En cada uno de ellos había un líder que defendía los intereses colectivos del grupo. Al establecerse en el Valle de México, el resto de sus vecinos tenían un sistema político más centralizado que les otorgaba superioridad en la organización de los asuntos militares. Y como hemos visto en la primera parte la implicación en este sistema político les resultaba vital para integrarse en la vida económica del valle y alcanzar con seguridad la meta de gobernarlo.

No tenemos noticias de que el suceso fuera violento, sino más bien una solución salomónica, para poder encauzar la ambición que poseían. Esto no significó que los líderes tradicionales renunciaban a su poder, sino que fueron encontrando acomodo dentro de la nueva situación política y cuando autores como J. Rounds (1979: 76) aseguran que los líderes de los *calpullis* consiguieron retener más poder que el *tlatoani* en los asuntos internos, entendemos que llegarían a algún acuerdo que les permitiera mantenerse en una situación de ventaja frente al grueso de la sociedad y que se encargarían de manejarla para que aceptara sin desórdenes las decisiones del *tlatoani*; pero en ningún caso compartimos que mantuvieran tanto poder como para formar una especie de reinado par, en el que trataran al *tlatoani* como un igual y, mucho menos, que tuvieran capacidad de decisión.

El Estado para su formación se apoya en los elementos de los que dispone, los tradicionales, mezclándolos con los nuevos sin brusquedades^[180].

Así que donde se plantea el problema para la centralización es en la relación que se establece entre el *tlatoani* y los líderes tradicionales.

Lo cierto es que para que se dé una transición no violenta se tiene que producir una identificación de intereses en la que ambas partes salgan beneficiadas. Los líderes tradicionales son incorporados a la nueva dinastía a cambio de delegar parte de sus atribuciones en favor del *tlatoani*, evitando de este modo una fuente de competencia. Como el nivel de relación no podía ser simétrico, los líderes debieron aceptar planteamientos más que imponerlos, y aunque se acomodaron dentro del sistema, es imposible que todos pudieran estar de acuerdo y complacidos, por lo que se forjarían fuerzas opositoras que con el tiempo estarían dispuestas a derrocar al poder establecido como así sucedió.

Durante el reinado de los tres primeros *tlatoque*, este proceso apenas fue apreciable, hasta que Itzcoatl consiguió suficiente poder económico para hacerse fuerte militarmente y tentar las lealtades de los líderes de los *calpullis*. Estos ingresos fueron realmente el motor que originó la centralización.

Tras la derrota de Azcapotzalco el *tlatoani* obtuvo las riquezas personales de las que hasta entonces había carecido y con ellas surge una nueva clase de guerreros que se superpuso al sistema tradicional, sin que ello significara que los líderes de los *calpullis* perdieran su poder, porque llegado a este punto se habían convertido en una misma categoría social, ya que Acamapichtli se había casado con sus hijas.

Los descendientes eran mestizos de ambos poderes, y con la llegada de las riquezas pudieron centralizar el poder, asegurándose su continuidad en una organización que se presentaba más acorde con los tiempos que corrían.

Por otra parte, este incremento del patrimonio permitía al *tlatoani* recompensar a nobles y a comunes, independizándoles en cierta medida de los órganos tradicionales y colocándoles en dependencia directa de él^[181]. De este modo, además de ir creándose una organización fiel, pudo costearse una guardia pretoriana que garantizara el buen desarrollo de sus intereses.

Es difícil establecer cómo era el reparto del tributo y si parte de éste pasaba a engrosar las arcas particulares del *tlatoani* o no^[182], y si realmente existía una separación entre los fondos públicos y los privados del rey. Podemos aventurar que el *tlatoani* no recibía un salario fijo del Estado por desempeñar su puesto, pero sí sabemos que, a partir de las victorias obtenidas

por Itzcoatl, los *tlatoque* recibían, como parte de las ganancias, tributos y tierras de las provincias sometidas^[183]. Este hecho le permitía no depender tanto de lo que le tributasen sus súbditos mexica, a través de sus representantes tradicionales.

Esta fortuna personal se incrementaba con la expansión, ya que no sólo recibían los tributos de los mexicanos y de los pueblos conquistados, sino que hay que añadir los productos de la explotación de sus tierras, así como la venta de éstos en los mercados, sin olvidar los regalos personales que recibiera^[184].

Itzcoatl permaneció en el trono trece años y durante su reinado efectuó cambios radicales en la política de Tenochtitlan pudiendo afirmar que estableció las bases para la expansión del imperio mexicano, aunque ésta no empezó propiamente con él sino, con su sobrino Moctezuma Ilhuicamina, quien se expidió más allá del Valle^[185].

En primer lugar Itzcoatl debe legitimar su situación personal y para ello altera el sistema de sucesión, poniendo mayor énfasis en las cualidades militares de los candidatos^[186] en detrimento del primogénito como se había hecho hasta el momento. La justificación venía dada por los tiempos violentos que corrían^[187], aunque los motivos eran otros.

En el Valle de México el tipo de sucesión que dominaba era filial, tanto en Azcapotzalco como en Texcoco^[188], sin embargo en Culhuacan se practicaba la sucesión fraternal^[189]. En Tenochtitlan durante los tres primeros *tlatoque* también se siguió el tipo de sucesión filial, ya que los mexica todavía no tenían rango suficiente para emular a Culhuacan.

La muerte de Chimalpopoca, ocurrida en el agitado ambiente prebélico, parece responder a la necesidad de un cambio en la política interna de Tenochtitlan, en la que los líderes militares estaban dispuestos a enfrentarse al tirano tepaneca. El sistema cambia hacia un modelo que Jack Goody (1966: 24-26) denomina sucesión incierta. En este tipo de sucesión se prefiere al hermano del gobernante en lugar del hijo^[190], ampliándose el número de candidatos al trono que, además de pertenecer al linaje, tienen que demostrar que militarmente son los más idóneos.

Todos los candidatos con posibilidades trabajan a favor del trono^[191], buscando su ‘oportunidad’. Este sistema de sucesión se rige de acuerdo a las normas de la organización política hegemónica que hace partícipes a todos, en cierta medida, y al involucrarlos funciona mejor. También se desviaban las

intrigas hacia los elegibles, procurando estabilidad al trono que ya estaba decidido.

Durante la campaña de ‘elección’ los posibles candidatos se movían en busca de apoyos que, junto con sus hazañas personales, avalaban su candidatura; y aunque en teoría, en la propia ceremonia se podían presentar hasta veinte candidatos, lo cierto es que normalmente se llevaba seleccionado uno que se confirmaba en la ceremonia^[192]. Teniendo en cuenta el valor que tenía la imagen en el mundo mexica, la ceremonia de elección era parte importante, aunque fuera simplemente una farsa o un “simulacro de unanimidad” como lo denomina Sally Moore (1977), porque el candidato ya se había pactado previamente.

La ‘elección’ se hacía en una reunión cuyos componentes eran los miembros del Consejo de los Cuatro y los *tlatoque* de las ciudades cabecera de la Liga^[193] que participaban activamente en la reunión, pero seguramente no tenían peso para cambiar la decisión que se hubiera tomado en el gobierno de Tenochtitlan.

En la reunión se ‘elegía’ principalmente entre los dos máximos responsables militares: *tlacateccat* y *tlacochcalcatl*. Ésta era lógica, pues tenían sangre real, estaban en contacto directo con el mundo que posibilitaba los méritos necesarios para optar al trono y disfrutaban de la confianza de los capitanes que controlaban la fuerza de los escuadrones de cada *calpulli*. Este hecho era de suma importancia para sus aspiraciones.

Respecto a estos cargos militares está confuso saber cuál de los dos era más importante y si realmente era condición indispensable para ser *tlatoani*. Algunas fuentes afirman que el *tlacateccat* tenía más rango. Si esto es cierto, sabemos que algunos *tlatoque* llegaron a serlo —Itzcoatl bajo Chimalpopoca, Moctezuma I bajo Itzcoatl, Moctezuma II bajo Ahuitzotl—^[194].

Con todos estos cambios que afectaban al sistema de sucesión el cargo de *tlatoani* quedaba a la medida de Itzcoatl, pues no hay que olvidar que fue un destacado militar en los reinados de Huitzilihuitl y de Chimalpopoca, y que pertenecía a una rama de la dinastía gobernante a la que no correspondía la sucesión, pues su madre era una esclava^[195].

Con este sistema se elegía a alguien cercano al rey, pero no necesariamente su primogénito, introduciendo el factor de la competencia, incluso el de la intriga, que permitía, a la muerte de un *tlatoani* no deseado, cambiar de rama dinástica sin tener que ser traumático para la sociedad y

correr el peligro de iniciar una guerra civil^[196]. Parece que la sucesión fraternal se hizo a posteriori para legitimar a Itzcoatl, ya que de haber sido filial hubiera sido un sucesor inapropiado.

Las innovaciones políticas de Itzcoatl no se redujeron al sistema de sucesión sino que también introdujo modificaciones en la estructura militar, colocando en los puestos de máxima responsabilidad a parientes y personas leales a su proyecto político^[197].

Además, definió los órganos de poder para vertebrar la administración: en lo más alto estaba el *tlatoani*, elegido por el Consejo entre los candidatos más idóneos y que solían pertenecer a la misma familia. Concentraba el poder político, religioso y militar, además de ratificar al *tlatoani* de otras ciudades dependientes, pudiendo colocar en esos tronos a alguien afín a los intereses tenochca^[198]; tras él el *cihuacoatl*, que se encargaba de los asuntos internos de la administración^[199]. Su presencia responde al concepto dual de la ideología mesoamericana y tuvo una importancia política enorme, perfectamente representada en el Templo Mayor. La figura del *cihuacoatl* o mujer serpiente merece una explicación más extensa porque no existe en la política occidental.

Otros órganos que también se vieron afectados por el espíritu reformador de Itzcoatl fueron: El Consejo de los Cuatro formado por él mismo, el *cihuacoatl* y los dos máximos mandos militares el *tlacatecatl* y el *tlacochcalcatl*^[200]. Eran parientes cercanos del *Tlatoani* y nombrados por él. Según los datos que ofrece Durán (1967: 103), el *tlatoani* se elegía de entre uno de los componentes de esta institución, que cobra fuerza tras la muerte de Chimalpopoca, dentro del marco de reformas ‘itzcoatlianas’ para preparar el camino hacia la centralización.

El Consejo de la Guerra *tequioacacalli* o *cuauhcalli* estaba encabezado por el *tlacatecatl* y el *tlacochcalcatl*; preparaban la estrategia de las batallas junto al *Tlatoani*, basándose en la información proporcionada por el servicio de inteligencia y, en sus dependencias específicas, *tecpilcalli*, enjuiciaban los casos militares^[201].

El *tlatocan* o Consejo Mayor estaba formado por 12 o 20 miembros, según las fuentes utilizadas, en donde se discutían los aspectos que afectaban a todos los estratos sociales^[202]. Cabe añadir el Consejo de Justicia, dividido en salas para lo penal y causas de los nobles *tlacxitlan* y lo civil *teccalli* o *teccalco* compuesto por jueces y oficiales, en donde se elaboraban estrictas

leyes y reglamentos; estos funcionarios se formaban en el *calmecac* y eran elegidos y nombrados por el *tlatoani*; el Consejo de Religión y Educación de gran importancia y complejidad y el Consejo de Economía, no menos importante, en el que se trataban los asuntos relacionados con el desarrollado sistema tributario y de mercados^[203]. Desde su atalaya de poder, Itzcoatl reformó todos los aspectos de la sociedad. Ahora sólo le quedaba reescribir la Historia del modo conveniente^[204].

Mandó quemar los libros antiguos que contenían los mitos y relatos históricos desde la migración, donde aparecían descritos los dioses tutelares y la organización política tradicional, el *calpulli*. Por eso, Alfredo López Austin (1973: 178) afirma que el *tlatoani* no quería que el pueblo pudiera reclamar su independencia, ya que los *calpullis* tenían mucho poder y era en el registro de los libros donde podían buscar su legitimidad; y escribió una nueva Historia con un remozado panteón de dioses, caracterizados por atributos militares que les preludiaban una nueva época, al filo de la obsidiana.

Quizás, no hizo desaparecer los libros antiguos porque los *calpullis* tuvieran ‘mucho poder’, pues desde que Acamapichtli lo asumió ya había pasado un período de tiempo considerable para que la vigencia de los líderes de los *calpullis* fuera efectiva. Sin embargo, cualquier facción que tuviera posibilidades de arremeter contra el nuevo gobierno sí podría utilizarlos para proclamar su legitimidad o la poca de Itzcoatl o con fines propagandísticos para ir en contra del *tlatoani*, apelando a que ‘los tiempos pasados siempre fueron mejores’^[205].

Poco a poco se fueron introduciendo cambios políticos que necesitaban estar arropados por una ideología acorde. Así, los mexica se constituyen en los herederos incontestables del legado tolteca. Mitos, leyendas y dioses guerreros vinieron a legitimar los planes del nuevo régimen político.

En resumen, Itzcoatl colocó los cimientos del nuevo estado mexicano, dotándole de unas estructuras de gobierno, vertebrando la sociedad a través del control de la educación, el arte y la literatura, envuelto todo ello en una rica ideología guerrera que dio importantes frutos, pues en política exterior tuvo apabullantes éxitos militares; el primero fue la derrota de Azcapotzalco y la formación de la Triple Alianza. A éste le siguieron otras campañas militares victoriosas como las emprendidas contra Coyoacan, que fue la primera ciudad en ser atacada, quizás porque Maxtla era su *tlatoani*, Xochimilco y Cuitlahuac, que reportaron botines y mano de obra, y con ello, un bienestar

creciente en la sociedad mexicana, que le granjeó la adhesión al régimen, además de un cinturón de seguridad alrededor de México-Tenochtitlan.

Planteado así, parece que la organización giraba perfectamente engrasada. Sin embargo, los problemas entre los socios se sucedieron desde el principio y fueron en aumento sobre todo cuando la economía mejoró y les hizo sentirse suficientemente fuertes como para pretender dominar al resto.

Texcoco se enemistó con Tenochtitlan y Nezahualcoyotl le arrebató a Itzcoatl el territorio del sur de la Cuenca, que reportaba importantes beneficios. Esta afrenta la resolvería mucho tiempo después Moctezuma Xocoyotzin quien, aprovechando una campaña contra Tlaxcala, emboscó a Nezahualpilli y recuperó el territorio^[206]. Itzcoatl fue el primer *tlatoani* que impuso su sello personal en la historia política de Tenochtitlan, centralizando aspectos que, hasta ese momento, habían estado más dispersos, e iniciándose con él, en cierto sentido, una serie de ‘reinados militares’.

La mujer serpiente

Es necesario explicar esta figura política, porque aparte de la idiosincrasia del cargo, la persona que lo ostentó más tiempo tendrá una actuación sobresaliente en el desarrollo ideológico del imperio.

El talón de Aquiles del sistema hegemónico era la acechante posibilidad de revueltas en momentos de incertidumbre, como la muerte de un *tlatoani*, que en política interna podía tener consecuencias graves. Las facciones que apoyaban a los distintos candidatos podían aprovechar para rivalizar. Y el hecho de que no hubiera unanimidad en la elección del nuevo gobernante hacía peligrar el sistema basado en la fuerza que irradiaba el líder. En el ámbito de la política exterior estos momentos de lucha interna podían alentar a la rebelión.

Con los últimos *tlatoque* tenochca parece que el apaciguamiento de estas rebeliones formaba ya parte de la ceremonia de coronación^[207].

Pero esta situación, en cierta medida, beneficiaba al trono políticamente, pues hacía que la incertidumbre mantuviera vivo el interés por la institución. No obstante, se buscó un mecanismo orgánico que garantizara que este proceso de renovación del trono no hiciera peligrar el camino hacia la centralización.

Se formalizó la figura de un regente que se ocupaba de mantener la continuidad mientras tomaba posesión el nuevo gobernante. Este ‘interino’ tenía funciones específicas y de máxima responsabilidad dentro del gobierno, incluyendo la selección del nuevo rey. Esta solución no es extraña en otras sociedades, encontramos ejemplos de ello en la política antigua normanda, y africana^[208].

En Tenochtitlan el funcionario que actuaba como regente se llamaba *cihuacoatl*, que significa mujer serpiente. Su presencia e importancia política no fue bien comprendida por los cronistas, en contraposición a la interpretación que hacen del *tlatoani*. Quizás las metáforas empleadas para uno y otro término influyeron decisivamente. El *tlatoani* era asimilado al sol, con claras referencias a las metáforas de poder europeas. Sin embargo, la figura del *Cihuacoatl* no corrió tanta suerte porque en la política europea no existía un equivalente, aunque está plagada de regentes ilustres, que suplían al rey cuando fallecía y el heredero era menor, o cuando se ausentaba. Generalmente, el regente era la mano derecha del monarca y su Consejero, despachando asuntos de Estado de gran importancia, e incluso, alcanzó, algunas veces, más poder que el propio rey, igual que el *Cihuacoatl*.

El origen del cargo guardaba relación con los sacerdotes de la diosa patrona de Culhuacan. Sin embargo, el aspecto femenino del *Cihuacoatl* y su comparación con la luna, dotaba al puesto de una simbología difícil de comprender para los europeos^[209].

Los cronistas han descrito la importancia del *Cihuacoatl*, no sólo porque hablaba directamente con el *tlatoani* y le rebatía abiertamente los temas con los que no estaba de acuerdo, sino también porque podía usar la misma indumentaria que él y compartir los rituales, aspectos de enorme trascendencia en esta protocolaria sociedad. Por ello, el rango político del cargo era enorme, siendo el segundo en importancia en el escalafón gubernamental^[210].

En ciudades del Valle como Texcoco, Coyoacan, Xochimilco, Tlatelolco y Tochimilco aparece la figura del *Cihuacoatl*, aunque algunas veces no recibe tal denominación. Por ejemplo, cuando murió Nezahualcoyotl, a pesar de tener hijos mayores, dejó como sucesor al pequeño Nezahualpilli, pero mientras crecía nombró a Acapioltzin, uno de sus hijos mayores, regente de Texcoco, aunque no le llama *cihuacoatl*^[211]. En otras provincias cercanas se daba un modelo de ciudad-estado compuesto, en el que gobernaban dos

tlatoque-gobierno par, aunque tampoco se distingue entre *tlatoani* y *cihuacoatl*^[212].

Pero tras la guerra tepaneca el cargo de mujer serpiente encontró acomodo en las nuevas estructuras de poder de la sociedad mexicana y adquirió connotaciones políticas. Durante los tres primeros *tlatoque* parece que el *cihuacoatl* no tuvo protagonismo y que fue el *tlacochcalcatl* quien ocupó el segundo cargo importante en el gobierno^[213]. Sin embargo, a partir de los cambios políticos introducidos en el reinado de Itzcoatl ganó fuerza, unido a la interesante personalidad de Tlacaelel^[214].

Efectivamente, la importancia del cargo vino de la mano de Tlacaelel que, aparte de ser uno de los actores destacados en la guerra tepaneca, era hermano del futuro *tlatoani* Moctezuma Ilhuicamina y sobrino de Itzcoatl. Sus funciones estaban relacionadas con las suplencias del *tlatoani*, con la organización de la celebración de investidura y con la política interna, permitiendo que el *tlatoani* se centrara en las relaciones exteriores^[215].

Era un cargo delicado al concentrar tanto poder, permitiéndole rivalizar con el propio *tlatoani* e incluso usurpar el trono durante su ausencia^[216] o intrigar para obtenerlo legalmente, pues pertenecía al linaje de los candidatos. Sin embargo, la respuesta a esta incógnita parece tenerla también el poderoso Tlacaelel.

En la ordenación que se llevó a cabo tras la derrota tepaneca, a la hora de planificar la organización interna de Tenochtitlan las partes implicadas: Itzcoatl, Moctezuma I y Tlacaelel, establecieron el reparto de papeles políticos. El resultado debió surgir de algún acuerdo, pues es extraño no sólo que el *cihuacoatl* no tuviera la tentación de arrebatarse el poder, sino que lo rechazara cuando tuvo oportunidad de ejercerlo legalmente, al morir su hermano Moctezuma I^[217].

El cronista Tezozomoc pone en boca de Tlacaelel que él y sus hijos estaban mejor como consejeros, asesorando al *tlatoani*. Si aceptamos este dato podemos deducir que en esa planificación de las instituciones hacia la centralización política, se siguieron reglas distintas para las dos instituciones más importantes del gobierno y para que éstas se mantuvieran en las manos que interesaba se siguieron dos tipos de sucesión: fraternal para el trono y para el *cihuacoatl* filial^[218].

“Todos” los descendientes de Tlacaelel disfrutarían de este cargo, pero a cambio no optaban al de *tlatoani*. De hecho, ninguno lo fue, a excepción de

Tlacotzin, nombrado *tlatoani* por Hernán Cortés quizás porque desconocía las reglas políticas de Tenochtitlan, aunque había sido *cihuacoatl* de Cuauhtemoc^[219].

Esta deducción parece razonable, porque el linaje de Tlacaelel tenía asegurado un cargo vitalicio y como candidatos al trono la opción no era segura. De cara al exterior la justificación podía estar en el propio desempeño de sus funciones, si el *tlatoani*, junto con sus comandantes, era el encargado de los asuntos militares y el *cihuacoatl* no, quedaba excluido como aspirante al trono al no reunir parte de los méritos necesarios^[220].

La funcionalidad del cargo también se puede analizar desde la perspectiva de la dualidad mesoamericana, que al dividir en dos la esfera política la enraíza con la mitológica. La dualidad está presente en todas las facetas de la cultura mesoamericana, incluida la política al más alto nivel, representada por el *tlatoani* y el *cihuacoatl*.

El sol, representado por el *tlatoani*, y la luna, representada por el *cihuacoatl*^[221], son imprescindibles para la armonía cósmica. Además, al observar el movimiento de ambos parece que se realizan de forma opuesta^[222]. La conciencia de este hecho, asumido como contrario, se aplicaba en la organización del gobierno como una metáfora política: dos máximos dirigentes en el cosmos que con la armonía de su movimiento logran dirigir el universo.

Al asociar al suplente con la diosa *Cihuacoatl*, como advocación de Coyolxauhqui y Malinalxóchitl en su encarnación de traidoras de Huitzilopochtli, el cargo simbólicamente se liga con lo nocturno, “figura en la sombra”, frente al brillo del sol que desprende el cargo del *tlatoani*. La importancia de la diosa debió ser grande, pues ocupó un puesto en el panteón mexica que le permitía codearse con Huitzilopochtli^[223].

En sus funciones el *cihuacoatl* encarnaba el lado oscuro y siniestro de la diosa, que en el ámbito político se traducía en presidir los ritos de las exequias reales y, también, aunque hemos dicho, apoyándonos en Rounds (1982: 82-83) que no se ocupaba de la guerra, implicado en esa dialéctica que proporciona el devenir dual, obligaba al *cihuacoatl* a complementar al *tlatoani* en esta tarea, para que el movimiento fuera perfecto y reinara la armonía cósmica, o traducido al terreno político para que la guerra fuera favorable. En este engranaje bélico, el *tlatoani* se dedicaba a la parte de la

‘acción’ y el *cihuacoatl* a la ‘potencia’, a través del ritual, como encarnación de la diosa a la que representaba.

Moctezuma Ilhuicamina (1440-1468) recibió como legado el esbozo de un ambicioso proyecto que él debería empezar a concretar, extendiendo las fronteras más allá del valle. Moctezuma Ilhuicamina era hijo de Huitzilihuitl y había demostrado sobradamente sus dotes militares al ser distinguido con el grado de *tlacateccatl*, como reconocimiento a su valía militar.

En los primeros años de su mandato una serie de acontecimientos pusieron en peligro la incipiente organización política. Sobrevinieron grandes desastres naturales: una devastadora plaga de langostas en 1446, que arrasó las plantaciones; en 1449 se produjeron las inundaciones en la ciudad; y de 1450 a 1454 se originaron numerosas heladas que acabaron con las reservas de Tenochtitlan, dando lugar a una terrible hambruna. El Estado disponía de unos almacenes donde se guardaban excedentes de trigo para paliar las necesidades del pueblo, pero en esta ocasión la calamidad duró demasiado tiempo^[224].

Estos desastres naturales finalizaron en 1455. Dicho año está recogido en las fuentes, no solo por ser excelente en lluvias y cosechas, sino porque coincidió con el fin de un ciclo de 52 años^[225].

Los mexica medían el tiempo conjugando un calendario solar de 365 días con otro ritual de 260; cada ciclo duraba 52 años. El tránsito de un ciclo a otro era conmemorado con grandes rituales bien descritos en las fuentes, que llenaban de angustia a la sociedad. Era una sensación finisecular, ya que los mexica tenían la obligación de satisfacer a sus dioses para que no sobreviniera el caos en el universo y el mundo desembocara en la nada. Así fue como se achacó a la cólera de los dioses los desastres acaecidos en los años precedentes, lo que impulsó el incremento de sacrificios humanos para honrarlos^[226].

En política exterior también coincidió con el avivamiento del problema con Chalco, poderoso centro que podía disponer de un enorme ejército para hacer frente a las huestes de la Alianza que, naturalmente, en estos momentos críticos ansiaban sus fértiles tierras. El conflicto fue largo y se solucionó en varias campañas que no siempre fueron positivas para los mexica.

Igual que Tezozomoc de Azcapotzalco empleó el ardid del algodón para provocar a Ixtlilxochitl de Texcoco, Moctezuma I aludió a la construcción del nuevo templo en honor de Huitzilopochtli para conmemorar el inicio de su

reinado y solicitó a los chalca materiales para ello; el objetivo principal era tener certeza de quiénes estaban a su lado: los chalca se negaron.

Moctezuma I no necesitó convencer a sus aliados para iniciar la guerra. Texcoco tenía motivos más que suficientes para odiarlos, pues habían asesinado a dos hijos de Nezahualcoyotl^[227]. Pero la campaña de 1450 supuso un serio revés para los mexica. Sin embargo, en 1453 con la utilización del arco y la flecha, en detrimento del combate cuerpo a cuerpo, la batalla se recrudeció y el balance fue positivo para ellos^[228].

En 1455, tras el paréntesis obligado por la hambruna, se reanudaron las hostilidades con Chalco que ya se encontraba debilitado, aunque las principales ciudades quedaron sin conquistar. Moctezuma deseaba poner fin a este conflicto en el que habían muerto demasiados hombres, entre ellos sus propios hermanos y él mismo, en una campaña anterior, fue capturado y encerrado^[229]. En 1465 se produciría el desenlace final de la mano de una traición.

Tres hijos de un señor chalca desertaron, pasándose al bando mexica. Esta traición está justificada a través de distintos augurios que ocurrieron un año antes en Chalco^[230]. Con la ayuda de los tráfugas lograron vencerlos y aunque fue una victoria conjunta de la Alianza, Chalco se asumió como una conquista tenochca^[231].

La derrotada Chalco recibió un castigo ejemplar, aumentando el tributo y repartiendo las tierras entre los componentes de la Triple Alianza. Políticamente las medidas tomadas fueron excepcionales por la dureza, reemplazándose a los gobernantes autóctonos por un gobierno militar mexica. El conflicto tardó en solucionarse, pero Moctezuma I logró su objetivo casi al final de su vida. A pesar de todo, durante el reinado de Ahuitzotl se volvió a restaurar el gobierno local^[232].

Puebla-Tlaxcala fue otro importante enemigo al que los mexica no lograron vencer. Esta región también estaba confederada, poniendo en peligro la hegemonía de la Triple Alianza, así como sus intereses económicos, al impedir el paso de los ejércitos imperiales hacia el sur, donde había abundancia de los productos que anhelaba la élite (plumas, piedras preciosas, algodón, etc.).

En 1458 Moctezuma tomó la ciudad de Coixtlahuaca, famosa por su mercado y estratégicamente vital para, a través de la Mixteca, llegar a tierras de Guatemala. Además, quedan inscritos como tributarios huastecos y

totonacas. En 1466, casi al final de su reinado, Moctezuma tomó la ciudad de Tepeaca, de gran importancia comercial al encontrarse también en la encrucijada de caminos hacia el sur y el sureste^[233].

La expansión era imparable y el imperio tuvo que hacer frente a muchas situaciones diferentes; por eso, desde el principio, observamos que no siempre actuaba siguiendo los mismos criterios, como dice José Luis de Rojas (1991: 164) *“hay una flexibilidad, pero debe responder a unas “normas” que aún no conocemos”*.

En política interior Moctezuma I amplió y regularizó las reformas militares que acometió su tío, con puestos de nueva creación.

Impuso en la educación conocimientos militares al ordenar un *telpochcalli* por *calpulli*. Elaboró, asimismo, un rígido protocolo militar, en el que se establecían las divisas y los atuendos de cada cuerpo, castigando duramente a quienes los utilizara impropriamente, incluso con la muerte^[234].

Se dictaron normas que afectaban también al protocolo de la corte, haciendo especial hincapié en los privilegios rituales y simbólicos del *tlatoani* y que marcaron la tendencia hacia una mayor centralización, con el doble objetivo de diferenciar sus distintos estratos e integrarlos al borrar la individualidad^[235]. También se ocupó de legislar la situación de los hijos bastardos que los nobles tenían con esclavos y sirvientes, de aquí en adelante se considerarían legítimos, probando su temple en las guerras^[236].

Moctezuma I promulgó leyes, en las que se sancionó con especial dureza a los adúlteros, borrachos y ladrones^[237]. La pena de cualquier delito se incrementaba si la cometía el colectivo de los jueces o algún miembro de alto rango social, ya que, en correspondencia con su superior categoría, estaban obligados a dar ejemplo^[238].

Los desastres naturales al inicio de su reinado aceleraron el proceso de expansión y apremiados por el hambre se vieron obligados a hacerlo quizás a un ritmo acelerado con respecto al asentamiento de las estructuras políticas. La inercia de la conquista marcó aún más las diferencias sociales. Por otro lado, el éxito de las campañas que proveían a Tenochtitlan de más de lo que necesitaba, la hicieron caprichosa e insaciable.

En 1468 finaliza el reinado del gran Moctezuma, “el flechador del cielo” que había ampliado considerablemente el legado heredado.

Murió sin haber dejado solucionado el espinoso asunto de la sucesión, reuniéndose los dirigentes de la Triple Alianza para buscar una solución. El heredero lógico parecía ser su hermano Tlacaelel, pero al no aceptar la sucesión saltó una generación. Se eligió a Axayacatl, nieto de Moctezuma y de Itzcoatl.

El reinado de Axayacatl (1468-1481) estuvo marcado por la superación de dos graves problemas: la insurrección de Tlatelolco y la crisis que supuso la muerte de Nezahualcoyotl, Señor de Texcoco.

Durante su mandato también murió el rey de Tlacopan; sin embargo, las repercusiones no fueron comparables.

En 1473 tiene que enfrentarse a una dura crisis que origina la sublevación de su ciudad gemela. México-Tlatelolco que enriquecida con la prosperidad comercial que daban las victoriosas campañas emprendidas por Itzcoatl y Moctezuma I, intentó desembarazarse de la tutela de Tenochtitlan. Aunque Axayacatl se alzó con el triunfo Tlatelolco continuó siendo una próspera ciudad mercantil, cuyas excelencias fueron descritas por los conquistadores españoles^[239].

Enfrentamientos entre Tlatelolco y Tenochtitlan

No hay que olvidar que el resentimiento de los tlatelolca por no haber sido reconocidos en la cumbre postazcapotzalco debía estar latente. Al fin y al cabo fue con su riqueza con la que se consiguieron los mercenarios para derrotar a Maxtla, el Usurpador. Por eso es lógico pensar que debieron obtener algún tipo de beneficio relacionado con el comercio que, de momento, colmara sus expectativas, actividad sobre la que ya tenían organizada su base de riqueza.

Al controlar el comercio de larga distancia Tlatelolco obtuvo la misma riqueza que Tenochtitlan con sus tributarios^[240], a cambio de participar en las campañas militares. Este dato debía estar presente en los confederados que cedieron bajo la presión del persuasivo Nezahualcóyotl, que vio en los ambiciosos tlatelolca el freno perfecto para que Tenochtitlan no creciera sobre el resto de los miembros de la Liga^[241].

Dado el minúsculo espacio que ambas ciudades compartían y la animadversión que se profesaban los problemas entre ambas fueron

constantes. El más importante fue la guerra de 1473, porque con la derrota de Tlatelolco se inicia una nueva etapa política en Tenochtitlan; sin embargo se pueden rastrear, aunque con dificultad, conflictos desde la fundación de ambas ciudades.

Sabemos que entre Itzcoatl y Cuauhtlatoa existió una época de hostilidades porque el segundo intentó dominar Tenochtitlan, cuando murió Itzcoatl y accedió al poder su sobrino Moctezuma Ilhuicamina volvió a atacar, perdiendo la vida en el intento tras siete años de reinado^[242].

Como hemos apuntado atrás, el gobierno de Cuauhtlatoa duró alrededor de 40 años, por lo que no pudo morir a los siete años de su gobierno^[243]. Teniendo en cuenta que las fuentes son protenochca y que eran momentos políticamente delicados, porque se estaban definiendo las posiciones que habían surgido tras la derrota tepaneca, y Tenochtitlan exigía la supremacía dentro de la confederación, cabe preguntarse si *“en realidad estas victorias tenochca son sólo simulacros o batallas simbólicas en las que el objetivo no es conquistar sino dejar constancia de que Tenochtitlan tenía un predominio militar sobre todos ellos, los otros miembros de la Triple Alianza y sobre Tlatelolco, con quien pienso que existía un pacto, aunque este nunca se menciona explícitamente en las crónicas”*. (Garduño 1997: 97).

Tampoco hay que descartar que realmente existiera el conflicto de 1431, motivos no faltaban. A los meramente políticos, de inestabilidad dentro de la Alianza, hay que sumar los de la propia convivencia que se derivaban de la cercanía. Ambas ciudades crecían por demografía y por la ampliación del terreno, que implicaba el cultivo en chinampas, hasta un extremo que prácticamente las hacía una sola ciudad, apenas diferenciadas por un canal^[244].

Para resolver el problema necesitaron la intervención de un árbitro, designándose a Nezahualcoyotl de Texcoco, cuya decisión no agradó a los tlatelolca por creer que beneficiaba a los tenochca^[245]. La disputa por las lindes parece más acertada que un verdadero conflicto armado, aunque éste sería una suma y sigue en la rivalidad creciente e imparable entre las dos ciudades.

Tras la resolución de este conflicto ambos dirigentes –Cuauhtlatoa y Motecuhzoma Ilhuicamina— cooperaron porque como los beneficios comerciales de Tlatelolco, a través de la expansión militar de Tenochtitlan, eran evidentes, decidieron trabajar conjuntamente en proyectos urbanos que

beneficiaran a ambos: definieron los límites de las ciudades, realizaron una acequia para canalizar el agua hasta la plaza de Tlatelolco, ampliaron y mejoraron sus templos^[246].

Sin embargo, años después, algunos incidentes bélicos vinieron a empañar esta tensa relación. Las tropas militares de la Alianza estaban bajo las órdenes de los capitanes de Tenochtitlan. De tal forma que en las batallas de la confederación Texcoco, Tlacopan y, por supuesto, Tlatelolco siempre tomaban parte en las expediciones como subordinadas^[247].

Las fuerzas competentes de la Alianza estaban asistidas por contingentes de Chalco, de la Tierra Caliente y de los señoríos del Valle de Toluca, que aunque no pertenecían a la Liga, en alguna medida eran dependientes de Tenochtitlan. Y, a veces, también cooperaban lugares independientes que estaban cercanos al objetivo pretendido y, quizás, ayudaban a cambio de recompensas^[248].

Fue así, por esta subordinación que le debían a Tenochtitlan en la guerra, y por todo lo que venía de lejos, que estallaron los problemas con su ciudad gemela, alrededor de 1473.

La Triple Alianza se enfrentaba contra los ejércitos de Puebla-Tlaxcala, con el objetivo de abrirse paso hacia el gran mercado de Tepeaca. La situación no parecía ventajosa para los aliados, por lo que se dio la orden de retirada, orden que Moquíhuix, *tlatoani* de Tlatelolco, desobedeció. Los insubordinados obtuvieron una importante victoria frente al poderoso ejército de la confederación tramontana —cholultecas, tlaxcalteca y huexotzincas—. Envalentonados y orgullosos, los tlatelolca, volvieron a la capital deseosos de reconocimiento, pero como lucharon en nombre de la Alianza, la victoria quedó registrada a favor de Axayácatl.

El pacto que se había alcanzado en la cumbre postAzcapotzalco fue quedándose obsoleto al fallecer las personas que lo hicieron posible. El arrogante Moquíhuix amenazaba con romper de nuevo el orden establecido en ella, explotando la baza del líder carismático y héroe victorioso.

Moquíhuix no quiso, o no supo, ver lo ventajoso de colaborar con la Triple Alianza, pues era cuestión de negocios, no de subordinación política. Tras la derrota tepaneca pudieron perder algo de su ascendencia, pero la riqueza que acumularon no hubiera sido posible sin conservar su categoría de *Tlatocayotl*^[249] que perderían definitivamente en la pugna de 1473.

Como decimos, los tlatelolca participaban en las campañas de la Triple Alianza subordinados al mando tenochca y no como capitanes. Al término de las mismas recibían la parte del botín que les correspondía; en el caso de la guerra contra Chalco, en 1465, obtuvieron parcelas de tierra, contra los ejércitos de Puebla-Tlaxcala, era bastante recompensa pacificar esta zona importantísima hacia el Golfo y hacia el mercado de Tepeaca^[250].

Sumada la desobediencia de Moquíhuix al hecho político de que el líder carismático y héroe de guerra era uno de los pilares sobre los que se asentaba el poder Tenochca, debía resultar cuando menos incómodo tener a las puertas de casa un vecino de estas características, por lo que parece motivo más que suficiente ayudarlo a morir lo antes posible.

El origen de Moquíhuix no está claro. Unas fuentes dicen que era tío del anterior *tlatoani* —Cuauhtlatoa— y, por lo tanto, pertenecía al linaje de la casa real tepaneca y otras que procedía de Aculhuacan. Lo más lógico es que procediera de la casa real tlatelolca.

Como el resto de los *tlatoque*, Moquíhuix utilizó sabiamente las alianzas matrimoniales para emparentar con las dos ciudades más importantes de la Cuenca. Con Tenochtitlan a través de su matrimonio con Chalchiuhnénétl, hermana de Axayácatl; y con Texcoco al desposar a una hija de Nezahualcóyotl. De este matrimonio nacerá la princesa —Tiyacapantzin— que se casará con Ahuitzotl, *tlatoani* de Tenochtitlan, quienes a su vez darán a luz a Cuauhtémoc, último *tlatoani* de elección mexica.

El alcance político de estos matrimonios beneficiaba tanto a Moquíhuix, que pretendía dotar a Tlatelolco de un mayor protagonismo en la Alianza, no sólo por sus propias hazañas militares, sino por su condición de ciudad económicamente poderosa; como a Nezahualcóyotl que alentaba su actitud provocadora, con la esperanza de que actuara de dique ante el creciente poder de Tenochtitlan. Sin embargo, el ambicioso *tlatoani* tlatelolca debía manejar esta situación con mucha diplomacia, pues gracias a las numerosas victorias militares que la Triple Alianza obtenía, el mercado de Tlatelolco se jactaba de ser el mejor del Valle^[251].

Moctezuma Ilhuicamina fue un gran gobernante que consiguió llevar los éxitos de la confederación más allá de los límites del Valle y que esa actitud era un aval poderoso para mantener la importancia política de Tenochtitlan en lo más alto. Pero, a su vez, estas victorias realimentaban la riqueza de los tlatelolca que reforzaban los intentos por sobreponerse al poder tenochca y el

recelo de estos últimos ante las intenciones de sus vecinos^[252]. Éstas no se hicieron esperar y Moquíhuix estuvo atento a los acontecimientos que siguieron tras la muerte de Moctezuma I en 1468.

Accede al trono de Tenochtitlan Axayacatl con la oposición de sus hermanos mayores —Tizoc y Ahuitzotl— y de su sus tíos —Machimale e Iquéhuacatzin—, hijos de Moctezuma Ilhuicamina. Esta falta de ‘*quorum*’, es aprovechada por el Señor de Tlatelolco para provocarle desde el principio de su reinado^[253]. Como veremos con más detalle, las facciones tenían una vida muy activa en la sociedad prehispánica y actuaban con toda su fuerza, especialmente, cuando había que coronar a un nuevo señor.

Así las cosas, Moquíhuix debió pensar que tenía posibilidades de retar a su poderoso vecino y en 1469 se permite tantear al gobierno de Chalco para ver si estaría dispuesto a ayudarle en caso de confrontación con Tenochtitlan^[254]. Al principio los chalca no se definieron, pero finalmente decidieron delatarlos a Axayacatl y de paso dejar bien claro cuáles eran sus lealtades, entregando a los embajadores tlatelolca para que dispusieran de ellos.

Los tenochca hicieron una fiesta a la que ‘invitaron’ a Moquíhuix y demás señores tlatelolca, donde sirvieron ‘cocinados’ a los embajadores cautivos. Y aunque así se zanjó el asunto, los enfrentamientos fueron constantes hasta que finalmente estalló el conflicto en 1473.

Un año antes, en 1472, otro hecho importante vino a inflamar más la situación. Muere Nezahualcoyotl, señor de Texcoco, que siempre había actuado de árbitro en las frecuentes disputas mexica, aunque fuera por propio beneficio, pues ya hemos comentado que utilizaba, en cierta medida, a Tlatelolco como freno para el poder de Tenochtitlan, alentando más que con palabras las ansias de poder tlatelolca hasta el punto de que a su muerte, éstos y los descendientes de su linaje negaron obediencia a Axayacatl. Por tanto, este enfrentamiento estaba avocado a resolverse por vía de las armas.

La guerra tlatelolca: la princesa repudiada

En 1473, los problemas con Tlatelolco, ya son insalvables.

Moquiuhix, casado con la hermana de Axayacatl la repudia por una concubina, hija de un importante noble tepaneca de Tlatelolco^[255]. Este hecho

fue un estupendo pretexto para acabar con la independencia de Tlatelolco.

Hemos dicho que dos hitos marcaron el reinado de Axayacatl, la muerte de Nezahualcoyotl y el enfrentamiento con Tlatelolco, pero estos hechos no son independientes. En 1472 muere Nezahualcoyotl, reforzándose el poder de Tenochtitlan sobre sus dos socios. Tlacopan hacía tiempo que no contaba en la esfera política y ahora en Texcoco se había elegido a un niño como rey^[256]. El único competidor importante era Tlatelolco, que gracias al comercio prosperaba a ritmo acelerado.

Al morir Nezahualcoyotl y ser elegido Nezahualpilli, vuelven a repetirse las circunstancias del nombramiento de Axayacatl, y los hermanos mayores de Nezahualpilli se oponen a que asuma el poder.

Esta situación fue aprovechada por el rey Tenochca que, pretendiendo salvaguardar al joven rey texcocano de la acción depredadora de las facciones contrarias, trasladó la corte a Texcoco. La consecuencia inmediata fue que la presencia de Tenochtitlan se reforzó dentro de la Alianza^[257]. Esta actitud de injerencia por parte de Tenochtitlan irá en aumento hasta designar directamente a su *tlatoani* como veremos en el reinado de Moctezuma Xocoyotzin.

Aprovechando la incertidumbre de este momento, Moquihuix y otros señores que tenía bajo su influencia, no quisieron reconocer a Axayacatl como su señor^[258] y el enfrentamiento se hace inevitable. La resolución del mismo marcará una nueva etapa política en el Valle de México.

Los motivos políticos fueron el enorme poder adquirido por Tenochtitlan dentro de la Triple Alianza, tras la muerte de Nezahualcoyotl, que Tlatelolco no estaba dispuesta a consentir, y el deseo de Tenochtitlan de arrebatar a su vecina el enorme prestigio comercial, quizás alentados por algunos *pochtecas* descontentos^[259].

El pretexto para la guerra fue la humillación que sufrió la hermana de Axayacatl al repudiarla Moquihuix. Chalchiuhnenetzin se refugió en casa de su hermano y, fuera cierto o por el resentimiento de ésta hacia su esposo, le acusó de traición^[260]. La excusa justificaba una realidad latente: Tenochtitlan estaba ávida por controlar el comercio y sus rutas, que hasta ahora había monopolizado Tlatelolco.

La guerra civil estalló; quizás Moquihuix pensó que, muerto Nezahualcoyotl y dada la débil influencia de Tlacopan, no había ninguna

razón que detuviera el deseo de anexión de los mexica tenochca, por lo que elaboró algún plan de ataque con que adelantarse a sus vecinos, que sería el que delató su esposa.

Una vez más, las fuentes no dejan claro si los contendientes fueron ayudados por aliados o resolvieron su conflicto entre ellos.

Solos o en compañía de otros iniciaron una guerra que se denominó *Tlazolyaoyotl* o guerra sucia^[261] porque Moquíhuix no siguió las reglas para la declaración de la misma y atacó por sorpresa^[262].

A pesar de la ‘sorpresa’ los tenochca invadieron Tlatelolco y en el fragor de la batalla Moquíhuix se refugió en lo más alto del gran templo y perdió la vida, a manos del *tlatoani* tenochca, o de uno de sus capitanes^[263] o angustiado por la derrota, él mismo se arrojó al vacío^[264] o fue ayudado a caer^[265].

Las consecuencias políticas fueron inmediatas, Tlatelolco perdió su *status* de *tlatocayotl* y volvió a ser un *cuauhtlatocayotl*, igual que al instalarse en el Valle como vasallos de Azcapotzalco, quedando sujeto a Tenochtitlan a través de su Señor.

El botín era importante, pues aunque Tlatelolco en los repartos tras la guerra tepaneca no había recibido tierras, las ganancias que generaba el mercado eran inmensas^[266]. El encargado de negociar la rendición fue Cuacuauhtzin^[267], un leal consejero del rey tlatelolca, quien consciente de las escasas posibilidades desaconsejó el enfrentamiento con la ciudad gemela.

Se negoció el monto del tributo en especie y trabajo y el calendario de pagos, como cualquier otro sujeto. Pero lo que realmente interesaba negociar era el funcionamiento del mercado para que siguiera generando beneficios como antes de la guerra; y si los altos mercaderes estuvieron implicados en ella, llegarían a acuerdos con éstos para establecer condiciones recíprocamente ventajosas^[268].

Los aliados de Tlatelolco también quedaron sometidos, si bien quizás no inmediatamente, pues adujeron que Moquíhuix les había obligado a participar^[269], o que no lo hicieron porque llegaron tarde; sin embargo el carácter del *Tlatoani* tenochca no se caracterizaba por piadoso y buscó el pretexto para acabar con los rebeldes, concertando un partido de pelota donde Axayacatl acabó con la vida del rey de Xochimilco para lanzarse sin preámbulos contra el resto de los atemorizados aliados de Tlatelolco^[270].

Las consecuencias de esta victoria para Tenochtitlan fueron la pérdida de fuerza de Texcoco tras la muerte de Nezahualcoyotl un año antes y el control de la economía de Tlatelolco un año después^[271]. Así Tenochtitlan se perfilaba como la potencia más fuerte del Valle y su poder caminaba, sin trabas, hacia direcciones absolutas.

Era inevitable que se produjera un conflicto de alcance, pues nuevamente aparece una situación de máxima tensión: vacantes de tronos y facciones dispuestas a probar su fuerza. En Texcoco la elección de Nezahualpilli no gustó a sus hermanos mayores y mucho menos que Axayacatl manejara los asuntos políticos de Texcoco; pero en la misma Tenochtitlan el nombramiento de Axayacatl tampoco fue bien recibido y contó con la oposición de sus hermanos y sus tíos, por lo que Moquihuix intentó desafiarlo, pero no obtuvo apoyos suficientes. De no haber sido así, tal vez cuando los españoles llegaron, en lugar de haber oído loas sobre la grandeza de Tenochtitlan podrían haber sido sobre Tlatelolco, ya que Moquihuix actuó siguiendo el proceder normal dentro del mundo político mesoamericano, en donde la fuerza de las facciones encumbraba y derrumbaba naciones.

El éxito de las campañas posteriores emprendidas por Tenochtitlan quizás tuvieron que ver con el pacto que hiciera con los mercaderes, pues sabemos que éstos tenían entre sus labores la de recopilar información de los lugares donde comerciaban. Muchas veces eran de vital importancia para trazar la estrategia de las campañas militares^[272] aunque no todo fueron éxitos, hacia el oeste obtuvo importantes fracasos contra los tarascos.

También durante su reinado se realizaron dos piedras que necesitaban cautivos para su conmemoración, la Piedra de Axayacatl y la archiconocida Piedra del Sol o del Calendario^[273]. Los cautivos fueron traídos de Toluca y Tuxpan. Una vez más la necesidad política de la expansión fue disfrazada con el pretexto religioso, demandando cautivos para sacrificar en la inauguración de las piedras. Aunque es justo mencionar que mucho antes de que Tenochtitlan utilizara las piedras sacrificiales los tlacochcalcas ya lo hacían^[274].

En 1481 muere Axayacatl, y aunque no logró vencer a los tarascos el balance final de su reinado es de consolidación y ampliación del legado recibido. Quizás por eso al subir al trono Tizoc y heredar una cantidad de territorios se planteó un giro político para lograr la ‘integración’ o un mayor control sobre la herencia recibida; en la línea que actuó Moctezuma II, y quizás en este contexto se entienda mejor el polémico reinado de Tizoc.

Axayácatl fue sucedido por su hermano Tizoc (1481-1486), quien protagonizó un efímero reinado. La elección del candidato no pareció muy idónea, pero los propios mexica remediaron este error envenenándole.

[...] viéndole los de su corte para tan poco y no nada republicano, ni deseoso de engrandecer y ensanchar la gloria mexicana, que creen que le ayudaron con algún bocado, de los cual murió, muy mozo y de poca edad. (Durán 1967: 311)

Todo apunta a que fue eliminado por su hermano Ahuitzotl, quizá presionado por los nobles que veían peligrar el incremento de sus ingresos al juzgar el desinterés de Tizoc por seguir con la expansión^[275]. Esto repercutía negativamente tanto en los nobles, que no recibían recompensas, como en los altos mandos militares que, al no poder demostrar su destreza en la batalla, las posibilidades en la sucesión se veían menguadas.

No obstante esto, la actividad bélica de Tizoc, immortalizada en la famosa Piedra de Tizoc, no fue enteramente despreciable, y si bien derrotado por los Meztitlan, aliados con los huastecos, no dejó de hacer conquistas, tanto en el territorio de éstos últimos —Tamajachco y Miquitlan— como más al sur, en la región meridional de Puebla, donde se apoderó de Atezcahuacán, o en Guerrero, con la conquista de Otlappan. (José Alcina 1999: 43).

Si era cierto que Tizoc pretendía una política más conservadora que expansionista, los nobles podían aducir que con esta actitud el poder de Tenochtitlan se veía desacreditado y las revueltas internas se incrementaban, aunque lo que en realidad disminuía era su nivel de riqueza. En política exterior destaca la labor conciliadora, siendo un ejemplo la reinstalación en el trono de Chalco de los descendientes de los antiguos señores derrocados; al morir repentinamente, su sucesor terminaría con este proceso^[276].

Si la política de Tizoc perjudicaba o no los intereses de Tenochtitlan no está claro. Lo que sí funcionaba bien era la organización de las facciones, que eran capaces de eliminar a un *tlatoani* y recibir con vítores al que podía estar implicado en su muerte. En ese sentido, Ahuitzotl estaba colocado estratégicamente, pues como capitán afamado y carismático tendría al ejército de su parte para respaldar su acción.

A lo largo de estas páginas la presencia de las facciones ha sido una constante, por ello merece que nos detengamos en su análisis.

La fuerza política del faccionalismo

Hemos visto cómo la práctica de la poliginia y la activa política matrimonial originaban facciones que mantenían una inquieta actividad.

Independientemente del sistema de sucesión que se practicara, los hijos de los *Tlatoque* ocupaban otros tronos, a través de una política matrimonial bien planificada que pretendía un mayor control, pero que fomentaba el faccionalismo y las conspiraciones.

La movilización de las facciones y las intrigas eran comunes cada vez que había que nombrar a un nuevo *tlatoani*, no solamente en Tenochtitlan, sino que lo hemos visto en Azcapotzalco, cuando murió Tezozomoc y Maxtla arrebató el poder a su hermano Tayauh; en Tlaxcala entre Acantetehua y Tlacomihua, quien conspiró para asesinar a los descendientes del primero; en Texcoco, cuando fue nombrado

Nezahualpilli y sus hermanos intentaron dar un golpe con el que desbancar al sucesor, proyecto que fue abortado por los señores de México y Tlacopan. Axayacatl tuvo la oposición de sus hermanos y tíos que tal vez apoyaron los deseos de sublevación de Moquihuix y cuando murió Nezahualpilli y Moctezuma II impuso a Cacama. Pero no sólo se intrigaba dentro de la propia corte, sino que unas porfiaban contra otras^[277], como lo vimos en la guerra tepaneca.

Las facciones políticas al entrar en liza generan una fuerza dinámica que afecta directamente a múltiples aspectos de la organización estatal, pudiendo llegar a transformarla. Las rivalidades entre los grupos hacen que la balanza del poder se incline hacia un lado u otro y, aunque los niveles más altos estén compuestos por una clase social determinada, engloba a todas, ya que esperan prosperar a cambio de su adhesión a un grupo u otro. Los comunes piden solución a sus problemas, apelando a las élites y a cambio trabajan para ellos; con estos excedentes la élite va aumentando su poder, pero si los comunes perciben que no están en condiciones de defender sus intereses pueden retirarle el apoyo y dárselo a otro grupo de poder^[278].

En las facciones políticas el líder es un elemento imprescindible para asegurar el éxito de la empresa, ya que depende de su capacidad de congregación para atraer a su causa a miembros poderosos. El objetivo del grupo es desestabilizar el poder establecido o bien apoderarse de él. Para ello necesita personas de *status* social alto interesados en obtener cuotas de poder concretas dentro de la nueva organización y gente común que le interese

luchar a cambio de una compensación, que puede ser un mayor acceso a los recursos.

Una facción es un grupo con intereses comunes, pero no tiene carácter revolucionario, ya que no pretende cambiar la concepción del mundo que le rodea, sino hacerse con el poder y el control de los recursos materiales: no cambiar el sistema que los define, sino su propio beneficio.

Aunque parece contradictorio afirmar que las facciones llegan a modificar la sociedad, son grupos que mantienen al sistema en una situación de ‘alerta’, ya que las alianzas tienen que estar al día y controladas, para evitar guerras, golpes de estado e inestabilidad social que derive en una guerra civil. Por eso era importante tener ubicados en los puestos estratégicos del ejército a partidarios de la causa, para que, una vez puesta en marcha la máquina de la conjuración, el éxito estuviera asegurado.

En la sociedad mesoamericana hubo dos elementos que propiciaron la formación de las facciones, por un lado la práctica de la poliginia, que proporcionaba muchos candidatos a puestos poderosos, en la misma ciudad o en otras enlazadas por los matrimonios políticos y, por otro, el sistema de elección de estos candidatos, que se hacía a través de apoyos^[279].

Los rivales para el trono solían ser hermanastros por lo que buscaban apoyos en los distintos *calpulli*, *tecalli* y *tlahtocayotl* a los que perteneciera su madre. La historia nos enseña que los usurpadores que logran el éxito, suelen tener alguna posibilidad legal para acceder al trono^[280]. El caso de Itzcoatl es un claro ejemplo.

Además del sistema de herencia bilateral las sociedades multiétnicas, por lo menos al más alto nivel social, no tenía las connotaciones occidentales de minoría étnica, sino que, sobre todo en lo referente a los matrimonios políticos que podían darse entre grupos étnicos diferentes, el descendiente de esta unión podía acogerse a un grupo u otro, según lo demandara la situación política^[281]. Y en el ámbito social más bajo, los *calpulli* podían ser considerados como grupos étnicos con una complejidad sociopolítica grande, que les confería un carácter corporativo importante para presionar socialmente, al desarrollar funciones económicas, políticas, y ceremoniales^[282].

Por lo tanto, los grupos no competían entre sí por su diferencia étnica, porque las facciones a menudo eran multiétnicas, sino que este rasgo era muy positivo al ampliar los apoyos fuera del propio grupo.

Las fuentes coloniales presentan una secuencia histórica de las sociedades mesoamericanas casi sin sobresaltos, a pesar de que su idiosincrasia estructural reunía todos los requisitos para que las intrigas fueran un hecho cotidiano. Como queda bien reflejado, incluso en las narraciones de su peregrinación.

Estos relatos, que guardaba cada comunidad, eran la manera de legitimar su derecho a la tierra; explicaban cómo, después de vagar y superar numerosas penalidades, se establecían en un lugar cedido por el señor de un centro grande que, a cambio de tributo y otras demandas, les otorgaba las tierras. Para mantener los lazos con el señor y la élite del nuevo grupo y legitimar su posición, se vinculaban a través de matrimonios políticos, que a su vez los hacían más dependientes del señor, abonando el campo de la insidia.

En tiempos de Xolotl, gobernante de Tenayuca, llegaron al Valle de México tres grupos: tepaneca, otomí, y acolhua, con intención de establecerse y para ello le pidieron permiso. Xolotl les otorgó tierra y dio a sus hijas a cambio de vasallaje^[283]. Tepanecas y otomíes emparentaron con la corte de Tenayuca, pero los acolhua ‘prefirieron’^[284] hacerlo con el linaje tolteca, a través del matrimonio con la hija del gobernante de Chalco Atenco.

Los registros de las comunidades no sólo recogían el desplazamiento y el establecimiento, sino que también relataban los avatares ocurridos hasta llegar a su destino final, que es lo que aquí nos interesa. Rastreando entre los problemas que se suscitaban vemos escisiones y disputas que responden a la formación de distintas facciones.

Por ejemplo, las múltiples separaciones que sufrieron los mexica, durante su largo viaje hasta llegar al Valle de México, donde definitivamente el grupo se separó para formar Tenochtitlan y Tlatelolco.

Estas segregaciones, sin duda, tuvieron su origen en rivalidades políticas, como ya hemos comentado y no vamos a abundar más en ello, pero sí merece la pena detenerse en la lucha que tiene lugar entre Tenoch y su *calpulli* y Copil y el *calpulli* chalman que está relacionado directamente con la fundación del estado mexicano. Los *calpullis* que llegaron a las tierras donde se fundó México-Tenochtitlan y México-Tlatelolco tenían distinto origen étnico. Las tensiones entre ellos eran frecuentes, especialmente entre el *calpulli* chalman, compuesto por colhua y chinampanecos y el *calpulli* otomí, formado por “chichimecas” entre los que se encontraban los mexica. A la

tensión interna hay que sumarle la externa que ejercían sobre ellos los grupos más fuertes del Valle: tepanecas y acolhuas.

La búsqueda del equilibrio entre estas fuerzas centrípetas y centrífugas dio como resultado que interiormente se llegara a algún acuerdo para poder contrarrestar las presiones del exterior. Se admitió al *calpulli* de chalman como representante del resto de los *calpullis*, gobernados por Acamapichtli^[285]. Sin embargo, quienes hacen esta afirmación no distinguen entre los *calpullis* de Tlatelolco y de Tenochtitlan que estaban gobernados por distintos *cuauhtlatoque* en tiempos de Acamapichtli; pero compartimos que se legitimó el gobierno de este *calpulli* al imbricarlo en el mito y fundar la ciudad sobre el lugar donde que había caído el corazón de Copil, y que la práctica de la poliginia permitió que Acamapichtli emparentara con el resto de los *calpullis*, a través de los matrimonios políticos. Con el reinado de Acamapichtli se inicia la saga tenochca que sufrirá prontamente los ataques del ‘faccionalismo’ desde su interior.

La nueva historia oficial mexicana se encargó de que Chimalpopoca no tuviera un papel relevante en la sublevación contra Azcapotzalco y que quedara claro que su muerte se debió a las conspiraciones de los tepaneca, alejando los fantasmas de las intrigas domésticas^[286]. Así se justificaba que el grupo de apoyo de Chimalpopoca perdiera fuerza frente a la facción encabezada por Itzcoatl, Moctezuma y Tlacaelel.

Esta argumentación sirve a R. van Zantwijk para explicar la ausencia del *cihuacoatl* en Tenochtitlan hasta la toma del poder de esta facción. Aduce que era de uso extendido entre los mexicanos dar a los nietos el nombre del abuelo y como el hijo de Chimalpopoca se llamaba Teuhtlehuac, indicaría que Chimalpopoca sería hijo del segundo gobernante que impuso Azcapotzalco cuando eran sus tributarios^[287]. Esto le permite especular que hasta el levantamiento contra los tepaneca Tenochtitlan tuvo dos linajes.

Y así resuelve el problema de la ausencia del *cihuacoatl* durante los tres primeros reinados, justificando la constante animadversión entre tlatelolca y mexicana, pues una vez que Itzcoatl toma el poder no queda resuelto el conflicto, sino que en su opinión Cuauhtlahtoa fue suprimido y en 1460, el *tlatoani* de Tenochtitlan impuso en el trono de Tlatelolco a Moquihuix, al parecer pariente lejano^[288]. Nosotros debemos expresar nuestra duda a esta teoría, pues hasta ahora los datos que manejamos no nos permiten llegar a esa conclusión.

El siguiente conflicto que implica la actuación de facciones guarda relación con Moctezuma Ilhuicamina, que no dudó en eliminar a su hermano^[289], so pretexto de que no cooperaba en la construcción del dique y, cuando él mismo murió, su hijo Iquehuacatzin, brillante *tlacatecatl*, no asumió el poder al ser eliminado por los propios tenochca. Éste fue ofrecido a Tlacaelel, que renunció a sucederlo.

Tlacaelel, en lugar de dar su apoyo a Iquehuacatzin, utilizó su influencia para conseguir que el *tlatoani* de Texcoco también respaldara a Atotoztli, hermana de Iquehuacatzin, como regente, mientras su joven hijo Axayacatl tuviera edad para asumir el poder. Estos resentimientos en los hijos varones de Moctezuma desembocaron en la apropiación indebida del tributo recaudado en la provincia de Coaixtlahuaca. Sus tías denunciaron el hecho, logrando que perdieran todas las opciones de formar parte de la vida pública mexicana^[290].

¿Por qué Tlacaelel optó por la solución que podía conducir a una guerra civil? Tal vez porque estaba acostumbrado a gobernar sin condicionantes y su sobrino, como guerrero experimentado y ambicioso, podía molestarle. Otra razón que se puede argüir es que interesaba mantener buenas relaciones entre los linajes tenochca y tepaneca de Tlatelolco, y apoyando a su sobrino Iquehuacatzin esta opción no hubiera sido viable. Sin embargo, al inclinarse por su sobrina, hija de Moctezuma, casada con Tezozomoc, hijo de Itzcoatl, y la hija de esta pareja, casada con Moquihuix, la relación estaba clara^[291]. Finalmente, debido al carácter ambicioso de los siguientes *tlatoque* de ambas ciudades, estos planes se frustrarían.

El faccionalismo fue un elemento clave en el desarrollo político mesoamericano, que merece un estudio individualizado y aquí sólo podemos apuntar la importancia que las facciones tuvieron en casi todos los reinados y cortes. La problemática ascensión de Nezahualpilli, sin olvidar al malogrado Tizoc, también víctima de una conspiración. La ascensión al trono de Moctezuma Xocoyotzin no estuvo exenta de problemas y su elección tampoco fue unánime, pero él supo solventarlos por la vía expeditiva^[292] y un largo etcétera que, como decimos, merece un análisis detallado.

El faccionalismo también imprimía un fuerte dinamismo a la relación que se establecía entre el imperio y los pueblos sometidos. Entre ambos se desprendían una serie de beneficios mutuos, entonces ¿por qué la guerra tenía que estar presente para que estos pueblos entrasen o permanecieran dentro de

él?[²⁹³] La respuesta está en la forma de incorporación y de gobernación indirecta.

Naturalmente las generalizaciones no son precisas y no todos los componentes de los pueblos que quedaban bajo la influencia del imperio se beneficiaban, sino que normalmente, ante la rivalidad de las facciones, el ejército imperial prestaba su ayuda a una de las partes. La facción ganadora quedaba dependiente del imperio para mantener su poder, y a cambio de este apoyo pagaba distintos tipos de tributo, las tierras que se expropiaban y los productos que de ella se obtenían, para cumplir con las obligaciones contraídas, pertenecerían a la facción perdedora y ésta no quedaba beneficiada de formar parte de la órbita imperial. Tollan, Cuauhtitlan y Tepeyaca son algunos de los ejemplos que avalan esta idea:

TOLLAN: mantuvo relaciones directas con Tenochtitlan antes de que se formara la Triple Alianza. Durante el reinado de Acamapichtli, el rey de Tollan, Zozoma, vino a solicitar emparentarse con el linaje tenochca, Acamapichtli envió a vivir allí a su hijo Cuetlachitzin que casó con la hija del rey, cuya dote fueron tierras[²⁹⁴].

El estudio de las listas de los reyes de Tollan presenta en el mismo momento a Zozoma e Ixehuatzin como señores principales. Esta circunstancia indicaría la lucha de dos facciones que se disputaban el poder. Durante el reinado de Itzcoatl hubo una guerra civil en Tollan y por la ayuda prestada el *tlatoani* mexica recibió quince propiedades[²⁹⁵]. La facción que quedó victoriosa fue la que lideraba Acampichtli —no es el *tlatoani* de Tenochtitlan— y si, como afirma Frederic Hicks, era el cuarto rey de la lista y Cuetlachitzin el tercero, según el razonamiento de R. van Zantwijk de que era costumbre entre los mexica poner el nombre del abuelo, este cuarto rey de Tollan sería sobrino de Itzcoatl. Sin embargo, por el desarrollo de los acontecimientos Tenochtitlan no debió apoyar a la facción de su sobrino, ya que tras esta refriega siguió una regencia de 7 años[²⁹⁶].

CUAUHTITLAN: estuvo bajo la influencia de los tepanecas, y cuando estos fueron derrotados se evidenciaron las facciones que habían apoyado a los perdedores y los que apostaron por los improbables ganadores, pues las tierras que fueron repartidas así lo atestiguan[²⁹⁷].

Ayactlacatzin, rey de Cuauhtitlan, ratificó una alianza con Tenochtitlan y Texcoco en la que se comprometía a apoyarlos en la guerra contra Azcapotzalco y a castigar a las facciones internas que estuvieran del lado

tepaneca. A cambio, los vencedores obtuvieron tierras que probablemente pertenecieron a los nobles derrotados. Esta situación, sin duda, generó desavenencias internas que hacían de Cuauhtitlan una ciudad cautiva del imperio, a pesar de su independencia^[298].

TEPEYACA: Alrededor de 1458 Tepeyaca se lanzó a conquistar Cuauhtinchan y Totomihuacan. Los primeros solicitaron la ayuda de Tenochtitlan y en 1466 Tepeyaca fue derrotada^[299]. emparentar con ellos. En nuestra opinión sería Tezozomoc de Azcapotzalco quien nombraría estos *cuauhtlatoque* mexica para Tollan.

A pesar de que Cuauhtinchan fue la que solicitó la ayuda y de que Tepeyaca fue la derrotada precisamente fue la región que más creció ¿existió algún tipo de pacto entre ésta y Tenochtitlan?. Las fuentes narran al respecto que Tepeyaca no sólo no opuso resistencia cuando el ejército de la Triple Alianza atacó la región, como represalia por la muerte de unos comerciantes, sino que se ofreció como tributaria. A pesar de la buena predisposición se les impuso un *calpixque* o gobernador mexica para supervisar los intereses tributarios, como estos no se podían extraer íntegramente de sus dominios, los gobernantes solicitaron audiencia al *tlatoani* mexica, Axayacatl, para ver qué medidas se podían tomar, a fin de poder cumplir sus compromisos fiscales^[300].

La solución adoptada en Tenochtitlan perjudicó gravemente a Cuauhtinchan, que tuvo que pagar parte de este tributo. Además, posiblemente, para controlar el disgusto que pudo ocasionar esta resolución, como hemos señalado, se designaron funcionarios tenochca para supervisar que los mandatos reales se cumplieran, de tal forma que Tepeyaca salió beneficiada de esta contienda, pero su situación de dependencia de Tenochtitlan también fue mayor, porque necesitaba de su apoyo para mantener su poder^[301].

Por tanto, esa organización del control político que denominamos hegemónica o indirecta podría tener una explicación a través de la manipulación de las facciones por el poder imperial. Esta idea valida la forma de actuación del ejército, vista hasta ahora, en la que no tenía que emplearse con todos sus medios. Al apoyar a una facción, sólo tenía que complementarla con apoyo político o militar. De esta forma, el nuevo señor siempre tendría el peligro dentro de casa por lo que, para mantener su poder, se volvía muy dependiente del imperio.

Fuera del Valle de México en las tierras bajas mayas el clima bélico del Clásico Final (650-950) también aviva y desestabiliza el juego de las alianzas políticas porque guerra y alianza son aspectos de una única realidad; y demuestra que el ambiente militarista no era exclusivo del Postclásico, y confirma nuestra idea de que la guerra prosperaba porque convenía tanto a nobles como a plebeyos por sus beneficios económicos, convirtiéndose este oficio en la forma de mantener el *status* para los primeros y en obligación principal para los segundos^[302].

La élite organizaba las fiestas donde se dramatizaba la jerarquía política, se representaban los mitos e historia de la familia gobernante. En este contexto ritual se ensalzaban las victorias militares y se distribuían premios y privilegios.

Los mayas no practicaban rígidamente la sucesión de padre a hijo^[303] pero sí la poliginia que, como en el Valle de México producía un elevado número de candidatos legítimos al trono, dentro de la ciudad en la que quedaba la vacante y fuera de ésta por las alianzas que producían los matrimonios políticos, complicaban más la elección.

Las mujeres tuvieron gran importancia política, pues transmitían el abolengo y en algunos casos podían actuar como regentes cuando los hijos no tenían la edad suficiente, como recogen los monumentos de Piedras Negras^[304].

Resumiendo, podemos afirmar que, en general, los imperios progresan gracias a la cooperación que encuentran dentro del grupo de poder de la plaza a conquistar y que lo que varía es la forma de conseguir ésta. En Mesoamérica los pactos entre gobernantes de entidades menores con los de confederaciones mayores, como era la Triple Alianza, daba como resultado que los primeros quedaran incorporados con gran autonomía y, analizados superficialmente, podría parecer que no estaban conquistados.

La confederación ofrecía su apoyo militar y a cambio de éste le tributaban tierras, trabajo, ofrendas para el ritual y servicio militar.

La evolución de estos pactos estaba sujeta a fluctuaciones en las que se tendía hacia un control imperial cada vez mayor, pero a pesar de ello los estados más cooperativos seguían obteniendo beneficios suficientes para que tal control les compensara.

Cuando la alianza o el pacto no eran posibles, se iniciaba una agresión en toda regla para conquistar el lugar; y el trato dispensado por el imperio fue muy diferente, pero se intentaba que la resolución del conflicto concluyera con algún acuerdo como en el caso de Chalco.

Finalmente, durante la conquista indígena-española del imperio azteca los movimientos de las facciones tuvieron una enorme importancia en el desarrollo de los acontecimientos. El malestar interno entre los principales miembros de la Alianza ponía de manifiesto las distintas facciones, por un lado la de Moctezuma y Cacama y, por otro, la de Ixtlilxochitl y sus seguidores. Que, como veremos, tuvieron un papel relevante en el desenlace de la guerra que puso fin a los sueños imperialistas de Moctezuma II. Pero no sólo jugaban sus bazas las facciones de estas dos ciudades, o del resto de las provincias indias que no apoyaban al régimen, como los totonaca, tlaxcalteca y chalca, sino que la otra parte del bando invasor también estaba infectado con el virus del faccionalismo desde el inicio del viaje.

El cúmulo de estas circunstancias posibilitaron una serie de alianzas que en otras circunstancias podrían parecer contra natura, pero que en éstas conseguían imprimir energía a las facciones y luchar más o menos unidas contra un enemigo común. Pero vayamos por partes e intentemos situar a los protagonistas de este complicado escenario.

Por un lado, lo que hemos denominado facciones indígenas.

Era cierto que la guerra entre los miembros de la Triple Alianza, junto a la política de Moctezuma encendió el descontento general que Cortés utilizó magistralmente para su beneficio.

Así presentado parece sencillo, pero políticamente no lo era.

Cortés se encontró con una serie de aliados que le manifestaron sus quejas contra Moctezuma II, pero el mundo político mesoamericano era demasiado complejo para que unos extranjeros pudieran comprender sus entresijos, por lo que serán, sin duda, manipulados por las distintas facciones indígenas. Los totonaca lograron evadir el pago de impuestos y encaminaron a los invasores en la dirección correcta, que apuntaba a Tlaxcala, para ir en contra del poder imperial.

Una vez que los españoles entraron en Tlaxcala, tras seis meses de luchas y sin lograr vencer a los tlaxcalteca^[305], éstos les reciben, aunque no de forma unánime, pues entre ellos había distintas bandas, que manifestaban ideas tan opuestas como la de confederarse con los invasores, que ya tenían la ayuda de

los totonacas, o la de avisar a Tenochtitlan y ponerse de su parte. La primera fue la que triunfó, pero la segunda facción siguió molestando hasta que finalmente fue eliminada^[306].

Los tlaxcalteca aprovecharon esta confederación para solucionar unos ‘pequeños problemas’ que tenían con Cholula, antigua aliada suya y que ahora daba vasallaje a Tenochtitlan. Como explicaremos más adelante, manipularán a los españoles y aplastarán Cholula, donde colocarán un gobierno favorable a los intereses tlaxcalteca y españoles, que lograban así pacificar un paso importante hacia la costa^[307].

Una vez alcanzado el objetivo de entrar en Tenochtitlan de forma pacífica, se ponen nuevamente de manifiesto las facciones internas de la Triple Alianza. Moctezuma había puesto en el trono de Texcoco a su sobrino Cacama, en contra de algunos de los principales de la ciudad acolhua. Esta decisión abrió una herida civil que debilitó la fuerza de la Alianza frente al exterior y que todavía estaba abierta cuando los europeos llegaron. Aprovechando que el *tlatoani* de Tenochtitlan estaba preso, su pupilo decidió traicionarle y arrebatarle el poder^[308].

Enterado de la traición, Moctezuma ordenó a la facción que trabajaba para él en Texcoco y que había delatado a Cacama, que lo apresasen y lo trajeran a su presencia, donde fue encerrado y finalmente muerto por los indígenas en la triste noche cuando el bando indígena-español huyó de Tenochtitlan^[309].

El cronista Tezozomoc (1975: 149) informa de que a Moctezuma le mataron los españoles, junto con el *cuauhtlatoani* de Tlatelolco y Cacama de Texcoco. Esta parece ser la información que sigue R. van Zantwijk (1994: 109-110) y de la que nuevamente discrepamos porque el resto de las fuentes ofrecen otra información que lo desmienten y en el contexto de las facciones, la desaparición de Moctezuma y de su linaje a manos de los indígenas ofrece mayor credibilidad^[310]. Además, Bernal Díaz (1984: 459) incluso da la razón de por qué lo matan y es que ya se había alzado el señor de Ixtlapalapan, Cuitlahuac, como *tlatoani* de México. Era hijo de Axayacatl y por lo tanto hermano del finado. Aunque Cortés (1963: 112) dice que Cuitlahuac heredó el señorío porque “*murió en las puentes el hijo de Mutezuma, que heredaba el señorío, y otros dos hijos suyos que quedaron vivos; el uno diz que es loco y el otro perlático*”.

Lo importante es detectar que las fuentes muestran unanimidad en que había una lucha por el poder y un interés grande por hacer desaparecer al

linaje de Moctezuma, cuando huyeron al lado del bando indígena-español, que no sabemos si lo hicieron en calidad de rehenes o voluntariamente al ver la situación tan comprometida para sus vidas.

De la matanza de Tacuba parece que sólo se salvan dos hermanos de Cacama, Ipacsuchil y Coanacochtzin, a quien Cortés había nombrado *tlatoani* con la ‘aprobación’ de Moctezuma. Una vez que llegaron a Tlaxcala Coanacochtzin se escapó y volvió a Texcoco para recuperar el trono, pero éste ya estaba ocupado por otro hermano suyo llamado Guanacatzin, que seguramente fue nombrado por el nuevo *tlatoani* mexica, que por si acaso era reemplazado se apresuró a denunciarlo como probable espía del bando invasor, por lo que Coanacochtzin fue condenado a muerte^[311].

Cada vez que las fuentes narran que un nuevo *tlatoani* asumía el poder es raro que hubiera unanimidad en su elección y era el momento propicio para que las facciones que tenían intereses en el trono y posibilidades de conseguirlo pusieran sus mecanismos en marcha, como tantas veces nos describe la Historia. El trono de Texcoco había suscitado desde siempre polémica, pero con la intervención de Moctezuma II a favor de Cacama y la llegada de los invasores, la situación no llegó a serenarse y quedaron varios frentes abiertos, porque además de los hermanos citados quedaba Ixtlilxochitl, que fue un príncipe muy activo militarmente y que consiguió un considerable ejército con el que disputar el trono a su hermano, en vida de Moctezuma, y que finalmente prestaría un apoyo decisivo al bando indígena-español^[312].

Además de los totonaca, tlaxcalteca y parte de los texcocanos, otra poderosa facción jugó unas cartas que llevaba mucho tiempo guardando: los chalca. Se ofrecieron a Cortés y fueron capaces de aliarse junto a los huexotzingas para librarse de la opresión mexica que no sólo ejercían desde la capital, sino también desde una cercana guarnición^[313]. De esta forma los chalca quedaron vinculados al bando opuesto al imperio.

Pero las facciones no se limitaron a la parte india, sino que, desde el principio, el viaje de Cortés con rumbo a la Nueva España estuvo boicoteado por las intrigas de distintas facciones: la de Diego Velázquez y la del propio Cortés que actuaba a sus espaldas. En muchísimas ocasiones los partidarios de Diego Velázquez^[314] increparon a Cortés sobre sus actuaciones, sin embargo debemos decir a favor de Hernando Cortés que, como veremos más adelante y aunque nuestra opinión parezca contraria a él, destacó por ser un político habilidísimo en el sentido maquiavélico de la palabra. Pues en esta exposición afirmamos que la participación india fue determinante para la

caída de Tenochtitlan, pero que gracias a la habilidad que el propio Cortés tuvo para manipular una y mil veces a las distintas facciones que se sucedieron, por medio de sobornos y falsas promesas fue, sin duda, el detonante para que la empresa se realizara.

En una actuación arriesgada Cortés fundó la Villa de la Vera Cruz en el golfo de México y consigue que sus partidarios le nombren capitán general y justicia mayor, contraviniendo las órdenes expresas de Diego Velázquez que eran de *rescatar y no poblar*. Los partidarios del gobernador de Cuba así se lo recuerdan y le instan a volverse a la isla. Sin embargo, Cortés siempre dispuesto a emplear medidas ejemplares, ahorcando, quemando, cortando pies y manos^[315], decide esta vez acallar el desacuerdo apresando a los disidentes que, finalmente, convertirá a su causa con promesas de fama, fortuna y honra.

Mediante estas acciones Cortés consigue soslayar las órdenes iniciales de Velázquez y ponerse en ‘línea directa’ con el rey para ofrecerle el quinto real que le correspondía y silenciar la misma cantidad que él se quedaba. A pesar de los esfuerzos del de Medellín por mantener en secreto sus actuaciones, Velázquez y sus partidarios se ponen al corriente y preparan una enorme flota al mando de Pánfilo de Narváez^[316] con las órdenes expresas de dar muerte a Cortés.

Pero nuevamente el genio político de Cortés vuelve a brillar y cuando parece que la facción de Velázquez va a aplastarle consigue fracturar la unidad de ésta y atraer a los cabecillas hacia su causa, aunque esto no evitó que los que seguían en su contra urdieran una conjuración para acabar con su vida y la de sus principales capitanes^[317].

El alcance de las facciones no se circunscribía al ámbito americano, pues la empresa de Velázquez-Cortés despertó en la corte castellana muchos intereses, creándose también facciones a favor y en contra de ambos. Como vemos, la danza de las facciones tiene un ritmo idéntico en cualquier continente, que nos habla de la universalidad de la ambición política y las ansias de poder del ser humano y, como representante de estos ‘valores’ nos parece un digno ejemplo el siguiente *tlatoani* mexicana.

Ahuitzotl (1486-1502) asume el poder, al parecer tras eliminar a su hermano Tizoc, en un clima inestable y de descontento generado por la actuación del anterior *tlatoani*. Sin embargo, él parece ser la respuesta a los problemas. Era un excelente militar que revitalizó el régimen, colocándose personalmente al frente de sus tropas^[318].

Inició su reinado con las victoriosas campañas de 1487-88 para acallar las revueltas existentes. En ellas obtuvo un gran número de cautivos que fueron inmolados en la celebración de la inauguración del gran templo que había iniciado Moctezuma I. El elevado número de sacrificios estuvo relacionado con la intención ejemplarizante del poder tenochca que, tras el paréntesis de Tizoc, reivindicaba su lugar ante el posible deseo de sublevación de las provincias del imperio.

Estos sacrificios, además de proporcionar el alimento para aplacar la ira de los dioses, eran un instrumento inestimable para la propaganda del imperio. Una vez más, la excusa religiosa refrendaba la acción política para aumentar la cuota de poder.

Durante su reinado falleció Chimalpopoca de Tlacopan (1489) y le sucedió su hijo Totoquihuaztli II. Sin embargo, las consecuencias políticas dentro de la Alianza nada tuvieron que ver con las acarreadas por la muerte de Nezahualcoyotl durante el gobierno de Axayacatl.

El reinado de Ahuitzotl se caracterizó por el auge expansionista que implicaba al imperio en una dinámica según la cual, cuanto más se extendía, más difícil era su control; pero, por otro lado, la organización interna del mismo, ávido de poder y de riqueza, y con la necesidad imperante de alimentar continuamente a sus dioses, demandaba una expansión constante en busca de botines y de víctimas.

Las campañas de 1491-95 se dirigieron hacia el sur para llegar hasta la zona del Pacífico, donde abundaba un producto muy demandado por la élite: el cacao. En este avance fueron cayendo las ricas ciudades de Oaxaca, Tehuantepec, y el Xoconochco, que plantearon grandes problemas logísticos y de intendencia, aunque finalmente se alcanzó el objetivo.

En política exterior también se acordó ofrecer una independencia gradual a los chalca^[319]. Además, en este mismo apartado la actuación de Ahuitzotl en algunas campañas no fue lo que podríamos calificar de políticamente correcta, pues no respetó las reglas establecidas en materia militar para alcanzar sus objetivos. Por ejemplo, en la batalla contra Teloloapan, al suroeste de Taxco, atacó por sorpresa, sin las convenciones previas de la declaración a través de embajadores y realizó una masacre, que obligó a establecer colonias que fueron repobladas con gente de las tres ciudades de la liga^[320].

En la política doméstica Ahuizotl tuvo que hacer frente al importante problema de la escasez de agua potable en Tenochtitlan, por el aumento de población que se produjo en el Valle. Realizó a tal fin una serie de obras hidráulicas, desoyendo la opinión de importantes socios políticos. Éstas fueron un fracaso y la ciudad se inundó, teniendo que recurrir al rey de Texcoco para encontrar una solución definitiva. Sin embargo, Ahuizotl demostró en política interior la misma furia que le había hecho célebre en el campo de batalla y llevado por ésta ordenó la muerte del Señor de Coyoacan, quien se había atrevido a contradecirle en el asunto relacionado con la conducción del agua. Este hecho tensó el equilibrio de la vida política del Valle, pues el señor asesinado era un familiar cercano del *tlatoani* de Tlacopan, poniendo al descubierto las intrigas latentes entre los miembros de la Alianza.

En este momento la configuración del imperio estaba formada por una sucesión discontinua de provincias afectas al régimen y entre ellas se encontraban otras independientes. Como en las conquistadas no se instauraban órganos de control directo, Ahuizotl intentó mantener una cierta cohesión reforzando la política de parentesco. Colocó en las principales plazas a candidatos pertenecientes a familias nobles locales y, por tanto, con cierto grado de parentesco con el propio *tlatoani*. Estas monarquías serían proclives a los intereses de los señores de la Triple Alianza.

El imperio se estaba sobre-expandiendo y su propia necesidad de conquistas materiales (tributos) y espirituales (cautivos) constantes creaban una dialéctica de difícil solución^[321]

Cuando Ahuizotl muere, Tenochtitlan se encuentra en un momento de verdadera crisis a pesar del éxito de las campañas militares o, precisamente, por la expansión de su dominio. Las metas del ejército para poder mantener su '*status quo*' cada vez estaban más distantes y suponían un verdadero problema logístico, además de suscitar las quejas de los soldados. El éxito de la expansión sobrecargaba los circuitos del imperio, poniendo en peligro el funcionamiento de todo el engranaje.

En los planteamientos internos de la Triple Alianza también eran patentes las tensiones generadas con la arrogante actitud de Ahuizotl y los cambios que había realizado sin la aprobación del Consejo de la Alianza. Estos no serían más que una incipiente manifestación, ya que el problema de fondo era el protagonismo creciente de Tenochtitlan sobre los otros miembros de la Alianza.

Recapitulación

A estas alturas del desarrollo del imperio encontramos que, en ocasiones, en las regiones conquistadas no permanecía ningún retén, ni un alto cargo político mexica de forma permanente, sino que un *calpixque* era el encargado de recaudar y vigilar el envío del tributo a Tenochtitlan. Aparte de esto el gobernante, la administración y los dioses locales eran respetados^[322].

Otras veces las fuentes dicen que se imponía tributo que recaudaba el *calpixque* y que se nombraba un gobernador mexica^[323]; otras fuentes mantienen que sólo se ponían gobernadores en lugares muy importantes y que éstos eran quienes se encargaban de recaudar los tributos^[324]. En emplazamientos estratégicos erigían guarniciones, regidas por un *tlacochtecuhtli* o *tlacatecuhtli* o por ambos, como fue el caso de la lejana región del Xoconochco, conquistada por Ahuitzotl^[325].

Aplicaron una gran variedad de opciones políticas, que según las circunstancias de la expansión se fueron complicando, pues no se le planteaban los mismos problemas a Itzcoatl quien establece una política con los señores cercanos a la capital imperial, basada en una estrategia de matrimonios vinculantes con la casa reinante de Tenochtitlan, que a Ahuitzotl, quien heredó dominios mucho más amplios y con una demanda social de constante expansión, que le obligó a tomar otras medidas encaminadas a evitar la desintegración del imperio con la distancia.

Por tanto, se crea una estructura compleja que debe ser lo suficientemente flexible para permitir distintas alternativas ante situaciones similares; por eso, encontramos en las provincias sometidas a funcionarios de todo rango y condición social, locales o mexicanos, ejerciendo funciones políticas, económicas, militares y jurídicas^[326], así como la existencia o no de guarniciones, dependiendo de la importancia geográfica, comercial, etc., del lugar; o la utilización de la fuerza en unas ocasiones y en otras de la diplomacia.

Poseer una serie de pueblos sojuzgados no era simplemente por extraer el tributo, sino que a veces interesaba más crear corredores pacificados para moverse a lo largo del imperio. Vemos, pues, que hay varios niveles de conquista, dependiendo del interés que ofreciera la plaza: puede ser conquista económica, estratégica etc., y en función de estos intereses y de cómo hubiera sido la resistencia del pueblo sojuzgado, así era la imposición del tributo.

En algunas zonas muy distantes se establecieron colonias pobladas con gentes de la Triple Alianza, cuya misión era preservar los intereses mexica, proporcionar información táctica y asegurar el abastecimiento de las tropas de la Alianza. Al parecer la regulación de estos emplazamientos fue una verdadera innovación de la política mexica^[327].

Para alguno de los estudiosos^[328] el éxito del imperio se alcanzó enriqueciéndose con los tributos que obtuvieron por el uso de la fuerza y que mantenían a través de un control político directo. Sin embargo, para otros autores^[329], se debió tanto a la organización administrativa, a través de la recaudación de tributos, como a la organización militar que se basaba en la fidelidad de los reinos dependientes, además de guarniciones y colonias situadas estratégicamente.

Este tipo de organización imperial tenía la amenaza constante de la sublevación por parte de las provincias tributarias que aprovechaban los momentos de crisis del imperio para intentar su autonomía total. A este peligro hay que añadirle el problema de la distancia, ya que cada vez se conquistaban áreas más lejanas.

Tanto las tropas como las caravanas comerciales transitaban por zonas de densa vegetación, barreras montañosas, barrancos y temperaturas extremas para, desde el Valle, dirigirse al Atlántico o al Pacífico. Todo ello, sin animales de carga y sin la ayuda de la rueda. El único transporte terrestre utilizado eran los *tlameme*, hombres especializados en trasladar a costas las mercancías.

Así se comprende que la tentación de atacar las ricas caravanas comerciales o de sublevarse contra el poder de México fuera grande; pero cuando esto sucedía, la respuesta imperial era brutal. A menudo, la revuelta era aplastada y las medidas tributarias aumentadas, sirviendo estas acciones de escarmiento general.

El verdadero poder de los mexica en las zonas distantes residía en la fuerza que le proporcionaban las acciones ejemplares. La amenaza del regreso, junto con una excelente diplomacia, dotó al régimen imperial de un éxito que le permitió extenderse de una forma nunca conocida en Mesoamérica.

Apoyados en la fuerza de las armas y manteniendo vivo el terror, que alimentaban periódicamente en las festividades, grandiosas puestas en escena del poder mexica, a las que estaban invitados los gobernantes de las regiones

tributarias, así como aquellos de las regiones que aún no estaban sometidas, su prestigio y dominio iban en aumento.

En estos festejos las embajadas diplomáticas de las otras provincias eran agasajadas de acuerdo con su rango, pero, además, también estaban invitados a presenciar las ofrendas humanas que hacían a sus dioses. Las víctimas, en muchas ocasiones, eran sus propios parientes. Ésta era una excelente manera de mantener vivo su poder sin necesidad de recurrir a constantes guerras. Además, declinar la invitación podía suponer un pretexto suficiente para entrar en liza con los mexica.

Pero el buen funcionamiento del Imperio no se debió únicamente a su programa de psicoterror, o a la recaudación del tributo con el uso de la fuerza, o a su organización económico-administrativa por separado, sino que con todo este paquete de medidas supo ofrecer múltiples ventajas a sus tributarios, dándoles un ‘trato personalizado’.

A unas provincias se les exigía tributo en productos y servicio, a otras refuerzos para sus tropas, o abastecimiento del ejército con todo lo necesario. Así quedaban integradas en una vasta red que estaba tejida con sangre y miedo, mutuos beneficios comerciales y socioculturales, alianzas matrimoniales e intrigas.

Todos estos elementos dotaban al régimen, iniciado por Itzcoatl y brillantemente continuado por Moctezuma I, de una elasticidad idónea para solventar las limitaciones que su tecnología, el clima y la orografía le imponían. Sin embargo, con el éxito de la expansión, que seguramente fue mucho mayor de lo que los primeros estadistas mexica hubieran imaginado, se generaron problemas complejos de índole sociopolítica en el corazón del imperio, que obligaba a sus dirigentes a cambiar la política en función de estas exigencias, que en principio están separadas de esa superestructura imperial exterior, pero que lógicamente termina afectándola. Así las cosas, observamos los cambios que en esta dirección debe hacer Moctezuma Xocoyotzin.

Moctezuma Xocoyotzin y Hernán Cortés: el desenlace

El antecesor de Moctezuma II realizó una política expansionista agresiva y populista como revulsivo a la situación creada por Tizoc. Sin embargo, ésta, a la larga, generó un descontento entre el ejército que podía repercutir en una

crisis social en el corazón del imperio, de difícil solución para mantener el trono en sus manos. Por eso, el planteamiento interno se centró en potenciar la política de parentesco, que no era una medida novedosa, pero que ahora podemos decir que ‘se recrudece’, sobre todo para mantener el control de Tenochtitlan sobre la Triple Alianza, pues éste era la clave de la dirección del imperio.

En este clima políticamente movedizo, que ha sido una constante en todos los reinados con mayor o menor intensidad, asume el trono Moctezuma Xocoyotzin (1502-1521), hijo de Axayacatl y sobrino de Ahuitzotl, quien para hacerse con el poder tuvo primero que eliminar a los molestos competidores, pues no era el único candidato con opciones al trono cuando los señores de Texcoco y Tacuba se reunieron para la elección^[330].

El favorito al trono era su hermano Macuilmalinatzin. Sin embargo, Nezahualpilli cambió su voto *“por parecerle no tener tanto peso como convenía en una dignidad tan grande”* (Ixtililxochitl 1985: 208) a favor de Moctezuma, que por aquel entonces era el máximo responsable del templo de Huitzilopochtli.

Aún así, mientras Macuilmalinatzin siguiera vivo era una clara amenaza para las expectativas políticas de Moctezuma, así que mandó a su hermano y a sus seguidores a combatir a Atlixco, donde secretamente Moctezuma había concertado su muerte. Al conocer estos hechos el rey de Texcoco se arrepintió de haberle dado su voto, pues Macuilmalinatzin no sólo reunía los requisitos para el trono, sino que era su yerno^[331].

Moctezuma además de eliminar a esta molesta facción se aseguró de que en el nuevo gobierno no tuvieran cabida los antiguos colaboradores de su tío Ahuitzotl y se rodeó de afectos a su persona. Esta actitud desembocó en una corte donde el fasto y la pompa estaban por todas partes y el control del *tlatoani* se reforzó.

Como no podía ser de otra manera y con el mismo objetivo de obtener un mayor control, la ‘limpieza’ de personal alcanzó al ejército y a la administración, donde eliminó a aquéllos que no tenían un rancio abolengo, aunque hubieran demostrado su valía, para favorecer a la nobleza que naturalmente estuviera de su parte^[332]. El deseo de que los nobles meritocráticos carecieran del poder que hasta entonces habían disfrutado se debió al hecho de que la riqueza acumulada por los *pochtecas* pudiera superar a la de los nobles de nacimiento^[333].

En la misma línea de lo anterior se reorganizó el ordenamiento urbano para restar poder a los grupos corporativos, por ejemplo, en Tenochtitlan separó a los artesanos de su *calpulli* y pasaron a depender directamente de la administración^[334]. Los cambios también afectaron al sistema tributario, obligado quizás, no sólo por su afán centralizador, sino por los cambios efectuados en la plantilla del palacio. Ahora los nobles meritocráticos estaban desubicados y Moctezuma los acomodó haciendo algunos ajustes en el mismo.

Organizó un reparto de responsabilidad por niveles, liberando al sistema de la responsabilidad total. Cada cabecera respondía de lo que le tributaban sus sujetos y Tenochtitlan sólo tenía que recibirlo de sus provincias. Estableció un calendario de pagos en el que los cuentadantes rendían en Tenochtitlan en fechas muy señaladas, generalmente coincidiendo con alguna festividad. Esto impresionaba a los tributarios y servía de barómetro para saber de qué grado de lealtad disfrutaba el imperio, pudiendo estar preparado con antelación para prevenir revueltas.

El afán reformador afectó también a quién tenía que recaudar el tributo. El *tlatoani* no quería que fuera un noble, porque éste podía hacerse con poder económico, reclamar alguna legitimación y, por tanto, alzarse contra él. Tampoco podía ser un plebeyo, ya que tenía que relacionarse con nobles y ejercer un nivel de superioridad. La solución la encontró en los nobles meritocráticos, que ostentaban suficiente dignidad para encarnar los temas del imperio, pero nunca podrían ser nobles legítimos para reclamar ninguna sucesión^[335]. Además, si estos nobles ‘de segunda’ habían sido desplazados de sus puestos era una manera de contentarlos y prevenir el peligro de una insurrección, pues su número debía ser elevado.

Otro importante problema al que Moctezuma Xocoyotzin tuvo que buscar solución fue el de las difíciles relaciones con los miembros de la Alianza. Nezahualpilli estaba molesto con él porque había asesinado a su yerno; quizás lo que realmente le molestaba era que le hubiera traicionado en algún sentido, pues Fernando de Alva Ixtlilxochitl pone en boca de Nezahualpilli que se había equivocado con Moctezuma, que parecía un cordero y era un lobo sanguinario. Moctezuma, por su parte, no estaba de acuerdo en cómo Nezahualpilli había aplicado la ley sobre familiares suyos.

Pero lo más interesante de estas explicaciones que ofrece Fernando de Alva Ixtlilxochitl es que a partir de 1510 —habían pasado ocho años desde que el *tlatoani* mexica había subido al trono— los problemas entre los dos

socios mayoritarios de la Alianza fueron en aumento. Así, por ejemplo, Nezahualpilli ordenó a sus ejércitos, que luchaban contra Tlaxcala, Huexotzinco y Atlixco, que se retiraran, Moctezuma tiende una trampa al ejército de Texcoco para acabar con los mejores soldados y con los hijos de Nezahualpilli, además de ordenar a los pueblos de la laguna que tributaban a Texcoco que dejaran de hacerlo.

Estos hechos eran en sí mismos gravísimos, pero si, además, en la política exterior Moctezuma tenía previsto eliminar las zonas que permanecían independientes y para realizarlo eran vitales las fuerzas conjuntas de la Alianza, es de extrañar que Nezahualpilli ‘gozara de salud’ cinco años más, aunque murió con 52 años y al parecer sin motivo que lo justificara^[336].

Aunque Ixtlilxochitl en su narración engrandezca a la nación acolhua, sí nos muestra que existían graves discrepancias entre los dos miembros más importantes de la Alianza y que, si Moctezuma deseaba manejarla como señor absoluto, Nezahualpilli no estaba dispuesto a claudicar.

Así pues, en política exterior Moctezuma tiende también hacia una mayor centralización. Coloca en las principales ciudades tributarias a líderes que están emparentados con la casa real tenochca, continuando con la política de parentesco que inició Ahuitzotl. Incluso, cuando muere Nezahualpilli en 1515 sin dejar nombrado sucesor, trata de imponer a los texcocanos a su sobrino Cacamatzin. Esta decisión tuvo un alto precio, aunque el coste político hubiera sido mayor si hubiera permitido que en el trono de Texcoco se hubiera sentado un líder independiente que frustrara sus planes.

Efectivamente, Nezahualpilli muere sin designar heredero, aunque tiene varios hijos legítimos que pueden aspirar al trono, el mayor parece que no era apto y Coanacoch e Ixtlilxochitl eran de poca edad para reinar. Al no haber consenso Moctezuma ve la oportunidad de sentar en el trono de Texcoco a alguien que siguiera sus dictados sin oposición y propone a Cacama, hijo también de Nezahualpilli y de princesa tenochca. Consigue influir en la elección del candidato aunque “hay varias opiniones”, inclinando la balanza en favor de Cacama, con la oposición de su hermano Ixtlilxochitl, quien se exilió a Metztitlan para formar una facción con la que combatir a sus hermanos y a Moctezuma^[337].

Esta situación de guerra civil originó enfrentamientos armados en los que el rebelde Ixtlilxochitl conquistó pueblos acolhua, estableció fortificaciones

en Papalotlan, Acolman, Chiucnauhtlan, Tecacman, Tzompanco y Huehuetocan, y terminó prestando sus servicios al extranjero Cortés^[338].

Este enfrentamiento entre los miembros de la Triple Alianza tuvo consecuencias internas y externas. En la política doméstica, si bien salió finalmente elegido Cacama como deseaba su tío, el coste fue grande y el resultado no fue plenamente satisfactorio, pues quedaba sin resolver el fleco de Ixtlilxochitl, quien por un lado, podía ser un potencial enemigo si atacaba con su facción, y por otro, al tener parte de Texcoco a su favor, no le permitía obtener todo el rendimiento que en sus planes de señor absoluto tenía. También afectó a los cimientos del imperio, ya que para que su estructura funcionara de forma eficiente necesitaba tener a Texcoco como aliado al cien por cien. Al no ser así se rompía una parte importante de la red de corredores seguros por donde el imperio se abastecía durante las campañas militares.

El clima inestable dentro de la Triple Alianza, junto con la actitud centralizadora de Moctezuma, alimentó las revueltas de los tributarios y recrudeció las hostilidades con la zona de Puebla-Tlaxcala. Las ya tradicionales guerras floridas no sólo se intensificaron, sino que cambiaron de significado; ahora Moctezuma quería conquistar, ser el único señor^[339].

Logró reducir a los yopis y a los de Metztitlan, aunque fracasó en su intento de dominar a la ciudad mixteca de Tututepec^[340]. Además, de la zona del Golfo llegaban noticias inquietantes y contradictorias que también afectaban muy directamente a la estabilidad del régimen.

Los imprevistos de la política exterior

Los tributarios totonaca, confederados con unos extranjeros, se negaban a pagar tributo. Los cinco recaudadores de Moctezuma habían sido apresados y dos de ellos puestos en libertad secretamente por el capitán de los extranjeros, que le enviaba el mensaje de que eran sus ‘amigos’^[341]. Esta actitud de Cortés debió desconcertar a Moctezuma que no sabía muy bien si darles guerra o no. Y debido a este doble juego de Cortés y a otros intereses sectarios^[342], vemos en las fuentes una actitud vacilante del soberano mexicana.

Los extranjeros llegaban en un momento muy delicado para el imperio. Ciertamente, Moctezuma estaba reduciendo a los pueblos que permanecían independientes y, si lograba eliminar a Ixtlilxochitl, dominaría sin cortapisas a la Triple Alianza, lo que le abriría un panorama político estable y unificado. Si

los extranjeros venían en su contra eran un peligro, pero si, como a veces parecía, estaban de su parte, podría sin duda completar más fácilmente su programa político hacia la centralización.

Cortés, por su parte, también estaba en una situación delicada, pues sabemos que desde el inicio su empresa estuvo agujereada por la insidia de las facciones que manejó de manera brillante, unas veces sobornando a los descontentos, otras tomando medidas ejemplares sin temblarle la mano y a veces absolutamente desesperadas, como fue la decisión de hundir las naves^[343]. Aunque analizada esta situación en su contexto no parece que tuviera muchas alternativas para elegir.

Tras fundar la villa de la Vera Cruz y de los nombramientos que se habían hecho, Cortés se desvinculaba de la autoridad de Velázquez y se colocaba directamente bajo la autoridad del rey; por ello, si volvía a Cuba o a España, le esperaba igualmente la muerte; sin embargo, si lograba la hazaña que ansiaba cabía la posibilidad de alcanzar la fama y la fortuna que tanto deseaba.

Había llegado a un territorio en el que con toda seguridad desconocía cómo funcionaba la política e inevitablemente iba a ser manipulado por los indígenas para su propio provecho; pero Cortés brillaba por sacar partido de las situaciones más adversas y por carecer de escrúpulos para manipular a los hombres y a las circunstancias en su propio beneficio.

Cortés mandó apresar a los recaudadores mexica y ‘obligó’ a los caciques a negarse a pagar el tributo. Esto equivalía a no reconocer el vasallaje que le debían a Moctezuma; pero al mismo tiempo mantuvo el doble juego con los propios recaudadores como si él no tuviera nada que ver con su prisión. Aunque los totonacas utilizaron a Cortés para liberarse del yugo mexica, pues era imposible que entendiera cómo funcionaba la política mesoamericana en tan poco tiempo.

Además, aunque actuó contra los enviados de Moctezuma, seguramente sería forzado por la situación, pues por el trato que da a los prisioneros se ve que no quiere enemistarse con Moctezuma; pero por el momento el único apoyo que tiene es el de los totonaca y lo necesita.

Sin embargo, como era de esperar Moctezuma respondió a esta provocación atacando a los de Cempoala que reclamaron la ayuda de Cortés. Éste se vio obligado a prestársela en medio de lo que podíamos llamar la permanente crisis interna que tenía con la facción de Velázquez, que

atemorizada quería volver a Cuba. Cortés los embauca y soborna con el oro que va obteniendo de los indígenas^[344].

El Conquistador sigue firme en su idea de ir a Tenochtitlan y, como veremos, serán los indígenas desde el principio quienes dirigen sus pasos y quienes le proporcionarán la información que necesita para sobrevivir y enfrentarse al poder de los mexica. Así, por indicación de los totonacas, se dirigen hacia Tlaxcala, dándole las claves para manejarse en un mundo desconocido para él, los totonacas le indican el camino y qué indígenas estarían dispuestos a luchar con ellos y enfrentarse al enorme poder de Moctezuma II.

Al llegar a los límites de Tlaxcala los cronistas soldados comentan cómo una muralla protegía la frontera tlaxcalteca. Estas construcciones defensivas ponían de manifiesto ese ambiente bélico que había predominado en todo el período. Como era de esperar, los tlaxcalteca les atacan, pues Cortés ya había formado un ejército de indígenas que eran tributarios de Moctezuma y, por lo tanto, sus enemigos.

Finalmente, los tlaxcalteca reciben a Cortes y le dan la bienvenida, en nuestra opinión, sin ser derrotados.

Cortés entró en Tlaxcala el 23 de septiembre de 1519, donde le informaron de cuál era su situación frente a los mexica y del bloqueo al que estaban sometidos, que no les permitía obtener muchos productos, en especial sal.

Mientras tanto Moctezuma enviaba mensajeros para ofrecerle a Cortés tributo a cambio de que no siguiera para Tenochtitlan. En repetidas ocasiones ofreció tributo a Cortés a cambio de que dejara las cosas como estaban. Esta actitud está llena de corrección política dentro del contexto mesoamericano; pero, como ya hemos comentado, Cortés desconocía el funcionamiento de ésta y tal vez la lectura que hacía era de debilidad por parte del imperio.

Otro momento que ilustra el desconocimiento de Cortés sobre la situación mesoamericana y de cómo los indígenas le manipularon, como en el caso de Cempoala, fue la salida de Tlaxcala hacia Tenochtitlan pasando por Cholula. El motivo que las fuentes ofrecen para dirigirse a Cholula es que los mexica estaban allí preparados para luchar. Pero cabe preguntarse ¿Cómo sabían qué camino iban a tomar?, pues este no era el más lógico. Por tanto, el ataque a Cholula hay que cuestionarlo, ya que nosotros sí sabemos que había sido aliada de Tlaxcala hasta poco antes de que los españoles arribaran y que

cuando llegaron lo era de Tenochtitlan^[345]. Por eso parece que los interesados en el ataque fueron los tlaxcalteca y los españoles y su grupo una comparsa que, para justificar la masacre, aluden a la presencia del ejército mexicana.

Además de mostrar el desconocimiento de Cortés, el caso de Cholula ilustra bien el funcionamiento de las facciones. Tras la derrota, los tlaxcalteca no se conforman con hacer gran daño y obtener un buen botín, sino que eliminan a la cúpula cholulteca que pactó la alianza con los mexica y ‘Cortés colocó’ en el gobierno a aquellos que eran más proclives a las relaciones con Tlaxcala. La actitud de Cortés no sólo debía preocupar y mucho a Moctezuma en el sentido de que obtenía victorias militares que aumentaban su fama, sino que asumía prerrogativas que eran las propias del *hueytlatoani*, y esto desde nuestra perspectiva tenía una mayor importancia política. Así pues cuando Cortés salió de Cholula lo hizo con mayor información sobre Tenochtitlan y sus armas, y además con la imagen reforzada^[346].

En ese doble juego continuo Cortés mandó una embajada a Moctezuma eximiéndole de cualquier responsabilidad en el altercado de Cholula y avisándole de que iban a su ciudad, a lo que Moctezuma le contestó que les esperaba y que serían avituallados a lo largo del camino.

Una vez resuelto el tema pendiente que Tlaxcala tenía con Cholula se dirigieron a Tenochtitlan vía Huexotzinco, que parecía el camino natural, con su nutrido ejército de indígenas. Estos iban guiando a Cortés por los mejores caminos, aunque a menudo encontraban impedimentos. Sin duda, Moctezuma también jugaba con doblez.

Pero durante el viaje hacia la ciudad mexicana no todo fueron batallas. Precedido por la fama de Cempoala y Cholula, algunos pueblos — Tlalmanalco, Chalco, Amecameca y Acacingo— vinieron a ofrecerle su amistad y a quejarse de la política de Moctezuma. Se asientan cerca de Chalco —Amecameca— donde reciben a nuevos mensajeros de Moctezuma, que les insisten que se vuelvan.

El 8 de noviembre de 1519, 10 meses después del desembarco, Cortés por fin pisa el ansiado suelo de Tenochtitlan, donde Moctezuma le recibe con un boato que deja perplejo a los españoles^[347]. Llama la atención que Moctezuma no aprovechara este momento para deshacerse de su enemigo. A estas alturas de los acontecimientos parece bastante claro que sus intenciones no eran buenas para la salud del imperio mexicana. Pues, aunque Cortés no fuera consciente de cuál era el funcionamiento de la política mesoamericana;

Moctezuma, en este sentido, no tenía excusa y sabía perfectamente que cualquier acción que inestabilizaba el sistema provocaba revueltas, y éstas no se harían esperar, incluso dentro del propio corazón del imperio.

Mientras tanto, los que se habían quedado en la Vera Cruz también tuvieron guerra con los de Nautlan al parecer por mandato de Moctezuma; pero el capitán contaba con un buen ejército de indígenas “*hasta ocho o diez mil indios de los amigos nuestros*”^[348]. Los aztecas atacaron a los totonaca en Nauhtlan (Almería) por no pagar tributo y los de Veracruz fueron en su ayuda^[349].

Este enfrentamiento de la Vera Cruz fue el pretexto perfecto para que Cortés apresara a Moctezuma, pues los españoles se sentían intranquilos y hacía tiempo que instaban a Cortés para que lo hiciera.

En palabras más que dudosas de Cortés, Moctezuma aceptó de buena gana la prisión mientras se aclaraba la situación del ataque de los de Almería, ya que el conquistador le promete que seguirá gobernando y mandando en su reino^[350]. Esta situación se prolongó durante ocho meses.

Para esclarecer la situación Cortés mandó traer a Tenochtitlan a los que habían atacado a los españoles de la Vera Cruz. El capitán se llamaba Quauhpopoca quien, después de ser interrogado y torturado por los blancos, acusó a Moctezuma de ser el inductor. Cortés aplicó justicia, quemando vivos a estos capitanes y pone grilletes a Moctezuma. Más tarde Cortés se los quita y le ofrece la libertad que Moctezuma no acepta. De ser cierta esta oferta, que muestran las crónicas de los vencedores, hay que pensar que Moctezuma temía o bien la ira de su gente o que fuera un ardid de Cortés y so pretexto de que había huido le matara.

Otro peligro al que Moctezuma tuvo que hacer frente fue a la conjuración que Cacama tramó contra él. Avisado Moctezuma de la traición de su sobrino, le denunció ante Cortés, quien en un primer momento quiso darle guerra, pero Moctezuma conocía la manera de traerlo a Tenochtitlan sin caldear más los ánimos.

Moctezuma contactó con algunos principales de Texcoco que estaban en su ‘nómina’ para que, con engaños y sin revuelo, apresasen a Cacama y lo trajeran a Tenochtitlan. Allí fue acusado de aprovechar la prisión de Moctezuma, para buscar apoyos para derrocar a su tío y expulsar a los indígenas y extranjeros que estaban en Tenochtitlan. En esa reunión Cacama les prometió “que si quedaba con el señorío de México que les había de hacer

grandes señores, y también les dio muchas joyas de oro y les dijo que ya tenía concertado con sus primos, los señores de Cuyoacan y de Iztapalapa y de Tacuba y otros deudos, que le ayudarían, e que en México tenía de su parte otras personas principales, que le darían entrada e ayuda a cualquiera hora que quisiese” (Díaz del Castillo 1984: 369). Pero en la reunión no sólo no alcanzó ‘*quorum*’, aunque eliminó a quien no estuvo de acuerdo, sino que perdió el trono y pusieron en su lugar a un hermano más dócil —Cocozca—.

Durante todo el viaje la suerte se puso del lado de Cortés, ya que la trama urdida por Cacama le allanó el camino al eliminar a los líderes de las principales ciudades implicadas y éstas quedaron huérfanas y sin el tiempo necesario para reorganizar su estructura de poder y ofrecer una resistencia seria al ejército indígena-español. Cacama no tuvo un apoyo unánime ni del exterior ni del interior de Texcoco, pues él mismo había dividido a la ciudad con su elección.

Está claro que en este punto era Cortés quien, a través de Moctezuma, intentará dirigir la vida política de Tenochtitlan. Propone a Moctezuma que convoque una reunión de alto nivel con sus vasallos y les convenza de que den obediencia al Emperador Carlos. En el transcurso de la reunión Moctezuma hace referencia al posible origen divino de los españoles tal vez en un intento de justificar su propia derrota, ya que era el soberano más importante del mundo conocido y sólo podía ser derrotado por dioses^[351].

Tras lo que parece la rendición de la Triple Alianza, Cortés tomó el oro de Moctezuma y decidió fundirlo para evaluar mejor la cantidad que había. El reparto de este enorme botín avivó nuevamente los problemas entre los españoles que no estaban de acuerdo con el quinto que Cortés se quedaba, igualándose con el rey. El problema que se suscitaba no era si Cortés tenía dignidad o no para hacer tal equiparación, sino que cuanto más se quedaba él, menos recibía el resto.

Aparte de la ambición personal del futuro marqués del Valle que es indudable, también debía ser consciente de que necesitaba ‘dinero de bolsillo’ para mantener lealtades, como venía haciendo desde que salió de Cuba y como hemos visto para el despegue del propio *tlatoani*. Además, los ánimos seguían sin calmarse entre los partidarios de Velázquez, que insistían en volver a Cuba, máxime ahora que tenían ganancias a la vista.

Habían pasado seis meses desde que Cortés pisó por primera vez el suelo de Tenochtitlan y las cosas parece que marchaban mejor de lo que él hubiera

imaginado. Sin embargo, la calma duraría poco.

No sabemos si por comprobar el nivel de autoridad que tenía entre los indígenas o por justificarse ante el religioso que iba con ellos, tomó la decisión de demandar a Moctezuma que quitara sus imágenes del Templo Mayor para que los cristianos colocaran las suyas. Es de extrañar que con la capacidad de anticipación que había demostrado, en numerosas ocasiones, Cortés asumiera esta orden y que fuera Moctezuma, consciente de la provocación que esto supondría entre los indígenas, como por fuerza debía suponer Cortés, quien aconsejara que mejor era compartir el espacio. Efectivamente, esta acción fue la chispa que hacía falta para que México se levantara, pero en ese momento Cortés recibió noticias de la costa que le informaban de la llegada de Pánfilo de Narváez con una enorme flota^[352].

El gobernador de Cuba, Diego Velázquez, no cejaba en el empeño de recuperar lo que en su opinión le pertenecía y Cortés intentaba robarle. Para ello envió a Pánfilo de Narváez con la misión de matarle. Pero Cortés no estaba dispuesto a dejarse arrebatar la oportunidad de su vida sin luchar. Envío una embajada a la costa para saber qué era lo que quería y qué necesitaba y le instó a que se marchase, mostrando la misma actitud que Moctezuma había tenido con él. Cortés no quería dejar Tenochtitlan, pues necesitaba controlar la situación personalmente para que no se levantasen. Sin embargo, la venida de Narváez creó inestabilidad entre los indígenas de la costa y se vio obligado a partir^[353].

La presencia de Pánfilo de Narváez no sólo alteró a los indígenas, sino que se reavivaron las distintas posturas que había entre la gente de Cortés. Éste se negó a cumplir los encargos que traía Narváez, aludiendo que sólo aceptaba órdenes directas del emperador. Sin embargo, en este envite Cortés no tenía todo el respaldo que esperaba de sus hombres y parte de los que estaban en la Vera Cruz se unieron a Narváez.

Cortés volvió a demostrar lo que mejor sabía hacer y puso de su parte a los mensajeros de Narváez, comprando su adhesión hasta que consiguió hacer facciones dentro del grupo de éste^[354], que le fueron de inestimable ayuda cuando luchó contra él. Pues, aunque por el camino pidió una ayuda de 4.000 guerreros a los tlaxcalteca, éstos se la negaron, alegando que en sus planes políticos no entraba luchar contra otros grupos que no fueran indígenas. Incansable al desaliento, Cortés pidió a los chinantecas que le hicieran lanzas con punta de cobre y 2.000 guerreros y, aunque éstos sí parecen aceptar, dice que llegaron tarde, cuando la batalla ya estaba ganada por Cortés.

Cuando parece zanjado el problema de Narváez, Alvarado reclama la presencia urgente de Cortés en Tenochtitlan, pues están sitiados y siendo atacados reciamente por los indígenas. Deja preso a Narváez en la Vera Cruz y sale para Tenochtitlan, reforzado por los hombres y las armas de éste, dispuesto a socorrer a los suyos.

A su llegada a Tenochtitlan Cortés quiere saber cuál ha sido el motivo del levantamiento y Moctezuma acusa a Alvarado de atacar a su gente sin razón ya que los mexica habían pedido permiso para celebrar el festival de Toxcatl^[355]. Pedro de Alvarado comete la masacre durante el festival de Toxcatl donde murieron la mayoría de los nobles guerreros. Quizás se asustó con el ambiente guerrero del festival y pudo pensar en la ventaja de dar primero, sin calibrar las repercusiones políticas, tanto para ellos como para Moctezuma, además de propiciar una situación realmente límite para los españoles.

Algunas fuentes afirman que los tlaxcalteca instigaron a Alvarado para que cargara contra los mexica. Es probable que el español nuevamente fuese manipulado por los indígenas, aunque sabemos que Alvarado era de ánimo más que belicoso y no necesitaría mucho empuje de los indígenas. Sin embargo, éstos sí conocían perfectamente lo que significaba aquella fiesta y quiénes iban a estar allí, presentándose una oportunidad única para acabar con “*todos los señores y cabezas del imperio*” (Ixtlilxochitl 1985: 261). También cabría la posibilidad de que los mexicanos intentaran acabar con los españoles en la ciudad, confiados en que Narváez se llevaría a Cortés, pero el resultado no fue así y Cortés junto con 2.000 tlaxcalteca y 1.300 españoles mantuvieron una dura lucha en Tenochtitlan durante casi un mes^[356].

Sea como fuere, en medio de todo este alboroto acontece la muerte de Moctezuma. En versión de Bernal Díaz Castillo y de Fernando de Alva Ixtlilxochitl es Cortés quien decide que Moctezuma suba a la azotea para aplacar los ánimos, aunque éste le advierte que ya no le quieren y que tienen otro señor, Cuitlahuac, su hermano y gobernante de Ixtlapalapan. Al parecer Moctezuma había renunciado voluntariamente a favor de su hermano^[357]. Su propia gente le mata a pedradas y flechazos. Lógicamente, Cortés intenta imponer al nuevo señor de México, pues de haberlo conseguido, habría puesto fin a muchas de las penalidades que padeció su grupo, pero la situación no estaba para que las opiniones de Cortés importaran a los mexica. Fernando de Alva Ixtlilxochitl apunta que intentó poner por rey a Cacama y como no quiso le mataron de ‘exactamente’ “*cuarenta y siete*” puñaladas.

Sin embargo, en la versión de Cortés es el propio Moctezuma quien se ‘presenta voluntario’ para salir a la azotea y hablar a su gente que le agrade y muere a los tres días, entregándose y desconociendo cuál fue la suerte final de Moctezuma, que Bernardino de Sahagún (1990: 977) aclara al afirmar que *“los quemaron [a Moctezuma y al gobernador de Tlatelolco] como acostumbraban hazer a todos los señores, y hizieron todas las solemnidades que solían hazer en este caso”*. Las diferencias sobre la prisión y muerte de Moctezuma no se limitan a las fuentes escritas, pues como apunta Juan José Batalla hay que tener en cuenta quiénes están narrando los hechos, si son los vencedores o los vencidos y si, además, los datos se comparan con los documentos pictográficos las discrepancias se hacen más evidentes.

El descalabro

La situación es crítica para el grupo de los españoles que sitiados no ven más solución para salvar sus vidas que salir huyendo, amparados en la noche. Con ellos van algunos rehenes que pertenecían a la nobleza entre los que se encontraban un hijo y dos hijas de Moctezuma, Cacama, que en los informes de los conquistadores aún no había muerto, y otros principales^[358]. A pesar de que la situación era extremadamente peligrosa intentan sacar parte del oro. Sabemos por Bernal Díaz del Castillo que Hernán Cortés dijo a sus hombres que, ya que el oro estaba perdido, sería para el que se lo pudiera llevar, aunque conociéndole, una vez que el oro estuviera a salvo, cambiaría la versión y se quedaría con él; pero éstas son especulaciones, pues no sólo no pudieron salvar mucho oro, sino que apenas salvaron sus vidas.

Durante la huida son recibidos de guerra en Tacuba, Azcapotzalco y Tenayuca. En Tacuba se desarrolló una gran batalla en la que el grupo que huía tuvo muchas bajas entre los ‘indígenas amigos’, los españoles y los regios rehenes: los hijos de Moctezuma, Cacama y otros principales^[359]. Perdidos y ansiosos por salir de tierras mexicanas, nuevamente los ‘indígenas amigos’ son sus ojos para llegar a las ansiadas tierras tlaxcalteca^[360].

Lo mismo que al entrar en Tenochtitlan la primera vez, o cuando los sitiaron tras la masacre de Alvarado, ahora los españoles estaban muy debilitados y con poco apoyo de los indígenas, por lo que los mexicanos podían haber continuado hasta acabar con ellos. Sin embargo, parece que los mexica se concentraron más en recomponerse que en perseguir más allá de sus límites a los españoles, quizás pensando que derrotados ya no

encontrarían apoyo entre los indígenas y que los tributarios reconocerían que el poder de Tenochtitlan seguía siendo el más grande.

La vuelta hacia Tlaxcala no sólo debió estar plagada de miedo e incertidumbre por si lograban llegar con vida, sino que Cortés debería tener también sus dudas de cómo serían recibidos. Habían perdido, ya no tenían fama de invencibles frente a los aztecas, además entre los tlaxcalteca no siempre había existido unanimidad para apoyarles.

El 8 de julio de 1520 salen de territorio mexica, había pasado un año desde que entraron en Tenochtitlan y un año y medio desde que desembarcaron y el ánimo de Cortés debería estar temeroso y anhelante por llegar a tierras tlaxcalteca y conocer su futuro sobre el apoyo con el que contaría o no. Llegan a Gualipan, provincia de Tlaxcala, donde los indígenas les dan de comer; pero esta vez a cambio de oro. Esto podía hacer sospechar a Cortés que la situación había cambiado y permaneció allí tres días recuperándose y esperando reacciones.

Los señores principales de Tlaxcala y Huexotzinco dieron el primer paso dirigiéndose a Gualipan, donde se encontraba Cortés. Por suerte para él, deciden continuar con la alianza. Aunque, nuevamente sabemos que esta decisión no fue unánime y que, incluso, se barajó la opción de pactar con los mexica; tal vez entregar a los españoles, a cambio de sellar la paz con ellos. Sin embargo, entre las distintas opiniones prevaleció la de mantener la relación con Cortés, con quien habían tenido una prosperidad de la que carecían antes de la alianza con él y le dieron su apoyo^[361].

La reorganización

Durante los veinte días que están en Tlaxcala descansando se traza la estrategia para hacer capitular a los guerreros del sol y a sus aliados. La primera ofensiva tiene como objetivo la ciudad de Tepeaca, tributaria mexica, que es atacada por un ejército compuesto por 4.000 ‘indígenas amigos’: tlaxcalteca, huexotzincas y cholultecas so pretexto de haber matado a un grupo de españoles que se dirigían a Veracruz. El resultado de este enfrentamiento no sólo fue positivo para el grupo indígena-español por su propio esfuerzo, sino que los propios tepeacanos se pusieron de su parte y colaboraron en expulsar a los mexicanos de la ciudad, donde se fundó la Villa de Segura de la Frontera.

Mientras los españoles disfrutaban de esta victoria y hacían esclavos por el resto de la provincia, según Cortés como medidas ejemplares, aunque sabemos por Bernal Díaz que lo hacían siempre, llegan noticias de que nuevos barcos atracan en la costa, uno del incansable Velázquez y otro con armas y caballos que vienen a reforzar la posición de Cortés^[362].

Por su parte, los mexica y sus aliados siguen defendiendo su territorio en Cholula e Izúcar, pero nuevamente los naturales les traicionan y ayudan al bando indígena-español. En la segunda ciudad colocan como señor a un hijo del gobernante de Cholula, que era menor, y como regentes a un principal de Cholula y a dos de la propia ciudad^[363]. Favoreciendo a quien le ayudaba, Cortés ganaba amigos y lealtades. Como hemos comentado en apartados anteriores, y en la lucha por el dominio de México se percibe muy bien. Las facciones actuaban continuamente como elemento dinámico de la política y no siempre tuvieron que luchar para tener pueblos de su lado.

Pacificada la zona de Tepeaca, vuelven a Tlaxcala, donde los españoles se distribuyen la parte del botín que les correspondía de Tepeaca, Cholula, Tecamachalco y Castilblanco (Zacatlan), pues los indígenas iban cogiendo su parte^[364]; y como siempre surgen disputas que muestran el descontento que existe entre parte de los hombres. Por ello, y con la intención de terminar con esa situación da licencia a algunos de ellos, especialmente de Narváez, para que se vayan a Cuba.

La realidad era que contaba con un ejército tan numeroso por el apoyo indígena, que le sobraban efectivos. También envía otro barco a Jamaica para traer caballos, armas y pólvora para enfrentarse al poder mexica; y mientras esta ayuda llega, se quedan haciendo los bergantines, pues reconoce que es la única oportunidad que tiene para tomar la ciudad de Tenochtitlan^[365].

Durante los preparativos la viruela también afectó a los ‘indígenas amigos’. Magiscacin, *tlatoani* de Tlaxcala, murió y este hecho, que en principio podía parecer adverso para Cortés, vino a favorecerle.

Nombró como heredero al hijo del *tlatoani* que tenía 12 ó 13 años y colocó como regentes a otros principales tlaxcalteca que compartían sus intereses, pues en breve partiría para Tenochtitlan y necesitaba la seguridad de saber a quién tenía de su lado^[366].

Los preparativos para el gran asalto siguen su curso a buen ritmo, mientras los indígenas cortan la madera para los bergantines llegan otros

barcos que le vienen estupendamente, uno de Francisco de Garay y otro procedente de Canarias con armas, pólvora, caballos.

Cortés envía a Sandoval hacia Xalatzinco, Zacatami donde batallan durante 3 días y Zacatlan, que le llamaron Castilblanco, junto con los tlaxcalteca. Estas victorias no sólo pacificaban la provincia, sino que contribuían a aumentar la fama de Cortés y esto era fundamental para conseguir más aliados^[367].

En Tenochtitlan el *tlatoani* también había muerto de viruela y le sucede Cuauhtemoc quien, en un intento por retener a los vasallos que estaban dando lealtad a Cortés, les ofrece medidas ventajosas como la reducción del tributo por un año^[368]. Conviene reflexionar sobre algo que repetidas veces hemos llamado la atención y era que, tal y como estaba concebida la organización del imperio, había hechos concretos que la desestabilizaban y uno de estos acontecimientos era la muerte de un *tlatoani*. Tras la muerte de Moctezuma, estas situaciones se sucedían sin que diera tiempo a reorganizarse de la manera ‘tradicional’, perjudicando seriamente a los mexica frente a sus tributarios.

El asalto final

Con su fama, su ejército y el de los indígenas, más de 10.000, el 28 de diciembre de 1520, un año y nueve meses después de haber desembarcado, Cortés sale hacia Tenochtitlan con la intención de conquistarla o morir. La idea es establecer su base de operaciones en Texcoco, pero esta vez vía Texmoluca, provincia de Huexotzinco, donde pasan la primera noche. Como vemos ahora toma el camino más lógico para ir hacia Tenochtitlan sin pasar primero por Cholula.

Durante el camino los enemigos intentan impedir su paso al máximo, colocando obstáculos para inutilizar la ventaja de los caballos y retrasar la llegada todo lo posible, pero aún así continúan en la dirección propuesta, siendo conscientes de que en Tenochtitlan conocen sus pasos milimétricamente, ya que los indígenas se van avisando con ahumadas y gritos.

Los enemigos cada vez estaban más cerca de su objetivo y entre los miembros de la Triple Alianza la presión era enorme y cuando más unidos debían estar más se intensificaban las discrepancias. La viruela tenía muy

debilitada a la población^[369] y tampoco contaban con el apoyo de todos sus tributarios, que en muchas ocasiones se rendían voluntariamente a Cortés sin darle batalla. Además, la lucha por el control del poder seguía abierta entre Tenochtitlan y Texcoco y éste, a su vez, continuaba desangrándose entre los hijos de Nezahualpilli que lo anhelaban.

El ejército indígena-español llega a Coatepec, que está desierta, y acampan allí, donde por la mañana tienen un encuentro con señores principales de Texcoco, quienes en nombre de Cucascacin les ofrecen su amistad y la seguridad de que no le faltarían alimentos mientras estuvieran en su provincia.

Finalmente, el 31 de diciembre de 1520, llegan a Texcoco, donde establecen su campamento, mientras la población ha huido a Tenochtitlan. Sin embargo, los señores de Coatlichan, Huexotla y Atenco, que eran poblaciones acolhua, vinieron a ofrecer su lealtad, a pesar de que los mexica les habían ofrecido mejorar su condición a cambio de su permanencia en la Alianza; y para demostrar su voluntad, entregan a Cortés a los mensajeros mexica que tenían en su poder^[370]. Después de siete u ocho días que tardan en montar el campamento, Cortés y sus hombres, unos 200 españoles junto con el ejército de ‘indígenas amigos’, unos 3000 ó 4000, salen en una misión de reconocimiento por la zona de la laguna, empezando lo que sería la dura lucha por la conquista de Tenochtitlan.

Se dirigen hacia Ixtlapalapan, donde los mexica y sus todavía aliados les derrotan al combinar sus fuerzas navales y terrestres, aunque el ejército indígena-español ya había hecho mucho daño, pues las fuentes informan de que los ‘indígenas amigos’ mataron sin discriminación, incluyendo mujeres y niños^[371].

A pesar de que el bando indígena-español no salió bien parado, los señores de Otumba y otras cuatro ciudades se le ofrecen de paz en Texcoco sin oponer resistencia a cambio de quedar protegidos frente a la ira mexica.

Los mexica y los pocos aliados que les quedan en las ciudades ribereñas asedian continuamente al ejército indígena-español, sobre todo por el lago, donde el número de canoas que forman parte de estas batallas llega a ser considerable, las fuentes^[372] aseguran que había más de 1.000 canoas.

A Gonzalo de Sandoval, que a nuestro juicio es el mejor militar que hay entre los hombres de Cortés, incluido él mismo, y de lo que Cortés parece también ser consciente, le encarga las misiones más peligrosas y

trascendentales para conseguir su objetivo. Así, le envía sucesivamente a Chalco, que estaba siendo muy castigado por los mexica y sus aliados por negar obediencia al imperio y haberse puesto del lado de Cortés. Controlar Chalco era vital por múltiples factores: tener pacificado el corredor que unía Texcoco con Tlaxcala y la Vera Cruz, para que no se cortara la comunicación; para que el trasiego de armas y el transporte de los bergantines fuera posible.

Como el señor de Texcoco y sus principales habían huido a Tenochtitlan y Texcoco, desde la muerte de Nezahualpilli no se había alcanzado estabilidad en el nombramiento de los señores, por lo que debía haber partidarios de cada uno de los candidatos posibles. Cortés nombra señor de Texcoco al hermano de Cacama que seguía con él, Tecocol. No sabemos si se quedó con el bando español espontáneamente a la espera de algún beneficio, o si estaba prisionero; lo importante es que con esta maniobra mantenía pacífica la región^[373]. Este hecho podía haber encendido más el odio hacia Cortés de la facción del señor de Texcoco que estaba en Tenochtitlan; sin embargo, cabe la posibilidad de que la respuesta que dieron no fuera todo lo fuerte posible, porque los de Texcoco ya habían manifestado la intención de no luchar contra Cortés porque estaban muy debilitados para conseguir sus objetivos.

La respuesta que los mexica y algunos de los pueblos pertenecientes a Texcoco que estaban de su parte, no tuvo mucha fortuna, quizás porque Cortés ya estaba avisado de estos movimientos por los señores de Coatlichan y Huexotla. Cortés, además de tener un enorme ejército indígena, tiene un excelente servicio de inteligencia que aumenta sus posibilidades, al conocer los movimientos del enemigo sin tener que dividir su ejército.

Por otro lado, hay que señalar que los mexica no luchaban solamente contra el frente de Cortés y todos sus indígenas, sino que también intentaban castigar a los tributarios que les iban dejando y esto les restaba posibilidades para luchar con todas sus fuerzas en un solo objetivo. Y así, mientras este bando va debilitándose, Cortés va fortaleciéndose, no sólo con los indígenas que se van sumando, sino con los refuerzos que llegan en los barcos con caballos, armas y pólvora.

Uno de estos frentes a los que nos referimos era la zona de Chalco. El bando indígena-español sabía que ganarla era vital para mantener la comunicación con la costa y de igual modo debieron pensar los mexica y sus aliados, pues los enfrentamientos entre ambos en esta zona se repitieron. Como Cortés tampoco podía atender a todos los flancos, crea una nueva

alianza entre los de Chalco “*Guajocingo, Churultecal y Guacachula*” para resistir en la zona.

Gonzalo de Sandoval está encargado de que los bergantines lleguen desde Tlaxcala hasta Texcoco sin problemas, pero durante el camino algunas poblaciones de Texcoco se le enfrentan, aunque sin éxito, haciendo esclavos entre las mujeres y los niños. Los bergantines, transportados por más de 8.000 hombres, con al menos 2.000 más de apoyo para acarrear las provisiones, llegaron a su destino^[374]. Si es verdad que Cortés fue quien obtuvo la victoria de Tenochtitlan ¿cómo hubiera podido llevar esta empresa sin ayuda?

Cuando los tlaxcalteca hubieron descansado tres o cuatro días Cortés y unos 30.000 ‘indígenas amigos’ salen sin comentar el destino de la misión, pues desconfían de los texcocanos. Quizás fue un intento de combatir a los pueblos ribereños con el potente ejército de indígenas y dejar sólo y debilitado a Tenochtitlan, pues durante el tiempo que estuvo allí, más de medio año, fue más que suficiente para reconocer el terreno y familiarizarse con él. Sin embargo, encontró mucha resistencia entre los pueblos que estaban en el lago y que combatían del lado mexicana, reafirmandole cada vez más que él también necesitaba una armada para poder vencerlos.

En estas luchas que Cortés tiene en Xaltocán, Tenayuca, Azcapotzalco y Tacuba ‘deja’ que los ‘indígenas amigos’ saqueen y cojan el botín a su voluntad. Este cambio que llega incluso a que los españoles sean humillados en Tenochtitlan, tal vez responda a que los ‘indígenas amigos de ellos mismos’ exigieron a Hernán Cortés mayores beneficios a cambio de renovar su alianza. Sea como fuere, Hernán Cortés y el ingente ejército indígena regresan a Texcoco después de 15 días dispuestos a montar los bergantines para dar el asalto final a la capital de imperio.

Mientras se disponen los preparativos para ensamblar y botar los barcos, no hay descanso entre los pueblos que vienen a ponerse al servicio de Cortés como Tuzapan, Maxcalzingo, Nauhtlan, que a cambio precisan protección; y los de la zona de Chalco y Tamancaico que siguen recibiendo castigo. Por eso, Cortés hace nuevas confederaciones entre los indígenas para que se ayuden, aunque con ellos mandaba una ayuda española y aquí se suscitaba otro problema que había que resolver para que no crecieran las disputas ¿Cómo evitar la competencia por el botín con los indígenas? Pues a ambos les interesaba lo mismo.

Gonzalo de Sandoval había conseguido finalmente pacificar el ‘cordón umbilical’ que los unía a Vera Cruz, además de hacer prisioneros entre los mexica. Así dispuestos y con la nueva ayuda que había llegado de Castilla, Cortés envía el 27 de marzo de 1521 a los prisioneros mexica a su ciudad con el mensaje de que depongan su actitud o serán destruidos.

La respuesta es un nuevo ataque a Chalco que obliga a Cortés, el 5 de abril de 1521 —han pasado dos años desde que desembarcaron—, a salir con 20.000 hombres en dirección a Chalco, donde se les unen otros 40.000 hombres^[375]. Con esta enorme fuerza se enfrenta a los mexica y a sus aliados que les respondieron reciamente y donde obtuvieron alguna victoria, aunque finalmente ésta se inclina del lado indígena-español. No hay que perder de vista que en todos los enfrentamientos los mexica suelen ir acompañados de otros pueblos y que no están solos en la defensa de sus intereses, aunque ciertamente el bando indígena-español crecía con las deserciones.

Su objetivo es volver a Texcoco para concluir los bergantines y poner punto final a una situación que se alargaba demasiado. Durante el regreso pasan por diferentes pueblos donde unas veces eran bien recibidos como en Huaxtepec y otras tienen duras batallas como en Yauhtepec y Xilotepec, donde el bando indígena-español asola y esclaviza. Continúan hacia Cuernavaca en dirección a Xochimilco. Durante este trayecto pasaron muchas fatigas, pues no encontraban agua para beber. Una vez más son los indígenas quienes les dirigen y conocedores del terreno les indican donde estaban los pozos. Pero las penurias se incrementaron al llegar a Xochimilco al ser duramente recibidos y atacados desde el lago.

La lucha fue sin cuartel, los mexica y sus aliados peleaban de noche y de día, realizando combates combinados entre la infantería y la marina, renovando los escuadrones con otros de refresco etc... Con este ritmo resistieron tres días y una vez más, tomada la ciudad por el batallón indígena-español, la asolaron^[376].

En su regreso a Texcoco pasan por Coyoacan que está despoblada y desde allí pueden observar cuál será el mejor lugar para entrar con los bergantines, y toman nota de los efectivos que Tenochtitlan tiene dispuestos por el agua y por las calzadas. Al pasar por Tacuba los españoles tienen bajas y algunos son hechos prisioneros, con lo que esto significaba.

Continúan por Azcapotzalco, Tenayuca, Cuauhtitlan, Xilotepec, Aculman, ya provincia de Texcoco, donde se reúnen con los españoles que se habían

quedado con los preparativos de los bergantines. Llegaron cansados y heridos pues a través de este periplo fueron incesantemente atacados por el contingente mexica. Al llegar a Texcoco no era alegría todo lo que esperaba a Hernán Cortés, ya que la facción de Narváez había urdido una conjuración para matarle junto con sus capitanes: Gonzalo de Sandoval, Pedro de Alvarado y Andrés de Tapia^[377].

Como siempre, la suerte está del lado de Cortés quien, una vez descubierta la traición, no le tiembla la mano al ordenar que ahorquen al cabecilla. Sin duda, observando el carácter de Cortés a través de sus escritos y los de los otros conquistadores hubiera deseado acabar con todos los conjurados, pero era capaz de tener una gran perspectiva de las situaciones y lo que podían suponer a largo plazo; por eso, matando a Antonio de Villafañá, deja un mensaje bien claro al resto de los traidores y al mismo tiempo no se resiente la imagen de unidad que tendrían que dar delante de los indígenas.

Así pues solucionado, de momento, este problema, coordina la operación para botar los bergantines. Para llevar a cabo esta empresa se necesitó la mano de obra de ocho mil indígenas, durante cincuenta días, para preparar la zanja por donde botar los bergantines. A este respecto, surgen, entre otros, los siguientes interrogantes: ¿lo habría podido hacer sin la ayuda india? ¿Y sin los bergantines habría podido ganar?

El día 28 de abril de 1521 los bergantines están en el agua listos para hacer su tarea y Cortés se encarga de distribuir los dispositivos y de dar aviso a los tlaxcalteca, huexotzinga, cholulteca, chalca, tamanalcos con sus sujetos, así como a Texcoco con los suyos, para que se pongan en marcha, aumentando al ya numeroso ejército con cincuenta mil hombres más^[378], y a los indígenas de los pueblos comarcanos para que trajeran las armas que había encargado.

Todos apercebidos y con las órdenes precisas de bloquear las calzadas, salen divididos en tres escuadrones capitaneados cada uno por Alvarado, Olid y Sandoval. Pero, cuando parecía que ya todo estaba dispuesto, la facción tlaxcalteca que no quería colaborar con Cortés intenta boicotear la misión. Xicotenga, el cabecilla de la rebelión tlaxcalteca y que siempre quiso ponerse del lado de los mexica, huye y Cortés manda ahorcarlo^[379].

El asedio

Ahora sí, con las cosas al parecer en orden, Olid y Alvarado parten de Texcoco el 10 de mayo de 1521 con la misión de dejar a Tenochtitlan sin agua potable. Allí los mexica que estaban custodiando el caño les dan guerra desde las canoas, pero no logran impedir la acción^[380]. Les siguieron Sandoval, que se dirigía a Ixtlapalapan, y Cortés comandando los bergantines por la laguna.

A partir de este momento los combates se suceden, registrándose victorias y pérdidas cuantiosas por ambos lados. Los aliados de los mexica fueron desertando y los suministros escaseando, hasta que finalmente el 13 de agosto de 1521, tras 75 días de asedio, Tenochtitlan cae en manos indígena-españolas.

Han pasado dos años y medio desde que Cortés llega a la costa hasta que consigue tomar la ciudad. Este dilatado espacio de tiempo hace reflexionar sobre las dificultades y las circunstancias que se desarrollaron para conseguirlo. Hemos visto que Hernando Cortés era un hombre de fuerte carácter, sin escrúpulos, cruel, manipulador y con principios que variaban según los intereses. Un Hernando Cortés que decide que de esta empresa sale muerto o rico y que para ello es capaz de manipular a sus hombres desde el principio, a pesar de que entre ellos existe una facción que insistentemente intentaba entorpecer sus planes.

Sin embargo, estas características de su personalidad están también acompañadas por un sentido visionario de los acontecimientos que permite a Cortés ver con antelación cómo pueden desarrollarse los hechos y las consecuencias que pueden tener, por lo que mantiene la cabeza fría en muchas ocasiones, controlando sus propios sentimientos de venganza, y haciendo que las adversidades cambiaran de signo.

En una formidable pirueta Cortés logró convencer a parte de sus hombres para fundar la villa de la Vera Cruz, contraviniendo las órdenes que tenía de Velázquez de “rescatar y no poblar”. Esta acción será decisiva para la conquista de México, pues una vez que Cortés da este paso y hunde los barcos para que la facción de Velázquez no desertara, no tenía más opción que seguir adelante y no dejarse apresar por nadie que viniera en nombre del Gobernador de Cuba, pues lo único que en ese caso le esperaba era la muerte. Este hecho y el enorme e inesperado apoyo que encontró entre los indígenas fueron los pilares en los que se apoyó la conquista de México.

Efectivamente, el número de indígenas que se implicó en esta contienda fue muy elevado y los españoles solo eran un pequeño grupúsculo en medio

de este ejército de guerreros. Por eso, parece bastante evidente que, si bien Hernán Cortés manipuló a sus hombres para alcanzar las metas que perseguía, él también fue manejado por los indígenas, que buscaban su propio beneficio. Sin embargo, ellos no tuvieron la visión a largo plazo de lo que su ‘apoyo’ a Cortés iba significar.

Así pues, desde nuestro punto de vista, la conquista de México fue una lucha india por el poder, como ya habíamos visto anterior a la formación del imperio azteca. Ahora el resto de los grupos indígenas que estaban subyugados, aprovechando que un elemento extraño hacía su aparición, intentaron conseguir su ‘oportunidad’ y la aprovecharon, como los mexica lo hicieron frente a los tepanecas.

Muchas fueron las causas que concurrieron para llegar a este final, pero el descabezamiento de los gobiernos locales, además de los de Tenochtitlan y Texcoco, junto con las luchas internas de la Alianza, requerían un tiempo que al imperio ya no le quedaba, y así esta gesta que significó su destrucción fue una guerra de indígenas, en la que se vio implicado un visionario que obtuvo como regalo el resplandor de un mundo que todavía humeaba entre las ruinas.

México-Tenochtitlan, como los mitos, había muerto joven, para permanecer en nuestra memoria bella e inalterable, borrando la imagen de muerte y miseria que los invictos intentaron legarnos.

Una vez descrito el panorama político y presentado a sus principales actores, entramos a valorar el papel que jugó el ejército en todo este engranaje.

El ejército

Por su ubicación física, Tenochtitlan se ve impelida a expandirse en busca de tierras suficientes para abastecer a su creciente población. Ni la tecnología, ni la climatología, ni la orografía daban facilidades para la continua movilización del ejército. Además de ser muy costoso para la administración, en ciertas épocas del año se hacía inviable, por lo que el gobierno optó por un sistema cuya mayor virtud fue su adaptabilidad a todo tipo de situaciones.

Como hemos comentado, el régimen tenía una estructura que se mostraba flexible para relacionarse con las provincias conquistadas, pues contemplaban muchos aspectos a la hora de adoptar una fórmula para la sojuzgación.

Al *tlatoani*, como cabeza del ejército, le correspondía la declaración de la guerra, que se hacía tras consultar a su Consejo^[381]. En opinión de algunos autores^[382] sólo capitaneaba su propia batalla de entronización, mientras que las de tributos y sojuzgación se dejaba a los profesionales, siguiendo paso a paso el ritual: primero se anunciaba en la plaza, dando tiempo a que todos se prepararan, después partían los mensajeros hacia las zonas amigas, por las que iba a pasar el ejército, para que tuvieran listo lo que necesitara y hacia la provincia objeto de las hostilidades, por si prefería arreglar el problema por la vía diplomática^[383]. Este primer paso era más bien de tipo ritual; sin embargo, para que la guerra tuviera éxito, era fundamental atender a dos aspectos: la logística y la estrategia. Si bien ambos son importantísimos en cualquier confrontación, en Mesoamérica cobran especial relevancia, por la cantidad de obstáculos que había que salvar.

La buena organización de la logística era fundamental para las campañas que, cada vez con más frecuencia, implicaban distancias mayores. El abastecimiento del ejército se resolvió exigiendo a los pueblos por donde las tropas discurrían que les proporcionaran los víveres —tortilla de maíz tostada, pinole, chile molido, frijol— hombres y armas que necesitaran. Para ello se utilizaba la estrategia de enviar a un mensajero que se adelantaba anunciando la llegada de las mismas.

Generalmente, los ejércitos partían con un día de diferencia^[384] con el fin de repartirse y hacer su llegada menos gravosa a los pueblos en cuanto a alimentos y especialmente agua. Por un lado, iban los hombres y por otro, las

armas que salían un día antes que los primeros. La manera de transportar tanto víveres como armas era a través de los *tlamemes*, cargando cada uno 23kg/25km día. Cuando el ejército llegaba al campamento, los tributarios ya lo habían preparado con mantas, loza y tiendas; la de los principales, llamada *aoxacali*, y otra muy grande, *yaotanacalco*, que servía de almacén de alimentos y armas^[385].

Las razones estratégicas de viajar por separado respondían por lo menos a tres motivos: evitar que el enemigo supiera el tamaño real del ejército, reducir el tiempo de la marcha y atacar por diferentes rutas para destruir la defensa táctica del enemigo. Estas razones primaban sobre las logísticas, ya que el regreso lo hacían juntos^[386].

En la organización estratégica se observan aspectos diferentes según fueran los objetivos. Las tropas imperiales estaban formadas por un *xiquipilli* de ocho mil soldados aportados por los *calpulli*, cada una de estas unidades se dividía en veinte escuadrones de 400 soldados a las órdenes de un capitán^[387]. Aunque el ejército imperial crecía muchísimo, cuando reclamaba a las *auxilia* formadas por los jóvenes de las poblaciones sojuzgadas. Estas fuerzas al completo se utilizaban para aniquilar situaciones en las que la amenaza fuera máxima; por el contrario, para situaciones de menor intensidad, entraban en acción los ejércitos tributarios. Con esta distribución, se conseguía que los clientes demostraran su lealtad al régimen, con un considerable ahorro para la administración mexicana y, a la vez, era una buena manera de dosificar la terrorífica puesta en escena del ejército imperial.

La disciplina dentro del ejército era muy estricta, ya que se castigaba con la muerte a quien hubiera desobedecido alguna orden, matado a algún enemigo sin permiso, robado algún cautivo, revelado planes a los enemigos, etc.^[388]

Poseía un buen servicio de inteligencia compuesto por los embajadores oficiales, mensajeros, mercaderes y espías^[389], que eran recompensados por sus servicios, situación que está presente en todos los Estados. Con los datos que aportaban se preparaban las campañas militares, pues permitían hacerse una idea muy aproximada de cuánta gente vivía en la región que iban a conquistar, cómo era su armamento, qué obstáculos geográficos había que evitar, cuántos días duraría la marcha, etc. de tal forma que, una vez terminaba la época de cosechas y de lluvias^[390], se estaba en condiciones de emprender la gesta.

Las actuaciones de fuerza del ejército iban acompañadas de acciones diplomáticas continuas, que buscaban el equilibrio entre dejar bien claro quién era el poderoso y las terribles consecuencias que podía tener olvidarlo, y ofrecer ventajas suficientes a los oprimidos, de modo que no les compensara soñar con el levantamiento. Aún así es indudable que el empleo de las armas fue importante para conseguir los objetivos políticos que Tenochtitlan se marcaba; sin embargo la discusión sobre la profesionalidad o no de su ejército siempre resulta polémica.

Ciertamente, se nos antoja paradójico hablar de expansión imperial sin la existencia de soldados profesionales, trabajando a tiempo completo para el Estado y retribuidos por éste. Aunque Ross Hassig afirma que tenía un cuerpo de soldados profesionales, esta manifestación no responde a la opinión mayoritaria.

No cabe ninguna duda de que los aspectos marciales cobraron cada vez más importancia y que el Estado creó una ideología impregnada de militarismo que afectó a todos los estratos sociales desde el inicio de su educación; e, incluso, el lenguaje se llenó de términos que hacían referencia a multitud de aspectos militares^[391].

Existían destacamentos que se diferenciaban por el número de soldados, por el tipo de armas que utilizaban y por su procedencia. Estos batallones estaban a las órdenes de un mando que hubiera sobresalido por su valor, su destreza y sus hazañas. La jerarquización del ejército afectó también a la sociedad porque le ofrecía una mejora para que se involucrase en la vida militar. Tanto las armas como las insignias acentuaban esta diferenciación, y aunque en la ideología de estado el guerrero demostrara un valor enorme en la batalla, en la práctica éste nunca alcanzaría el más alto rango si no pertenecía a un rancio linaje.

Con todo, el modelo de organización imperial que se había elegido no hacía del ejército profesional una necesidad. Si durante gran parte del año los caminos estaban intransitables, tanto para los conquistadores como para los conquistados; si, además, la seguridad de las fronteras de los pueblos sojuzgados no corría de su cuenta, parece que el ejército profesional supondría un gasto inútil para una administración, cuyo objetivo sí era sacar un máximo rendimiento económico en cualquier circunstancia con un mínimo gasto.

Para nosotros, Tenochtitlan tuvo un eficaz ejército que cumplió a la perfección el papel que el sistema imperial le había adjudicado. Supeditado a los objetivos políticos, supo ganarse la fama de aguerrido y atroz que necesitaba para poder conquistar, aplacar levantamientos, asegurar rutas comerciales etc., sin que fuera necesaria su presencia permanente. Esta fama quedó de sobra demostrada en la defensa de su territorio, cuando la confederación indígena-española les atacó, sin olvidar que el ejército imperial tuvo un inestimable apoyo con la creación de un ejército ‘auxiliar’, formado por los hombres que componían la Alianza, así como por los de los pueblos sojuzgados.

Las tropas auxiliares supusieron un ahorro fundamental para el erario mexicano al aportar todo lo que necesitaban en armamento y en víveres, constituyéndose en una pieza clave para la expansión imperial. Una vez más, Tenochtitlan encontró la fórmula idónea para que las provincias no supusieran una carga en ningún aspecto. El aporte militar se estableció como un tributo aunque no se denominara como tal; de esta forma, algunas provincias estaban obligadas a dar hombres para reforzar las filas del ejército^[392].

El ejército se lanzaba a conquistar zonas económicamente productivas, de las que se obtenía un tributo de variada índole y, a cambio de éste y de su lealtad, les permitía seguir con su organización local. Era una forma de obtener lo pretendido, pero con un coste mínimo en hombres y en intendencia. En ocasiones, se dejaba al gobernante local, tras haber comprobado su lealtad; de lo contrario, se le sustituía por otro miembro de la dinastía^[393].

Este tipo de organización creaba un fuerte vínculo con el ejército, pues al gobernante local no sólo se le responsabilizaba de que su gente rindiera el ansiado tributo para Tenochtitlan, sino también de vigilar sus propias fronteras. Con esta actuación el imperio economizaba al mismo tiempo en gastos militares y administrativos.

La imposición del tributo también variaba y dependía de la resistencia demostrada en la batalla. Si la zona era proclive a la rebelión, se dejaba un gobernador mexicano y en determinados lugares se levantaban guarniciones que se poblaban con colonos procedentes de la Triple Alianza.

Efectivamente, las fuentes hacen referencia a la presencia de guarniciones por todo el territorio de expansión mexicana, cuya misión era proteger las fronteras, como respuesta a un meditado plan estratégico.

Guarniciones

Entre la historiografía más o menos reciente encontramos distintas posiciones: hay quienes^[394] ponen en duda que estos lugares fueran guarniciones y los que afirman^[395] que no hay unanimidad en las fuentes para asegurar que existían guarniciones en las provincias tributarias más importantes, pero sí indicios del establecimiento de colonias en lugares estratégicos, poblados con gente de la Alianza, en donde un militar de graduación gobernaba; y de que los pueblos de la región en los que estaban instaladas, proporcionaban suministros y servicio militar a la correspondiente guarnición, llegando a dar un número considerable de nombres: Guarniciones aztecas en Oztuma, Alahuiztlan, Asuchitlan, Chinantla, Oaxaca, Cuestlahuaca, la Mixteca, Acatlan, Teozacualco, Ayusuchi quilazala, Xilotepec, Cotastla y Otopo, y Tepecuacuilco. Guarniciones tarascas en Taymeo, Sirándaro y Guayameo; y Metztitlan tenía una guarnición en su frontera con los aztecas^[396].

Estudios más recientes permiten afirmar que el número de funcionarios y de colonias era mayor de lo que en investigaciones anteriores se creía^[397], incluso Pedro Carrasco llega a hablar de “distritos militares” y Michael Smith, propone que en las provincias más alejadas del imperio, que él denomina estratégicas, se establecían guarniciones para proteger a las provincias más productivas de incursiones hostiles.

La relación de las “provincias estratégicas” con el imperio era diferente que las “tributarias”. Aunque ambas pagaban tributo, la naturaleza del mismo era distinta. En las primeras cobraba mayor peso la aportación militar, tanto auxiliando como entregando material bélico y soldados enemigos, regalos en lugar de bienes concretos, y el calendario de entrega también variaba, pues era más flexible al estar sujeto a las necesidades que las campañas establecían. Estas “provincias estratégicas” también tenían a su cargo el mantenimiento y abastecimiento de las guarniciones, aunque en las fuentes no se califique esta aportación de tributo, sino de regalo^[398].

La implicación de las provincias estratégicas en la economía imperial se reflejaba a través del control de los mercados, como Huexotla que actuaba como centro aglutinador de diversos productos —sal y algodón— y por lo tanto mantenía una activa vida comercial.

Estos fueron beneficios directos, pero también existían los indirectos, como el hecho de que los comerciantes pudieran utilizar rutas que ya habían

pacificado los ejércitos y que habían abastecido a éstos. Ahora alojaban a las caravanas y centros que eran de gran importancia comercial, interesando más sus conexiones para expandirse que la extracción misma del tributo^[399].

En cuanto a la forma de reclutar a la gente para las guarniciones y cómo se les pagaba, veamos si las fuentes ofrecen suficiente información. Las colonias se repoblaban con gente de la Cuenca que prestaba servicios militares, y con los pueblos adyacentes a la colonia que se le exigía lo propio^[400]. Además, la ley también se modificó en relación con la política de colonos, beneficiando tanto a los soldados como al imperio. Por ejemplo, Nezahualpilli estableció que se aboliera la pena de muerte para los soldados condenados por adulterio y que estos fueran desterrados de por vida a las “*fronteras y presidios que el imperio tenía*” (Ixtilxochitl 1985: 202).

Este procedimiento no era exclusivo de México. En Tlaxcala y Michoacán se seguía una política similar, acogiendo a los otomíes y matlatzincas que se desplazaban por la presión mexica. Se les ofrecían tierras a cambio de defender la frontera del empuje de la Alianza.

Las guarniciones guardan una jerarquía como todos los aspectos que están relacionados con el buen gobierno del imperio. Varias de menor rango dependían de otra que tuviera gobernador formando un distrito militar. Este funcionario tenía mayor rango que los *calpixque*^[401]. Entre las guarniciones se observan al menos dos variantes: permanentes y temporales^[402], y dentro de éstas distinguimos las construidas y mantenidas por la población que le correspondiera, y las construidas o reutilizadas y mantenidas por los mexica y los del pueblo asimilado^[403].

La visión más completa que tenemos del funcionamiento de una guarnición es la de Oztoman, que pertenece a la categoría de enclave reutilizado, que se pobló con familias completas procedentes del Valle de México, asistidas con los tributos de los nativos. Estos consistían en ayuda militar y trabajo rotatorio. Los productos necesarios que no estaban disponibles eran enviados desde Tenochtitlan.

Tanto la fortaleza de Oztoman como la de Alahuiztlan estaban situadas en una zona codiciada por mexica y tarascos para controlar los recursos mineros. Alahuiztlan poseía grandes depósitos salinos y la misión de las fortalezas era proteger estos recursos^[404].

La organización y funcionamiento de las guarniciones comentadas pueden ofrecer un panorama de cómo pudieron ser, pero sin duda quedan muchos

aspectos sin explicar que esperan ser desvelados en nuevos estudios. Sin embargo, no compartimos la opinión de aquéllos que ponen en duda su existencia, pues la atenta lectura de las fuentes, por ejemplo Bernal Díaz del Castillo, Fernando de Alva Ixtlilxochitl, Tezozomoc, etc., ofrece, además de gran cantidad de nombres, una visión bastante completa acerca de la costumbre de la Alianza de dejar “*gente de guarnición en las más fuertes ciudades y cabeceras de aquellas provincias*” (Ixtlilxochitl 1985: 188) que conquistaban, así como en las fronteras, con el objetivo de proteger al imperio tanto de una revuelta de las gentes ya conquistadas como de posibles ataques exteriores, procurar que el flujo de tributos no se interrumpiera, y asegurar zonas de tránsito tranquilo para los comerciantes, así como desalentar con su presencia deseos de sublevación^[405].

Hemos hablado de logística, de estrategia y no podía faltar la táctica, que es el arte de disponer, mover y emplear la fuerza bélica para el combate o la puesta en marcha de la estrategia diseñada. No sabemos si el ejército estaba dividido en infantería y ‘marina’, para los pueblos situados en los lagos, o si todos sus componentes recibían una preparación mixta en las escuelas.

La organización en la batalla era muy estricta, había un capitán por cada unidad de doscientos, otro para la unidad de cuatrocientos y otro de mayor graduación que coordinaba a las dos unidades. El capitán de cada escuadrón estaba atento a las señales convenidas para iniciar el combate. Estas señales podían ser acústicas —tambores, caracoles de mar, trompetas, etc.—, gritos o de humo, y además de servir de lenguaje para transmitir las órdenes, animaban a los contendientes y atemorizaban al enemigo. Junto a este tipo de señales, cada cuerpo estaba perfectamente identificado por su distintivo; se trataba de que lucharan juntos, y si se desperdigaban, el estandarte les ayudaba en la reorganización.

Dentro del grueso del ejército existían comandos formados por los *Cuauhuehuetl* —águilas viejas y experimentadas—, capitanes con muchas horas de combate; los *quachic*, guerreros muy valientes, una especie de mártires que morían en la batalla antes de retroceder^[406]. Estos junto con los *otomitl* componían la vanguardia. Además de excelentes luchadores, eran exploradores y expertos en emboscadas; podían ir en grupos de cuatro y llegar hasta los veinte según las órdenes^[407].

Por lo general el combate combinaba las armas arrojadas, con las que se iniciaba, con el duelo cuerpo a cuerpo donde destacaban. Pero no sólo eran muy diestros en el manejo de todo tipo de armas, sino que combinaban el

ataque directo con emboscadas en las que hacían creer al ejército enemigo que huían y entonces los escuadrones de refresco acababan con los atacantes que los perseguían. Otras veces utilizaban trampas, haciendo hoyos donde colocaban estacas afiladas y después tapaban y entorpecían los caminos con obstáculos^[408].

Si los enfrentamientos eran en el interior de las ciudades, combinaban los ataques ‘terrestres’, practicando la lucha directa, las trampas y la quema de los objetivos militares con los ‘aéreos’, lanzando desde las azoteas recias lluvias de flechas y piedras con las hondas.

Sin embargo, el combate cuerpo a cuerpo cobraba mucha importancia en la guerra mesoamericana; una vez que las formaciones de escuadrones se rompían, los más diestros sobrevivían. En los combates cuerpo a cuerpo destacamos un tipo de guerra que formaba parte de la estrategia mexica que conocemos como guerra florida. En efecto, las fuentes denominan a esta táctica florida, pero la visión que tenemos de ellas dista mucho de ser suaves e inofensivas. Generalmente, las fuentes que proporcionan información sobre ellas presentan un punto de vista tenochca, por lo que su interpretación está sujeta a este condicionante, aunque anteriormente a la formación del estado mexica se pueden rastrear también guerras floridas entre los chalca, los tepanecas, e incluso los tarascos. Por su singularidad creemos que puede resultar interesante para nuestra investigación analizarlas en un punto independiente.

Continuando con las tácticas guerreras, si el escenario de la batalla era una de las ciudades situadas en los lagos, a los combates anteriores se les unían los navales, en los que igualmente el orden de batalla era fundamental. Existían al menos dos tipos de embarcaciones para la guerra dependiendo del tamaño de éstas. Se las acorazaba de tal forma que los soldados que se parapetaban en ellas quedaban a resguardo^[409].

Sabemos, por las fuentes, que eran igual de diestros en el manejo de las canoas con fines militares. Los arqueros se colocaban detrás de las defensas que llevaban y arrojaban lluvia de flechas desde ellas.

También utilizaban en el agua los mismos ardides que en la guerra terrestre: colocaban trampas dentro del agua, fingían huidas para atacar más fuertemente, y el número de canoas que se veían implicadas en estas batallas era enorme como testimonian vivamente los relatos de Hernando Cortés y de Bernal Díaz del Castillo. Por lo encarnizadas que fueron las batallas navales

entre los mexica y el ejército indígena-español creemos de interés intentar presentar un semblante de lo que ocurrió y la importancia que tuvo para este último bando vencer a los mexica en este medio para la toma definitiva de Tenochtitlan.

No podemos olvidar dentro de la táctica militar el uso de la guerra psicológica que practicaban a través de gritos y sonidos de instrumentos ininterrumpidos de día y de noche, pinturas del cuerpo, así como los propios sacrificios.

Es de destacar también la inclusión de un cuerpo médico que asistía a los heridos en la batalla. El vocabulario^[410] ofrece nombres relacionados con este servicio: cirujano de guerra, *texoxotlaticitl*, compuesto por *texaxqui*, brujo y *ticitl*, médico o adivino y *tlamacazque* que eran sacerdotes, pero cuya raíz *tlama* significa también médico. Fray Juan de Torquemada relata que había unas personas encargadas de recoger a los heridos en la batalla y de acercarlos hasta el puesto de los médicos, quienes eran más diestros que los propios médicos europeos.

En el campo de batalla no sólo quedaban los heridos, sino también los muertos que tras los combates eran recogidos, de tal forma que nunca sabían el número de bajas^[411]. Algunos muertos eran descarnados y su carne ofrecida a los dioses^[412], los guerreros muertos de más rango eran quemados y las cenizas llevadas de vuelta con el ejército. Sea como fuere, estos relatos nos transmiten que los soldados mesoamericanos tenían respeto por sus compañeros caídos en el combate, como otras veces hemos visto entre ejércitos más ‘civilizados’. Por ejemplo, en las guerras napoleónicas.

Una vez concluida la batalla se mandaba a unos emisarios a informar al *tlatoani* de la suerte de la misma; de las bajas sufridas, cuántas correspondían a guerreros nobles; de las hazañas individuales, para preparar las recompensas; así como del número de cautivos que se habían hecho^[413].

Las Guerras Floridas

Aparte de los vínculos de vasallaje con los pueblos sojuzgados, Tenochtitlan mantenía un tipo de relación especial, a través de lo que conocemos como guerras floridas, con otros pueblos que permanecían independientes. Dentro del estudio de la cultura mesoamericana, el apartado de los sacrificios

humanos despierta un interés particular, tanto en los especialistas como en el público en general, y este tipo de guerras estaban íntimamente relacionadas con ellos.

En principio, los sacrificios humanos estaban conectados con la necesidad que la religión imponía a los mexica de ofrecer sangre humana a los dioses, para obtener con su beneplácito la continuidad del mundo. Es tradicional pensar que la forma de conseguir prisioneros era a través de unas guerras ritualizadas —*xochiyaoyotl*—, que estaban pactadas entre los reyes de distintos pueblos. Sin embargo, también se han ofrecido otro tipo de explicaciones que implicaban factores menos convencionales como la de Michael Harner que habla de “imperio caníbal” para suplir el déficit de proteínas, que fue rebatida por Bárbara Price un año después.

Esta modalidad guerrera tenía otras funciones de carácter más práctico, que encuadran mejor como una táctica dentro del ejército.

Aunque las víctimas que se obtenían se aprovechaban para el sacrificio ritual; los motivos económicos están de fondo^[414]. Basándonos en las fuentes más clásicas (Acosta, Ixtlilxochitl, Tezozomoc, Chimalpahin, Durán, Motolinía, Sahagún), intentaremos vislumbrar qué eran y qué pretendían estas luchas, pero sin perder de vista que la visión que nos ofrecen es fundamentalmente tenochca.

Su origen se ha querido ver en los cambios políticos que realizaron los mexica a partir de 1430 durante el reinado de Moctezuma Ilhuicamina; al parecer la idea partió de su Consejero, el mítico Tlacaelel^[415]. Sin embargo, existen datos para afirmar que las guerras floridas existieron con anterioridad a este reinado. José Lameiras sostiene que se remontan hasta los toltecas y Chimalpahin (1965) también deja claro que fue anterior al reinado de Moctezuma Ilhuicamina. Aunque los testimonios más abundantes son los que se refieren a las disputadas entre la Triple Alianza y la región de Puebla-Tlaxcala.

Además, tanto Chimalpahin como Diego Muñoz Camargo ofrecen términos específicos que distinguen entre guerra florida —*xochiyaoyotl*— y guerra de conquista —*cocoltic yaoyotl*—, por lo que a partir de sus relatos podemos observar cómo estos combates evolucionaron hacia un paulatino endurecimiento casi desde su inicio.

En la búsqueda de los antecedentes de las guerras floridas Chimalpahin se remonta hasta principios del siglo XIV y llama textualmente *xochiyaoyotl* a

unas guerras tempranas que Chalco mantuvo con los tlacochcalca en 1324, con los tepaneca en 1381 y con los mexica en 1378. Parece razonable que las guerras floridas partieron de Chalco y que guardaban relación con el culto al dios Xipe Totec^[416].

En 1324 los chalca atacaron la ciudad de Yecapixtla, mientras que en el templo se realizaba un acto en honor a Tezcatlipoca. El sacerdote intentó detener los ataques sin éxito. Durante los ocho años que duró esta lucha se recrudeció hasta un punto en el que incluso se llegó a quemar a los niños. Pero no se menciona ningún sacrificio humano, aunque se denominen guerras floridas^[417].

Ya en época mexica y durante el reinado de Acamapichtli (1372-1391) los tenochca lucharon contra Chalco bajo las órdenes de Azcapotzalco^[418]. Esta guerra se inició en 1375, fue larga e intermitente y finalmente resuelta por los mexica casi al final del reinado de Moctezuma I. Al principio no fue una guerra de conquista, sino florida. Si la razón de estas guerras era la consecución de prisioneros para sacrificar, promover el entrenamiento de los soldados y no conquistar el lugar, estos tres aspectos se dieron durante los estadios iniciales de la contienda con Chalco. Aunque los mexica siguieron luchando bajo las órdenes de Azcapotzalco, asumieron el problema chalca, tras la sojuzgación de Texcoco, los mexica iniciaron su propia guerra contra ellos, llegando Huitzilihuitl hasta la misma capital.

Por estas fechas también empezaron los problemas entre Tenochtitlan y Azcapotzalco, quizás por la guerra con Chalco, pues, sin duda, era un objetivo muy apetecible por su productiva agricultura y, si Tenochtitlan hubiera sojuzgado a Chalco, habría acelerado su independencia de los tepanecas.

Estos cambios políticos aceleraron la lucha de dominación en detrimento de un tipo de guerra más ‘pactada’, haciéndola más costosa para ambos; pero que sin embargo, al mantenerla dentro de estos cauces pseudorituales evitaba el tipo de guerra ‘tradicional’ que conllevaba el riesgo de una derrota total y, por el momento el estamento de los nobles quedaba a salvo.

Tras años de combates no letales con Chalco y sin que la guerra se decidiera a favor de ninguno de los dos contendientes, la naturaleza de la misma cambió, seguramente presionados por los cambios sociopolíticos: los combatientes empezaron a ser asesinados, incluidos los nobles^[419].

La campaña de 1450 supuso importantes pérdidas para los mexica. En esta ocasión, incluso los nobles fueron apresados y sacrificados.

Concretamente en 1453, con la introducción del arco y las flechas en esta contienda, el énfasis que se había puesto en la destreza personal cayó en desuso. Ahora los proyectiles mataban indiscriminadamente a nobles y comunes. Pero los mexica no estaban dispuestos a un ataque frontal, por lo que prefirieron erosionarles sitiándolos. De esta manera los chalca se quedaron desconectados de cualquier ayuda exterior.

Cabe preguntarse por qué los mexica se mantuvieron tantos años en liza con Chalco y la respuesta económica está presente. Su excepcional agricultura suponía un suplemento de comida garantizado. Sin embargo, era demasiado poderoso para ser conquistado de una vez, de ahí el recurso de las guerras floridas, como parte de la estrategia política. El hecho de que los mexica presionaran de manera intermitente les permitía embarcarse en diferentes aventuras militares que también les reportaban otro tipo de beneficios

Se ha enfatizado en la naturaleza ritual y religiosa de las batallas *Xochiyaoyotl*, pero su significado militar y propósitos políticos están fuera de toda duda. Por eso, las guerras floridas deben ser estudiadas en su contexto a lo largo del tiempo, y el análisis de cuáles fueron los motivos que las hicieron cambiar tan sustancialmente será la clave de su comprensión.

Los autores modernos se basan principalmente en los datos que aportan las obras de Hernando Alvarado Tezozomoc, Diego Durán y Juan de Tovar que, como ya hemos enfatizado, son claramente protenochca, para explicar cuáles fueron estas razones, fundamentalmente en las guerras floridas que llevaron a cabo la Triple Alianza y los pueblos de la región de Puebla-Tlaxcala.

Estas fuentes recogen que Moctezuma Ilhuicamina deseaba llevar a cabo sacrificios para la inauguración del templo que construía en honor de Huitzilopochtli y que fue Tlacaelel quien le sugirió que no esperara, y que tomara de la zona de Oaxaca las víctimas que necesitaba. Como Moctezuma le manifestó su temor a no tener prisioneros suficientes para sacrificar cuando el templo estuviera terminado, su

Consejero le ofreció una solución para que los dioses siempre tuvieran su ración de sangre humana y, al mismo tiempo, los nobles y demás guerreros mexica tuvieran garantizado un entrenamiento real y continuado, ésta fue la de establecer una serie de “guerras justas”^[420] con la Tramontana (Puebla-Tlaxcala). Crear una especie de mercado donde periódicamente se pudiera ir a “comprar” honor y gloria.

Años más tarde el segundo Moctezuma ratifica las palabras del anterior, según los datos de fray Diego Durán y López de Gómara.

No obstante, debemos apuntar que Hernando Alvarado Tezozomoc utiliza algunas veces en sus escritos el término de guerra florida, aunque no lo hace para la solución que Tlacaelel da a Moctezuma. Además, afirma que el gran número de prisioneros sacrificados no provenía de las guerras floridas, sino de las de conquista.

En muchos pueblos a lo largo de la historia la obtención de prisioneros formaba parte de una ideología que trataba de motivar a sus hombres para la consecución de los intereses políticos. Conforme la sociedad se hace compleja y las necesidades cambian, también lo hace la moral del pueblo, y los ritos y las cosmologías se adaptan a los nuevos tiempos.

Amparados en los mismos motivos —la religión—, los españoles se lanzaron a la Conquista del Nuevo Mundo. No olvidemos que hubo capítulos en los que, a pesar de llevar en una mano la cruz, los españoles miraron a otro lado para conseguir sus objetivos políticos; la conquista de Tenochtitlan fue uno de estos objetivos. Cuando los españoles entraron en Tenochtitlan lo hicieron ayudados por sus aliados entre los que se encontraban los tlaxcalteca, enemigos acérrimos de los mexica, y en agradecimiento Cortés les permitió que sacrificaran y comieran a los mexica, aunque esta no fue la única vez^[421].

En cualquier caso, la obtención de prisioneros, aparte de alimento para los dioses, proporcionaba a los guerreros mexica el reconocimiento social y material de su valor, y este aspecto es el que nos interesa, pues así este hecho cobra una dimensión política.

La guerra florida tendría su base en un tipo de guerra más antigua, que se recupera y adapta a los nuevos tiempos. En consecuencia, se mantenía la parafernalia de estas guerras, porque contribuía a revitalizar al régimen frente a la masa. Al regreso de la batalla Tenochtitlan se engalanaba para recibir a sus héroes en olor de multitud y su rey les recompensaba con joyas y distinciones.

Las guerras que se inician con Tlaxcala en el reinado de Moctezuma I no responden a los motivos ‘clásicos’, sino que había varios factores menos románticos. Por un lado, la amistad que Chalco mantenía con Tlaxcala pudo ser el detonante para romper el posible pacto de no agresión que se hiciera como recompensa por la ayuda que habían prestado en la guerra contra Azcapotzalco, así como los motivos económicos, que están claramente

presentes en la política expansionista de Moctezuma I hacia la zona del Golfo, como fuente importante de tributos. Por último, estas guerras empiezan antes de la hambruna, coincidiendo con la ayuda que prestaban los tlaxcalteca a enemigos aztecas; además, este cambio en la política del Valle de Puebla hace pensar que el poder de Huexotzinco había decaído en favor de Tlaxcala^[422].

En este tipo de guerras el combate cuerpo a cuerpo tenía una máxima importancia. Por eso las libraban principalmente los nobles, atendiendo a dos razones bien prácticas; una, porque no dependían del tiempo de cosecha, y, en segundo lugar, porque el reglamento de éstas era muy estricto. Había que ser diestro en el manejo de las armas de choque y, como veremos más adelante, aunque en las escuelas se enseñaba las artes relacionadas con la guerra a nobles y comunes, los primeros disponían de un mejor entrenamiento y armamento. Por otro lado, era lo normal en una sociedad en la que estos guerreros tenían que mantener su *status*, ya que al término de estas luchas el *tlatoani* premiaba a los guerreros con condecoraciones y privilegios. Sería absurdo que todos los soldados hubieran tenido las mismas oportunidades.

En las guerras de conquista la mayoría de los prisioneros eran soldados rasos, por su mayor número y menor entrenamiento, por lo que las capturas no requerían necesariamente gran pericia bélica. Durante el reinado de Tizoc (1481-1486) se obligó a los comunes a que sobresalieran en las guerras floridas, para ascender de clase social. Sin duda, fue una medida política encaminada a restringir las oportunidades de éstos.

Si el inicio de cualquier guerra seguía unas estrictas leyes, éstas, en principio más ritualizadas, no podían ser menos. Tras quemar tiras de copal se iniciaba el combate en un lugar que se había establecido previamente, situado entre Cuauhtepac y Ocelotepec^[423]; y este espacio se volvía sagrado *cuauhtlalli* o *yaotlalli* durante el combate.

El enfrentamiento era cuerpo a cuerpo y otras argucias permitidas en las guerras de conquista como emboscadas, trampas, etc., quedaban prohibidas. El número de hombres era igual en cada bando y el agotamiento era quien se encargaba de mermar a uno de ellos hasta rendirse. En los casos más tardíos de guerras floridas se introducen tácticas de las guerras de conquista como el sitio. En opinión de Ross Hassig una guerra florida era la fase inicial de una de conquista. Lo que en un principio se inició respetando unas normas por ambos bandos del ejército y en donde lo primordial era hacer una demostración de superioridad militar, desembocó en el uso de emboscadas, sitio, engaño y quema de templos enemigos. Probablemente, después de sitiar

y de que la guerra florida hubiera agotado la mano de obra del oponente. Los mexica como fuerza superior del conflicto podían modificar las reglas de acuerdo con sus propósitos.

En suma, en el último período mexica las guerras floridas eran una parte de la estrategia militar, que se utilizaba para negociar con los más poderosos. Se libraban durante décadas sin resolverse, porque su finalidad era aislar el objetivo para reducir su amenaza ofensiva. Lo conseguían conquistando a los grupos que circundaban al objetivo, cortándoles la asistencia externa y reduciendo el área de donde podían extraer mano de obra y apoyo logístico.

Ahora bien ¿cuáles eran los objetivos que se perseguían a través de este modo peculiar de entender la guerra? La respuesta ‘clásica’ se inclina por mostrarnos que eran unas guerras rituales, cuyo objetivo era obtener cautivos para el sacrificio y fomentar el entrenamiento entre los nobles. Sin embargo, las fuentes nos descubren otros intereses de naturaleza más práctica.

A los motivos estrictamente políticos habría que añadir otros que, si bien terminaban formando parte de la política del régimen, no lo eran en un sentido estricto. Naturalmente, no se puede negar que en estos encuentros se obtuvieran víctimas para inmolar a los dioses y, que por el tipo de combate fuera una estupenda manera para que los guerreros más destacados tuvieran asegurado un entrenamiento real. Sin embargo, el éxito de estas batallas no sólo honraba a los dioses, sino que fortalecían al régimen tenochca al actuar como un excelente vehículo para la propaganda imperial.

Si una campaña no había sido tan positiva como se esperaba, se podía acudir a un miembro reputado de la Triple Alianza para mantener el honor intacto, como atestigua Durán (1967: 128) al narrar cómo Tlacaelel pactó con Nezahualcoyotl, señor de Texcoco, una guerra definida *Tlazolyáotl* o guerra fingida en la que los acolhua debían huir despavoridos ante el polvo que levantaba el ejército mexica. La propaganda fue un propósito muy significativo de las guerras floridas, ya que incluso, si los aztecas no sometían a sus oponentes totalmente en una de conquista, atacándolos en una guerra florida, les permitía mostrar su fuerza y dar un toque de atención a otras ciudades, además de mantenerlas a la defensiva, ya que se luchaba inevitablemente en territorio enemigo.

Era la puesta en escena de un espectáculo manipulado para que la imagen de poder del pueblo mexica no se deteriorara; pero, ¿qué obtenía Texcoco a cambio de prestarse a esta farsa? Tal vez pagaron más tarde su precio cuando

el disidente Ixtlilxochitl prestó su ayuda a Cortés para ir en contra de Tenochtitlan.

Además la guerra pactada con Texcoco, por Moctezuma y Nezahualcoyotl, expresa también la necesidad de que la élite militar siguiera manteniendo su *status*, que era otro de los propósitos de estas guerras. El ejército debía presentarse como una organización imprescindible frente al pueblo, ya que, al parecer, los períodos largos de paz o de derrotas podían cuestionar la necesidad de mantener el complejo entramado militar^[424].

El mantenimiento del nuevo orden, en cuya cima estaba y pretendía seguir estando la institución militar, obligó al imperio a mantener una política ofensiva, en la que quedaba patente la utilidad de la élite militar para el progreso de Tenochtitlan y de sus socios, al mismo tiempo que se convertía en un método de selección para ocupar los cargos más relevantes de la sociedad.

Vinculado directamente con el mantenimiento del *status* está la obtención de la gloria. Este aspecto estaba muy valorado en las sociedades militarizadas que, al mismo tiempo, hundían sus cimientos en mitos un tanto románticos o les gustaba retomar ideas del tipo de que ‘cualquier tiempo pasado fue mejor’, como ocurría en la Europa renacentista. Si bien los mexica volvían la vista hacia el legado tolteca, los europeos retomaban la herencia clásica.

Las guerras floridas jugaban un papel fundamental para que la élite, principalmente, obtuviera fama y poder. Como se ha señalado, estaban pautadas y en lugar y fecha señalados, y en ellas lo más granado de ambos, bandos, se enfrentaba en combate singular. Era el momento ideal para que el noble pusiera en práctica todo lo aprendido en la escuela militar; y el lema era vencer o ser vencido. A través del combate personal sólo uno de los dos contendientes alcanzaba la victoria, y con ella la seguridad de una vida regalada.

No olvidemos que la ideología del régimen alimentó toda suerte de heroicidades en la batalla, hasta tal punto que no sólo venciendo al enemigo obtenían la fama, sino que, incluso, muriendo en ella con honor les convertía en héroes. Como vemos el tema de la fama póstuma tan de moda en el Renacimiento Europeo no era ajeno a Mesoamérica. Por eso, la muerte en esta guerra también tenía una significación diferente a la de la batalla normal y recibía el nombre de *xuchimiquiztli*, que significaba muerte afortunada.

Pero siendo prácticos, como eran los mexica, lo que interesaba era la vida y vivirla lo mejor posible; por eso, como señala acertadamente Erdheim

(1978: 204) “*Bien conocida es la tradición de que los dioses crearon la guerra para que los hombres pudieran alimentar al sol con sangre y corazones humanos. Este mito da una justificación metafísica de la guerra: es parte del orden cósmico. Por eso al nivel ideológico la guerra parecía ser un acto sagrado*”.

Este aspecto queda muy bien reflejado en las guerras floridas que ‘parecían’ carecer de todo motivo económico o de conquista. Pero, como vamos viendo, los motivos políticos y económicos eran los que estaban debajo de este deslumbrante envoltorio. En ocasiones las explicaciones religiosas de hechos sociales aparecen “*ex-post facto*”.

Así, acciones políticas que el gobierno decidía poner en marcha quedaban maquilladas con explicaciones metafísicas que las legitimaban y obligaban al pueblo, movido en su fervor o en su miedo ancestral a las consecuencias, a acatarlas sin cuestionarlas. Por tanto, el Estado manipulaba a su favor religión e ideología^[425].

Según el panorama bélico de Mesoamérica que hemos ido presentando, la guerra ritual, en la que no hay conquista, como quieren mostrarnos las interpretaciones clásicas, no parece ajustarse al devenir histórico-belicoso de la sociedad prehispánica. Por eso, no vale aceptar estos análisis sin preguntarse ¿qué sentido tenían este tipo de guerras?

En las sociedades castrenses el valor se demostraba en la batalla y la gloria se obtenía a través de la victoria, y, así, mediante una grandiosa puesta en escena, podríamos decir, se parodiaba una guerra pactada para demostrar la capacidad de los guerreros, sobre todo los nobles. Era una manera de renovar ante la sociedad la validez de la institución militar, ya que se involucraba a toda ella

Por tanto, los aspectos prácticos se entrelazan, arropados por la ideología y la propaganda, para el mantenimiento y justificación del *status* de la élite guerrera, cobrando ésta mayor sentido en el panorama militar mesoamericano.

Y, naturalmente, dentro del contexto estrictamente castrense las guerras floridas encajan perfectamente como parte de la estrategia militar, cuya puesta en práctica pretendía el agotamiento del contrario con un gasto mínimo por parte del imperio, ya que esta táctica le permitía enfrentarse a un enemigo potente movilizándolo sólo a parte de los efectivos. No olvidemos que se “pactaba” el número de combatientes, dejando al resto disponible para otras misiones. Así se maximizaba su eficacia y se minimizaban los gastos

militares. Por tanto, las guerras floridas permitían mantener contiendas a un nivel bajo de intensidad con enemigos de entidad, como tlaxcalteca y tarascos, pero sin mermar la fuerza y disponibilidad de su ejército.

Se conseguía, además, debilitar al oponente, ya que aunque el número de guerreros era el mismo al principio, el lado que iba sufriendo más pérdidas quedaba reducido en su porcentaje total. Por otro lado, el bando más numeroso también podía permitir más descanso a sus guerreros: el resultado final era un oponente débil. Ya hemos comentado que una guerra florida, en períodos tardíos, podía desembocar en una de conquista. Si el objetivo era difícil de conquistar en una única campaña, por el terreno o la distancia, y la logística se hacía inviable, se adoptaban dos estrategias: el sitiado y la guerra florida^[426] mantener a raya los peligros potenciales que estuvieran cerca de la

Cuenca de México.

El imperio mexica se basó en la supremacía económica que consiguió sobre el resto de los pueblos que le rodeaban^[427], gracias al poder efectivo de su ejército para sofocar las rebeliones allí donde se produjeran. Gran parte de este poder se basaba más en la fama de fieros guerreros, que en la sojuzgación real del territorio por parte del ejército. Por tanto, estos militares tenían que estar siempre en forma.

Además, con el cambio político tras la caída de Azcapotzalco, los dirigentes tenochca introdujeron modificaciones en la educación militar, imponiendo el combate real como forma complementaria del entrenamiento de los jóvenes guerreros. Éste se llevaba acabo con los pueblos de la Tramontana, cuando no había ninguna otra guerra^[428] y en este contexto, es decir dentro de la estrategia militar, el entrenamiento cobra importancia también como objetivo de las guerras floridas.

Así pues, creemos que analizando en este sentido las guerras floridas quedan más contextualizadas dentro del propio engranaje del imperio y que incluso, quedan justificados los motivos ‘clásicos’ que se aludían para su ejecución como por ejemplo, el entrenamiento de los nobles y la toma de prisioneros para el sacrificio.

En resumen, los objetivos de las guerras floridas, sin depreciar los ‘clásicos’ de toma de cautivos y entrenamiento cuerpo a cuerpo, eran principalmente políticos: eran una demostración de poder que servía como propaganda del régimen con quien luchaba y con los pueblos que sabían del poder tenochca, además de permitir mantener a la élite su “*status quo*”.

Evitaba el descrédito del poder mexica ante la perspectiva de pérdida con un oponente fuerte, que hubiera sido muy perjudicial para un poder basado en la percepción, tanto en el ámbito exterior como interior, ya que el *tlatoani*, de igual modo, quedaría debilitado frente a nobles y jefes del *calpulli*; formaban parte de una estrategia militar en la que se perseguía el agotamiento del contrario con un coste mínimo para Tenochtitlan; y era una forma económica de inducir a la rendición, manteniendo un nivel bajo de intensidad que permitía al ejército estar disponible para atender otros asuntos y asegurar la prosperidad del imperio, minimizando el riesgo de pérdida total.

Una vez establecido qué pretendían con este tipo de combate, es interesante saber contra quién lo dirigían. La mayoría de los datos de los que disponemos apuntan hacia tlaxcalteca y tarascos, una vez formada la Triple Alianza. Estos datos encajan perfectamente con la idea que defendemos, pues sin duda fueron sus oponentes más fuertes, por su potencial militar; pero, sobre todo, por su capacidad de atraer y unir a otros grupos insatisfechos en torno suyo, aunque no fueron los únicos “*Tototepec del Norte y Metztitlan; los señoríos del Valle Puebla-Tlaxcala; Yopitzinco: Tototepec del Sur y Teotitlan (hoy Teoti tlan del Camino)*” (Davies 1968: 13).

Según las fuentes parece que Moctezuma I fue el primero en iniciar las guerras floridas con Tlaxcala, Huexotzinco, Cholula y probablemente, Tliliuhqui-Tepec. Éstas serían las primeras de una serie que se librarían en el Valle de Puebla-Tlaxcala hasta la llegada de Hernán Cortés. En la campaña de 1468/69, y comandado por Axayacatl, la Triple Alianza libró guerras floridas con Huexotzinco y Atlixco, continuando con la política de presionar la zona. Los aztecas y sus aliados reclamaron la victoria, pero el rey de Tlacopan — Totoquihuaztli— fue muerto en la guerra y las ciudades de la región continuaron resistiendo la expansión azteca^[429].

Durante 1490-1492 la Triple Alianza lanzó una ofensiva en la zona de Veracruz^[430]. En este período y formando parte de la misma campaña o consolidando acciones ya emprendidas, los mexica lucharon en la Cuenca de México contra los cuauhnahuacas. En esta campaña hay que resaltar que Nezahualpilli, el rey de Texcoco, luchó contra Totolapan, posiblemente como parte de una guerra florida contra Huexotzinco^[431]. Los cautivos obtenidos por Texcoco en estas luchas fueron entregados a Ahuitzotl y sacrificados en Cuauhnahuac^[432]. Podríamos pensar que el objetivo de Nezahualpilli fue la obtención de prisioneros. Sin embargo, esa guerra florida formaba parte de una estrategia política muy bien diseñada que les permitía extender su

dominio a través del terror y que, una vez dominado el Valle de México, pudieron lanzarse fuera de él, precedidos por su fama de guerreros implacables.

La ferocidad de estos encuentros iba en aumento y, así, muchas de las ciudades aliadas se vieron implicadas en guerras floridas contra ciudades enemigas, al parecer en beneficio de Tenochtitlan.

Aparentemente los texcocanos jugaron un papel importante en este sentido bajo el reinado de Nezahualpilli.

Sin embargo, no todo eran victorias para la Triple Alianza y en torno a 1504 se luchó una guerra florida contra Huexotzinco, Atlixco y Cholula que arrojó un mal resultado para el imperio^[433]. Hubo muchas pérdidas de nobles y guerreros de alto rango, incluyendo parientes cercanos de Moctezuma Xocoyotzin^[434]. Los combatientes regresaron a Tenochtitlan humillados.

A raíz de este resultado hubo también una rebelión en la zona de la Huasteca alentada por el mal papel que había tenido el ejército imperial en la guerra florida contra Huexotzinco. Fue una reacción predecible, ya que Tenochtitlan ahora era menos poderosa, porque militarmente estaba mermada y los oprimidos no resistieron la oportunidad de intentarlo.

El ejército volvió a renacer y marchó para luchar contra Yancuitlan, Tzotzolan, Quetzaltepec y Tlaxcala. Esta era la zona donde habían sufrido el revés anterior por lo que los guerreros mexica necesitaban redimirse. Esta vez tomaron muchos cautivos y el rey les perdonó. Pero este nuevo éxito, especialmente contra Tlaxcala, fue corto, ya que Huexotzinco, tradicional aliado de los tlaxcalteca y enemigo de Tenochtitlan, pidió ayuda a los mexica para ir contra los primeros^[435].

Mexica y huexotzincas sacrificaron a los prisioneros tlaxcalteca a la diosa Toci para ofenderlos. Pero este no fue el motivo real, sino que, bajo la apariencia de una afrenta religiosa, se escondían grandes diferencias políticas. Al principio Tlaxcala, Huexotzinco y Cholula se unieron para oponerse a la expansión mexica, en 1519 su alianza no era muy sólida, ya que Cholula se separó y se alió con los mexica.

Esta situación era muy oportuna para la política exterior de Moctezuma II que pretendía evitar los espacios discontinuos en su área de dominio^[436].

En el panorama bélico mesoamericano las alianzas eran una constante, pues atendían a intereses políticos que muchas veces podían parecer

contradicciones, como la de los mexica con los huexotzingas o cholultecas o el intento de alianza del propio Moctezuma II con los tlaxcalteca, para evitar que se confederaran con Cortés^[437].

Después de conocer cuáles eran los objetivos que se buscaban con estas guerras y contra quien se luchaban habría que preguntarse ¿por qué permanecían independientes los contrincantes de las guerras floridas? Como hemos visto, la denominación de guerras floridas no afecta únicamente a las llevadas a cabo entre la Triple Alianza (Tenochtitlan, Texcoco y Tacuba) y los estados de la tramontana (Huexotzingo, Tlaxcala, Atlixco, Tliluhquitepec, Tototepec y Cholula, cruzando el Valle de Puebla), sino que anterior al reinado de Moctezuma I hubo otras con distinto nivel de intensidad. Sin embargo, como la mayor parte de los datos disponibles se refieren a las iniciadas durante su reinado con estas regiones y además éstas continuaban cuando los españoles llegaron a México en 1519 es sobre las que se proponen los estudios. Sea como fuere, lo que parece difícil de aceptar es que, una vez formada la Triple Alianza, su fuerza conjunta, que había dominado todo el sur de México, no hubiera sido capaz de subyugar a estos Estados si hubiera sido, en realidad, su intención.

Efectivamente, cuesta creer que tlaxcalteca y tarascos, principalmente, se mantuvieran independientes del poder mexica durante tanto tiempo. Se han expuesto explicaciones muy variadas para este hecho, las que evocan como motivos el entrenamiento y los sacrificios, a las que aluden fundamentalmente a motivos de estrategia y logística militar en su independencia.

El capitán de Cortés, Andrés de Tapia, preguntó a Moctezuma Xocoyotzin por qué los tlaxcalteca permanecían independientes y su respuesta coincide con la del mestizo Diego Muñoz Camargo, para entrenamiento de los jóvenes y para obtener cautivos cercanos para el sacrificio. Además Juan Bautista Pomar precisa por qué razón se valoraba la cercanía de los cautivos y no era otra que los prisioneros fueran más “tiernos” para los dioses.

Opiniones ‘gastronómicas’ aparte, este punto de vista, o los motivos que recogen las fuentes, son únicamente mexica; pero, si analizamos cuál es la perspectiva tlaxcalteca, la situación se presenta de forma diferente. Alfredo Chavero (en Muñoz Camargo 1979: 111) afirma que la fuerza militar mexica era muy superior y podría haberlos dominado si hubiera sido su intención. Sin embargo, Muñoz Camargo mantiene que la Triple Alianza sometió a esta región a fuertes embates pero que se mantuvo independiente siempre.

En 1504 las guerras floridas con Tlaxcala se intensificaron y alcanzaron un nivel de violencia cercano al de las guerras de conquista^[438]. Esto fue así por razones estructurales, ya que al realizarse las batallas en territorio tlaxcalteca muchos factores —líneas de comunicación, el apoyo logístico, abastecimiento y familiaridad con el terreno— jugaron en contra del imperio, de igual forma que ocurrió cuando se internaron en territorio tarasco.

Su independencia quizás hay que buscarla en su situación estratégica y en que las fuerzas eran equiparables. Sin embargo, este razonamiento se podría cuestionar, ya que los mexica a través de sus aliados de la Triple Alianza podían disponer de un ejército mucho más numeroso; y que, incluso, valorando que tanto tarascos como tlaxcalteca tenían un gran poder de convocatoria contra los tenochca; no sería posible que en las confrontaciones estuvieran igualados en número, aunque los grupos de otomíes y otros refugiados del empuje mexica, que actuaban de colchón en los enfrentamientos contra Tlaxcala, se confederaran.

Lo cierto es que, tras un estudio cronológico de los territorios independientes^[439], se puede afirmar que a la llegada de los españoles estos territorios se habían reducido considerablemente a favor de los aztecas, excepto en el caso de Tlaxcala y que Huexotzinco y Cholula estaban muy influidos por ellos. Y si hubieran querido dominar a los tlaxcalteca hubieran podido, sin embargo la ganancia que reportaba era mínima para el esfuerzo y la personalidad de sus habitantes era belicosa y molesta.

Es posible que a través de las guerras floridas se tratara de mantener algún tipo de equilibrio pactado entre los grandes de la zona y que con los deseos absolutistas de Moctezuma II se quebrara. Lo mismo que ocurriera años atrás con Tezozomoc, ahora se podría estar repitiendo con Moctezuma Xocoyotzin. Quería gobernar como señor absoluto en su imperio y no le interesaba tener regiones sin conquistar^[440]. Pero nunca logró domeñar a los tlaxcalteca ni a los tarascos. Tal vez, si Hernán Cortés hubiera tardado algo más, hubiéramos asistido a otro gran cambio político en la región, como años antes protagonizaron los mexica contra Azcapotzalco o contra Chalco. O como sugiere Ross Hassig (1988), Tlaxcala habría sido conquistada si hubiera dispuesto de tiempo suficiente para agotarla mediante el embate intermitente de las guerras floridas. Incluso Price (1978) afirma que las guerras floridas contra Tlaxcala era la forma de justificar un fracaso militar, que Tenochtitlan arrastraba desde antiguo.

Todas estas reflexiones pertenecen al campo de la especulación y no tenemos datos para contestarlos. Por eso lo interesante no es si podían vencerles o no; sino que está claro que, a pesar de que las fuentes parecen ofrecer como únicos motivos obtener víctimas para sacrificios, o la propia cercanía geográfica de Tlaxcala para el entrenamiento militar; se pueden vislumbrar otros aspectos que ahora cuadran mejor con nuestra comprensión del imperio.

Veamos ahora cómo se desarrollaba la estrategia naval y cuáles eran las tácticas que utilizaban. No sin antes advertir que como en el caso de las guerras floridas la documentación que tenemos apenas recoge estos aspectos con la casi excepción de los enfrentamientos que se desarrollaron entre los mexica y sus aliados y el bando indígena-español, y que éste es el motivo de que básicamente nos refiramos a estas batallas. A pesar de que lógicamente al estar las ciudades ribereñas en contacto con el agua, su población debía estar muy familiarizada con el medio acuático para su explotación, tanto en términos de producción, como militares, y que por lo tanto las contiendas entre ellos se debieron suceder desde antiguo. Pero comprobemos cuáles son estos datos que nos ofrecen las fuentes.

La guerra naval

Las fuentes no suministran muchos datos sobre enfrentamientos navales; pero escudriñando en ellas, se encuentran retazos de información sobre el uso de canoas para atacar a otras poblaciones, también informan que había varios tipos, que eran capaces de blindarlas de tal forma que el fuego español no les hizo daño tan pronto como esperaban^[441], que coordinaban acciones combinadas con la infantería, de lo que se deduce que el ejército contemplaba como parte de su estrategia la guerra naval, incluso Ross Hassig ofrece el término nahuatl *chimalacalli* para referirse a la armada, aunque el diccionario de Alonso de Molina (1970) no lo registra. Quizás la idea la toma de *chimalayotl* que significa tortuga.

Efectivamente, el uso del lago como apoyo militar aparece en las fuentes desde el tiempo en que los mexica estaban subordinados a Azcapotzalco; pero no sabemos en qué fuentes se basa Hassig para afirmar que fueron éstos quienes potenciaron el uso del lago con fines militares para integrar la región.

La ‘revolución’ que los mexica plantean al utilizar las canoas con uso militar consiste en que, al parecer, hasta ese momento las campañas se hacían por tierra, siendo los *tlamemes* y los propios soldados quienes cargaban con todo lo necesario para el enfrentamiento armado. Ahora las canoas aportaban la ventaja de transportar los pertrechos militares, a los hombres y sus suministros; este planteamiento táctico solucionaba grandemente los problemas logísticos, al minimizar los costes de transporte de tiempo y al poder transmitir tanto a las ciudades del lago como a las islas que podían ser un objetivo rápidamente alcanzable^[442].

El desarrollo de estas tácticas navales estuvo relacionado con el de las propias infraestructuras hidráulicas que se planificaron en Tenochtitlan durante los distintos reinados. Aunque durante el de Huitzilihuitl los mexica todavía eran tributarios de los tepanecas, se produjeron cambios dentro de su organización política que serían significativos para su desarrollo posterior: las cargas fiscales de los tenochca disminuyeron y el *tlatoani* estableció reformas que afectaron a la estructura militar. Instituyó que los máximos grados militares quedaran en manos de los nobles de más abolengo, otorgando el de *tlacochcalcatl* a su hermano Itzcoatl y perfeccionaron sus tácticas en los

enfrentamientos navales^[443], aunque no sabemos si el papel activo de las canoas en la guerra, durante esta primera época, fue tan importante como en los enfrentamientos contra los españoles en los que la flota fue determinante para resistir tantos días de asedio.

En la guerra entre Azcapotzalco y Texcoco, ésta fue atacada durante días en Huexotla con las canoas. Los mexica, como tributarios de los tepanecas, intervinieron en esta contienda y recibieron como pago Teopancalco, Atenchicalcan y Tecpan, cerca de Cuitlahuac^[444].

Los tepanecas mantuvieron con Texcoco un tipo de guerra intermitente, cuyo objetivo era mermar a un enemigo potencialmente fuerte, reduciendo la capacidad militar de su oponente; demostrar que era más fuerte militarmente para socavar los apoyos del débil y formar nuevas alianzas para seguir creciendo. En este caso concreto Ixtlilxochitl perdió el apoyo de sus aliados y Tezozomoc quedó como señor del Valle^[445].

Una vez establecida la Triple Alianza, la propia situación geográfica de Tenochtitlan le dio ventaja frente a los otros miembros, como frente a sus competidores, pues a la hora de atacar podía desplazarse a través del lago en tiempo récord. Y en caso de ser atacada, esta insularidad hacía a la ciudad inexpugnable al quitar las calzadas que la unían a tierra firme, aunque como se mostrará más adelante, lo que ahora eran ventajas terminó convirtiéndose en una trampa.

Entre las muchas campañas militares que acometió Itzcoatl destaca la ofensiva contra la ciudad de Cuitlahuac que era una isla situada entre Xochimilco y Chalco, al parecer porque ofendió a los aztecas. La estrategia de éstos fue enviar unos embajadores a Chalco y Tlamanalco para advertirles que se abstuvieran de auxiliar a Cuitlahuac durante el ataque; después pertrechó a jóvenes de entre 10 y 18 años que iban acompañados de sus maestros, veteranos de guerra, que tenían la misión de desviar el fuego de proyectil con sus escudos, y los embarcó en mil canoas, derrotando a los cuitlahuacas^[446].

En la lectura de las fuentes podemos advertir que aunque los protagonistas casi absolutos de ellas son los mexica, el resto de pueblos que también estaban en el lago eran igual de diestros y lo utilizaban para los mismos fines, tanto para luchar contra la expansión del imperio, como más tarde para intentar preservarlo del ataque indígena-español.

Una vez dominado prácticamente el sur, este y oeste de la Cuenca Itzcoatl se lanzó hacia el norte, conquistando Tenayuca, Tepanohuayan, Toltitlan, Cuauhtitlan y Xaltocan, posiblemente en 1434, Cuauhximalpan, Toluca, Xiquipilco, Xocotitlan, el área de Matlatzinco y Chiapan, Tolan, Ecatepec, Teocalhueyacan, Cuautihuacan, Huitzitzilapan, y Tecpan, muchas de ellas se someterían por el poder virtual más que por la pura fuerza física. Sin embargo, no cabe duda que el uso de las canoas modificó en su beneficio los aspectos tácticos y logísticos, además de un abaratamiento de los costes^[447].

En el reinado de Axayacatl se planificaron campañas dirigidas hacia el norte, alrededor de 1478, en las que se conquistaron Xiquipilco, Xocotitlan, Xilotepec, y Atocpan. El éxito de estas campañas, en opinión de Ross Hassig (1988: 185, 186), también se basó en el uso del lago para resolver problemas de transporte y logísticos y utilizar este área como plataforma para lanzarse al enfrentamiento que tuvieron con los tarascos en el Valle de Toluca.

Pero la información más concreta sobre las batallas navales, en realidad para todo tipo de batallas, son las que se desarrollaron contra los invasores españoles y su poderoso ejército de indígenas aliados. Los cronistas han recogido en sus páginas cómo Cortés sabía que para el asalto final de Tenochtitlan debía eliminar la flota enemiga y que era en el lago donde se desarrollarían las acciones definitivas que le alzarían con la victoria. Hasta tal punto este razonamiento debía ser cierto que, como sabemos, Hernán Cortés ordenó una empresa que a todas luces parecía desesperada: la construcción de trece bergantines —doce según Bernardino de Sahagún (1990: 986)—, que los indígenas trajeron desmontados desde Tlaxcala hasta Texcoco, donde se botaron^[448].

La lucha fue titánica y nos da idea del nivel de desarrollo de la flota mesoamericana. Por ambos bandos se improvisaron tácticas y trampas con los que sorprenderse mutuamente. Los cronistas describen ardides que idearon los indígenas para socavar el potencial de los conquistadores, colocando afiladas estacas ocultas en el lago para dañar los bergantines. También intentaron ahogarlos, por ejemplo en Ixtlapalapan, rompiendo el dique del lago en una fiera confrontación que combinaba tácticas navales y terrestres^[449].

Atraían al bando indígena-español hacia posiciones en las que quedaban vulnerables para recibir lluvia de flechas desde las canoas.

Los ataques se sucedían por tierra y por la laguna, de día y de noche, y en muchos momentos la guerra pareció que sería favorable a los mexica y sus aliados.

También durante la noche emplearon tácticas que hoy en día denominaríamos de tortura psicológica, que consistían en gritar, y hacer ruido para que el enemigo no pudiera descansar, además de los sacrificios humanos que llevaban a cabo con los prisioneros y que debían horrorizar a los españoles y sus colaboradores. Aunque los aztecas no solían utilizar la noche para combatir^[450], a veces también, amparados en ella, los asataban desde las canoas o por las calzadas.

Una vez que Cortés asegura el apoyo de sus aliados ‘decide’ dar el golpe de gracia a Tenochtitlan. Como sabemos, parten para Texcoco mientras se preparaban los bergantines en Tlaxcala y llegaba la ayuda solicitada a las islas. El 31 de diciembre de 1520 llegan a su destino, donde se establecen y empiezan a organizar la botadura de los bergantines.

Hemos reiterado que Cortés fue consciente de que la capital imperial sólo podía ser vencida derrotando la flota que tenía dispuesta, y aunque él intentó derrotar al enemigo antes de echar los barcos al lago, la guerra no se solventó hasta que estos entraron en combate.

A pesar de que el bando indígena-español era muy numeroso, cada vez crecía más con los pueblos de la Triple Alianza que desertaban, y de que disponía de tecnología más avanzada, no siempre tuvo la suerte de frente y perdió batallas en las que las canoas estuvieron presentes.

La primera de estas derrotas tuvo lugar en Ixtlapalapan. El ejército indígena-español salió dispuesto a debilitar a los aliados de los mexica, pero allí estaban éstos y los propios mexica con muchísimas canoas, para defender su territorio. A pesar de que los indígena-españoles habían hecho bastante daño en la población, la combinación del ataque por tierra y por agua logró emboscarlos, teniendo que volver al campamento sin alcanzar sus objetivos^[451].

A pesar de que vuelven derrotados, los pueblos cercanos vienen a ofrecerle su ayuda y lealtad a cambio de que les proteja de la furia mexica que les hostigaba “*con más de 1.000 canoas*” (Díaz del Castillo 1984: 524) por haber desertado.

Además de los aspectos estrictamente logísticos y estratégicos, hay que destacar que Cortés gozó siempre de enorme suerte, porque cuando las cosas parecían torcérselo, llegaba ayuda o de los aliados, o de la que él había solicitado a las islas o de la que enviaban en su contra y que él terminaba utilizándola en su beneficio. Fue así que sucedió la llegada de un barco con caballos, armas y pólvora que reforzó la eficacia de los bergantines y del numeroso ejército que ya venía en camino.

En su intento por debilitar a la oposición mexicana el bando indígena-español, ahora mucho más fuerte, organizó una serie de ataques en los que la actuación de las canoas fue otra vez fundamental para resistir y debilitar al bando invasor. Esta vez el escenario de Ixtlapalapan se cambia por el de Xaltocan, en donde tampoco tuvo el éxito esperado. Los aliados mexica, junto con los escuadrones que manda el imperio, defienden la ciudad atacándoles desde canoas acorazadas que alargó el combate mucho más tiempo de lo que los indígena-españoles calcularon, pues de momento, aunque eran pocos, todavía quedaban pueblos que daban su apoyo a los mexica, o que si no era exactamente esa la idea, sí defendían su territorio del azote de un grupo de indígenas que también quería sojuzgarlos.

El objetivo del bando indígena-español era llegar a Tacuba.

Lo hicieron entre agotadores ataques que los indígenas protenochca realizaban combinando la infantería, con la ventaja que les proporcionaba el lago. Las batallas duraban días y tras permanecen allí una semana sin que la situación se resolviera a su favor, regresaron a Texcoco con la clara intención de botar los barcos y hacer todo el daño que pudieran.

Pero antes de entrar por la laguna el bando indígena-español, tuvo que resolver el problema que se suscitaba en Chalco y que tampoco se resolvía a su favor, a pesar de que el excelente militar Gonzalo de Sandoval fue el encargado de capitanear estos encuentros. La provincia de Chalco era de gran valor estratégico para los invasores, pues, una vez controlada la guarnición que los mexica tenían cerca, quedaba pacificado el corredor por donde ellos recibían la ayuda de la costa. En una de estas batallas los aztecas utilizaron muchísimas canoas, unas dos mil según datos de Díaz del Castillo, que nada pudieron hacer frente al empuje chalca-huexotzinca, cuya alianza se había forjado por indicación del futuro Marqués del Valle^[452].

Cuando regresaban de nuevo al campamento para lanzar su ofensiva naval los de Xochimilco también les ofendieron desde sus canoas mientras recibían

la ayuda de Tenochtitlan, que venía con una imponente flota de guerra y una nutrida infantería. Los ataques por agua y por tierra, con escuadrones mexicanos de fresco, que no cesaban ni de día ni de noche, permitieron a la ciudad resistir tres días y como represalia fue asolada. Finalmente, Cortés llega a los alrededores de Tenochtitlan desde donde observa espantado que la ciudad está protegida por una gran flota de canoas bien pertrechadas

El 28 de abril de 1521 se terminan de ensamblar los bergantines y el siguiente día se ‘ordena’ al ejército de ‘indígenas amigos’ que se ponga en marcha.

Como primera medida los invasores deciden dejar sin agua potable a la población de Tenochtitlan; pero son recibidos por multitud de canoas que defendían el caño y que les dieron batalla. Estas canoas estaban bien protegidas y repelían con eficacia el ataque indígena-español, que, a pesar de haber cortado el agua, no salen bien parados. Por lo que Alvarado y Olid deciden no seguir peleando hasta que Cortés haga su aparición por la laguna.

Los mexicanos, al ver avanzar la flota española, se avisaban con grandes señales de humo e intentaron con sus canoas hacerles frente. Cortés llegó a temer que, ante tal número de ellas, sus bergantines no fueran efectivos, y consciente, una vez más, que *“la llave de toda la guerra estaba en ellos [en los bergantines]”* decide embestirlas.

Nuevamente la diosa fortuna besa a Cortés y le envía el viento suficiente para potenciar sus barcos y hacer mucho daño entre los mexica y sus aliados, que seguían incansables peleando de día y de noche, colocando estacas en el agua para dañar los barcos^[453]. Como medida para prevenir las bajas que ocasionaban a los bergantines y para reforzar la eficacia de los ataques terrestres de las otras divisiones, Cortés decide cambiar de táctica y reparte los bergantines entre sus capitanes, cuatro para el real de Alvarado, seis para el de Olid y dos para Sandoval.

A pesar de que con esta táctica Tenochtitlan queda rodeada, los otros pueblos de la laguna que también pelean a favor de Tenochtitlan: Xochimilco, Culhuacan, Ixtlapalapan, Huitzilopochco, Mexicatzinco, Cuitlahuac y Mizquic, siguen defendiéndola. En tantos días de asedio los combates mixtos se suceden por ambos bandos y las trampas para los bergantines también. Éstos emplean sus cañones que hacen mucho daño; pero los indígenas de la cuenca parecen conocer una fórmula mágica, de tal forma que lo que es

destruido de día es reparado de noche, haciendo baldío el esfuerzo indígena-español.

Este hecho hizo cambiar nuevamente de táctica a Cortés, dando la consigna de que antes de seguir avanzando había que consolidar lo destruido, este trabajo lo hace con diez mil indígenas ¿hubiera podido hacerlo sin su ayuda?, y buscar nuevos aliados dentro de la zona, para hacer un doble daño a los mexica. Parece que es cuando Ixtlilxochitl, el príncipe disidente texcocano, ayuda al bando invasor, proporcionando esos nuevos aliados. La cifra de aliados que ofrecen las fuentes no es nada despreciable, pues indican que fueron cincuenta mil soldados. Como decimos Cortés buscó ocasionar con esta medida un doble daño a los mexica, el meramente físico al aumentar sus fuerzas y otro quizás más importante, que fue el impacto emocional^[454]

Con todo, los mexica siguen resistiendo e incluso son capaces de burlar el bloqueo al que estaba sometida la ciudad con sus canoas.

Con el fin de endurecerlo Cortés envía seis bergantines a Alvarado. En estos enfrentamientos los mexicanos utilizan canoas grandes y logran atraer a los bergantines hacia las trampas que tenían para hundirlos con un resultado exitoso^[455].

El capitán español es derrotado en el lago a pesar de la superioridad de los bergantines. Cuando la suerte parecía que iba a sonreír a los mexicanos, favorece nuevamente a Cortés, quien hace unos prisioneros que le previenen del ataque que los mexica tienen planeado para terminar con la flota española. Gracias a esta información es la armada mexicana quien tiene grandes pérdidas. Aun así, el asedio a la ciudad azteca seguía sin dar el resultado esperado^[456].

Cuando los ánimos del bando indígena-español estaban disminuidos y algunos de estos aliados empezaban a desertar, los pueblos de la laguna vinieron a rendirse. Mientras el objetivo de Cortés había sido Tenochtitlan-Tlatelolco, los de Chalco pelearon contra estas ciudades ribereñas que estaban a favor de los mexica hasta que consiguieron que claudicaran. Cortés, a cambio del perdón, les exigió que pusieran a su disposición todas sus canoas y guerreros.

Cortés, apercebido de la agilidad de las canoas para atacar con rapidez dentro de la laguna y desplazarse por los estrechos canales de Tenochtitlan, aprovechó esta situación para maximizar el rendimiento de los bergantines, pues estos tenían la fuerza que le daban los cañones, pero les faltaba la

agilidad que ahora les proporcionaba este nuevo ejército naval^[457]. Y así fue el día en el que Cortés consiguió una gran victoria. En la apoteosis del ataque final participaron siete bergantines y más de tres mil canoas de los nuevos amigos, ya que el resto de los bergantines estaban siendo reparados.

Pero a pesar del gran número de aliados, el primer asalto no fue favorable para los españoles. Esta gran victoria mexicana es doblemente meritoria, no sólo por lo dilatado del asedio, sino porque además de lograr hundir un bergantín al bando indígena-español, tienen que luchar en otro frente contra sus tributarios que se han rebelado.

Aun así los mexica no se desalientan e intentan crear desánimo entre sus enemigos realizando sacrificios a la luz de la lumbre, lo que espantaba, y con razón, a los españoles. Ante el desmayo español los tlaxcalteca, que estaban bajo las órdenes de Alvarado, toman la iniciativa^[458].

Como siempre que se complicaba la situación para los indígena-españoles, la solución parecía venir por sí sola. Los últimos aliados que les quedaban a los mexica Matlatzinco, Malinalco y Cuiscon se rinden a Cortés, quien además recibe pólvora y ballestas de un nuevo barco. Así, con un potente ejército terrestre y marino, pues la suma de las canoas a la fuerza de los bergantines fue decisiva^[459], con pólvora y ballestas, sólo restaba dar el golpe de gracia a una nación que había luchado admirablemente más allá de lo imaginable.

Pero en un último y desesperado intento Cuauhtemoc planeó un ardid para desconcertar a las fuerzas enemigas. Llevó unas cabezas cortadas al real de Alvarado y al de Olid para hacer creer que había matado a Cortés y a Sandoval y también hizo lo mismo en los otros destacamentos, cambiando el nombre de los decapitados. Mientras se llevaba a cabo esta misión de psicoterror los combates se sucedían, especialmente en la laguna, donde lograron hundir otro bergantín. Los españoles se ven obligados a reparar los bergantines continuamente.

Los mexica, por su parte, trabajan activamente en varios frentes: continúan con su campaña de amedrentar psicológicamente al enemigo, oficiando sacrificios a la luz de la lumbre, donde la silueta del desgraciado se recortaba en la oscuridad de la noche, e intentan atraerse a sus tributarios aprovechando un momento que parece que ellos controlaban, pues los Tlaxcalteca estaban decidiendo si abandonaban la lucha. Ixtlilxochitl

nuevamente interviene y propone que se recrudezca el bloqueo hasta que los de la ciudad mueran en su interior^[460].

Así, los que una vez se llamaron hermanos de los mexica se sientan a esperar su muerte, mientras vienen nuevos refuerzos de Texcoco cifrados en dos mil hombres de Tlaxcala, Huexotzinco y Cholula y pólvora que, junto al ejército naval, deciden el final de la contienda.

Ciertamente, el hecho de que Tenochtitlan estuviera situada en medio de un lago le había reportado innumerables ventajas tácticas para crecer como dominadora del Valle; pero ahora la red fluvial jugaba en su contra y los españoles con los barcos y las canoas ‘amigas’ lograron cortar definitivamente los suministros que sólo podían llegar por agua, sometiéndola a un implacable bloqueo, que los mexica intentaron burlar.

Finalmente, el bloqueo fue total y no recibían abastecimientos por ninguna parte. El 13 de agosto de 1521 Cuauhtemoc es finalmente capturado vivo, según órdenes de Cortés, cuando intentaba huir con su familia y algunos principales en una canoa, que era el único medio para salir de Tenochtitlan^[461].

A pesar de los últimos intentos por parte de los mexica el balance final era predecible: desfallecidos, sedientos, hambrientos, enfermos, pues la viruela fue otro potente enemigo y, aunque menos ruidoso, quizás más letal, que causó innumerables bajas entre la población; y ya desarmados los mexica fueron atacados cruelmente por sus enemigos indígenas, y como reconoce Hernando Cortés en su Tercera Carta él nada podía hacer para evitarlo aunque hubiera sido su intención, pues los españoles eran un pequeño grupo de 900 hombres dentro de un ejército de ‘amigos’ de más de 150.000. Este dato responde claramente a las preguntas de ¿quién derrotó realmente al imperio mexica? ¿Y quién en aquella lucha tuvo el control?

Como decimos, el 13 de agosto de 1521, después de 75 intensos días que duró el asedio, o 93 según afirma Díaz del Castillo la ciudad claudicó.

Si aceptamos como ciertos los datos que ofrecen los cronistas en los que se describen verdaderas batallas navales, con una estrategia perfectamente planificada en la que combinaban acciones conjuntas de infantería y de marina desarrolladas por un elevadísimo número de hombres y de canoas, no podemos pensar que los aztecas y los pueblos ribereños del lago eran simples pescadores, pues para planificar y coordinar las acciones era preciso tener adiestradas a las gentes en estos menesteres y se hace difícil creer que en el

tiempo que duró la lucha contra el imperio, los mexicanos y sus aliados fueran capaces de pasar a manejar con la misma eficacia las redes que las armas.

Como estamos comprobando, los indígenas eran muy diestros en el manejo de todo tipo de armas, en la planificación de las campañas, tanto en lo referente a la logística como a la estrategia y esto parece requerir un entrenamiento especializado que se debería impartir en algún centro, junto con una doctrina que motivara a la sociedad a formar parte de la maquinaria bélica.

Escuelas militares

Los gobiernos que glorifican la guerra, tienen especial interés en inculcar los valores castrenses desde la infancia. Para ello se encargan de adoctrinar directamente a la juventud a través de escuelas estatales que difundan estos conocimientos.

Los estadistas mexica sabían la importancia de controlar la educación para transmitir la nueva ideología imperial. Como hemos comentado, en el reinado de Itzcoatl se estimó necesario borrar el pasado poco glorioso de los primeros mexica que llegaron al Valle.

Tras eliminar los datos comprometidos de los libros antiguos se creó una ‘Historia oficial’, donde resurgía un pueblo valiente y orgulloso:

El pueblo del sol, cuyos antepasados entroncaban con lo más florido del Valle. Los ideólogos de tal reforma fueron Tlacaelel, figura política clave que permaneció en el poder a lo largo de tres reinados, y Moctezuma Ilhuicamina, que sancionó la obligatoriedad de la enseñanza.

En Tenochtitlan la educación corría a cargo del gobierno. Cada barrio disponía de una escuela como mínimo, para los nobles —*calmecac*— y para los comunes —*telpochcalli*—^[462]. En principio, es lo que nos dicen la mayoría de las fuentes y de los autores modernos. Sin embargo, hay que matizar que tanto los nobles como los comunes iban a ambas escuelas, como desarrollaremos más adelante.

Allí recibían distinta formación, además del entrenamiento militar; pero en ellas se inculcaba la misma idea que vertebraba a la sociedad: para ser un miembro respetable de la misma, había que obtener virtudes que sólo se conseguían a través del éxito militar. Estas clases estaban impartidas por veteranos, que no sólo enseñaban la utilización del armamento, sino también la doctrina social de la guerra^[463].

La importancia de la guerra no sólo se enseñaba en las escuelas estatales, sino que desde el momento en que un mexica venía al mundo era recibido por la partera con unas palabras muy significativas que recoge Sahagún (1990: 473) “*Tu oficio y facultad es la guerra, tu oficio es dar a verer al sol con*

sangre de tus enemigos, y dar de comer a la tierra, que se llama Tlaltecutli, con los cuerpos de tus enemigos”

Por ello, Moctezuma I llevó a cabo una remodelación de la enseñanza que se acomodará a los intereses de la nueva política; pero el mantenimiento de escuelas por parte del Estado creemos que se puede rastrear anteriormente a esta reforma, atendiendo a los dioses que regían ambas instituciones. El *Calmecac* estaba bajo el patrocinio de Quetzalcoatl y el *telpochcalli* bajo el dios guerrero Tezcatlipoca^[464], pero sabemos que el dios patrón de los mexica y, especialmente de los guerreros era Huitzilopochtli. Si en el *telpochcalli* se seguía manteniendo como dios rector a Tezcatlipoca, podría deberse a su mayor antigüedad. El hecho importante es que bajo el patrocinio estatal encontramos al menos dos tipos de escuelas.

El *calmecac*

Estas escuelas parecen haber estado situadas dentro del recinto ceremonial del Templo Mayor, por lo que no es de extrañar que las clases estuvieran impartidas también por sacerdotes para mayor control del Estado^[465].

La determinación de la edad en la que entraban al *calmecac* depende del cronista que utilicemos. Motolinia no sabe exactamente si al poco de nacer o cumplidos los cinco años; Fray Bernardino de Sahagún nos dice que alrededor de diez o doce y el *Códice Mendoza* (1979: fl. 61) afirma rotundamente que quince años era la edad de escolarización. Un análisis práctico de estos datos nos podría arrojar la siguiente conclusión:

De igual forma que en la actualidad se puede ingresar a los niños a diferentes edades, según los llevemos a un colegio u otro, dependiendo de las necesidades y situación social de los hogares de los niños, podemos pensar que Motolinía al mencionar a niños recién destetados podía referirse a la promesa que tenían que hacer los padres al nacer el niño de llevar a sus hijos a la escuela a su debido tiempo ya que era una exigencia del adoctrinamiento del Estado.

Las otras edades pueden responder a la necesidad del varón que se tuviera en el hogar. Si el niño era de familia noble, pues no estamos de acuerdo con la afirmación de que sólo iban nobles^[466], podía ingresar a los cinco años; y si no pertenecía a la nobleza, parece una edad razonable diez o doce años, que ya ha podido aprender el oficio y cómo desenvolverse en las faenas agrícolas;

en cuanto a la edad del *Mendoza* tal vez se refiera a otra escuela, especializada en el conocimiento y manejo de las armas y para cuyo entrenamiento se necesitaría estar físicamente desarrollado, tener unos quince años. Lo que sí parece estar claro es que al *calmecac* se acudía a una edad más temprana que al *Telpochcalli*.

Como insistimos, a esta escuela podían acudir nobles y comunes^[467], aunque las materias que se impartían parecen indicar que los estudiantes serían mayoritariamente nobles, ya que Sahagún deja claro que los estudiantes que tenían esta formación eran los futuros gobernantes y sacerdotes

Estos altos funcionarios tenían que ser alumnos aventajados y dominar todas las artes que allí se enseñaban. Por ejemplo, sabemos que los sacerdotes tenían que estar preparados para la guerra, pues participaban en ellas portando al dios o haciendo cautivos^[468].

El régimen del *calmecac* era de internado, en el que los alumnos llevaban una vida dura^[469]. Teniendo en cuenta que en la sociedad mexicana los privilegiados eran sancionados con severidad cuando no respetaban la ley, era lógico que desde la escuela aprendieran a vivir dentro de las reglas sociales.

Las asignaturas que se impartían iban encaminadas a formar globalmente al alumno tanto académica —retórica, escritura, poesía, astrología, cómputo del tiempo— como militarmente. Fray Bernardino de Sahagún aclara que de esta escuela salían los altos mandos del ejército; debían estudiar estrategia, táctica etc., que completarían con el manejo de las armas al llegar al *telpochcalli*; sin olvidar el aspecto social, aprendiendo las reglas cortesanas y protocolarias. Todas estas materias situaban a los licenciados —dejaban la escuela a los veinte años^[470]— del *calmecac* por encima del resto de ciudadanos, al permitirles, a través del conocimiento de la escritura y de la astrología así como del calendario, controlar las vidas de la comunidad.

El *telpochcalli*

La actividad principal que se desarrollaba en esta escuela estaba relacionada con la guerra y según recogen los cronistas, había uno en cada *calpulli*^[471].

Como ya hemos argumentado, se entraría con quince años para adiestrarse en el manejo de las armas^[472], pues con esta edad se tendría la fuerza suficiente para hacerlo. A esta sociedad le interesaba tener bien preparados a

sus hombres para encarar las frecuentes guerras. El grueso de los alumnos serían *macehuales*, pues lo que más se necesitaba era soldados rasos, pero también habría nobles, que completarían en esta escuela los conocimientos obtenidos en el *calmecac*.

Quizás estaría dividida en una especie de escuela de oficiales, donde los nobles recibirían un trato mejor y otra de soldados de menor rango^[473]. Aquí el régimen era más abierto; iban a comer a casa y volvían a dormir en la escuela. La vida era menos dura que en el *calmecac*^[474]. Si las labores del campo lo requerían, los alumnos tenían permiso para ir a ayudar a sus familias.

Las asignaturas que aquí se impartían eran principalmente prácticas encaminadas a fortalecer el cuerpo y a dominar el manejo de las armas. Los maestros solían ser veteranos de guerra, quienes les llevaban a la batalla para poner en práctica los conocimientos adquiridos y dependiendo de cómo fuera de diestro, el alumno podía ir subiendo grados en el escalafón.

La suerte del hombre mexica dependía, en gran medida, de lo habilidoso que fuera en la batalla, pues a través de ella podía mejorar socialmente. Este éxito venía valorado según el número y calidad de los cautivos que fueran capaces de hacer, pudiendo obtener el grado máximo de *tlacateccatl* y *tlacochcalcatl* (Sahagún 1990: 241). Si, por el contrario, no se tenían cualidades militares, pero sí dinero vivía de él y, si no del trabajo de sus manos y sin posibilidad de vestir con dignidad. Se licenciaban de la escuela con veinte años, no sin antes recibir consejo de su maestro^[475].

En ambas escuelas se recibía la enseñanza militar que se requería para la sociedad. Digamos que en el *telpochcalli* se daba más una ‘formación profesional’ y en el *calmecac*, además, se impartían otros conocimientos que daban una formación más completa o humanista, que ofrecía al licenciado mayor posibilidad de ‘trabajar para el Estado’.

Otras escuelas

El *calmecac* y el *telpochcalli* fueron las escuelas estatales principales de los mexica, pero no las únicas. La nueva ideología basaba parte de su poder en el mundo de la imagen. Así cobraban importancia el *cuicacalli*, escuela dedicada al canto y al baile^[476] y el *mecatlán* o conservatorio donde se aprendía a tocar los instrumentos musicales. Poseer aptitudes en este sentido,

no era tan importante como ser un famoso guerrero; pero sin duda una organización política en la que las relaciones diplomáticas y el ceremonial tenían mucha relevancia, también necesitaba de expertos músicos y bailarines para amenizar las embajadas y las ceremonias rituales, pues en ellos recaía la responsabilidad de transmitir el mensaje del régimen en espectáculos grandilocuentes al representar mitos del pasado que subyugaban y enfervorecían a las masas.

No sabemos si eran escuelas donde se especializaban en estas artes o si servían como complemento a las dos escuelas principales, pues Durán explica que personas especializadas recogían a los alumnos, de ambos sexos, para llevarlos al *cuicacalli* y, después, devolverlos a las escuelas principales. También hemos leído que los sacerdotes encabezaban las campañas militares y que tocaban ‘trompetas’ en las mismas, en ese caso, la música podría ser una asignatura más dentro del programa que seguían en el *tlamacazcalli* o seminario, donde se especializaban aquellos que en el *calmecac* manifestaban su preferencia hacia este campo^[477].

En suma, la guerra proporcionó resultados que satisficieron a todas las clases sociales. A los niveles más altos les permitió mantener su *status* y al resto les dio la posibilidad de ascender en la estructura social o de mejorar su nivel de vida en algún aspecto.

Como vemos, todo lo relacionado con ella estaba perfectamente reglamentado. Los ascensos se conseguían de acuerdo con el número de prisioneros que se hacía, de cómo se hubieran conseguido, en combate cuerpo a cuerpo o a discreción, del rango social que tuvieran los cautivos, etc. El escalafón al que se pertenecía quedaba definido a través de la ropa, peinados y de divisas, cuyo uso indebido estaba penalizado con la muerte.

Naturalmente, hay que tener en cuenta varios factores discriminantes. No recibía el mismo entrenamiento práctico un noble que un común, el armamento y las defensas del que disponía uno distaba mucho de parecerse a las del otro^[478].

En función de estos aspectos y circunstancias se escalaban posiciones en la carrera militar. Huelga decir que el noble tenía todas las cartas a su favor para seguir con su *status* y que, aunque ciertamente la movilidad social a través de la guerra era una posibilidad para la gente común, su consecución era muy remota^[479]. A pesar de lo cual, era un poderoso acicate ideológico para acudir a la batalla.

¿A quién beneficia la guerra y cuál es su justificación?

Tras este planteamiento en el que hemos desarrollado los aspectos que caracterizan al ejército y la importancia que la ideología militar tiene en la educación de los jóvenes, podemos afirmar que, una vez finalizado el conflicto con Azcapotzalco y que Itzcoatl hiciera efectivo el pacto que recoge Durán, sea cierto o pertenezca al ámbito de la leyenda, según el cual la tierra iba a tener una distribución diferente de la que había tenido hasta ese momento, la guerra, sin lugar a dudas, beneficiaba a la clase dominante por un doble aspecto: primero, porque era quien obtenía los mayores beneficios materiales —en el reparto del botín le correspondía una mayor parte—, y segundo, porque a través de su actuación en ella obtenían el prestigio social que necesitaban para situarse en un lugar de privilegio dentro de la comunidad.

De esta manera se retroalimentaba la élite guerrera, que fue acaparando cada vez más protagonismo en la sociedad mexicana, conforme fueron creciendo sus anhelos expansionistas.

Se puede afirmar que, mientras los dioses son favorables en la batalla, la guerra beneficia a todos, al Estado porque cumplía sus objetivos políticos y a los ciudadanos, porque también lograban satisfacer muchos intereses personales, que no se restringían al mero aspecto material. En las sociedades militaristas la guerra tiene una clara función social, proporciona unos valores que no pueden lograrse por ningún otro procedimiento y con ellos obtiene el reconocimiento de la comunidad. El prestigio venía refrendado tras una buena actuación militar y, solamente así, se podía aspirar a ocupar un cargo público.

Aunque un momento de gloria durante la batalla podía tenerlo cualquier ciudadano, como sabemos, en la práctica los comunes habían recibido un entrenamiento menos efectivo, tanto en el combate cuerpo a cuerpo como en el manejo de las armas; además, el uso de éstas así como de la indumentaria defensiva militar estaba en consonancia con la condición social; por tanto, la valerosa acción podía obtener un reconocimiento por parte del Estado, pero su protagonista nunca podría optar a ser un *tecutli*^[480]. Esta designación era privilegio reservado a los nobles.

A pesar de las diferentes consecuencias, la guerra reportaba suficientes beneficios a todos como para apoyarla; por tanto, era difícil prescindir de ella. El Estado necesitaba seguir llenando sus arcas y ofreciendo prebendas a sus seguidores para contar con su lealtad; los nobles deseaban seguir con su *status*, que sólo se podía mantener a través de la misma; además de proporcionarles riqueza y prestigio, era lo que daba sentido a su permanencia. Si no había guerras, no hacía falta guerreros y podía generarse un problema social^[481].

No sería del todo correcto decir que la élite era la única beneficiada con la guerra, en realidad todos los sectores sociales lo hacían: a los campesinos les proporcionaba, aunque fuera remota, la posibilidad de ascender en la escala social si tenían una acción meritoria en la batalla; comerciantes, artesanos, transportistas y otros sectores de servicios en general también les beneficiaba, por la ampliación de su campo de actividad al tener nuevos lugares donde destinar sus mercancías o de dónde recibir materias primas para elaborarlas.

Esta afirmación puede resultar polémica, pues es regla general que los más desposeídos son siempre los más perjudicados, y esto es indudable en caso de conflicto. Sin embargo, creemos que el ambiente de ‘prosperidad’ también podía alcanzar a sectores menos privilegiados.

Con esto no justificamos la guerra, ni decimos que sea beneficiosa para la población, sobre todo si ésta es la que recibe el impacto bélico. Aunque en la sociedad mesoamericana que estudiamos, nos parece evidente que los beneficios, siempre a una escala asimétrica, favorecía a esa parte de la sociedad que no era la estrictamente privilegiada al poder adquirir productos o materias primas que sin la expansión no llegarían a obtener, o vender los suyos en un marco comercial más amplio, desplazarse al campo de batalla con la esperanza de volver siendo el héroe del *calpulli* y ratificado en las ceremonias en las que el *tlatoani* imponía las divisas.

Si bien la guerra parece que reportaba beneficios, sobre todo para el Estado, éste necesitaba justificarla. El hito de Azcapotzalco proporcionó a Tenochtitlan una imagen poderosa que utilizó dentro y fuera del Valle para la consecución de sus planes políticos. Itzcoatl estableció las bases de una sociedad militarizada, cuya economía crecía gracias al tributo obtenido con la amenaza permanente de las armas y a la vasta red comercial que estableció a través del éxito expansionista, de la que se beneficiaron tanto los mexicanos como los tributarios, al acceder a productos que serían difíciles de conseguir fuera de estos conductos de distribución y al dar salida a los suyos propios.

Además, el estado de guerra fría mantenía pacificado el paso de las caravanas y el mercado cada vez se ampliaba más.

El comercio es un ejemplo oportuno para mostrar, efectivamente, cómo todas las clases sociales se beneficiaban del clima bélico que alimentaba Tenochtitlan. Para ello, se hizo necesaria la configuración de una estructura ideológica que permitiera al Estado utilizar de forma ‘legal’ la fuerza para la consecución de sus objetivos políticos.

Se desarrolló una ideología en torno a la guerra que penetró en la sociedad. Ambas, ideología y guerra, se fueron retroalimentando hasta alcanzar que ésta última se convirtiera en el *ethos* social mexicana. Como dice José Lameiras (1985: 154) “*El fenómeno de la guerra institucionalizada estableció nuevas pautas para la promoción y la diferenciación social y alentó la formulación de una ideología que las sustentara*”.

La élite crea esta ideología al alterar los mitos y las tradiciones antiguas y la trasmite al controlar la educación, el arte y la religión, de tal forma que el gobierno de Itzcoatl se hace heredero directo del poder emanado de Tula, en el mismo sentido que las grandes sociedades europeas lo hacen con Grecia. Remitirse a ellas es evocar el refinamiento y la sabiduría. Es un momento dorado en el que la sociedad ha alcanzado su máximo esplendor en todos los sentidos. Al mismo tiempo el referente tolteca también remitía a un tipo de organización política superior y centralizada^[482].

Con esta manipulación la élite trataba de mantener su *status quo*, ya que gracias a la expansión incrementaba su poder económico, naciendo un interés de clase por mantener la guerra. Por otro lado, a través de su actuación en las campañas militares se iban depurando los posibles pretendientes al trono. El *tlatoani* debía estar adornado con las cualidades del valor y el carisma y éstas sólo se adquirían en la guerra. Por eso, la sucesión de un *tlatoani* era una situación que creaba inestabilidad dentro y fuera del Valle, pudiendo hacer peligrar el equilibrio del imperio^[483]; por tanto, cada nueva instauración estaba sancionada con una gran campaña militar que confirmaba al *tlatoani* como el más apto.

También hay que señalar que aunque los *pipiltin* eran nobles por nacimiento, su posición en puestos públicos dependía del prestigio adquirido en la guerra^[484]. Era lógico en esta política que las guerras fueran frecuentes. Además, la ideología del valor guerrero permitía diferenciar a los nobles de los que no lo eran.

Esta ideología no sólo proclamaba bondades para la élite, sino que las extendía a todas las categorías sociales. De hecho, el Estado se preocupaba de proporcionar, tanto a los nobles como a los *macehuales*, una educación en este aspecto, aunque en realidad los *macehuales*, tenían que alternar la enseñanza con las ocupaciones propias de su clase^[485]. En consecuencia, las oportunidades no eran las mismas para todos. Si bien la ideología proclamaba bondades generales, no estamos hablando de una sociedad igualitaria.

Además, la guerra requiere la colaboración de todos los integrantes de la sociedad y es aquí donde radica la importancia del ritual, en el que también es necesario que todos participen, logrando que la comunidad enfervorecida pierda su individualidad y, desde esa perspectiva de masa, sea más manejable para que el gobierno alcance las metas políticas propuestas^[486].

Para que la ideología sea efectiva, debe ser ‘popular’, y la medida de esta aprobación la da la participación de la comunidad en las ceremonias. Son una manifestación importante, porque a través de las mismas se legitiman los actos sociales, políticos y económicos: coronación, ascenso militar, reparto de premios. A través de la participación se establecían las relaciones de dominio y vasallaje entre señores y súbditos, amigos y enemigos^[487]. En estas fiestas de gran derroche y ceremonial el *tlatoani* demostraba que era el benefactor, el padre protector, tanto de los *macehuales* como de los señores, y estos expresaban la aceptación de su vasallaje con su asistencia. Las ceremonias no estaban restringidas al ámbito de la nobleza, sino que se repetían a menor escala en todos los estratos sociales^[488].

La importancia de la guerra queda bien reflejada en el calendario de festejos: graduación, toma de cautivos, sacrificio gladiatorio, etc., donde se realizaban las ceremonias en las que se imponían las condecoraciones. Se mantenían vivos los lazos de lealtad y dependencia que los guerreros debían mantener hacia su *tlatoani*, y a cambio se veían recompensados con el favor de su señor y con mejoras materiales, que les situarían por encima de los demás ciudadanos.

La ceremonia más impresionante era la fiesta de *tlacaxipehualiztli*, donde se sacrificaba a los prisioneros de los militares con más alto rango. Era un combate ficticio entre los cautivos con armas falsas y los guerreros de las órdenes águila o jaguar armados convenientemente^[489].

En este combate se revivía el éxito del guerrero en la batalla con la celebración social. En cierto modo era escenificar los cantares de gesta,

grabándose en la memoria colectiva. Era un gran evento al que estaban invitados los señores de provincias amigas y enemigas, constituyendo una representación perfecta que mantenía con mucho éxito su estudiado programa de terror psicológico con los señores tributarios, porque muchas veces los sacrificados podían ser súbditos suyos e incluso parientes, y con los señores potenciales, a los que se mostraba la ferocidad del régimen de manera gráfica^[490]. Puede resultar extraño que estos últimos aceptaran asistir a tamaño espectáculo; pero una negativa constituiría un “*casus belli*”; asimismo, también podría extrañar que en Tenochtitlan se aceptara la presencia de dirigentes enemigos, sin que su asistencia exasperara los ánimos patrióticos. Las crónicas nos describen cómo estos señores llegaban amparados en la noche. En la actualidad estamos acostumbrados a ver cómo líderes enemigos se sientan juntos para hablar de temas comunes, porque son relaciones de Estado que están a un nivel distinto del sentir popular.

La ideología alcanza la máxima perfección al glorificar la muerte de su propia gente, y su aceptación, para la consecución de los objetivos estatales. La historia está llena de ejemplos que no se limitan a Tenochtitlan. Lo vemos en Roma, en las zonas de ideología islámica, en Japón, etc. El Estado se encarga de proclamar la concesión de toda clase de parabienes y privilegios, más allá de este mundo, a quienes mueren por él. Nos dice: si a través de la guerra no has alcanzado una existencia menos mísera en esta vida, no hay por qué preocuparse.

El Estado, padre benefactor, también se ocupa de ti en la otra, ofreciéndote allí los mismos privilegios. Por lo tanto, ir a la guerra siempre reportaba beneficios. Era la máxima identificación con la ideología imperante.

El Estado prebélico creado por algunas sociedades mesoamericanas responde a la necesidad de mantener el poder a través de la amenaza armada, aunque paradójicamente se intentaba no desembocar en ella, pues resultaba muy costoso.

Con la ideología creada en torno a la guerra, el estamento militar quedaba perfectamente imbricado en la estructura social y política, participaba activamente en el ritual ofreciendo cautivos para el sacrificio, reflejando sus hazañas en el ceremonial y a la vez contribuían a lo más sagrado que era alimentar a los dioses.

El componente ideológico en el expansionismo imperial

Establecida la ideología del régimen azteca, que no era más que el pensamiento teórico de la política que se quería seguir, había que legitimarla ante la comunidad para que ésta la aceptara y pudiera conseguir sus objetivos. El vehículo más efectivo para su transmisión y aceptación fue la religión.

En las sociedades antiguas, Estado y religión crecen juntos, ambos se apoyan y necesitan para su desarrollo, ya que su objetivo suele ser el mismo y no era otro que ejercer el control sobre la sociedad. Por eso, al inicio de la organización institucional, aunque se miren con recelo, pues ansían lo mismo, se necesitan para prosperar, dejando las guerras de religión para otro estadio más avanzado de la maduración de la sociedad.

Mesoamérica no constituía una excepción y cualquier acto cotidiano estaba impregnado de religiosidad; toda acción quedaba contemplada cuidadosamente dentro del calendario religioso. Nada se dejaba al azar, todo estaba perfectamente explicado y justificado en los mitos. El Estado a través de su disfraz, la religión, estaba omnipresente en la comunidad para controlarla.

Si bien es cierto que hay muchas facetas en la vida del hombre y del grupo que pueden preverse, existen, sin embargo, otros tantos aspectos que no tienen explicación inmediata como una enfermedad, un cambio del tiempo que arruina una cosecha, una manifestación singular de la naturaleza como un cometa, el aparato eléctrico de una tormenta, un eclipse, etc. Estas realidades al escapar del control humano crean gran desasosiego y, por esta razón, las sociedades necesitan crear normas que ordenen el caos para que la incertidumbre desaparezca y puedan sentirse seguros. Esta ordenación de los acontecimientos, que proporciona al grupo y al individuo seguridad ante lo impredecible, es lo que denominamos religión.

Todas las comunidades tienen sus peculiaridades, pero sus temores se hacen universales y las soluciones generales resultan ser las mismas para todos con distintos nombres. La manera de entrar en contacto con lo sobrenatural, las clases de poder que se establecen ya sea personal, impersonal o ambas, la forma de manejarlo son matices que varían de un

pueblo a otro. Pero en líneas generales, podemos decir que la religión responde a la necesidad que tiene el ser humano de un universo organizado, además de sentirse protegido ante la imposibilidad de predecir y comprender determinados acontecimientos que, en apariencia, no se ajustan a las leyes naturales.

Estas normas explican cómo se creó el mundo y el hombre, y cuál debe ser su comportamiento para que no se rompa la armonía; además, le proveen de todo lo que pueda necesitar, si cumple con el ritual: dioses protectores para todas las actividades cotidianas, cómo obtener su favor, un calendario para evitar situaciones de crisis como malas cosechas, etc.

Como los dioses son seres sobrenaturales, que se relacionan con el hombre, a menudo interesadamente, de forma misteriosa, se necesita un intérprete que esté preparado para actuar como intermediario entre el mundo sobrenatural y el cotidiano. Estos hombres pronto alcanzaron gran fama y poder entre los miembros de la comunidad y recibieron diversos nombres: sacerdotes, chamanes, magos, hechiceros, etc., dependiendo de la sociedad a la que pertenecieron, aunque, al hablar de sacerdote, nos estamos refiriendo a un individuo profesional, dentro de una sociedad avanzada y con una economía saneada que pueda sustentar todo lo que conlleva la organización: templos, cultos y todas las ceremonias reflejadas en el calendario.

Con frecuencia, la religión se erigió en guardiana de los conocimientos y, de este modo, con la fama, los conocimientos y el dinero obtenido de los fieles, los sacerdotes llegan a encarnar también el poder político en muchas sociedades.

En Tenochtitlan, si bien es cierto que el *tlatoani* era la máxima autoridad tanto política, como militar y religiosa, al menos en apariencia, podemos decir que el tiempo de los hombres-dioses (hombres que interpretaban a los dioses y guiaban al pueblo durante las peregrinaciones; cuando llegaban al lugar prometido, el hombre-dios podía gobernar, haciéndose su cargo hereditario) había pasado en favor de los dirigentes-caudillos a raíz del gran cambio político acaecido a partir de 1428.

La organización religiosa estaba ocupada en acomodar a los nuevos dioses y mitos que explicaban cuál era la misión que los mexica debían cumplir. Los distintos pueblos por los que habían pasado les condujeron a un sincretismo religioso, a un panteón politeísta en el que se respetaba una rígida jerarquía, fiel reflejo social, en la cual los dioses estaban especializados en todas

aquellas actividades que eran útiles a los hombres. Frente a las nuevas adquisiciones, los dioses antiguos fueron perdiendo importancia en el culto y van siendo olvidados, en favor de los dioses regentes de las dinastías gobernantes.

Por ejemplo, Huitzilopochtli será aceptado por los nuevos gobernantes-guerreros, convirtiéndole en el emblema del imperio.

Huitzilopochtli es el dios de la guerra, protege y alienta a su pueblo en la lucha, pero a cambio exige la sangre de los hombres como ofrenda. Esta es la terrible carga que la nueva ideología deposita sobre los hombros de sus protegidos. Y serán los guerreros quienes principalmente velen por el buen funcionamiento del universo, procurarán, a través de grandes gestas, proveer al dios del preciado incentivo para que no cese el movimiento del mundo.

Los guerreros no sólo lograban su prestigio por sus actuaciones, sino porque eran los encargados de proporcionar a la sociedad la tranquilidad con sus divinidades. Así el imperio genera la necesidad de guerras constantes. Por tanto, cuando no había razones de ‘Estado’ para declarar la guerra, que cada vez era más difícil argumentar por la frecuencia de ésta, el pretexto religioso era perfecto y la historia mexicana está salpicada de estos argumentos: el más recurrente era la necesidad de disponer de cautivos para el sacrificio.

Generalmente, lo que se sacrificaba eran prisioneros de guerra. Por ser estos quienes más complacían al dios, no quedaba más remedio que salir a buscarlos, aunque sabemos que los grupos socialmente influyentes como los *pochtecas* podían comprarlos y ofrecerlos para el sacrificio.

Moctezuma Ilhuicamina reclamó, en términos religiosos, mano de obra para la construcción del gran templo de Tenochtitlan; pero, en realidad, quería conocer el nivel de lealtad política. Su participación suponía el reconocimiento tácito de vasallaje, y quien rehusara participar expresaba una afirmación de política independentista, y legitimaba a México para lanzar una ofensiva.

Se confirma la simbiosis Estado-Religión y que los pretextos religiosos ocultaban las verdaderas razones para declarar la guerra. En 1487 Ahuitzotl se lanzó a la búsqueda de cautivos para sacrificar en honor de Huitzilopochtli, con motivo de la inauguración del gran templo de Tenochtitlan que había iniciado su predecesor. De esta manera, otra vez la excusa religiosa refrenda la acción política para aumentar el poder.

Como quiera que algunos señores habían declinado la invitación para la ceremonia de coronación de Ahuitzotl, fue una referencia perfecta para demostrar el poder mexica y para volver a hacer la invitación. Ahora con motivo de la fiesta de la inauguración del gran templo, nadie la rehusó. Con la reputación restaurada Ahuitzotl pudo mantener el control sobre los asuntos internos y encauzar, en el exterior, el problema de Chalco, que se había suscitado otra vez en el reinado anterior.

La religión ortodoxa en Tenochtitlan consolidó la base del Estado y sus aspiraciones imperiales; pero la guerra no se motivaba por la religión, aunque a través de la manipulación de este hecho el Estado obtenía su beneficio. Como también ocurría con el español que para justificar la guerra se alude a motivos religiosos —cristianos contra no cristianos— las motivaciones eran la riqueza, el poder, los privilegios y la influencia política.

Una religión sólidamente organizada apoyaba los intereses del Estado. A pesar de la importancia de la misma dentro de la sociedad azteca, podemos afirmar que la integración religiosa no era parte sustancial de la ideología imperial^[491]. Era frecuente que los reyes tenochca demandaran a los pueblos tributarios mano de obra y materiales para la construcción de templos y una respuesta negativa provocaba la guerra. Sin embargo, no hay evidencias de conversiones religiosas forzadas en los pueblos conquistados, sino que, por el contrario, existía libertad de culto e, incluso, en Tenochtitlan los extranjeros podían adorar a sus propios dioses, sin ofender a los locales^[492].

Desde que se adoptaron los usos de Tula, aunque anteriormente podemos verlo en el mayab, el *tlatoani* se había revestido de una ‘sacra autoridad’, al ser quien transmitía las órdenes de la deidad; pero no se habían limitado a copiar las instituciones, sino que las reinterpretaban de acuerdo con las necesidades locales. Los dioses daban las órdenes y los hombres se limitaban a ejecutarlas, tal y como estaba establecido en el ritual, para evitar consecuencias no deseadas.

Esta religión de Estado proporcionó el ímpetu necesario para lanzarse a conquistar grandes extensiones en poco tiempo, pero este mismo factor ideológico les acarrearía más adelante grandes problemas económicos y políticos. De momento, proporcionó a la élite dirigente (gobernantes, nobles, guerreros) riqueza, privilegios sociales y el poder político. Las reformas religiosas efectuadas consolidaron y legitimaron los cambios políticos y sociales.

El éxito de estos cambios consistió en saber mezclar hábilmente los elementos que tenían a su alcance para crear una ideología lo suficientemente atractiva para todos los estratos sociales que, al aunar los intereses políticos, económicos y religiosos, consiguió impulsar a la comunidad hacia una incesante expansión. Esta ideología les dio una fuerte identidad que a ellos los homogeneizaba e identificaba como comunidad, haciéndoles más cohesionados y manejables para el sistema, a la vez que los diferenciaba frente al resto de sus vecinos^[493].

Llegados a este punto podríamos afirmar que para la sociedad mesoamericana estaba claro que: *“los dioses crearon la guerra para que los hombres pudieran alimentar al sol con sangre y corazones humanos. Este mito da una justificación metafísica de la guerra: es parte del orden cósmico. Por eso al nivel ideológico la guerra parecía ser un acto sagrado”* (Erdheim 1978: 204).

Generalmente, al hablar de guerra y religión prehispánica parece que van unidas, y en ese sentido lo exponen reputados autores no obstante, explicar el fenómeno de la guerra azteca, con la envergadura que presenta, ciñéndonos exclusivamente a motivaciones religiosas, es una excesiva reducción.

Los datos históricos no dejan lugar a dudas y demuestran que en innumerables ocasiones las explicaciones religiosas eran posteriores al hecho bélico y, en otras, para la consecución de un objetivo político se esgrimían razones religiosas, expuestas como pretexto necesario. Lo que se pretendía, aunque las formas fueran religiosas, era dejar bien clara la supremacía política y militar mexicana.

La religión ofrecía una justificación de la guerra e, incluso, la alentaba, manipulando el Estado las creencias en función de sus propias metas. Hemos visto que las ceremonias religiosas requerían cautivos; pero eran las consideraciones políticas las que establecían el número necesario, para dar la pretendida relevancia de las fiestas el propio Estado.

Si a estas alturas de la argumentación nos preguntamos si serían religiosas las causas de la expansión mexicana, o si la religión alentaba el imperialismo, podemos concluir que, sin duda, la religión ortodoxa de Tenochtitlan apoyaba las aspiraciones imperiales porque éstas tenían éxito, y que la variedad de cultos y de templos beneficiaba económicamente a la propia institución por sí misma. Además, mientras el Estado crecía apoyado en ella, ésta y todos sus componentes se beneficiaban^[494]. Por tanto, la toma de cautivos para ofrecer

a los dioses era racionalizada por el Estado en su propio beneficio, ya que cuanto más elevado era su número, más destacaba el prestigio y poder de los aztecas y se reforzaba, a través del terror, su imagen de poder.

El Estado, a su vez, necesitaba apoyarse en este estamento social, porque sabía que el ritual constituía parte esencial del éxito de la ideología, ya que, al involucrar activamente a toda la comunidad, los predisponía psicológicamente para aceptar los postulados de la propaganda y para llevarlos a la práctica^[495].

Reflexiones y recapitulación

El mundo mesoamericano se vio sacudido por la irrupción de un elemento extraño a él, que fueron los europeos. Efectivamente, la llegada de los españoles puso fin al imperio de la Triple Alianza, que para entonces tenía una gran extensión. Pero a la luz de los acontecimientos narrados, no parece acertado hablar de decadencia del imperio, pues hemos ido viendo cómo éste se adaptaba al curso de los acontecimientos durante los diferentes reinados y no tenemos datos concretos que demuestren que el imperio había entrado en una fase decadente, independientemente del empuje europeo o no.

Ciertamente en el momento que llegan los españoles podemos ver signos que podían indicar que el imperio se debilitaba. Por un lado, el giro que da Moctezuma II a su política hacia una dirección cada vez más absolutista y, por otro, que las reformas que llevó a cabo dentro del núcleo de poder pudieron dar origen a celos y enemistades al afectar a las personas que se habían beneficiado de la confianza del anterior *tlatoani*, creando un caldo de cultivo que favorecía la intriga y que también pudo contribuir a la inestabilidad del régimen.

Pero ninguno de estos elementos eran nuevos en el panorama político mesoamericano y hasta la fecha se habían ido solventando sin que marcara una línea decadente.

Podemos aludir al propio éxito de la expansión para insinuar que el resultado final de tanta bonanza desembocaría en un recalentamiento económico difícil de solventar. Es también incuestionable que las continuas riquezas que fluían con las victorias hicieron prosperar al Valle y a sus gentes, volviéndoles cada vez más exigentes, y que para responder a esas exigencias había que planificar constantes expediciones, cada vez más lejanas y, por lo tanto, más caras y peligrosas.

Asimismo, al crecer cada vez más el imperio, su estabilidad dependía de la lealtad de sus dirigentes y se hacía más difícil controlar simultáneamente las insurrecciones, si se producían. Además, en la política exterior hay que añadir los problemas que planteaban las regiones independientes, que periódicamente ponían en entredicho la estabilidad del imperio y que al

intentar Moctezuma someterlas pudo romper, en cierto sentido, un equilibrio ficticio que hasta el momento no había sido negativo para los mexica.

Pero todas estas ‘predicciones’, que parecen anunciar con buena lógica la decadencia del imperio, pertenecen al campo de las especulaciones. Los datos objetivos dicen que Moctezuma II dio un giro importante a la política imperial, porque era consciente de estos problemas. También creemos que el enorme número de soldados de los que podía disponer el ejército imperial le cualificaba para responder a la vez a varios conflictos.

Así, podríamos seguir especulando y diciendo que, si Moctezuma no hubiera hurgado en este avispero, la situación no hubiera sido tan favorable para Cortés, al no contar con la ayuda de estos miles de indígenas que conocían las debilidades imperiales y que, al darle su apoyo, trataban de librarse del mal presente y probar suerte con otro nuevo Señor, siguiendo la tradición, sin imaginarse los cambios que les esperaban. Pero esta idea no refleja la decadencia del imperio, sino lo que podíamos llamar ley de vida de los imperios, que continuamente son atacados para intentar minarlos y suplantarlos.

Por lo tanto, vemos que se conjugaron un cúmulo de circunstancias que acabaron con el imperio, como fue la actitud poco decidida de Moctezuma Xocoyotzin en momentos que hubiera podido controlar la situación generada por los españoles; el descontento de los pueblos oprimidos, que hizo posible su adhesión contra el opresor, proporcionando a Cortés un muy numeroso e inesperado ejército que, junto con la superioridad técnica de las armas de fuego y la distinta concepción que ambos pueblos tenían de la guerra, pusieron punto final a la aventura imperial mexica. Pero insistimos en que este hecho no refleja la decadencia de las estructuras imperiales, sino que ‘el resto de los indígenas’, que no estaban dispuestos a seguir potenciándolas, aprovecharon una circunstancia exterior para lanzarse en su contra.

Y sí, se suscitan muchas preguntas en relación a la salud del régimen; pero desde nuestra perspectiva no encontramos indicios de que éste hubiera empezado a tambalearse antes de 1519 y que hubiera sucumbido independientemente de la acción española. Desde nuestra posición tampoco hubiera sido decisiva por ella sola, como opina Nigel Davies (1977: 172), sino que compartimos la idea de Pedro Armillas (1987a: 14) en que: *“el imperio tenía una realidad, una estructuración política que, por cierto, le habría permitido continuar, no había llegado a un callejón sin salida [...] o a una situación que requiera un salto adelante a un nivel superior de*

organización para preservar el imperio”. Es obligación de los que nos dedicamos a su estudio intentar desentrañar cuál era esa realidad.

En resumen, el éxito de la política expansionista hizo posible que el *tlatoani* se enriqueciera y obtuviera mayor autonomía al controlar de forma más sólida las instituciones tradicionales de los *calpulli*.

Este proceso se inició con la independencia de los pueblos sometidos a Azcapotzalco y no cesará hasta la llegada de los españoles. Este gran cambio sólo fue posible por la acción que desempeñó el ejército.

Con la entronización de Itzcoatl se inició una época de ‘dirigentes-militares’, en la que los valores sociales se encarnaron en la figura del héroe-guerrero. La importancia del apoyo del ejército para el desarrollo del nuevo régimen fue incuestionable hasta tal punto que Tizoc, *tlatoani* al que generalmente se le achaca no estar interesado en la política expansionista y que, por tanto, obstaculizaba el crecimiento del ejército, fue asesinado supuestamente por su sucesor y hermano Ahuitzotl, repitiéndose los acontecimientos ocurridos con Chimalpopoca. En el reinado de Tizoc las facciones jugaron fuerte y aprovecharon que trataba de reconducir los acontecimientos políticos que habían generado los reinados anteriores, para no sólo desprestigiar su actuación, sino acabar con su vida.

La cultura mesoamericana no pretendía con la guerra la aniquilación completa del enemigo, sino que ansiaba la riqueza de éste para prosperar. La capital imperial respondía a este convencionalismo y, obligada a buscar alimento para su población porque las tierras cultivables de que disponían eran escasas, se lanzó a la conquista de las ciudades cercanas con gran éxito.

Para organizarse militarmente con más posibilidades adoptó el sistema político más centralizado de *tlatoani*, que imperaba en el Valle, iniciándose un proceso simbiótico en el que las estructuras tradicionales, que englobamos en el término *calpulli*, se van solapando con la nueva situación hasta acomodarse e implantar un modelo que no era nuevo en Mesoamérica y que sus habitantes conocieron bien mientras fueron tributarios de Azcapotzalco, de 1325 a 1428, entonces la mayor potencia del Valle.

El modelo, aunque hemos especificado diferencias en su aplicación, tenía como objetivo dominar una zona y explotarla económicamente; por eso, interesaba que —desde el principio— fuera muy productiva, y que los daños derivados de la guerra fueran mínimos; se exigía un tributo que estaba

perfectamente reglamentado en los libros oficiales que describían quién lo recogería, cómo y cuánto se exigiría.

Todos estos pueblos quedaban integrados, aparte de por el temor que compartían hacia los mexica, por una economía de mercado que también controlaban. Crearon una enorme red comercial, que crecía junto con el imperio, en donde se podía encontrar absolutamente de todo y, a la vez, dar salida a los productos locales de cada zona.

Así se establecía una interrelación de mutuo beneficio, tanto para el conquistador como para el conquistado. Entre la metrópoli y las provincias conquistadas se establecía una relación desigual, en la que quedaban bien especificados cuáles eran los beneficios que una esperaba recibir y cuáles eran las obligaciones que las otras tenían con respecto a la primera. Los territorios conquistados, además de proporcionar alimento, vestidos, materiales de construcción, aportaban otra clase de tributo que fue vital para la salud del imperio y que estaba en relación directa con el ejército.

Cuando el ejército iniciaba una ofensiva, avisaba con antelación a los pueblos tributarios que estaban en la línea de acción, para que prepararan armamento, alimento y los hombres que pudiera necesitar, pero había otro aspecto que estaba relacionado con la seguridad del imperio: cada provincia tributaria se encargaba de cuidar sus propias fronteras de amenazas externas que pudieran hacer peligrar los intereses del mismo. De esta manera, se resolvían conflictos que no eran de mucha envergadura y que no requerían la presencia de las fuerzas imperiales.

Este sistema de seguridad reportaba un gran ahorro económico y de fuerzas, además de dotar al ejército imperial de una disponibilidad que le permitía presentarse donde realmente fuera menester. Este sistema defensivo, de carácter hegemónico, resultó muy efectivo, ya que sus intereses estaban bien protegidos por los pueblos dominados y su ejército —intacto— estaba siempre disponible para dar un escarmiento en las zonas más inestables.

Es interesante destacar la interactividad de este modelo organizativo frente a otros modelos territoriales en que sus componentes son muy pasivos. Este sistema hegemónico implicaba a todas las partes que intervenían en él, tanto en la puesta en marcha de los mercados como en la defensa de las fronteras. En cierto modo, todos eran partícipes del desarrollo de una próspera empresa común y tenían su cuota de responsabilidad.

Por otra parte, este grado de participación otorgaba, aunque fuera de manera ficticia, un sentido de integración y la sensación de que se colaboraba por sacar adelante un proyecto propio. Del mismo modo que una gran empresa multinacional diseña una política de incentivos entre sus empleados, que contribuye a que estos trabajen identificados con el espíritu de una ‘gran familia’, en la que todos se esfuerzan por conseguir un mismo objetivo en la búsqueda de las ‘excelencias’, y participan al final en los beneficios que se reparten (aunque en distinta proporción), así podrá compararse la integración de los pueblos dominados en la organización implantada por los mexica. Es evidente que la predisposición psicológica no es la misma que si el trabajo se desarrolla sin ninguna cuota de participación, con una sensibilidad más pasiva y menos productiva.

Tenochtitlan no trasplantaba su organización a los pueblos sometidos, sino que establecía una relación con éstos, que dependía de la actitud que hubieran mantenido durante la contienda. Aquellas poblaciones que habían sido fáciles de conquistar por su no resistencia, gozaban de gran autonomía administrativa y un régimen tributario razonable y no se establecía en ellas ninguna guarnición. Sin embargo, en las que se habían resistido, se revisaba quiénes eran los gobernantes y qué disposición mantenían frente a los intereses imperiales. A menudo eran reemplazados por otros que demostraran sus simpatías protenochca, la carga fiscal que se imponía era muy severa y, dependiendo de la situación estratégica donde estuvieran enclavadas, se fundaba una colonia con soldados del Valle.

Este sistema proporcionaba grandes beneficios al imperio de las tres cabezas, ya que disponía de mano de obra para las empresas públicas y soldados para renovar las bajas que se producían. Por otra parte, al completarse el ejército con escuadrones de distintos pueblos, le dotaba en su conjunto de varias técnicas proporcionándole gran superioridad frente a sus enemigos. Las ventajas materiales también se hacían sentir en las arcas mexica, ya que no sólo se ahorraban gastos en temas bélicos, sino también recursos administrativos al no tener que trasladar la organización a las provincias conquistadas.

Por tanto, era un sistema que arrojaba beneficios para todos los que entraban a formar parte de él. Los más relevantes eran, naturalmente, para la clase privilegiada; pero el resto, a cambio de defender los intereses del imperio, también crecían económicamente con él.

No es necesario apostillar que las facciones que hacían oposición salían perjudicadas con expropiaciones, destierros e, incluso, la muerte.

Los imperios hegemónicos desarrollan modelos políticos que se caracterizan por el crecimiento económico, ya que la expansión les dotaba de una gran agilidad comercial y, aparte, su sistema de autonomía, respecto de las instituciones administrativas en las provincias sometidas, no desgastaba sus arcas. También suponía un ahorro considerable el hecho de que el Estado no necesitaba mantener un ejército ingente en efectivos, requiriendo básicamente que los pocos hombres que lo formaban fueran capaces de escenificar sabiamente el mensaje de su supremacía.

Este sistema era más que suficiente, porque el grueso del ejército lo componían los hombres de los pueblos tributarios, y eran sus administraciones quienes corrían con el gasto. Además, otra ventaja añadida era que estos pueblos frenaban los ataques en sus propias circunscripciones, actuando como verdaderos diques que impedían que el corazón del imperio y las provincias que actuaban como despensas sufrieran desperfectos.

Ahora bien, hay que tener en cuenta que, para que este sistema hegemónico funcionara correctamente, era fundamental realizar una excelente labor diplomática. La necesidad de tratar con tantos pueblos distintos en su organización y de atender a la diferente complejidad de sus sociedades, exigió que la actuación diplomática se adaptase a todas las circunstancias que se derivaban de esta situación.

Había que enfrentarse al hecho de mantener a un gobernante en su sitio y, si el lugar ofrecía ventajas para los intereses del imperio, tratarlo con consideración y atenciones para asegurar su lealtad. Otras veces, se evaluaba la posibilidad de reemplazarlo y de buscarle un sustituto que no atentara contra los objetivos deseados; pudiera ser que al principio se mantuviera a un dirigente y que éste se volviera ambicioso o molesto para Tenochtitlan y hubiera finalmente que reemplazarlo.

La diplomacia debía encontrar la forma de mantener el equilibrio entre los tributarios y la metrópoli, porque de ello dependía su bienestar. Era un asunto muy delicado que podía fracturarse al menor descuido; podían asaltar los deseos de independencia, al interponerse una gran distancia entre ellos. El hecho de enriquecerse con la incorporación al sistema común comercial podía convertir a un regidor en ambicioso y alentar la pretensión de competir de forma independiente.

Por eso, continuamente se intentaba que no disminuyera el interés de los gobernantes con incentivos materiales, manteniéndolos en el poder, incrementando el patrimonio personal, invitándoles a los actos de celebración en la metrópoli, donde al mismo tiempo de ser agasajados, se avivaba la dosis de psicoterror.

Por todo ello, podemos afirmar que el hecho de que el sistema escogido por los mexica fuera muy flexible, adaptándose a todas las situaciones que la propia expansión generaba, fue la clave esencial para su éxito, fue ‘su realidad’.

Supieron ver que no debían actuar de la misma manera con un gobernante de un pueblo refinado, al que la insinuación de la devastación que podían acarrear las tropas imperiales era suficiente para que se pusiera de su lado, que con los pueblos más belicosos, que necesitaban ver desplegada la acción aniquiladora del imperio para someterse. Además, se procuraba mantenerlos divididos, de tal forma que no pudieran enfrentarse unidos al poder imperial. Creó y mantuvo unos tributarios lo suficientemente fuertes para que fueran capaces de defender sus intereses, pero no tanto que pudieran hacerle sombra. De hecho, Tenochtitlan mismo había sido un tributario que creció demasiado.

Desde que Itzcoatl estableciera este tipo de sistema, los siguientes *tlatoque* fueron ampliando su poder, manteniendo la misma línea diplomática desde el principio. Sabían que si manipulaban a los líderes políticos locales, éstos mantendrían tranquila a su población, trabajando en provecho del imperio, reconociendo que para este resultado la diplomacia era el arma más eficaz. Y así, múltiple y fascinante, era la realidad de las estructuras imperiales.

Aunque nuestra investigación se centra en la guerra y las estructuras de poder, ha sido necesario tratar múltiples realidades para intentar darle una significación llena de contenido, y para ello hemos buscado los datos principalmente en las fuentes escritas, aunque la cultura mesoamericana también nos brinda otro tipo de fuentes para presentar ‘su realidad’. Nos referimos a las obras artísticas, en cualquiera de sus expresiones como vehículo de la propaganda imperial.

El arte mesoamericano se nos representa inmediatamente como un arte monumental, aunque no siempre sea de un tamaño desmesurado, porque éste es un arte rotundo, nacido para satisfacer las necesidades políticas de un régimen que también tenía aspiraciones de dimensiones monumentales. No es

este el lugar idóneo para hacer un análisis exhaustivo del amplio abanico de posibilidades que ofrece el arte mesoamericano, pero sí nos parece oportuno acercarnos a algunas de las piezas más emblemáticas, para plantearles las mismas preguntas que a las fuentes escritas y ver si desde esa perspectiva las repuestas coinciden, pues desde el punto de vista cronológico o ‘romántico’ las piezas de arte son las fuentes más contemporáneas que poseemos de los hechos estudiados. Por eso, no podemos dejar de referirnos a la expresión artística de una concepción política que se fue gestando en el Clásico, aunque también encontremos muestras en períodos anteriores, y que tomó su forma más ‘vistosa’ en el Postclásico. Es lo que denominamos el ‘arte de la guerra’.

EL ARTE DE LA GUERRA

Cambio político y evolución iconográfica

En los Capítulos anteriores hemos sido testigos de los cambios socio-políticos que se produjeron en Mesoamérica durante su desarrollo. Las principales comunidades: Teotihuacan, Tula, Azcapotzalco etc., evolucionaron desde una situación de tributarios hasta potencias de primer orden, que les permitió ejercer el control sobre vastos territorios, mediante el desarrollo y aplicación de exitosas estructuras de poder. Todo este enorme legado fue recogido por el último pueblo que se asentó en el Valle de México y que por sus características nadie podría haber sospechado que serían capaces de, no sólo coger el testigo político y continuar con la tradición, sino de dar un nuevo impulso y redefinir toda esa tradición.

Estos recién llegados, los culhua mexicana, consiguieron, contra todo pronóstico, ser líderes de una confederación, la Triple Alianza, que les permitió, mediante el control de una extensa red tributaria y comercial, crecer desmesuradamente; a través del uso de la fuerza, de la diplomacia, de la reescritura de su propia historia, del reciclaje de los mitos; que les legitimaba como pueblo elegido para dominar al resto de su mundo conocido, colocándose en una situación de superioridad sobre las gentes que vivían en el Valle de México y más allá.

Aunque la mayoría de las referencias se centran en la sociedad creada por los mexicana; no cabe duda de que se puede aplicar el mismo devenir de las estructuras de poder a los grandes centros urbanos que la precedieron: Teotihuacan, Tula, Xochicalco, Cholula, Culhuacan, Azcapotzalco, y Texcoco, ya que con ellos compartía una serie de características, como el calendario ritual, la concepción dialéctica del tiempo, una religión que legitimaba los sacrificios humanos, el juego de pelota, la estructura piramidal en la arquitectura y un sistema social estratificado.

Los estudios recientes han ampliado estos presupuestos, haciendo hincapié, sobre todo, en las estructuras políticas y en la organización del poder en la que se implican términos como subordinación y dominación, tributo y trabajo, redes comerciales y alianzas. Además, a estos elementos, que hacen de Mesoamérica un espacio cultural común, también habría que añadir un sistema político hegemónico, con un marcado carácter multiétnico;

sustentado por la ideología de diferentes mitos y dioses patronos, sobre todo a partir del siglo VII.

Esta situación de continua dominación política que se dio en el Valle de México es única, y las instituciones sociales y políticas que desarrolló la sociedad mexicana van tomando forma desde el período Preclásico y principios del Clásico. Tanto la arqueología, como el desciframiento de la escritura maya, confirman que el cambio del período Clásico al Postclásico no fue tan brusco como se creía, y los estudiosos se afanan por establecer nuevos presupuestos que hagan la historia de Mesoamérica más continua y más ‘lógica’.

El paso del Clásico al Postclásico manifiesta una gran inestabilidad que se refleja tanto en el arte público, al mostrar la existencia de un activo ambiente bélico, como en la ubicación de las ciudades en lugares estratégicos y con un plano urbano en el que primaban los aspectos defensivos, que la arqueología ha confirmado.

El clima multidisciplinar de los últimos años hace hincapié en que estos cambios no se producían aislados, sino que marcaban pautas dentro del área mesoamericana, contrasta con los estudios anteriores que, se centraban en comunidades que se analizaban aisladas de la interacción que tenían con sus vecinos y con el medio ambiente. Un cambio en la concepción del estudio reduccionista hacia una contextualización más amplia, nos proporcionará, lo está haciendo ya, una amplitud de perspectiva, que demostrará que las grandes culturas mesoamericanas fueron conformándose unas con otras hasta culminar en la mexicana; no porque ésta fuera la más importante, sino porque con ella se puso fin a la dominación política mesoamericana.

El imperio mexicano, como heredero de una larguísima tradición, necesitó una estética con la que remarcar su mensaje y su poder y para ello el tema bélico, arropado por una iconografía mística, como antes lo habían hecho sus antepasados, satisfacía sus necesidades. El estudio del arte puede ayudar a aclarar aspectos sociales y políticos, porque no sólo es información el mensaje que emitía, sino que el propio artista, además, aportaba elementos estéticos, de contemporaneidad o representaba acciones domésticas que son valiosos para el investigador, aunque se piense que la concepción del arte y del genio creador en Mesoamérica no ha existido como en Occidente y que éste tenía poco margen para la innovación. Por ello, el arte es un testigo silencioso y sabio de su época, esperando pacientemente a que los investigadores le hagamos las preguntas adecuadas.

La guerra ha sido, sigue siendo, una actividad social a la que se ha tildado de ‘arte’, como tal, hemos visto que para su aprendizaje necesitaba de centros especializados y que su estudio ha despertado, desde la antigüedad, el interés de filósofos, estrategas y, cómo no, de los más reputados artistas, porque todo lo relacionado con la ‘epopeya’ está vinculado con el espectáculo, en lo más literal del término y en éste confluyen aspectos tales como ostentación, convocatoria, dominación, sometimiento, sangre, victoria y todos aquellos incentivos por los que se mueve la humanidad, desde el origen de los tiempos. En la actualidad, este espectáculo ha sido ‘descubierto’ por las televisiones más poderosas del planeta que explotan su poder de atracción. Son nuevas técnicas y nuevos tiempos para usos antiguos.

Todos los pueblos han sucumbido a la fascinación de plasmar el éxito de su poder a través del género épico. Mesoamérica nos brinda una muestra sorprendente y de gran calidad, donde se refleja con infantil crueldad los dos lados de esta moneda. Por una parte, la impiedad con el derrotado y por otra, la grandeza y dignidad del vencedor.

El cautivo

El arte bélico era un arte de Estado que respondía a un programa iconográfico que debía exaltar una serie de valores que se encarnaban en los mitos más emblemáticos y que, como veremos, se personificaba en el gobernante.

Sin embargo, aunque los valores que ejemplifica el mito permanecen, su representación sufre cambios y éstos van paralelos a los de la sociedad. Por ejemplo, es muy ilustrativo el cambio que experimenta la representación del cautivo, frente a la desnudez con que eran mostrados por los olmecas, primeros zapotecos en Monte Albán (Fig. 1) y mayas, evolucionan hacia una representación en la que se les otorga mayor dignidad, incluso, aparecen ricamente ataviados. Este tratamiento se encuentra en la mayoría de los imperios mesoamericanos y debe responder a algún motivo.



FIG. 1. Monte Albán, Oaxaca

Con el aumento de la población en las ciudades fue necesario que los centros se reordenaran urbanísticamente para poder encarar las nuevas necesidades. Estos cambios hacia una mayor jerarquización con sus desigualdades sociales, los nuevos rituales en torno a los gobernantes y el mayor protagonismo de clases sociales como los guerreros, quedaban magníficamente representados en el arte, con una iconografía que podemos ver evolucionar desde San José Mogote (700-500 a. C.), donde encontramos una losa que ya tiene tallado un cautivo con su fecha del calendario ritual 1 Terremoto, claro antecedente de las representaciones de las 320 losas del Templo de los Danzantes de Monte Albán (500 a. C.)^[496]

De este modo, se inician una serie de convenciones estilísticas en las que van quedando definidos los elementos iconográficos que representarán a los cautivos a lo largo de Mesoamérica, asociados a glifos, que tanta fortuna tuvieron, sobre todo en los trabajos de estelas que difundían magníficamente la idea de poder y de humillación. Esta evolución iconográfica en la que se le concede al vencido una mayor consideración debe hacernos reflexionar sobre cuáles son los cambios políticos que se están produciendo (Fig. 2).



FIG. 2. Toniná, Chiapas

Se pretende algún tipo de colaboración política, aunque el programa iconográfico deja bien claro quien tiene el control: los políticos “*prefirieron absorber a sus enemigos antes que aniquilarlos*”

(López Austin y López Luján 1999: 111-112). Esta idea se adapta a la evolución política que experimentan las sociedades mesoamericanas del Clásico al Postclásico, en el que el dominio de tipo hegemónico, apoyado en una fuerte ideología “místico-guerrera” se impone para extraer el tributo y el trabajo de los pueblos dominados.

Se puede avanzar que, si bien el arte es cambiante, no por eso sus cambios son gratuitos; que su evolución está íntimamente ligada a aspectos muy profundos de la condición humana y de sus relaciones con el cosmos; que, debido a ello, participa de una lucha ideológica también decisiva. (Tàpies 1999: 48)

Pero los cambios que observamos en el arte no se limitan al tratamiento del cautivo, para ‘retratar’ esa transformación política a la que aludimos, sino que los temas prácticamente se reducen a escenarios militares o directamente relacionados con la guerra y el sacrificio, apoyándose en los mitos más emblemáticos como el mito de la Serpiente Emplumada, al mostrar la lucha cósmica entre Tezcatlipoca, representante de los guerreros y de la nueva corriente política y Quetzalcoatl, un dios tradicional relacionado con la fertilidad y la tierra. Se encuentra representado en cualquier soporte, como queda claramente expuesto en los murales y cerámicas de Teotihuacan, Cacaxtla, Chichén Itzá o Xochicalco.

Interesa destacar que en el templo de Xochicalco aparecen enmarcados por la Serpiente Emplumada una serie de retratos de personajes sedentes acompañados de glifos cuya interpretación resulta problemática: ¿nombres?; ¿topónimos de las ciudades conquistadas?

¿La representación de los integrantes de una confederación bajo el patrocinio de la Serpiente Emplumada?^[497] En definitiva, la sociedad cambia y el arte con ella, aquella se hace plural y multiétnica y el arte ecléctico.



FIG. 3. Palacio de Tetitla, Teotihuacan

El hermoso arte teotihuacano tampoco escapa a la representación militar y detalla a los guerreros en todo su esplendor, (Fig. 3) con los atributos que les caracterizan como el *atlatl*, lanzas, cuchillos curvos con corazones goteantes en sus filos, que nos hablan del sacrificio humano, en sofisticadas procesiones donde el predominio de la línea curva confiere a sus murales una innegable elegancia que enaltece a los guerreros y dulcifica la crudeza de la iconografía. La ejecución de estos bellos murales del siglo V, coincide plenamente con su época de expansión, reflejando un nuevo orden social en el que los guerreros asumían posiciones políticamente relevantes.

Nos hemos referido al carácter multiétnico de la sociedad y cómo el grupo de poder tuvo que buscar soluciones políticas de integración en opinión de Andrés Ciudad (1989: 124) el arte teotihuacano, especialmente a través de sus murales, fue el vehículo elegido por la élite para transmitirlos a la comunidad. En la misma línea Esther Pasztory (1988: 50) opina que en esta sociedad tan plural interesaba más crear un lenguaje estético que tuviera la misma función

que el lenguaje escrito y que representara a grupos corporativos en detrimento de individualidades.

Aves, coyotes y jaguares también se representan, en estilos lineales y caligráficos, con dardos, escudos y cuchillos o devorando corazones de los que penden invariablemente tres gotas. Estos animales que no representan un carácter individualizado y que generalmente se muestran pintados en los muros, uno tras otro, en direcciones encontradas hacia la entrada de un recinto son, posiblemente, símbolos de estas órdenes guerreras y que su función sea recordar al visitante que el espacio a donde penetra es un lugar sagrado donde se inician a los guerreros-fieras o donde se reúna el consejo de guerra. (Trejo 2000: 262)

En esta consideración entran en juego aspectos importantes que pueden ayudar a conocer sobre qué bases se asentaba y crecían las estructuras políticas. Esta sociedad tan heterogénea, basaba su crecimiento, precisamente, en la acogida de gentes foráneas, por lo que se apoyaba más en el grupo que en el parentesco^[498] a fin de que los recién llegados, que no tenían abolengo, pero sí riqueza, encontraran atractivos para aportarla al Estado. En ese sentido compartimos la observación de Esther Pasztory sobre la representación de gremios, los más poderosos, que eran el motor que impulsaba el crecimiento.

El análisis de los murales no sólo nos habla de los cambios sociales y políticos, sino que se hacen eco claramente de las influencias y contactos que hubo entre las distintas áreas de Mesoamérica.

Los murales de Cacaxtla guardan semejanzas con los mayas de Bonampak, aunque comparten con los zapotecos y teotihuacanos usos iconográficos y signos calendáricos.

Las pinturas asociadas con las tumbas de Monte Albán, además de tener referencias del arte mural teotihuacano, también contienen jeroglíficos mayas y elementos de la Costa del Golfo. Todas estas manifestaciones permiten suponer que en el período Clásico los artistas de las ciudades mesoamericanas más importantes estuvieron en contacto, poniendo en circulación esas corrientes culturales que preludiaban el cambio hacia un espacio compartido más amplio.

En ellos se representan todos los aspectos que las crónicas nos han descrito sobre el atuendo militar, la furia y destreza guerrera de los soldados mesoamericanos, la dureza con los prisioneros, etc. (Fig. 4) Los artistas son capaces de capturar y transmitir ese momento frenético del ataque en el que

los guerreros luchan por su propia vida y en ese ardor se transmutan en los dioses y los animales simbólicos que los representan.



FIG. 4. Cacaxtla, Tlaxcala

También aparecen procesiones de personajes regios, ricamente ataviados, recibiendo embajadas y tratando los asuntos de Estado con solemnidad, que nos hablan de la complejidad de la organización política y del gusto por perpetuar en la memoria de la eternidad momentos gloriosos que servirán como autopropaganda y, a la vez, ayudarán a dar prestigio a quienes les reclamen como antepasados, para legitimar una situación de poder posterior.

Siguiendo con el discurso estético, mito e iconografía van unidos y evolucionando desde antiguo para potenciar la imagen del guerrero victorioso y el mito del Quinto Sol se adaptará perfectamente para tal representación^[499]. A través de este mito de autosacrificio se instaura y justifica la guerra y el sacrificio humano: el guerrero se hace símbolo y como tal forma parte del mito que, como representación de un arte simbólico, no necesita ser explícito. A través de un tema tradicional se expresan las nuevas ideas y la ‘sensación’ de ruptura queda camuflada.

Para la conjugación de cambio y tradición se hallaron fórmulas políticas exitosas, que el arte confirma, al interpretar las nuevas ideas en las que los

militares formaban la élite social, con símbolos convencionales que se heredaron desde los olmecas y que culminaron con los mexica.

Vamos definiendo una serie de virtudes guerreras que tendrán su máxima representación en la figura del gobernante y también en los guerreros de las ordenes militares, que serán merecedores, como salvadores y conservadores del mundo, y naturalmente como sustento del *tlatoani*, de premios materiales y ‘espirituales’ que se concretaban en un reconocimiento social y una vida regalada.

El gobernante: máxima encarnación del guerrero

Sin duda, quien encarna todas las cualidades del guerrero-héroe es el gobernante, que manipulará el arte para potenciar su imagen, tanto para legitimarla como para exaltar sus logros. Conforme aumenta su posición en la sociedad gustará de representarse en marcos cada vez más contundentes, evolucionando desde las estelas mayas, donde el gobernante se representaba acompañado de glifos y de algún cautivo (Fig. 5), a las rotundas piedras de conmemoración mexica, donde multiplica el escenario de su poder, como si se tratara de un enorme praxinoscopio que se hiciera girar para que las diferentes escenas cobraran vida, como veremos en el apartado del sacrificio.



FIG. 5. Yaxchilan, Chiapas

El *tlatoani* era el representante del dios y su función era mantener vivo el mito de la creación con sus ceremonias de autosacrificio y con los sacrificios de los prisioneros de guerra. Para Alfredo López Austin (1995: 28) la naturaleza del *tlatoani* era divina a diferencia de Michel Graulich (1998: 215) que distingue entre la naturaleza divina del cargo y la naturaleza humana del *tlatoani*. Lo cierto es que esta naturaleza ‘suprema’ fuera cual fuera su grado de divinidad ha quedado patente en la iconografía que lo representa: unas veces lo muestra cercano al mismo dios y otras es el dios mismo.

El *tlatoani* es representado con toda la grandeza de que es capaz el arte oficial, cuyo mensaje debe ser explícito, tanto para los habitantes de la ciudad, como para aquellos que la visitan. Por eso la iconografía mesoamericana es común y comprensible a todos ellos porque era necesario entender que los intereses del *tlatoani* y de la nobleza eran los de todo el pueblo, pues eran los intereses del dios. Los siglos que precedieron a la conquista española fueron de lucha por el poder hegemónico. Unos Estados se lanzan contra otros, y el costo de las guerras era pagado con esfuerzo, la sangre y la vida de los *macehualtin*. Los *pipiltin* intentaban convencer al pueblo de las ventajas de la guerra, y para cumplir su propósito recurrieron a la cosmovisión: se fomentó

entonces una mística guerrera y religiosa; se exaltó la figura heroica del guerrero que mantenía el equilibrio cósmico, y se prometió una vida ultraterrena de gloria a quienes cayeran en combate. (López Austin 1995: 28)

El escenario

Debemos suponer que, las imponentes ciudades de Teotihuacan, Tula, o Cholula, con sus monumentales pirámides y esculturas de piedra, con sus estructuras sociales, sus sistemas de comercio de larga distancia, y con una ideología que ya se valía del mito para dominar políticamente, pusieron un nivel muy alto a los recién llegados Valle, por lo que estos decidieron potenciar su presencia a través de la integración de esta herencia clásica que los estaba esperando.

Varias fueron las referencias a la antigüedad que se utilizaron para ir creando ese fantástico universo que tanto maravilló a quienes lo conocieron: México-Tenochtitlan. Mantuvieron la importancia de Teotihuacan por ser el lugar donde los dioses residían y haber empezado allí la era cosmológica actual, convirtiéndose en un lugar de peregrinación para los *tlatoque* mexica, quienes a través del sacrificio reforzaban sus lazos con la divinidad. Al recrear los mexica un microcosmos en su propia ciudad, la peregrinación física no se hacía necesaria. Así lo testimonian los trabajos de excavación del Templo Mayor, en los que se han desenterrado templos, cuyo estilo arquitectónico e iconográfico responden claramente a los cánones teotihuacanos.

El hecho de realizar grandes obras, arquitectónicas o escultóricas, implicaba la necesidad de materiales y mano de obra que muchas veces superaban las posibilidades de la propia ciudad. El análisis de esta circunstancia informa de aspectos políticos y económicos importantes: de dónde se extraía el material, qué mano de obra se necesitaba y de dónde procedía esa fuerza de trabajo, cómo se costeaba, si era parte del tributo, si era trabajo forzado de los prisioneros de guerra, o si pertenecía a la esfera de las transacciones comerciales, etc.

Tampoco podemos dejar de señalar que muchas veces la construcción de un edificio público era el pretexto adecuado para iniciar una confrontación bélica o para humillar a alguien que no hubiera cumplido con las reglas

convenidas del régimen. Por último, no debemos olvidar el tema de los sacrificios humanos tan necesarios para conmemorar la inauguración de los templos y que están íntimamente relacionados con las guerras.

Ejemplos no faltan que apoyen lo afirmado, pues, a través del análisis de las ofrendas en San José Mogote (Valle de Oaxaca), podemos saber que ya entre 1150 y 850 a. C., existieron redes comerciales en las que se intercambiaban con las ciudades olmecas sus afamados espejos de magnetita por jade, mica y turquesas, que aparecen en las tumbas y que no son materiales propios de la región. Así mismo, a través del estudio iconográfico, se puede deducir la evolución de una comunidad o área cultural desde época muy temprana. Por ejemplo, en la sociedad olmeca se observa cómo unas figurillas de arcilla, relacionadas con la fertilidad, van introduciendo un nuevo repertorio que reflejan importantes cambios sociales.

Estas transformaciones culminan en las representaciones de temas militares que continúan durante el Postclásico, período en el que irrumpen en el Valle de México gentes del norte, chichimecas, aprovechando el momento de inestabilidad política que se vive en la Cuenca. Con estos grupos llegaron los toltecas, cuya presencia tuvo gran importancia para los pueblos del norte y del centro de México.

La ubicación exacta de Tula se desconoce pero las excelencias que refieren las fuentes la llevaron a una dimensión mítica que no concuerda con la realidad que la arqueología muestra. Pues si bien los trabajos de Robert Cobean y Guadalupe Mastache (1985 y 1995) parecen dar fe de una enorme ciudad con un marcado carácter multiétnico y militarizado, a juzgar por las representaciones artísticas, éstas no son tan supremas como para haber alcanzado la fama eterna, si es que este lugar es la verdadera Tula que cantan las fuentes.

Los especialistas^[500] concluyen la polémica al aceptar que las fuentes hablan de una ciudad mítica y no real que quizás fue alentada por intereses políticos y, así, además de la importancia que tuvo a principios del período, quedó como modelo a seguir en todos los órdenes para el resto del Postclásico y es lo que se denomina toltequización.

La destrucción que sufrió la ciudad en distintos períodos, incluido el expolio realizado por los propios mexica, y el mal estado de conservación de las esculturas y relieves, hacen imposible datar con precisión las obras

analizadas, sólo podemos decir que abarcan un período de tiempo que comprende del siglo X al XII.

En sus obras se plasma toda esta iconografía que exalta el militarismo, sobre todo en relieves y magníficas columnas, a veces decoradas con atlantes que sustentan techumbres que originan amplias salas hipóstilas recorridas por bancos decorados con relieves policromos, cuyas figuras se delimitan con líneas negras, en aras de una mayor claridad compositiva. Bancos como éstos han aparecido en las excavaciones realizadas en el Templo Mayor de Tenochtitlan.

El *coatepantli* o muro de serpientes que rodea el centro ceremonial y que está presente en ciudades posteriores como Tenayuca o Tenochtitlan es una innovación arquitectónica que debemos al genio de Tula. También es interesante señalar que el edificio conocido como “El Corral”, en Tula, presenta un diseño que “recuerda a las “yácatas” de Michoacán”.

Aunque los toltecas compartieron los elementos estéticos de la tradición mesoamericana, introdujeron algunos típicos del norte, aportando nuevas soluciones arquitectónicas de gran relevancia, sobre todo la columna como elemento sustentante, lisa o decorada con impresionantes atlantes (Fig. 6), que posibilitó galerías porticadas y espacios interiores más amplios, George Kubler (1986) y Beatriz de la Fuente (1988) piensan que su arte entronca con la tradición mesoamericana, tanto por el juego de pelota que recuerda al de Xochicalco, como por el uso de las columnas en su arquitectura que tiene sus antecedentes en el palacio de Quetzalpapelotl en Teotihuacan o en Monte Albán, en la Plataforma Norte.



FIG. 6. Tula, Hidalgo

En cuanto a la idea de que el *Chac Mool* fuera genuinamente tolteca Marie-Areti Hers (1989) asegura haber encontrado antecedentes quinientos años antes en las tierras del norte. Sin embargo, es indudable que la cultura tolteca revalorizó la imagerie militarista, sobre todo en sus imponentes columnas, que puso de ‘moda’ el *Chac Mool* y las cabezas serpentiformes que a veces vomitan seres humanos. Todas estas manifestaciones tuvieron una gran influencia, incluso fuera del Valle, durante el Postclásico.

En suma, la cultura tolteca desarrollada en Tula, fuera la que fuera, representaba para los pueblos del Postclásico un momento dorado por su perfección artística, bonanza económica e ideología política, convirtiéndose, con el paso del tiempo, en un lugar mágico de obligada referencia para los gobernantes que necesitaban refrendar su poder, como los propios mexica, porque así lo establecieron en su nueva historia.

El eterno debate

Al referirse a Tula es inevitable mencionar lo que hemos llamado ‘el eterno debate’, que también parece beneficiarse de los recientes estudios

multidisciplinares. Sin lugar a dudas, en la ciudad maya de Chichén Itzá es donde mejor se refleja la influencia del ‘arte tolteca’, fuera del valle, ¿pero fue el norte el que influyó en el sur o viceversa?

Chihén Itzá estaba dividida en dos sectores y en el denominado sector nuevo es donde se manifestaban claras conexiones con el Centro de México, como la columna sustentante y todas las novedades que de su aplicación se derivaban, la decoración “de guerreros de órdenes militares, serpientes emplumadas, altares de cráneos y animales totémicos devorando corazones humanos. Así como su famoso *Chac Mool* (Fig. 7).



FIG. 7. Tula, Hidalgo

La denominación de *chac moole* es maya y la utilizó por primera vez Auguste Le Plongeon. Son representaciones antropomorfas en posición reclinada, con un receptáculo en su abdomen. La interpretación de esta escultura no ha sido unánime, aunque la más tradicional es que son mensajeros de los dioses de la lluvia. En el receptáculo del abdomen se depositaba pulque como ofrenda para los *tlaloque*, en tanto que dioses de la lluvia, de la montaña, y del pulque. El cronista Juan B. Pomar nos regala una excelente descripción

Estaba en lo más alto de la cumbre: era de piedra blanca y liviana, semejante a la que llaman pómez, aunque algo más dura y más pesada, labrado a la figura y talle de un cuerpo humano, sin diferencia ninguna. Estaba sentado sobre una loza cuadrada, y en la cabeza, de la misma piedra, un vaso como lebrillo, bien proporcionado y capaz de

caber en él como seis cuartillos de agua. Tenía dentro, de aquel licor llamado ollí, de que ya se trató: estaba derretido como pez cuando la cuecen, salvo que aunque frío y helado no se torna a endurecer y en él había de todas semillas de las que usan y se mantienen los naturales, como era maíz blanco, negro, colorado y amarillo, y frijoles de muchos géneros y colores, chia, huautli y michhuautli, y ají de todas las suertes que podían haber los que lo tenían a cargo, renovándole cada año a cierto tiempo. Estaba el ídolo el rostro al oriente. Hacíanle sacrificios de niños inocentes, cada año una vez, como en su lugar se dirá. (Pomar 1991: 38)

Sin desdeñar las interpretaciones tradicionales de ser un altar para ofrendas de pulque, corazones u otras, parece que también podía usarse como piedra de sacrificios^[501], estableciéndose un nuevo dualismo entre el *Chac Mool* y el *techcat*. Este tipo de representación tuvo una enorme fortuna por toda Mesoamérica y su influjo llega hasta nuestros días a través del escultor Henry Moore (Fig. 8).



FIG. 8. Henry Moore, 1979

Ante las dudas de en qué dirección, cuándo y por qué fue la influencia Tula-Chichén o viceversa, existen diferentes posiciones.

Los partidarios de que los toltecas llegaron a Chichén a través de tres, oleadas del centro del México: toltecas, itzáes de la zona del Golfo y mercenarios mexica ubicados en la zona de Tabasco, y que además de los elementos estéticos habían traído consigo el sacrificio humano.^[502]

Hay autores que defienden también que la influencia vino en sentido centro de México a la península del Yucatán, pero a través de escalas y no directamente a Chichén^[503], y los que apoyan la influencia en dirección contraria^[504], esta vez son los individuos que parten del Yucatán los que se

instalan en la ciudad de Tula Hidalgo finalmente, está la postura conciliadora de Eric Thompson (1970) que atribuye a la colaboración entre los itzáes y los toltecas la creación de Chichén Itzá. Investigaciones más recientes como la de Jones (1995) implican procesos más elaborados y apuestan por la adopción consciente de los mayas de modelos políticos más desarrollados, que conocen gracias a la intensa actividad comercial del siglo IX. Chichén Itzá pretendía una relación político-económica con el centro de México, quizás apoyándose en su producción de sal. Alfredo López Austin y Leonardo López Luján (1999) mantienen que la influencia fue en la dirección centro de México-Yucatán, apoyados en los estudios de Marie-Areti Hers (1989) quien encuentra antecedentes de los elementos arquitectónicos que definen Tula, 500 años antes de su fundación en el norte.

Marie-Areti Hers (1989) no sólo ha descubierto un énfasis militarista en las sociedades clásicas de Jalisco, Zacatecas y Durango, sino también los que parecen ser ejemplos más antiguos de las salas hipóstilas, el *tzompantli* y quizás, el *chacmool*. En contra de lo propuesto por Kubler, esta autora sostiene que grupos humanos de la Cultura Chalchihuites dieron origen, junto a los nonoalcas, a la tradición tolteca. (López Austin y López Luján 1999: 31-32)

Y que la imitación estética manifiesta la intención de “estrategias políticas e ideológicas propias de un nuevo sistema de organización. Hay otra concepción del poder”.

Pero no todos comparten este argumento, basándose en que en el período Clásico en Teotihuacan imperaba el militarismo y los sacrificios humanos y que los *chac moles* tienen un desarrollo estilístico en tierras mayas, evolucionando desde la representación de los cautivos que no aparece en la cultura Chalchihuites y los *tzompantli* también tienen antecedentes mayas en Cuicatlan datado en el siglo II d. C., en Copán en la pirámide 10L-16, datada a mediados del siglo VIII. Por tanto, parece más probable que las influencias ‘toltecas’ fueran mayas que llegaron al centro de México vía Cacaxtla y Xochicalco en el siglo VIII^[505].

El enfoque de esta polémica, amplía y sobrepasa los ámbitos geográficos de ambas ciudades, contemplando un cambio que abarcaría todas las zonas que marcan los límites de Tula y Chichén Itzá. Son áreas en las que hay una incesante corriente de migraciones e intercambio comercial que se plasma en un envoltorio que contiene un corpus artístico común, que transmite el

mensaje político de la élite hacia las distintas comunidades en las que quedaba legitimado su poder.

Antes de comentar el programa edilicio de Tenochtitlan, interesa mencionar cómo entendieron el arte los tarascos para manifestar su poder. Fue un importante pueblo que se instaló alrededor de 1250, cerca del lago Patzcuaro, y que, a pesar de tener como vecinos en el norte a los chichimecas y en el sureste a los aztecas, lograron mantenerse independientes hasta la llegada de los españoles.

Aunque permanecieron fuera del influjo mexica, absorbieron aspectos estéticos que pueden agruparse dentro de la tradición mesoamericana, como la adopción del *Chac Mool* (Fig. 9) y el *tzompantli*, e incluso la concepción de las *yácatas* en las que Beatriz de la Fuente (1988: 9) cree encontrar el antecedente en el edificio denominado “El Corral” de Tula, en contra de la opinión manifestada por Paul Westheim (1988), de que los tarascos se desarrollaron de forma independiente, incluso estéticamente, por lo que no participaron del sustrato común mesoamericano.



FIG. 9. Museo de Antropología, Mexico, D.F.

Sin embargo, como grupo que logró crear un sistema sociopolítico complejo necesitó de una estética de poder que unificara a la élite y a la vez la diferenciara del resto. La *yácata*, aunque fuera un préstamo, se erigió como una interpretación genuinamente tarasca.

Constaba de unos basamentos enormes, contruidos con mampostería y barro. Estas plataformas tenían forma de T, con sus extremos redondeados; y sobre ellas se colocaban estructuras que tenían funciones funerarias y políticas.

La parte redonda de la pirámide, agregada al santuario y comunicada con él por un corredor estrecho, era, como se infiere de la Relación de Mechuacán, la sepultura de un muerto prominente. En el centro estaban enterrados sus despojos y acumuladas las ofrendas. Y en torno, dispuestas radialmente, se encontraban las tumbas de las personas que habían formado su séquito. (Westheim 1988: 416-18)

En Tzintzuntzan, al este del lago Patzcuaro, se halló una plataforma de 440 m de largo sobre la que se levantaban cinco *yácatas*, (Fig. 10) que albergaban 41 enterramientos con ricas ofrendas, que demostraban su relación con las culturas del norte, y su destreza en la labra de metales^[506].

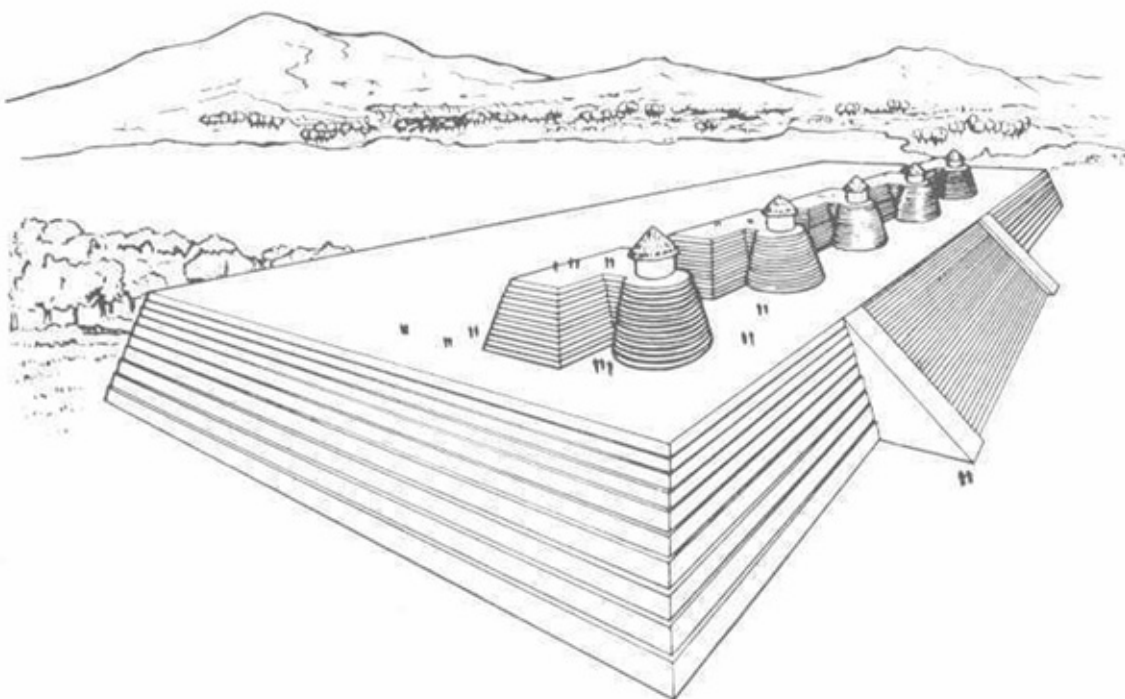


FIG. 10. Tzintzuntzan, Patzcuaro

En el Postclásico podemos hablar artísticamente de un estilo amplio Panmexicano con sus regionalismos y otro denominado Internacional o Mixteca-Puebla, en el que mixtecos y yucatecos parecen compartir un corpus común de gran difusión. Inmerso en este contexto, el estilo propagandístico del imperio azteca no alcanzó su esplendor hasta después de 1450, fecha ofrecida por la datación de la piedra de Coyolxauhqui, cuya antigüedad se

remonta a 1465/1475^[507]. Tras su análisis podemos sugerir que arquitectura-escultura formaban un binomio perfecto dentro del estilo imperial, pues, apoyándose una en la otra, ensalzaban hechos importantes recientes y pasados, haciendo uso de ese concepto recurrente del tiempo, tan mesoamericano, y que permitía a la política manipular sus mensajes de forma legítima.

Detenido en su memoria tal como si una melancolía por lo que se dejó atrás no consintiera seguir adelante sin acarrear también las pertenencias. O mejor: los *signos* de esas pertenencias, expurgadas ya de su contenido histórico profundo. Amadas como recuerdos, pero expoliadas de significado. El amor por el pasado ha existido en todas las épocas y es una condición indisociable de la idea del progreso.[...] Es decir, poseyendo esos objetos de entonces —haciéndolos parte de nosotros— obtendríamos no ya la supuesta restitución del pasado, sino, ante todo, la ilusión de que el tiempo no pasa —es reversible— y, en consecuencia, no pasamos. Y no pasa nada. (Verdú 2000: 2-3)

En cuanto a los temas que representan podemos decir que aunque el vehículo en su mayor parte era de carácter mítico-religioso, retomando esa idea de hacer presente el pretérito, el contenido que se transmitía era político, pues se encargaban de reivindicar el derecho de los tenochca a gobernar, como herederos de la tradición tolteca y como elegidos de los dioses para mantener el orden y la armonía en el cosmos. Inmortalizaban pasajes míticos, campañas victoriosas, sucesos importantes en la vida de los gobernantes, realizaban ceremoniales para honrar a los dioses, dentro de un marco adecuado, que ayudara a crear una atmósfera sublime, capaz de impulsar en el espectador su participación en una misión megalómana, como salvador de un mundo en constante peligro, asumiendo el papel de víctima para redimirlo. En este sentido, el arte ponía el continente y los políticos el contenido.

Espacio y tiempo

El Templo Mayor como espacio ritual, constituía un enorme teatro al confluir en él política e ideología, en el que las representaciones más emblemáticas estaban encaminadas, cuando menos, a intimidar a los líderes de las comunidades dominadas y a las que todavía no lo estaban.

Los señores y principales que fueron llamados para esta fiesta y sacrificio, estaban espantados y fuera de sí de ver matar y sacrificar tantos hombres, y tan atemorizados, que casi no osaban decir (nada).

Los cuales estaban en un mirador muy curiosamente aderezado de rosas y ramos, con los cuales estaban hechas muchas labores y acenefas de rosas de diferentes colores. Tenían por defensa del sol amoscadores de ricas y grandes plumas. Estaban sentados en asentaderos altos, aforrados en cueros de tigres, muy lucidos y bien curtidos, por la parte de dentro.[...] Ellos le dieron las gracias y se volvieron a sus tierras, admirados y espantados de lo que habían visto y de la grandeza y magestad de la ciudad de México. (Durán 1967: 279)

De esta manera, vamos desgranando los aspectos sociales y políticos para los que el arte era utilizado. Sabemos, por los relatos de los cronistas, que al final de las campañas victoriosas los gobernantes celebraban ceremonias en las que agradecían a las deidades su apoyo; así mismo, en cada reinado ampliaron el Templo Mayor y las nuevas piedras sacrificiales fueron inauguradas con la sangre de guerreros cautivos.

Se ha repetido con frecuencia que los mexica utilizaron prestigiosos modelos antiguos, en especial aquéllos de reminiscencias toltecas, unas veces copiándolos y otras apropiándose de ellos al saquear directamente las ruinas de Tula, porque expresaban a la perfección los mensajes que querían transmitir. Pero la copia de estructuras arquitectónicas o de otras obras artísticas no fue exclusiva de Tenochtitlan. Ixtlilxochitl, en su *Historia de la Nación Chichimeca*, ha dejado constancia de que Nezahualpilli, Señor de Texcoco, dio orden de que se copiaran los hermosos palacios construidos en Chalco, para regalárselos a su hermano hizo llamar ante sí a un pintor, y con él a un arquitecto y dos oficiales de albañil y carpintería, a los cuales les mandó que fuesen a la provincia de Chalco y viesen la traza de las casas y palacios que eran de Toteotzintecuhtli rey de ella, y que cada uno en su facultad le trajese razón de ellas dentro de un término que les señaló, los cuales habiendo hecho esta diligencia dieron razón al rey, quien mandó que en lo mejor de la ciudad de Tetzco se edificasen otras casas y palacios de la misma manera para su hermano Axoquentzin. (Ixtlilxochitl 1985: 178).

Las estructuras que han aparecido en México-Tenochtitlan, tras las campañas arqueológicas del Templo Mayor y que reconocemos como copias de los edificios de las ciudades que más han aportado a la cultura de Mesoamérica tienen un claro significado ideológico.

Cuando los mexica se establecieron en Tenochtitlan, lo primero que hicieron fue construir un pequeño templo para honrar a Huitzilopochtli. Con este acto lo que se pretendía era establecer ‘su centro’, un espacio sagrado que regiría la ciudad y del que partirían las cuatro calzadas principales de la misma, que la unirían a tierra firme, pues Tenochtitlan se creó en una isla, como analogía del disco que flota en el mar, que era la imagen azteca de la tierra, conformándose así un icono perfecto de su organización cósmica^[508].

El centro sagrado como espacio simbólico quedaba representado físicamente en forma de templo o pirámide; era el punto de intersección entre el cielo, la tierra, y el inframundo. Por ello, energéticamente era el lugar idóneo para construir su recinto ceremonial, donde se congregaban los edificios más emblemáticos de la ciudad, rodeados por una pared de serpientes o *coatepantli*, como en otras ciudades mesoamericanas.

El centro energético estaba representado por el recinto ceremonial, cuyo *axis mundi* lo constituía el Templo Mayor, que, aparte de ser el símbolo de un concepto espacial, era también el centro simbólico del poder económico y político, respondiendo a la definición dada por Clifford Geertz (1980)

Este espacio sagrado intentaron reproducirlo en el urbanismo de la ciudad. Para los mexica el universo estaba compuesto por dos planos, uno horizontal que se dividía en cuatro partes y cada una de ellas, a su vez, se correspondía con uno de los puntos cardinales, con un color, signo, y dios tutelar; y otro vertical. Cada cuadrante estaba organizado a imagen del centro con su propio templo, su dios tutelar, sus estancias administrativas, su mercado etc., reproduciéndose una y otra vez el mismo simbolismo de microcosmos a escala más pequeña^[509], de tal modo que, si las superpusiéramos, nos encontraríamos con una estructura de ‘matrioscas’.

Este modelo fue recogido de la tradición mesoamericana —como los otros elementos políticos y estéticos—; la estructura de la ciudad plasmaba la tolteca, como ésta anteriormente había asumido la teotihuacana.

Esta división en cuadrículas también representaba el concepto jerárquico de la sociedad. Los barrios se agrupaban, en función del parentesco y de la especialización en el trabajo, en torno a ese centro sociopolítico reproducido a menor escala, y con ello la clase dirigente podía ejercer un mayor control sobre la comunidad.

La visión urbanística azteca era una clara herencia de la cosmovisión que habían compartido las anteriores comunidades mesoamericanas, aunque los

cronistas afirman que fue Huitzilopochtli quien ordenó cómo debía concebirse el plano de la ciudad y dónde debía construirse su templo y cómo agruparse las gentes.

Aquella noche siguiente que los mexicanos acabaron de reparar la ermita donde su dios estaba, teniendo ya gran parte de la laguna cegada y hecha ya la plancha y asiento para hacer casas, habló Huitzilopochtli a su sacerdote o ayo y dijo: —‘Di a la congregación mexicana que se dividían los señores, cada uno con sus parientes, amigos y allegados, en cuatro barrios principales, tomando en medio la casa que para mi descanso habéis edificado; y que cada parcialidad edifique en su barrio a su voluntad’. (Durán 1967: 50)

Al mismo tiempo que Tenochtitlan y su ideal de imperio fueron desarrollándose, su programa edilicio fue evolucionando, siguiendo el plan estrictamente determinado, en el que el centro, a pesar de ser un pequeño icono del universo, irradiaba la energía suficiente para producir el fenómeno de la expansión, encontrando una nueva relación dual de reducción-expansión.

El tiempo

Además de asimilar estos aspectos espaciales, también aparecen otros préstamos con claro simbolismo mitológico, que contienen la esencia común mesoamericana, para completar el proyecto de microcosmos, como el templo de Xochicalco, lugar donde legendariamente surgió el calendario^[510].

En Mesoamérica, el control del calendario, supuso para la élite un instrumento importantísimo de poder, ya que a través de él pudo manipular la historia y proyectar el futuro a su servicio. En esto, los mexica tampoco fueron ninguna excepción.

El sistema calendárico fue creado por los olmeca ya en el Formativo, pues aparece esta fecha grabada (año 600 a. C.) en una pieza en San José Mogote. También, en Monte Albán encontramos fechas muy próximas a ésta.

El origen de las inscripciones de los monumentos situados en Mesoamérica sigue siendo debatido, aunque las pertenecientes a Oaxaca se aceptan, en general, como las más antiguas que se conocen. (Hammond 1982: 147)

Existen dos calendarios, uno ritual de 260 días, llamado por los mayas *Tzolkin* y por los aztecas *Tonalpohualli*, se compone de 20 días que se combinan con números de 1 al 13. El segundo calendario consta de 18 meses de 20 días y cinco días sueltos, que dan un total de 365 días. Los mayas le dan el nombre de *Haab* y los aztecas de *Xihupohualli*. De estos 20 días, solamente 4 podían ocupar el primer lugar; son los denominados cargadores del año. Los cargadores aztecas son *Acatl* (caña), *Tecpatl* (pedernal), *Calli* (casa) y *Tochtli* (conejo); los cargadores mayas son *Ik*, *Manik*, *Eb* y *Caban*, aunque no siempre fueron los mismos. La combinación de los dos calendarios, el de 260 días y el de 365, daba lugar al ciclo completo de los 52 años o rueda calendárica, que se alcanzaba cuando coincidía la primera fecha de ambos calendarios. Este hecho tenía gran trascendencia en la vida de la comunidad y se conmemoraba con la celebración del Fuego Nuevo.

El *axis mundi*

Como la actual ciudad de México está cimentada sobre las ruinas de la antigua Tenochtitlan es difícil poder establecer las relaciones espaciales entre las diferentes estructuras arquitectónicas religiosas y civiles, sin embargo el vívido relato y la admiración con que las crónicas la han descrito ayuda a recrearla.

Describen cómo el centro ceremonial estaba compuesto por 78 edificios públicos de piedra, colocados en una plaza rodeada por un *coatepantli*, con cuatro puertas de acceso orientadas según los puntos cardinales de las que partían las calzadas que la unían a tierra firme “*La de Ixtapalapa procedía del sur, y una bifurcación empalmaba con Coyoacan; la de Tacuba venía del oeste; y la de Tepeyac conectaba con el norte. Tenochtitlan era, así, el centro del imperio mexica y, por consiguiente, el centro del mundo*” (Ciudad e Iglesias 1989: 106). Entre los edificios más importantes, aparte del Templo Mayor estaban los dedicados a Quetzalcóatl, Tezcatlipoca o a Ehécatl, además de los templos estaban las estancias sacerdotales, las diferentes escuelas, los palacios y las estructuras administrativas (Fig. 11).



FIG. 11. Templo Mayor de Tenochtitlan

El arte azteca es, fundamentalmente, un arte al servicio del Estado, utilizado por esto con un afán propagandístico e informador, en cierto sentido didáctico, ya que emitía un mensaje que era comprendido por todos los que lo contemplaban, gracias a utilizar muchas de las tradiciones anteriores para envolver el nuevo mensaje, como veremos a la hora de hablar de los préstamos artísticos.

Los artistas mexicanos se expresaron soberbiamente a través de la música, la literatura, la arquitectura y la escultura, utilizando para ello los más variados soportes: piedra, piel, plumas, papel, cerámica, etc. A pesar de que copiaban muchas de las obras anteriores y por eso cuesta definir claramente cuál es el estilo azteca^[511], supieron imprimir a su arte un sello propio rotundo y severo e impregnarlo de la riqueza de un universo simbólico enigmático e inquietante.

Todos estos aspectos van a reflejarse en el arte, pues es un vehículo muy eficaz para informar y manipular a quienes lo contemplan.

Ryszard Kapuscinski (2000: 12) reflexiona sobre aspectos de nuestra sociedad actual que podemos aplicar perfectamente al discurso que traemos al expresar que *“Existe el gobierno visual de los medios, especialmente norteamericano, los grandes poderes de la televisión mundial que manipulan, que forman nuestra conciencia sobre lo que ocurre por el sencillísimo mecanismo de la selección: discutimos sobre lo que vemos en la televisión; si no vemos algo es que el problema no existe”*.

Tenochtitlan empezó su transformación como representante y embajadora de *new age*, encerrando en sí misma toda la esencia de una filosofía tradicional renovada, como antes lo habían hecho Teotihuacan, Tula o Azcapotzalco. Era la estética del nuevo régimen donde surgieron por doquier estructuras arquitectónicas, acompañadas de inquietantes esculturas, con el fin de crear un marco adecuado que no dejaba indiferente a quien lo observara, y que el resto de las ciudades sujetas a su órbita estuvieran ansiosas de emular, pretendiendo, de este modo, obtener parte del poder que irradiaba.

En la mayoría de los casos el Estado costeara las grandes construcciones y, por tanto, en ellas se realizaban actividades encaminadas a engrandecerle. Pero no sólo el Estado utilizó el arte para configurar y transmitir su mensaje, sino que las clases económicamente pudientes también lo hicieron, para mostrar su *status* y perpetuarse en el tiempo. Por eso, podemos afirmar que el arte acompaña y se desarrolla con el proceso político, unas veces para enfatizar su acuerdo con él y, otras, para repudiarlo.

En el centro ceremonial destacan las construcciones piramidales que evolucionan desde las más sencillas de planta cuadrada o rectangular con una única escalinata de acceso, hacia otros modelos más complejos bitemplarios a los que se accedía por una doble escalinata, como el Templo Mayor de Tlatelolco, Tenochtitlan y Tenayuca, y las de planta circular, como el templo del dios Ehécatl.

En este escenario donde se celebraban las ceremonias y los sacrificios para mantener vivo el mensaje del régimen, los mexica también adoptaron el *tzompantli*. Era una estructura sobre una plataforma donde se ensartaban los cráneos de los sacrificados y que como hemos comentado aparece por toda Mesoamérica. Pero, sin duda, la estrella de la arquitectura mexica es el Templo Mayor.

El templo mayor

En las distintas campañas arqueológicas que desde 1978 se han realizando en el Templo Mayor, han aparecido elementos que han definido a las culturas anteriores. Quizás la honda impresión que les causó las ruinas de Teotihuacan, o la legendaria Tula generó en los mexica sentimientos contradictorios de ilegitimidad e inferioridad cultural y, por esta razón, intentaron concentrar todos los elementos que las definían en su centro ceremonial y, uniendo su energía, crear una esencia simbólica genuinamente mexica, que se concreta en la erección de su Templo Mayor.

La concepción de este templo desembocó en una estructura bitemplaria, que no está muy claro si es atribuible o no al genio mexica pues quizás puede rastrearse esta característica en Teotihuacan, aunque las evidencias no son concluyentes^[512]. Sobre esta pirámide se levantaban dos templos gemelos dedicados a Tlaloc —dios de la lluvia— y a Huitzilopochtli —dios tutelar de los mexica—. Las dos deidades representaban la esencia del programa simbólico e ideológico.

Tlaloc como regente del agua, un dios fundamental para los mexica en su actividad agrícola, pues parte importante de la economía de Tenochtitlan se apoyaba en esta actividad. Por ello, no es de extrañar que aspectos del ritual azteca estuvieran encaminados a propiciar la lluvia y la fertilidad, pues hay que tener presente las condiciones climáticas extremas de las regiones montañosas del Centro de México.

Una vez más, las necesidades reales se envuelven dentro del ritual.

Pero la presencia de Tlaloc no sólo se limita a su advocación de la lluvia (Fig. 12) sino que ésta implicaba también una relación con la tierra, como dios que había proporcionado el sustento a los grandes centros pre-aztecas y, como tal, los recién llegados lo adoptaron.



FIG. 12. Códice vaticano

En este contexto de Tlaloc como Señor que proporciona el alimento a los hombres se entiende la dedicación de un templo con la misma categoría que el de Huitzilopochtli, originando una dialéctica perfecta entre ambos dioses.

También es importante señalar el papel de Tlaloc en el Templo Mayor relacionado con el cargo político de *Cihuacoatl*. Cecilia Klein (1980: 175, 198), basándose en el análisis de los elementos iconográficos de una insignia sacerdotal, considera al *Cihuacoatl* como la diosa tierra *Ilamatecutli* y esposa de Tlaloc de quienes nacería Huitzilopochtli, cuyo significado sería que de la unión de la tierra y del inframundo surge el sol.

A las funciones concretas que desempeñaba el *Cihuacoatl* como alto sacerdote del templo de Tlaloc se agregaban los rituales para propiciar la lluvia y la fertilidad que describen los códices *Ma-231 gliabechiano* y *Borbónico*. Para obtener su beneplácito se le dedicaron sofisticadas ceremonias que incluían sacrificios humanos y además “los *tlatoanis* de la Triple Alianza y los gobernantes vasallos; en una rutilante ceremonia en la que estos señores participaban, el poder de producir la lluvia, la capacidad de fertilizar los campos, se entremezclaba con las actividades de gobierno y

se transformaba entonces en una de las funciones principales de aquellos que regían los destinos de las ciudades indígenas". (Solís 1995: 95).

En este contexto es interesante la observación de Carmen Aguilera (1978: 144-156) al relacionar el aspecto femenino del *Cihuacoatl* con el cielo nocturno y las estrellas, concretamente con la vía láctea, estableciendo una conexión entre los cultos de Huitzilopochtli, *Cihuacoatl*, y Tlaloc^[513].

Estas asociaciones no se aceptan unánimemente, pero no es infundado pensar que, si en el ámbito político existía la dualidad *Tlatoani-Cihuacoatl*, cada uno ocupándose de aspectos distintos, el mismo dualismo se puede establecer, sin que sea discordante, entre los dos dioses, Huitzilopochtli señor de la guerra y la dominación y, Tlaloc señor del sustento, que se preocupaba de los aspectos domésticos.

Por lo tanto, cada cargo político podría haber estado regido por cada uno de los dioses, incorporando, una vez más, el aspecto sagrado dentro del profano.

Para los mexica Tlaloc era un dios tolteca relacionado con la sucesión dinástica, aunque en la actualidad sabemos que muchos elementos que se califican de 'toltecas' tienen sus raíces en elementos culturales, que ya estaban definidos en la sociedad teotihuacana. Algunos autores también han sugerido que Tlaloc podía simbolizar un aspecto opuesto a lo que representaban los recién llegados, es decir la cultura civilizada del centro de México frente a los bárbaros que en ese momento llegaban al Valle. Esta asociación, a su vez, nos lleva a otro aspecto dual que sería Tlaloc-la tierra-la noche-la estación lluviosa, frente a los nómadas-cielo-sol-estación seca. Si los mexica fueron conscientes de este tipo de asociaciones, no puede asignárseles su invención, pues como señal y a Michel Graulich (1983: 92), aparecen en los murales de Cacaxtla que se fechan en el siglo VIII.

Las ofrendas encontradas en el Templo Mayor y que tradicionalmente se relacionan con Huitzilopochtli —huesos de pájaros, pequeños cascabeles dorados, cráneos decapitados o trabajados como máscaras, cuchillos de pedernal decorados o no para sacrificios—, han sido contextualizadas como ofrendas dedicadas a Tlaloc. Un dios al que se le sacrificaban niños, como lo testimonian las fuentes escritas^[514] y las excavaciones arqueológicas en el ofertorio 48, en el lado noroeste del templo de Tlaloc, en el Templo Mayor, donde se han desenterrado más de treinta cráneos infantiles y en las de Cacaxtla, donde se descubrió un enterramiento con 80 niños decapitados

durante la estación seca, para que las lluvias y las cosechas fueran favorables, datados en el Clásico Final. Los niños representaban a los *Tlaloques*, sirvientes enanos de Tlaloc, que vivían en las montañas y mandaban las lluvias y las tormentas.

El otro ídolo Tlaloc, que era el sacrificio de que le hacían muy diferente de estotros, porque llegado el día de su fiesta, que comúnmente era por el mes de mayo, según que se coligió de su cuenta, recogían diez o quince niños inocentes, de hasta siete u ocho años de edad, esclavos, que los daban señores y personas ricas por ofrenda para este efecto, y los llevaban al monte donde el ídolo de piedra estaba, y allí con un pedernal agudo los degollaba un sacerdote, o carnicero por mejor decir, que estaba elegido para el servicio de este demonio. (Pomar 1991: 42)

Buscando más significados que aclaren la importancia de Tlaloc en el panteón mexica, podemos rastrearlo en términos lingüísticos nahuatl tan importantes como *altepetl*, que se utilizaba para designar pueblo o comunidad, pero que significa montaña llena de agua, como gráficamente describe su glifo. El agua es la vida de la comunidad y a este respecto Bernardino de Sahagún relata que los mexica

A los ríos grandes llaman *atóyatl*; quiere dezir ‘agua que va corriendo un gran prisa’, como si dixese agua apresolada en correr. Los antiguos de esta tierra dezían que los ríos todos salían de un lugar que [se] llama Tlalocan, que es como paraíso terrenal, el cual lugar es de un dios que se llama *Chalchiuitlicue*. Y también dezían que los montes están fundados sobre el cual, que están llenos de agua y por fuera son de tierra, como si fueran vasos grandes de agua o como casas llenas de agua, y que cuando fuere menester se romperán los montes y saldrá el agua que dentro está y anegará la tierra. Y de aquí acostumbraron a llamar a los pueblos donde vive la gente *altépetl*, que quiere dezir ‘monte de agua’ o ‘monte lleno de agua. (Sahagún 1990: 928).

La tradición de construir el templo principal sobre una cueva sagrada de la que brota un manantial también parece tener antecedentes que se remontan al período Clásico Teotihuacano, vinculándose a la importancia de Tlaloc^[515].

La dedicación del otro templo a Huitzilopochtli parece que no se presta a polémica, ya que es de sobra conocido como dios tutelar de los mexica. Representaba al sol y a la guerra, y legitimaba la dominación de éstos como pueblo elegido sobre los otros grupos. *A domination that required tribute from conquered areas, Tenochtitlan used this tribute to provide itself with a whole series of products necessary to its economy: loads of corn, beans, cacao, cloth, feathers, objects and raw materials such as skins, stones, and lime. In other words, the presence of these two gods, and not others, is a reflection of*

the economic and political base of Tenochtitlan. (Matos Moctezuma 1987: 26)

En la actualidad, la interpretación del dios Huitzilopochtli como dios solar, nacido victorioso tras la batalla librada en Coatepec, ha sido ampliada, incorporando nuevos aspectos simbólicos e históricos. Aunque no cabe duda de que estas interpretaciones son válidas y han sido punto de partida para investigaciones posteriores, el templo representa a Coatepec y todo lo que tiene el mito de significado político.

La interpretación, ya clásica de Eduard Seler (1960), según la cual el sol venció en Coatepec a la luna, encarnado el sol en el dios Huitzilopochtli y la luna en su hermana la traidora Coyolxauhqui, a la que desmembró y tiró Coatepec abajo, han dado pie a otras interpretaciones como la de Yolotl González Torres (1975) que opina que del hecho histórico de la rivalidad de dos grupos mexica, surge el mito de Coatepec; sin embargo, Michel Graulich interpreta el mito como la victoria de Quetzalcoatl sobre el Mixcoatépec — otra versión de la sol— y de la lucha de Mixcoatl y de sus hermanos de la creación contra los cuatrocientos mimixcoa cuando la aparición del astro (Graulich 1990: 243).

Además, Michel Graulich observa que las cabezas de serpiente que decoran el muro que rodea al Templo Mayor son diferentes, según estén en el lado de Huitzilopochtli o en el de Tlaloc. La que corresponde al lado sur, que es la de Huitzilopochtli, es una serpiente emplumada con sus atributos de poder, la del lado norte, Tlaloc, tiene unos anillos que Michel Graulich relaciona con la iconografía que define a Tlaloc en sus máscaras. Estas cabezas de serpiente redundan en el dualismo del Templo Mayor y tienen sus antecedentes en enclaves del Clásico como Teotihuacan, Xochicalco y Cacaxtla.

Cada vez se completa más la dialéctica que el templo gemelo ofrece al elegir como dioses principales a Tlaloc y Huitzilopochtli, éste como representante de un complejo cultural solar diurno, y el primero como símbolo del agua en general y del sol nocturno. Estas asociaciones representaban aspectos vitales para la economía y la política mexica, quedando perfectamente subsumidos en el ceremonial.

Los mexica en su cosmovisión dividen el mundo en dos planos: el horizontal, ya comentado, y el vertical, que permite la entrada a *Mictlan*, el

lugar de los muertos, al que se accedía tras cruzar dos colinas. En Templo Mayor, en su concepción bitemplaria, responde a de esta idealización.

From this center emerged the different planes of the universe: the thirteen heavens and the nine underworlds, which were also coordinated with the four cosmic directions. [...] the temple itself constituted this symbolism, with the general platform representing the plane of the earth, the different bodies of the pyramid indicating the levels of ascension, and the two temples at the top constituting the Omeyocan (place of duality), In this way, the Templo Mayor is seen as synthesis of Aztec cosmovision. (Broda 1987: 8).

El Templo Mayor fue creciendo en dimensión y esplendor al mismo ritmo que el imperio, pues como han demostrado los escritos y la arqueología, los *tlatoque* fueron ampliándolo o modificándolo en cada reinado, haciéndole partícipe y representación de sus triunfos, como un organismo vivo e importante dentro de la vida política y social (Fig. 13). Por eso, su estudio es una magnífica fuente de información sobre la evolución de la política mexicana

Nombres	Periodos	Fechas	de tlatoanis	Cronología constructivos
Acamapichtli	1375-1395	Período II	Huitzilihuitl	1396-1417
Chimalpopoca	1417-1427	Período III	4 caña	1431
Motecuhzoma I	1440-1469	Período IV	1 conejo	1454
Axayacatl	1469-1481	Período Ivb	3 casa	1469
Tizoc	1481-1486	Período V	Ahuizotl	1486-1502
Motecuhzoma II	1502-1520	Período VI		
		Período VII		

Fuente: Matos 1987: 39

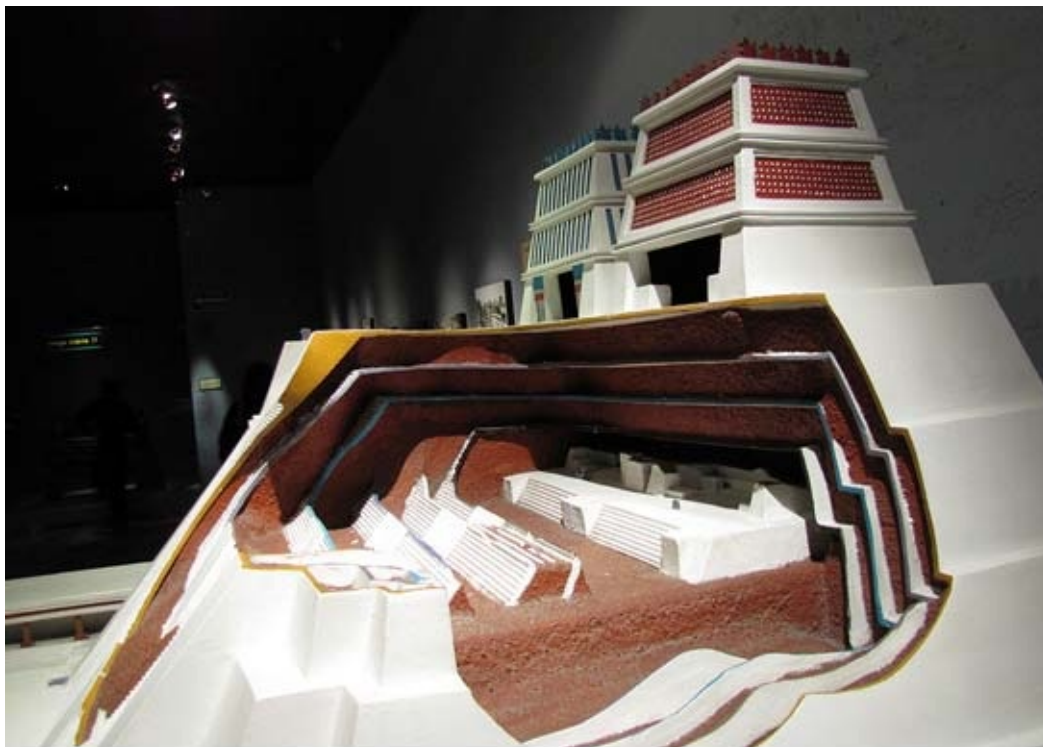


FIG. 13. Templo Mayor, Tenochtitlan

El análisis de las distintas fases que aparecen en la excavación del Templo Mayor permite reconstruir los períodos de gobierno de los *tlatoque* mexica y la expansión del imperio. Entre las distintas deducciones, se puede colegir que, según se va matizando y alambicando la ideología política, el templo va a la par sufriendo la misma evolución, como si se tratara de una relación simbiótica, en la que quedaba meridianamente claro que *The Templo Mayor was a symbol of political power and expressed the ideology of an expanding warrior state. At the same time it conveyed a vision of space; it was the territorial center of Tenochtitlan, capital of the Aztec empire.* (Broda 1987: 68-69).

También el análisis del elevado número de ofrendas depositadas en las distintas capas del gran templo, proporcionan información acerca de la expansión del imperio y de su concepción del mundo visible e invisible, tanto por su abundancia y variedad, como por su procedencia de las distintas áreas tributarias. Entre ellas se encuentran también objetos que pertenecieron a sociedades anteriores a la mexica, como las magníficas máscaras teotihuacanas y olmecas (Fig. 14).



FIG. 14. Templo Mayor, Tenochtitlan

[...] e de ello hubo fama en aquellos tiempos que fundaron aquel gran cu, en el cimiento de él habían ofrecido de todos los vecinos de aquella gran ciudad oro e plata y aljófaro e piedras ricas, e que le habían bañado con mucha sangre de indios que sacrificaron, que habían tomado en las guerras, y de toda

manera de diversidad de semillas que había en toda la tierra, por que les diesen sus ídolos victorias e riquezas y muchos frutos. (Díaz del Castillo 1984: 337)

La presencia de estos objetos antiguos hace suponer que los mexica los valoraban precisamente por su antigüedad, y que ésta era una cualidad que confería más poder al Templo Mayor. Sin embargo, Emily Umberger (1996^a) afirma que para los mexica lo realmente importante era marcar la diferencia entre chichimeca y tolteca —bárbaro/civilizado— más que la antigüedad en sí de la misma.

El estudio detallado de estas ofrendas plantea preguntas nuevas que abren interesantes vías para análisis más amplios sobre los mexica y su relación con los pueblos dominados. Por un lado, están las que ya eran objetos antiguos para los propios mexica, como las máscaras aludidas en el párrafo anterior y, por otro, aquéllas que tras su examen, permiten conocer su procedencia de lugares distantes, con los que el imperio mantuvo contactos, proporcionándonos un mapa de su expansión. Aceptando esta premisa se pueden aplicar los supuestos de “centro” y “periferia” en el estudio del Templo Mayor como espacio sagrado^[516].

Como símbolo político el Templo Mayor representaba el poder mexica y el dominio que ejercía sobre la periferia en su incesante expansión. Como centro de poder y centro cósmico del universo, los pueblos subordinados le rendían pleitesía, depositando en él ofrendas de todas las partes del imperio, integrando la dialéctica centro-periferia, al someter a las nuevas comunidades (periferia) al poder mexica (centro); y cargar energéticamente el centro, al confluir en él todas las fuerzas exteriores. Diego Durán en su relato muestra, una vez más, la concordancia entre las fuentes escritas y las evidencias arqueológicas.

Viendo el rey Motecuhzoma la priesa con que su templo se hacía, mandó a todos los señores de la tierra que, para que su dios fuese más honrado y reverenciado, que se recogiesen por todas las ciudades mucho número de piedras preciosas, de piedras de hijada verdes —que ellos llaman *chalchihuites*—, y viriles, y piedras de sangre, esmeraldas, rubíes y cornerinas. En fin, de todo género de piedras ricas y preciadas joyas, y muchas riquezas y que a cada braza que el edificio creciese, fuesen echadas, entre la mezcla, de aquellas piedras preciosas y ricas joyas. Y así, echando por cabezas aquel tributo, cada ciudad acudía con sus joyas y piedras a echar su lecho en ellas, por su rueda y tanda, de suerte que, a cada braza del edificio,

echaban tanta cantidad de joyas y piedra ricas, que era cosa de admiración, diciendo que, pues Dios daba aquellas riquezas, que no era inconveniente se empleasen en su servicio, pues era suyo. (Durán 1967: 228)

Tanto el ordenamiento urbano como los edificios más emblemáticos habían sido cuidadosamente seleccionados de entre aquellos lugares que por su significación mitológica o política podían adaptarse a los deseos imperiales. El Templo Mayor quedaba definido, por la montaña de Coatepec, la Pirámide del Sol de Teotihuacan y el Montículo C de Tula, aunque sus proporciones y la utilización bitemplaria lo acercaban más a la gran pirámide de Tenayuca, mandada construir por el hijo de Xolotl, Nopaltzin. Esta pirámide tenía una gran significación para los mexica, porque Tenayuca fue el primer lugar donde los acolhuas iniciaron su dinastía, antes de fundar la ciudad de Texcoco. Por lo tanto, era uno de los lugares emblemáticos dentro del Valle de México, que a los mexica les gustaba recrear, porque enfatizaba su significado de pueblo sedentario/civilizado frente al nómada incivilizado^[517].

También comparten la idea de esta oposición cultural Alfredo López Austin y Leonardo López Luján (1999: 65, 68) pero como forma simbólica de lo que ellos denominan el entramado zuyuano, al afirman que algunos pueblos que asumían un pasado chichimeca que no tenían, era parte de una propaganda que les legitimaba para entroncar con un estadio más avanzado, como por ejemplo tarascos y mexica sobre los que afirman que *“este pueblo era plenamente mesoamericano en el momento de su llegada a la Cuenca de México, y que su pretendida extranjería era parte, precisamente, del paradigma mítico común a sus vecinos”*. (López Austin y López Luján 1999: 97)



FIG. 15. Templo Mayor, Tenochtitlan

En la selección de préstamos no podía faltar la esencia de Tula en el centro ceremonial, donde se ha desenterrado la “Casa de las Águilas”, con fabulosas esculturas de Mictlantecuhтли, imágenes de Tlaloc y figuras de tamaño natural de portaestandartes pertenecientes a la orden de los caballeros águila (Fig. 15), así como un friso policromado donde se representa una procesión de guerreros águila similar a otro hallado en Tula, en el que las figuras parecen caminar en una procesión solemne, con el propósito de realizar una ofrenda de autosacrificio o sangradura (Fig. 16).



FIG. 16. Templo Mayor, Tenochtitlan

La sangradura era una ofrenda en la que el penitente ofrecía su propia sangre, pinchándose con espinas vegetales o animales los lóbulos de las orejas, la lengua, los órganos genitales, y otras partes carnosas del cuerpo. Por estas incisiones atravesaba un cordón con nudos y la sangre que goteaba junto al cordón se ponía en un papel —el papel tiene connotaciones sagradas—, para quemarlo y ofrecérselo a los dioses.

En la intimidad que proporcionaban estas salas los nobles guerreros realizaban estas ceremonias bien para ingresar en las órdenes militares o para legitimarse en su cargo político. Los frisos encontrados en el Templo Mayor en la campaña arqueológica de 1900 fueron estudiados por Hermann Beyer, que identificó a guerreros de alto rango, representados por sus correspondientes emblemas, conducidos por su gobernante hacia Tezcatlipoca^[518]. Frisos prácticamente idénticos a estos se han encontrado en las excavaciones de Tula, decorando el lateral de un banco corrido a lo largo de una estancia en el Montículo B, que pudo destinarse también a los sacrificios que debían autoinfligirse los guerreros.^[519]



FIG. 17. Templo Mayor, Tenochtitlan

Frente al templo de Tlaloc se encontró un expresivo *Chac Mool* (Fig. 17) de reminiscencias toltecas que todavía conserva parte de su pintura original y que en su base tiene tallada una imagen de Tlaltecuhli. Esta es una característica curiosa del arte mesoamericano, pues en muchas piezas se ha encontrado la imagen de este dios esculpida en la parte que estaba en contacto con la tierra, con la misma primura que si fuera a ser expuesto a los ojos de todos, quizás como dios de la tierra era una manera de honrarlo al colocar la obra en contacto directo con ella^[520].

La influencia ideológica de Tula sobre la sociedad mexicana y la necesidad que tuvieron los gobernantes de erigirse en sus herederos directos puede ilustrarse con dos mitos que se narran en la *Historia de los Reynos de Culhuacan y México*, el primero de los cuales rememora que fueron los *Tlaloque*, servidores de Tlaloc, quienes proporcionaron el maíz a los hombres. El segundo mito establece que, durante el período tolteca, Tlaloc proporcionaba el maíz a los hombres y que, debido a la soberbia de Huemac, último rey Tolteca, les negó durante cuatro años el sustento, ocasionando en Tula una gran hambruna, que provocó la caída de sus gobernantes.

This myth presents the Mexica—who happened to be present at these events taking place at the springs of Chapultepec—as the legitimate successors of the Toltecs. The transition of political power is symbolized by the acquisition of maize, which the rain gods grant at free will. This mythical account is purely fictitious, and there is no direct line of continuity from the Toltec empire to the Aztec state; nevertheless, it reflects the Mexica pretension to appear as the guardians of Toltec cultural heritage.

The original owners of man's sustenance were the rain and mountain gods, the ancient patrons of agriculture (Broda 1987: 98-99)

Con todas estas influencias en el Templo Mayor se reproduce, a menor escala, todos los simbolismos cósmicos que estaban representados en la ciudad de Tenochtitlan como microcosmos; pero no se erigió solamente con este objetivo, sino que, a través del buen uso de estos arquetipos, la élite mexicana lo utilizó como elemento integrador de las comunidades periféricas dentro de su órbita.

A pesar del intenso estudio al que ha sido sometido en los últimos años el Templo Mayor de Tenochtitlan sigue siendo un gran enigma en el que todavía no es posible encajar adecuadamente las piezas, que permitan identificar, en todo su esplendor, la cultura que fue capaz de elaborar tan complejo programa simbólico y representarlo en un plano real^[521].

Hay, no obstante, suficientes evidencias para reconocer que el Templo Mayor fue un edificio paradigmático, que representó el *axis mundi* del imperio, en el sentido de eje que estructuraba las actividades que otorgaban poder a las élites: celebraciones calendáricas, sacrificios humanos, depósito de tributo y redistribución de los objetos de lujo traídos de los confines del imperio. En el ámbito cósmico el Templo Mayor era el punto de intersección cielo-tierra-inframundo, desde el que se irradiaba la luz del imperio, siendo un lugar de peregrinación para miles de personas de toda clase y condición, por eso y debido al flujo de 'peregrinos' no es de extrañar que entre sus templos hubiera uno en el que se honraba a las deidades extranjeras.

Coateocalli o Coacalco

A raíz de estos hallazgos podemos aceptar que los mexica tomaban prestado de otras culturas aspectos que favorecían y reforzaban su ideología; entre estos elementos se incluyen las imágenes de los dioses tutelares de las ciudades dominadas. Para albergarlas construyeron un templo en el que las colocaron en grupo^[522], no con un sentido de universalidad, como pretendieron los romanos con el Panteón, sino con la clara intencionalidad de enfatizar el sometimiento de los pueblos conquistados.

Era una sala enrejada, como cárcel; en ella tenían encerrados a todos los dioses de los pueblos que habían tomado por guerra; teníanlos allí como captivos. (Sahagún 1990, I, [Lib. 2, apéndice]: 188).

Parecióle al rey Motecuhzoma que faltaba un templo que fuese conmemoración de todos los ídolos que en esta tierra adoraban y, movido con celo de religión, mandó que se edificase [...] Llámánle *coateocalli*, que quiere decir "casa de diversos

dioses”, a causa de toda la diversidad de dioses que había en todos los pueblos y provincias. (Durán 1967: 439)

Según se desprende de las fuentes, Moctezuma Xocoyotzin ordenó su construcción, quizás como parte de su política centralizadora. Para su inauguración el ejército luchó contra los rebeldes de Teutepec y obtuvo un elevado número de guerreros que fueron sacrificados.

A esta inauguración estuvieron invitados, como era costumbre, los señores enemigos del imperio y, una vez más, este lugar se convirtió en un magnífico escenario donde se plasmó, a menor escala, materialmente su mundo intangible, para desarrollar en él mitos cósmicos acompañados de ceremonias sangrientas, que proporcionaban a ese *axis mundi* toda la energía necesaria para lanzarse con ímpetu a cumplir su misión expansionista. A pesar de estos datos, cronistas de la talla de Torquemada y Chimalpahin afirman que anteriormente al reinado de Moctezuma II, al menos en una ocasión, se construyó un templo para una única deidad enemiga, reconociendo que ésta no era una práctica habitual, y que se debió a fuertes motivos políticos.

Al parecer, en 1470 Axayacatl emprendió dos campañas, una contra Toluca y otra contra Matlatzingo. Saqueada la primera el *tlatoani* mexica ordenó traer a Tenochtitlan la imagen del dios Coltzin o Tlamatzincatl junto con los sacerdotes que le custodiaban. Habilitó un templo para él entre el *calmecac* y el *cuauhxicalco* de Tlamatzingo, en él se realizaron sacrificios humanos. 1484, año 5-Pedernal.[...] para entonces fue cuando vino el Señor Chimalteuhctli. Este mismo fue aquel que trajo a uno de su pueblo para ser degollado en el fuego sagrado del templo que tenían aquí [en Tenochtitlan] los calixtlahuacas. (Chimalpahin 1965: 107).

La erección de un templo para una sola deidad extranjera en Tenochtitlan no parece un acto usual y tal vez pudo deberse a algún tipo de distinción que el gobierno imperial quiso tener con el señor local de Toluca y Calixtlahuaca por su colaboración. Las fuentes confirman que el rey de Tenancingo solicitó ayuda a Axayacatl porque estaba siendo atacado por los reyes de Toluca y Matlatzingo, sin duda la competencia entre distintas facciones debió estar detrás del conflicto.

Siguiendo con los datos que las fuentes escritas nos proporcionan sabemos que también durante el reinado de Moctezuma Ihuilcamina se ordenó que prestigiosos artistas extranjeros vinieran a trabajar a Tenochtitlan, para que esculpieran las imágenes de todas las deidades que habían sido derrotadas^[523], y allegada gran copia de piedra gruesa, pesada, de más de un

estado y otros dos estados de alto y gruesos, mandaron venir de Tezcuco y Tacuba, Cuyuacan, Azcapuçalco, Chalco, Suchimilco canteros buenos para labrar bultos que cada dios suxeto a Huitzilopochtli an de estar «en» las cuadras. (Tezozomoc 1997: 180).

La arqueología todavía no ha podido decirnos dónde se hallaba el templo de las deidades conquistadas, ni tampoco ha sacado a la luz ninguna de las esculturas de las que habla Tezozomoc. En cualquier caso, el testimonio de las crónicas pone de manifiesto que este hecho se producía en la sociedad mexicana y que puede interpretarse como un símil del Estado respecto del guerrero victorioso que guardaba el fémur del cautivo sacrificado para exhibirlo como un trofeo, reconocimiento, respeto y poder frente a la sociedad.

Del mismo modo, el Estado también se veía reforzado dentro y fuera de su comunidad cuando, tras la batalla, capturaba al dios tutelar de la comunidad derrotada y quemaba, posteriormente, su templo en señal inequívoca del aplastante poder imperial.

El desarrollo del militarismo necesitó de escenarios concretos donde representar sus rituales y legitimar su situación de preeminencia en la sociedad, así la representación del tema bélico no sólo se limitaba a la plasmación de los guerreros y sus hazañas en relieves y murales, sino que se crearon espacios propios que respondían a esta situación, espacios públicos pero también privados donde las órdenes se congregaban y realizaban sus ceremonias de iniciación, como el templo circular de Malinalco y el de Tepoxtlán impregnados de simbolismo, que a pesar de no estar ubicados geográficamente en el corazón del imperio, son un *bay pass* necesario para el desarrollo del discurso.

***Cuauhcalli* y los guerreros del sol**

La importancia de las órdenes militares es un rasgo ancestral en Mesoamérica que tiene que ver con la presencia del *nahualli* y las cualidades que éste transmitía al guerrero. En su creencia todo niño nacía con el espíritu de su *nahualli* que le protegía y guiaba durante su existencia. Despertar este estado de consciencia requería de ritos e introspecciones en un entorno determinando (Fig. 18).

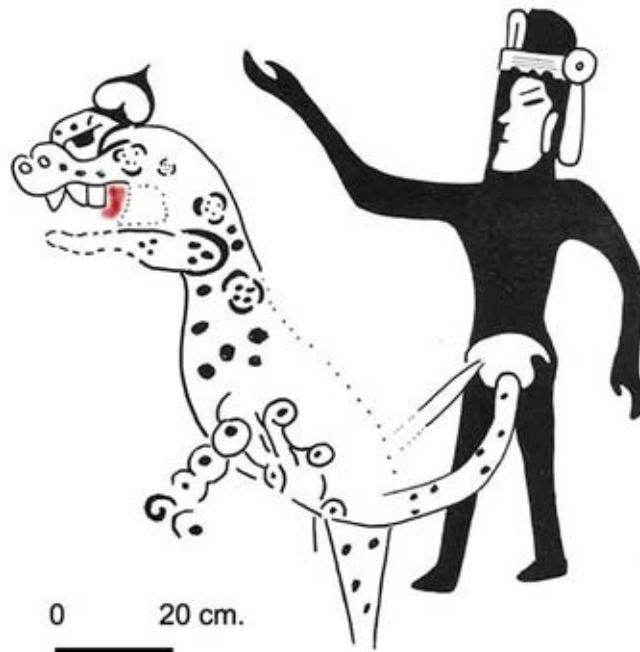


FIG. 18. Oxtotitlan, Estado de Guerrero

Los mexica revalorizan esta herencia mesoamericana y la ponen al servicio de su ideología “místico-guerrera”, en la que las sociedades totémicas de las que forman un selecto grupo los caballeros del sol, con sus *nahuallis* águilas, coyotes o jaguares regidos por el dios Tezcatlipoca, señor de la guerra y de los sacrificios, estarán en la cúspide de la pirámide social.

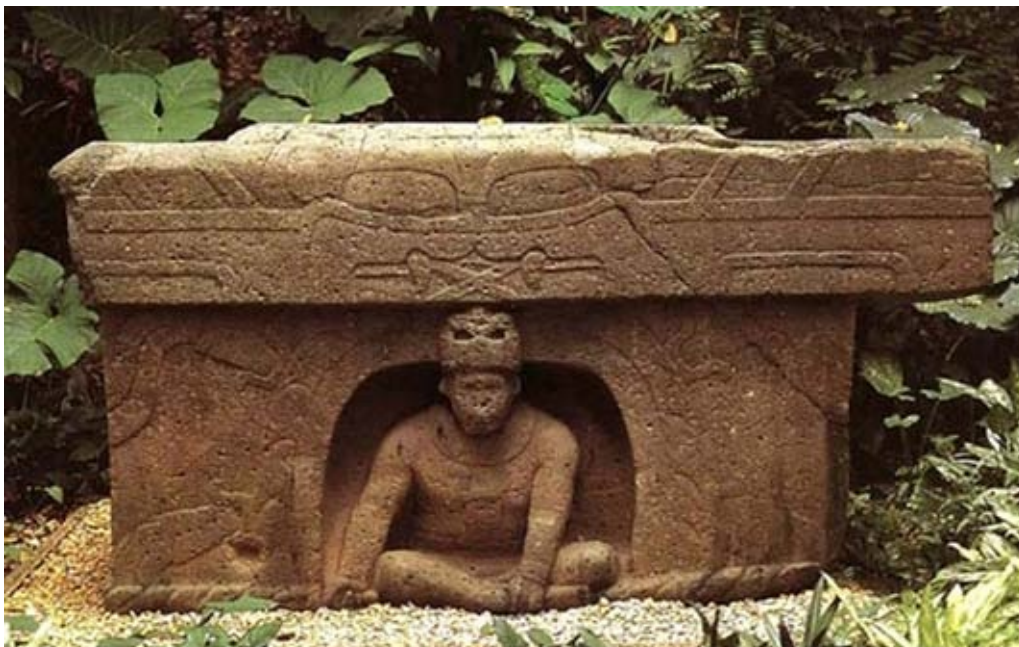


FIG. 19. La Venta, Tabasco

El enorme poder que disfrutaban estas sociedades queda patente en las construcciones que se erigieron exclusivamente para su uso. En ellas se

encuentran elementos artísticos con una simbología que se remonta a tiempos tan pretéritos como los olmecas, quienes dejaron plasmada las características de esta ideología en los bellos altares-tronos 4 y 5 de la Venta (Fig. 19) o las pinturas rupestres de Oxtotitlan en el interior de una cueva en el Estado de Guerrero^[524] donde se representa la misma idea de renacimiento desde el interior del útero terrestre hacia un nuevo *status*, que a pesar de su antigüedad (800-500 a. C.) y de que los especialistas están trabajando en ellas para su conservación, la comunidad cercana de Acatlán todavía la utiliza cada mayo para sus ritos impregnados de religiosidad ancestral (Fig. 20).



FIG. 20. Oxtotitlan, Estado de Guerrero

Buscando esta misma fuerza que emanaba del interior de la tierra, los mexica excavan íntegramente un templo en la ladera de un cerro de piedra en la localidad de Malinalco, para sus caballeros águila y jaguar, conocido como El *Cuauhcalli* o “casa de sol”. La monumentalidad de la obra da idea del poder de estos cuerpos de élite, pues se necesitaba controlar una gran fuerza de trabajo para realizarlo.

Fue construido tras la anexión de Malinalco en el reinado de Axayacatl. Se accede a este imponente edificio tras superar los trece niveles que exige su escalinata; que desemboca en una impresionante entrada enmarcada por la boca abierta de una serpiente, cuyos enormes colmillos flanquean ambos lados de la misma y la lengua bífida descansa sobre el suelo, a modo de alfombra. Al cruzarla el umbral eran engullidos literalmente por la serpiente,

representación de la tierra, y en la intimidad de su vientre sagrado, se realizaban los ritos de iniciación de los nuevos integrantes de la orden totémica. Tras superar las duras pruebas de ayuno y autosacrificio se ingerían los hongos sagrados que permitían alcanzar otro estado de consciencia y entrar en comunión con su *nahualli*, que le transmitía sus cualidades. Tras la superación de estos ritos los neófitos eran paridos o vomitados por la boca de la serpiente, redivivos a una situación de mayor prestigio: los guerreros de élite.

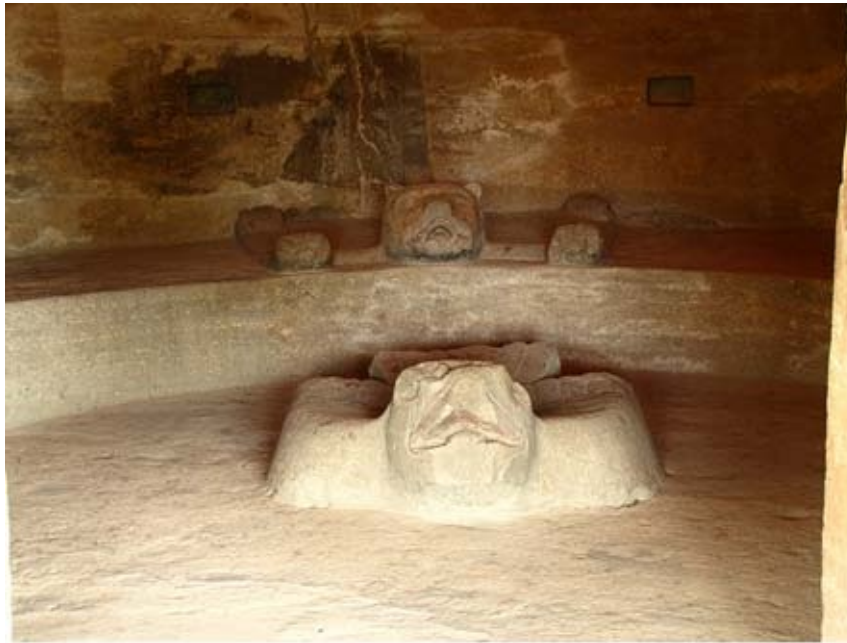


FIG. 21. Malinalco, México

El interior del recinto tiene un diámetro de cuatro metros, y en él aparecen esculpidas en la roca águilas y jaguares, en clara referencia a las órdenes militares. En el centro un águila y sobre un banco corrido dos más a ambos lados y un jaguar (Fig. 21). Su orientación con respecto al sol permite que al mediodía del solsticio de invierno, el 21 de diciembre, la cabeza del águila central se ilumine. Quizás marcando el momento idóneo para que el novicio entrara a formar parte de la orden. Detrás del águila central y delante de la cabeza del jaguar aparece un agujero que tal vez servía para guardar los distintos utensilios que se utilizaban para el autosacrificio, como veremos a continuación.

El sacrificio

La escultura estaba generalmente asociada a los programas arquitectónicos por lo que su escala y carácter es fundamentalmente monumental. A pesar de que los temas son simbólicos y mitológicos, la forma de representación es realista, no sólo en esta escultura de gran tamaño, sino también en otra de menor formato, asociada al círculo elitista como máscaras u objetos que en general se pueden encontrar en los enterramientos, sin olvidar las piezas sencillas que nos describen los aspectos cotidianos de la sociedad, de gran valor para los estudiosos.

Algunas de las obras todavía conservan restos de pintura y de incrustaciones de conchas o de piedras de colores que acentuaban los rasgos expresionistas. Los artistas mexica utilizaban materiales muy difíciles de trabajar como la obsidiana o el cristal de roca y otros más delicados como la madera, la turquesa o la concha, con toscas herramientas de piedra que pone de relevancia, no el hecho mismo del material con el que estuvieran hechas éstas, para remarcar el bajo estadio de desarrollo cultural de los mexica, sino precisamente para elevar el altísimo dominio de la técnica por parte de los artistas.

Naturalmente, las piezas más emblemáticas de la escultura mexicana son las de gran tamaño, porque a su monumentalidad habría que añadirles la ubicación espacial, ya que se concebían para formar parte de un estudiado programa edilicio de dimensiones megalómanas, que las dotaba de una doble fuerza de la que carecen al contemplarlas descontextualizadas. Porque la puesta en escena de estos rituales necesitaban de un espacio concreto y acorde con el mensaje que se quería transmitir y aquí arquitectura, escultura y pintura unidas al juego de la luz, o a la ausencia de ella, cobran un papel relevante. el impacto mágico-religioso puede manifestarse en obras muy distintas y hasta en formas casi opuestas [...], pues el impacto de ciertas obras se debe quizá más al contexto en que se encuentran que a lo que realmente representan, que a veces es muy modesto. (Tàpies 1999: 19)

En estos monolitos se representan dioses y reyes que narran sus hazañas en un nivel mítico, en el que quedaban equiparados ante los ojos de los deslumbrados espectadores. En ellos los escultores desplegaron todos sus

conocimientos para conseguir obras, unas veces de gran dramatismo, otras de gran belleza, pero siempre cautivadoras.

Sin duda, eran las piezas más imbricadas en la ideología imperial al recoger y sintetizar poder, guerra y sacrificio, porque sobre ellas y en presencia de toda la comunidad, se derramaba la sangre de los prisioneros, festejándose el lado oscuro de la conquista^[525].

Piedras sacrificiales

Estas grandes obras del arte mexica están asociadas al Templo Mayor, donde se colocaban sobre plataformas bajas de piedra y, generalmente, tenían tallado en la cara superior la imagen del sol y alrededor del borde se esculpía un friso en el que se immortalizaban las victorias de los *tlatoque*. Como lo que se conmemoraba era el éxito militar, la inauguración de las piedras se hacía con el sacrificio de los cautivos apresados en la batalla. Por lo tanto, es un monumento que está muy vinculado al enaltecimiento del régimen en detrimento de los pueblos sojuzgados.

Aunque a veces se olvida, el arte de las piedras sacrificiales no fue iniciado por los mexica, sino que muchos años antes los pueblos de la Cuenca ya las labraban para hacer sus sacrificios^[526], aunque sí parece que fue Moctezuma I quien inauguró esta tradición entre ellos y, aunque la arqueología todavía no lo ha demostrado, debemos suponer que cada gobernante encargó al menos una para festejar alguna remodelación del Templo Mayor o para conmemorar alguna victoria importante e immortalizar en ella su propia existencia.

Existen dos tipos de piedras sacrificiales, las *cuauhxicalli* —vasijas de águila, usadas como recipiente para depositar el corazón humano— y las denominadas *temalacatl* (piedra redonda para el sacrificio gladiatorio).

Una de las representaciones más utilizada es el tema de *Coyolxauhqui*, la hermana de Huitzilopochtli que, en su interpretación más clásica, representa el triunfo de éste sobre los demás dioses. El mito de Coatepec daba a la élite gran protagonismo, pues le permitía transmitir simultáneamente varios mensajes: el nacimiento de Huitzilopochtli y con él, el inicio de la era mexica; la derrota de su hermana, que será una convención estética de cualquier enemigo; y la derrota de sus hermanos, que simbolizaban todos los dioses vencidos.

Y el dicho *Uitzilopuchtli* no quiso ni les consintió hasta que casi todos les mató, y muy pocos escaparon, y salieron huyendo de sus manos y fueron a un lugar que se dize Uitzatlanpa. Les quitó y tomó muchos despojos y las armas que traían que se llamaban *anecúyotl*. (Sahagún 1990: 214).

Piedra de Coyolxauhqui

La famosa piedra de Coyolxauhqui no pertenece a la categoría de piedra sacrificial pero interesa introducirla aquí para aclarar la evolución que ha tenido el mito que tan útil fue para la propaganda imperial y por el valor *per se* de la monumental obra.

Descubierta el 21 de febrero de 1978, de forma casual, por obreros que trabajaban en el tendido eléctrico del exterior de la Catedral de Ciudad de México. Este hallazgo fue muy celebrado, porque desde que en 1790 se encontró la Piedra del Calendario, ningún hallazgo tuvo tanta repercusión en el relanzamiento del interés por el estudio de la sociedad mexicana, que se concretó en el proyecto arqueológico del Templo Mayor, dirigido por Eduardo Matos Moctezuma.

Esta magnífica escultura fue encontrada a los pies de la escalera que conducía hacia el templo de Huitzilopochtli, y ha sido contextualizada en el período IVb, que corresponde al gobierno de Axayacatl (1469). La ubicación de la piedra a los pies de la imponente escalera del Templo Mayor, trae a la mente inmediatamente el mito de Coatepec, en el que la diosa vencida, Coyolxauhqui, es desmembrada por su furibundo hermano, Huitzilopochtli, y arrojada a los pies de la montaña Coatepec.

Los mexica no tenían ningún problema a la hora de representar hechos contemporáneos a través de mitos o de sucesos que ocurrieron en el pasado; por eso, no extraña encontrar, en estas esculturas y en las piedras donde se sacrificaban enemigos, narraciones de mitos antiguos o de batallas en las que se mostraban sucesos pretéritos para indicar un hecho contemporáneo, porque lo importante era la convención estética. Sin embargo, estos conceptos, que debían ser inmediatos para ellos, implican grandísimas dificultades para los arqueólogos a la hora de interpretar usos e iconología de las piezas. Por eso, el primer paso para poderles dar un significado es conocer su datación y asociarlas, de este modo, a sucesos relevantes contemporáneos.

Según la datación de Eduardo Matos Moctezuma (1981) en el año 3 Casa, 1469 se puede asociar al nombramiento de Axayacatl como *tlatoani* de Tenochtitlan o con la muerte de Moctezuma I, porque junto a la piedra se

descubrieron además dos urnas funerarias. Los restos de las urnas podían pertenecer a Moctezuma, pero lo normal era que los *tlatoque* mexica fueran enterrados en el interior del templo-pirámide, aunque sabemos que excepcionalmente la urna de Ahuitzotl fue enterada fuera la fecha de su muerte (1502) no encaja con la datación de Matos Moctezuma.

Donde, junto con el cuerpo [de Ahuitzotl], ardían toda la noche, hasta que hecho ceniza ellos y todo lo que llevaban encima de gran riqueza, la cogieron en una olla nueva y la enterraron junto a la piedra del sol, que ellos llaman cuauhxicalli, que quiere decir “jícara de águilas”. Y esta piedra es la (que) hoy día está a la puerta de la Iglesia Mayor. Junto a él enterraron el demás tesoro que se quemó, que era todo lo que los grandes le habían ofrecido y todo cuanto el rey Ahuitzotl tenía en su recámara, como era uso entre ellos. (Durán 1967: 395)

Las victorias militares también eran motivo de celebración y, por lo menos, dos coinciden con la fecha de la piedra: las campañas emprendidas contra Chalco en 1465 y contra Tlatelolco en 1473. Los relatos de los cronistas narran que en ésta última Moquihuix perdió la vida en la gran pirámide de Tlatelolco, y este dato es suficiente para hacer pensar a Cecilia Klein (1988) que las urnas encontradas podían estar asociadas con la Piedra que conmemoraría la victoria de los mexica-tenochca sobre la ciudad gemela y que contendrían los restos del malogrado Moquihuix.

y aunque Moquihuitzin se hizo fuerte en el templo mayor, fue vencido y echado de la más alta torre de él, muriendo hecho pedazos. (Ixtilxochitl 1985: 177)

Podría cuestionarse por qué se iban a celebrar las exequias de un *tlatoani* derrotado, pero en una sociedad tan jerarquizada lo que pasaba en el ámbito del Estado pocas veces transcendía y podría responder al deseo del gobierno de no enrarecer más el ambiente, considerando que el ‘exilio’ al exterior del templo era un gesto de humillación suficiente. Aunque, es cierto que no celebrar las exequias de forma honrosa para el gobernante puede ser también una buena medida de escarmiento ejemplar, conocemos el caso de la reina Hatshepsut que fue borrada de todos los monumentos por Tutmosis III, para condenarla sin vida eterna, por haber tenido que esperar 26 años para reinar.

Las mismas fuentes que nos aclaran que hubo la contienda entre tenochca y tlatelolca en 1473, enmarañan la suerte que corrió el gobernante de ésta última. Según Durán Axayacatl sacrificó a Moquihuix en el altar del templo dedicado a Huitzilopochtli y lo tiró escaleras abajo, tal y como exigía la escenificación del mito de *Coyolxauhqui*; sin embargo, Sahagún señala que

fue el mismo Moquihuix quien, acorralado, se quitó la vida, arrojándose por las escaleras del templo.

En cualquier caso, lo que interesa es que el gobernante tlatelolca falleció en la fecha en la que se le puede asociar con la escultura, el enterramiento perteneció a una persona de rango y su ubicación parece indicar también algún tipo de humillación asociada con el mito de *Coyolxauhqui*^[527].

El enfrentamiento de 1473 fue una auténtica guerra civil en la que el grupo mexica manejó el mismo lenguaje iconográfico, cargado con idénticos significados políticos: Tenochtitlan como el sol victorioso y Tlatelolco como la derrotada luna representaban a la perfección el mito de *Coyolxauhqui* en el que los dos hermanos se enfrentaban. Esta interpretación del mito, la más clásica, ha ido ampliándose y proporcionando otro tipo de aspectos relacionados con la política: la lucha de facciones que, siendo legítimas, se disputan el poder^[528].

Un análisis del relieve ofrece la representación de una mujer madura, que ya no está en edad de concebir, pero con los signos de haber dado a luz, los motivos ‘monstruosos’ que tiene *Coyolxauhqui* en las articulaciones están claramente identificados con las imágenes, en extremo expresionistas, que identifican a la diosa Tierra y que definen perfectamente a la élite guerrera azteca, pudiéndose interpretar que Malinalxochitl como madre de Copil, aquél sobre cuyo corazón se fundó México-Tenochtitlan, y Coyolxauhqui son la misma diosa en el panteón mexica y que ambas representan elementos de la diosa de la tierra, Cihuacoatl-Coatlicue

These sacrifices of captives were intended not only to guarantee the movement of the sun but also to maintain the eternal duality between sun and earth, day and night, and dry season (*tlachinolli*) and rainy season (*atl*). Thus it was necessary to conduct wars (*atl tlachinolli*) and to sacrifice captives to nourish the sky and the earth. While the heart sacrifice was appropriate for the sun, decapitation was a fertility rite directed to the earth. (Graulich 1983: 93 en Broda 1987: 104-105)

La decapitación parece guardar relación con la caída de los cautivos rodando escaleras abajo que se identifica con la “*la caída de los frutos de la tierra. Por ejemplo, en el festival de Toci*” (Baquedano 1997: 175)

El estudio iconográfico muestra una mujer con el torso desnudo, vistiendo un cinturón cuyas puntas terminan en cabezas de serpientes, y sobre la espalda aparece una calavera que cuelga del mismo.

En opinión de Emily Umberger (1996a) lo que nosotros vemos como cinturón es un taparrabos, que por la forma de estar anudado puede

clasificarlo como mexica o tlaxcalteca, prenda típicamente masculina, por eso concluye que esta representación de *Coyolxauhqui* viene a redoblar la intencionalidad de la obra, al presentar al enemigo derrotado doblemente humillado, al ridiculizarle comparándole con una mujer, que era una gran vejación para los soldados^[529] (Fig. 22). Además, la composición circular puede tener una doble lectura iconográfica.



FIG. 22. Templo Mayor, Tenochtitlan

Por un lado, la humillación del enemigo en relación con el movimiento mismo al huir; y por otro, con el sol al cruzar el universo.

En el ámbito político el *tlatoani* como portador del disco solar era quien tenía el deber de gobernar, por ser el máximo responsable de su alimento. Asimismo, el sol era la metáfora de poder más utilizada, la muerte del gobernante se comparaba con un eclipse y la subida al trono con el nacimiento del sol. En esta pieza la diosa para una mayor humillación, en lugar de llevar el disco solar sobre su espalda, lleva una calavera, como símbolo de muerte y ocaso^[530].

Piedra sacrificial de Moctezuma I

Dentro de los dos tipos de piedras sacrificiales, la *cuauhxicalli*, era una plataforma plana sin agujero central, también denominadas por el investigador alemán Hermann Beyer (1965) esculturas-altares o esculturas-recipientes; sin embargo, la *temalacatl* tenía un agujero central para atar al cautivo durante el combate gladiatorio.

En este combate el cautivo era amarrado a ella por una pierna y armado con un *macuahuitl* en el que las cuchillas de obsidiana se sustituían por inofensivas plumas, para luchar en desigual combate, con su captor formalmente ataviado con las armas reglamentarias. Así se rememoraba la victoria obtenida en el campo de batalla, haciendo partícipe de ella a la comunidad que, enfervorecida, aclamaba al héroe victorioso, proporcionándole el tan ansiado reconocimiento social (Fig. 23).



FIG. 23. Códice Tovar

Según algunas fuentes el sacrificio gladiatorio fue una puesta en escena ideada por Tlacaelel para sembrar el terror entre los amigos y enemigos del imperio, y se inició con la inauguración de la piedra de sacrificio que encargó Moctezuma I para conmemorar la victoria sobre Azcapotzalco.

Entregados los presos, dijo Tlacaelel a Motecuhzoma: —“Señor, hagamos una piedra que sea semejanza del sol y ponerla hemos en un lugar alto y llamarla hemos Cuauhxicalli —que quiere decir ‘vaso de águila’, porque *xicalli* en la lengua es un lebrillo, o como batea, que se hace de unas calabazas grandes, y *cuauhtli* quiere decir ‘águila’, y así la llamaban *cuauhxicalli*, que quiere decir ‘vaso o lebrillo de águilas’. [...] Maestros, el rey nuestro señor manda que se haga una piedra, grande y redonda, la cual se ha de llamar *temalacatl*, que quiere decir ‘rueda de piedra’. En la haz de la cual han de estar pintadas las guerras que tuvimos con los tepanecas. La cual escultura

quiere que sea perpetua memoria de aquella admirable hazaña. (Durán 1967: 189)



FIG. 24. Museo Nacional de Antropología, México, D.F.

La piedra de Moctezuma (Fig. 24) rememora la derrota de Azcapotzalco y fue tallada por los propios artistas tepanecas, tal vez con la intención de infligirles una doble humillación, pues debemos suponer que en Tenochtitlan había artistas suficientemente cualificados para realizar ese encargo.

Y que esta piedra no la labrasen los guastecas sino los de Azcapuçalco y Cuyuacan, eçelentes albañíes, labradas en ella la guerra de sus pueblos quando por nosotros fueron bençidos y muertos y sujetos a este n^{uest}ro ymperio mexicano. (Tezozomoc 1997: 153)

Fue inaugurada con prisioneros huastecos, en presencia de los gobernantes invitados, de tal forma que a través de la inauguración de esta piedra se conseguía ensalzar el poder político que estaban alcanzado, al conmemorar las victorias militares, y dejar bien claro a los líderes recién conquistados y a los potenciales cual era su intención.

La piedra de Moctezuma I se realizó tras la conquista de Coayxtlahuacan (Mixteca alta de Oaxaca), entre 1455 y 1461, aunque hay otras fechas y glifos topónimos tallados en ella que se pueden relacionar con importantes acontecimientos en el desarrollo del imperio, por eso Michel Graulich (1992) asigna la autoría de la piedra a Axayacatl y no a Moctezuma I.

El hecho de que las fuentes no concuerden a la hora de asignar las victorias a los distintos *tlatoque*, da origen a este tipo de dudas. Sin embargo, no es infrecuente que en otras culturas, los reyes asumieran victorias de sus predecesores para engrandecer su ‘curriculum’^[531]. A fin de cuentas, todos

procedían de una única estirpe, no en el sentido consanguíneo, sino en el sentido diferenciador del resto de los mortales, por lo tanto podría asumirse como una ‘herencia de prestigio’.

Mientras estudios más profundos no aclaren estas cuestiones, los datos que tenemos son: la Piedra se hizo para conmemorar la conquista de Coayxtlahuacan y ésta tuvo lugar entre 1455 y 1461. La primera fecha corresponde a la conquista de Cuetlaxtlan, tras el saqueo de la Huasteca. Isabel Kelly y Ángel Palerm (1952) apuntan que hubo dos campañas contra Cuetlaxtlan, una anterior y otra posterior a la toma de Coayxtlahuacan, que fechan entre 1455 y 1461, dependiendo de la fuente utilizada.

Además en la piedra aparece el glifo de la conflictiva ciudad de Chalco, con la que los mexica mantuvieron varias pugnas, hasta dominarla en 1465; pero no es posible afirmar si se refiere a esta última campaña o a alguna otra. También parece se puede identificar el glifo de Yoaltepec, perteneciente a la Mixteca.



FIG. 25. Museo Nacional de Antropología, México, D.F.

Tanto en esta piedra como en la de Tizoc, los guerreros mexica no visten los trajes de su época, sino que directamente toman los modelos de los guerreros toltecas que aparecen representados en Tula. De esta manera, los mexica, se arrogan el derecho a gobernar como herederos directos del legado tolteca^[532]. Por su parte, los perdedores llevan trajes chichimecas que indican claramente su carencia de derechos para gobernar (Fig. 25). Esta forma de utilizar el tiempo, simultaneando dos hechos anacrónicos son rasgos que se repiten dentro del mundo estético mexica. Así por ejemplo la representación del “[...] *atlatl era el arma característica de los pueblos civilizados de Mesoamérica, mientras que el arco solía ser usado por los chichimeca,*

bárbaros que vivían en las regiones semi-desérticas del norte”. (Vázquez nota 21 en Pomar 1991: 33)

No podemos abandonar el reinado de Moctezuma I sin mencionar otras dos piedras, poco conocidas que, al parecer, guardan relación con la conmemoración de la famosa piedra que lleva su nombre.

Son la piedra de Orizaba y la de Amecameca.

Aprovechando el espanto que habían causado unas celebraciones en Tenochtitlan donde habían sido invitados muchos gobernantes, Moctezuma I envió a Cempoala y Cotaxtla a pedir productos del mar. El señor de Cotaxtla, a instancia de los tlaxcalteca, mató a los embajadores mexica en Orizaba y el ejército de la Triple Alianza vengó la muerte de sus embajadores e hizo cautivos que se sacrificaron en la capital imperial y el gobernante de Cotaxtla fue sustituido^[533]. La piedra de Orizaba, también conocida como Piedra del Gigante o Peña de Ocazacatl, recoge estos hechos.

En su enorme superficie, 6 m por 8, se representa un hombre de 5 m con los brazos hacia arriba, desnudo y con los intestinos fuera, recordando a la representación de los danzantes de Monte Albán. En la pierna derecha aparece una especie de cuerda y a ambos lados de la figura dos fechas 10 *tochtli* y 2 *cipactli* (Fig. 26).

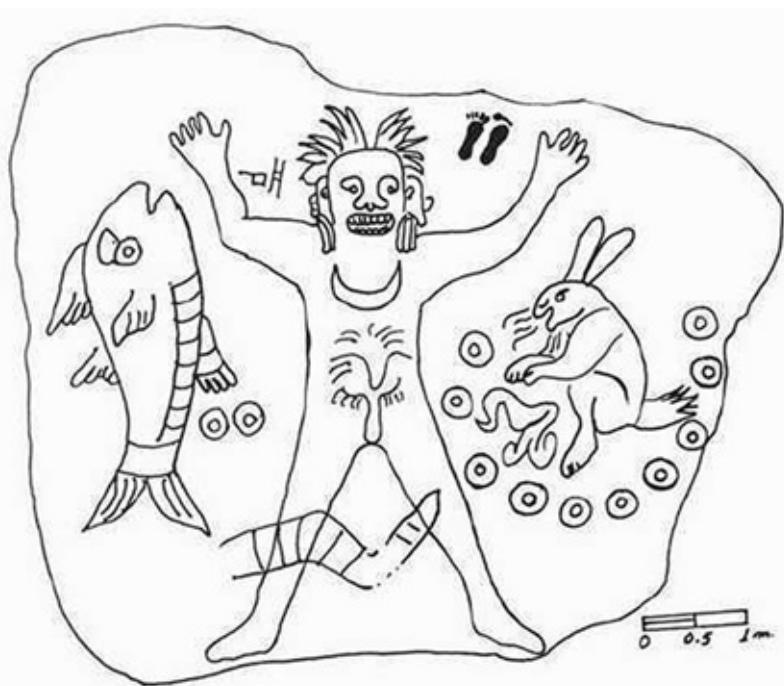


FIG. 26. Orizaba, Veracruz

La clave para la comprensión de la piedra está en la interpretación de las fechas. 10 *Tochtli* puede coincidir con tres momentos distintos: 1502 que

corresponde con la muerte de Ahuitzotl y la entronización de Moctezuma II y, como sabemos, ambas celebraciones requerían sacrificios; 1450 que coincide con varias insurrecciones en la región del Golfo, entre el 56 y el 57 los chalca y los cuextlaltecas se levantan y son sometidos. La campaña decisiva se libró en Orizaba, capitaneada por Moquihuitli, Axayacatl, Tizoc y Chimalpopoca, futuro señor de Tenayuca; y, finalmente, 1398 en la que Tlacateotl de Tlatelolco conquistó Cuauhtinchan por orden de Cuacuauhtzin^[534]

Por su parte la piedra de Amecameca describe una figura humana de perfil con *maxtlatl*, sobre lo que parece ser un brasero o tambor. En sus manos sostiene un objeto alargado y también el glifo que representa la fecha 10 *tochtli* (Fig. 27).

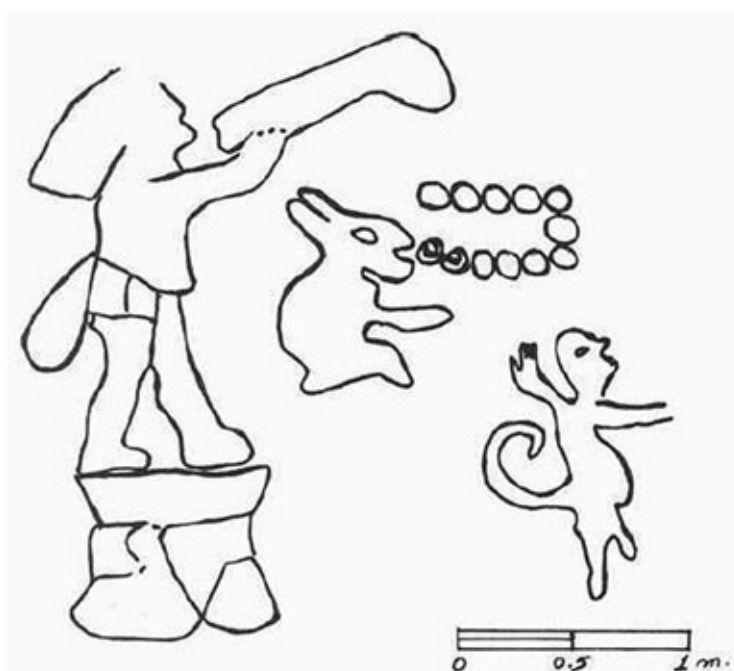


FIG. 27. México

Se puede concluir que en el reinado Moctezuma I se hicieron al menos tres piedras que conmemoran distintas victorias, cada una de las cuales marcó la historia política de México-Tenochtitlan: la que representa la victoria contra Azcapotzalco; la de Orizaba, que conmemora la derrota de Cuetlaxtla; y la de Amecameca, que marca la derrota de los chalca.

Piedra de Tizoc

Fue hallada en 1791, un año después de haber encontrado la piedra del sol, y al contrario que las esculturas anteriores, se la puede fechar y atribuir a un *tlatoani* concreto por los glifos que así la identifican. Fue mandada

construir por el soberano tenochca Tizoc, para conmemorar la inauguración del Templo Mayor.

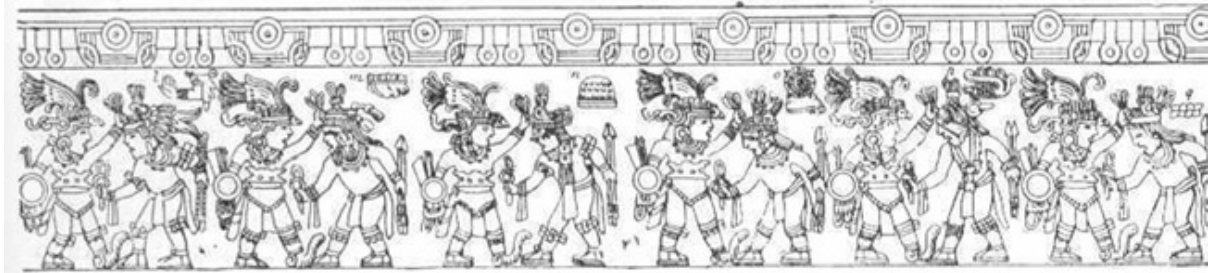


FIG. 29. Detalle piedra de Tizoc

La piedra tiene un diámetro de 2,65 m, en su cara superior está esculpido un disco solar con sus rayos; en el canto de la piedra se representa la acción de la batalla, en la que Tizoc aparece como dios de la guerra, Tezcatlipoca, sujetando del pelo a los derrotados. Esta es una clara convención estética que veremos repetida por toda Mesoamérica. Están representadas quince provincias derrotadas que se identifican por el glifo topónimo. La procesión de personajes está enmarcada en su parte superior por la banda celeste con estrellas y la representación solar y en su parte inferior por las fauces del monstruo terrestre (Fig. 28).



FIG. 28. Museo Nacional de Antropología, México, D.F.

El *tlatoani*, insigne guerrero victorioso cambiará las estelas y los dinteles mayas como registro por enormes piedras circulares cuya ancha periferia le permitirá representar en una sola escena, varias batallas ganadas. Ejemplo de ello son las aras del sacrificio o *cuauhxicallis* conocidos como la “piedra del Arzobispado” y la “piedra de Tizoc” donde se colocaba al cautivo boca arriba y, de un tajo, se le abría el pecho para extraerle el corazón. En ambos casos el

gobernante se identifica con Tezcatlipoca al sustituir su pie por humo. El *tlatoani* es el dios de la guerra ante todo aquel que lo mire. Pero él también lo cree, su función es representar y revivir el mito de la pugna cósmica. (Trejo 2000: 265)

Las figuras de los guerreros representados en el borde de la piedra se adaptan al marco, de tal forma que la ejecución del artista demuestra un dominio impecable de la técnica escultórica (Fig. 29).

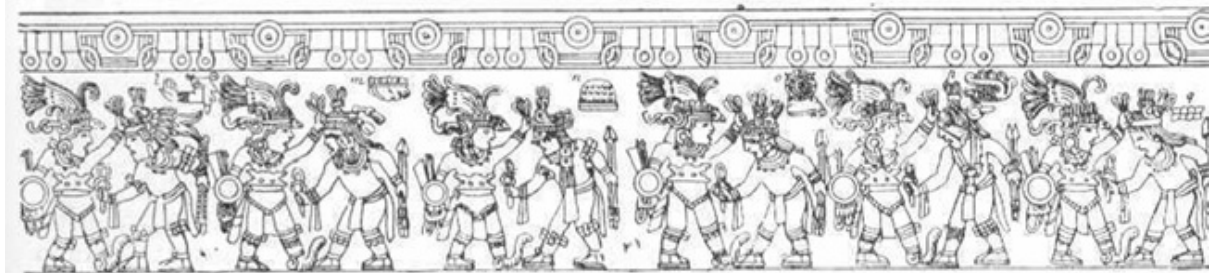


FIG. 29. Detalle piedra de Tizoc

Los guerreros se repiten una y otra vez con un ritmo monótono, en opinión de Paul Westheim (1987: 100); pero con esta reiteración del motivo, casi idéntico, el artista consigue representar esa cadencia con que interpretaban el tiempo mesoamericano, en su repetición cíclica que no es monotonía, sino armonía.

El estilo artístico utilizado en la piedra se relaciona con el de los manuscritos mixtecos, al compartir muchos de los cánones estéticos que lo definen: una figura humana bien detallada, acompañada del glifo nombre, fecha y topónimo, las actitudes que representan vienen estipuladas por signos convencionales, el vencedor sostiene del pelo al vencido, el disco solar con sus rayos, la banda del cielo estrellado, el cuchillo de pedernal relacionado con la tierra, las fauces abiertas de ésta. Es lógico que compartieran un corpus artístico, pues tenían los mismos objetos para las mismas funciones, hasta el punto que en la Mixteca también encontramos piedras sacrificiales con el mismo diseño. Aunque según Emily Umberger (1996a: 101)

We cannot yet determine historical relationships between those Mixtec and Aztec works in which a shared vocabulary is used.

Igual que hemos comentado para la piedra de Moctezuma I, en ésta aparecen también victorias que no sucedieron durante el reinado de Tizoc, de esta manera manipulaban el tiempo y conseguían que hechos diacrónicos fueran sincrónicos. Y así “la historia mexicana [tenochca] no cure de hazañas ajenas, sino de las suyas, pasa por las que no le tocan” (Durán 1967: 385)

La utilización del género épico así como la apropiación de victorias para glorificar el propio reinado son hechos constatables a lo largo de la historia del arte universal. Sin embargo, con disgusto, debemos reseñar que el arte mesoamericano, en general, ha sido excluido de las historias universales. A finales del siglo XIX el arte prehispánico fue encontrando su “universalidad” en las nuevas historias del arte, pudiéndose constatar que las creaciones artísticas responden a necesidades universales, y que, por lo tanto, las soluciones suelen ser las mismas aunque las plasmaciones estéticas respondan a realidades particulares.

Una de estas universalidades es que el ser humano en su profunda egolatría no renuncia a la inmortalidad si tiene posibilidad de ello, y el arte es la fórmula más segura para conseguirlo. Por ello sorprende que autores de la talla de Paul Westheim (1987: 99, 100, 385) afirmen que

En el México antiguo ni siquiera la guerra —tenida por sacra, impuesta por los dioses— se aprovechaba como motivo para ensalzar al vencedor mediante un retrato. En el Museo Nacional de Antropología se halla la piedra de Tizoc, una especie de “columna de Trajano azteca”, que muestra, en relieve, los actos bélicos de los aztecas al mando de aquel príncipe. Pero es un monumento que glorifica a Huitzilopochtli, a quien el “pueblo del Sol” debía sus victorias, y estaba destinado a colocarse en el Templo Mayor de Tenochtitlan. (Westheim 1988: 91)

A pesar de afirmar que en ella se representan las victorias de este *tlatoani* y de que en ella aparece individualizado, le atribuye un significado absolutamente religioso, en el que la máxima del arte renacentista, según la cual el hombre es la medida de todas las cosas, aquí carece de sentido.

Por muy profano que fuera el tema representado, éste siempre era para glorificar a los dioses, de tal manera que, debajo del hecho histórico, subyacía el religioso; Huitzilopochtli tenía asegurado su alimento y, aunque el tema bélico claramente parece ensalzar al *tlatoani*, Paul Westheim estima que, al contrario, el mito nutre al hecho histórico.

No parece que la condición humana sea muy distinta con independencia del espacio geográfico o del período histórico, y cuesta sustraerse a la idea de que, teniendo la posibilidad y la oportunidad, las élites mesoamericanas renunciaran a inmortalizarse. Incluso, el mismo autor se contradice al afirmar que no se encuentran retratos en el arte precortesiano (Westheim 1988: 91), para asegurar más adelante que “[...] hay que llegar a la conclusión de que se trataba de una glorificación (en intervalos de tiempo fijados por la tradición) de los sacerdotes o príncipes gobernantes o acaso de una autoglorificación

de éstos, explicable en vista de su situación poderosísima” (Westheim 1988: 252).

Además, no es necesario leer las crónicas con mucha atención para descubrir abundantes testimonios del deseo que tuvieron los poderosos de dejar memoria de su existencia. Fernando de Alva Ixtlilxochitl escribe sobre Nezahualcoyotl que

Este muy sabio rey mandó a todos los artífices que cada uno en el oficio que usaba le retratase, porque andando el tiempo sus descendientes oyendo sus hechos y hazañas desearían verle y conocerle, el cual su deseo se les cumpliría en ver su retrato; [...] y por su orden fueron presentándole sus retratos que habían hecho, excepto el de la peña, que era forzoso el ir a verlo, y así, habiéndolo visto, sólo aquel le cuadró, y todos los demás los desechó, diciendo que el oro y piedras preciosas con la codicia se perderían, y los cuadros con el tiempo se desharían y borrarían, el barro se quebraría, y la madera se carcomería; mas que el de la peña sólo permanecería. (Ixtlilxochitl 1985: 170)

Diego Durán también recoge el deseo de inmortalidad de Itzcoatl:

Juntamente mandó el rey Itzcoatl, antes que muriese, juntar todos los señores y principales, a los cuales encomendó el culto de los dioses, y que el rey que fuese, le rogaba mucho, pues él había sujetado muchas ciudades, que hiciese edificar un templo muy suntuoso a su dios Huitzilopochtli y a los demás dioses, y que su figura y la de los reyes sus antepasados se esculpiesen en piedras, para su perpetua memoria. (Durán: 122)

En el mismo sentido Tezozomoc (1997: 191) y Durán (1967: 245) narran cómo el primer Moctezuma estaba “*Deseoso de dejar su memoria y figura para siempre*” y así se lo hizo saber a Tlacaelel, quien convocó a los mejores talladores para que se labren dos estatuas, una mía [Moctezuma] y otra vuestra [Tlacaelel], dentro en el cercado de Chapultepec, y que allí, en la piedra que mejor pareciere a los canteros, quedemos esculpidos para perpetua memoria, en premio de vuestros trabajos; para que viendo allí vuestra figura, se acuerden vuestros hijos y nietos de nuestros grandes hechos y se esfuercen a imitarnos. Hermano Tlacaelel, contentado me han estas figuras, las cuales serán memoria perpetua de nuestra grandeza, como tenemos memoria de Quetzalcoatl y de Topiltzin, de los cuales está escrito que, cuando se fueron, ‘dejaron esculpidas sus figuras en palos y en piedra’, en quien adora la gente común, y sabemos que eran hombres, como nosotros. Llevémonos nosotros esta gloria por delante. (Durán 1967: 246)

Ahuitzotl también compartió el deseo de inmortalizar su persona

[...] figura mía os acordaréis vosotros de mí, y los que precedieren en este reyno serán aquí figurado mi figura y nombre. (Tezozomoc 1997: 350)

Así como Moctezuma II

Y començó luego a llorar <en> beer su figura, diziendo: «Xamás se perderá esta mi figura porque está en buena peña. ¿Quando a de benir a perderse esta figura xamás? Porque yo e de morir y dexar este mundo y jamás mi rrenombre será perdida ni mi fama. (Tezozomoc 1997: 436)

Pero no solamente se pretendía la fama póstuma a través de retratos, sino que las poesías de Nezahualcoyotl o el resto de las obras arquitectónicas, pictóricas o escultóricas, legadas por los poderosos, nos hablan de su memoria, del autosacrificio, de la vinculación que éstos tenían con la guerra y de la importancia de plasmar esta ideología en un calendario de actos donde el ceremonial se ponía al servicio del poder imperial, como la lápida de la dedicación, la famosísima Piedra del Sol o Calendario azteca y el teocalli de la guerra sagrada tallado durante el reinado del más famoso de sus *tlatoque*.

Otras obras

La lápida de la dedicación

Ahuitzotl ordenó su construcción en 1487 con motivo de la inauguración de otra de las ampliaciones del Templo Mayor de Tenochtitlan. En este relieve aparecen esculpidos dos hombres de perfil, que están identificados por sus glifos. Son los *tlatoque* mexica Tizoc y Ahuitzotl, los dos hermanos realizan el acto sagrado de la sangradura. Las ceremonias de autosacrificio permiten que el mundo continúe, al proporcionarle los regios penitentes su líquido vital (Fig. 30). Esta capacidad de mantener el universo en orden y satisfechos a los dioses que lo pueblan, les hace merecedores del máximo respeto por parte de la comunidad y les legitima para gobernar, como los más altos responsables de lo civil y de lo religioso.



FIG. 30. Lápida. Azteca

En 1487 Tizoc fue nuevamente retratado con su hermano y sucesor, Ahuizotl (1486-1502), en una escena que muestra a los hermanos flanqueando simétricamente una pelota de fibra de cactus. Aquí, como en un alfiletero, se mantienen las agujas del cactus que se usan para extraer sangre en los sacrificios. De los lóbulos de las orejas de ambos reyes salen chorros de sangre que giran sobre la cabeza para caer sobre la boca estilizada de la tierra-cocodrilo que está bajo sus pies. El significado anual, Ocho Caña, en la parte baja de la estela, se refiere a 1487, la fecha de terminación de la reconstrucción de la pirámide principal de Tenochtitlan, cuando los cautivos de la guerra del este y del sur fueron sacrificados. (Kubler 1986: 101)

La sangre que brota de las orejas de los gobernantes alimenta directamente a la Tierra, convirtiéndoles en el sustento de la comunidad, proporcionando con su sacrificio bienestar material y espiritual.

Dos grandes corrientes de sangre caen de sus orejas a la boca de Tlaltecuhltli. Los dos gobernantes están representados como los guías espirituales de la nación. (Baquedano 1997: 164)

Por su estilo podemos decir que la lápida es tributaria del estilo tolteca y del narrativo mixteco, igual que la piedra de Tizoc, gozando de las mismas características estéticas y formales ya comentadas.

Cabe, no obstante, llamar la atención de que nuevamente aparece Tizoc identificado, mostrando ese deseo de perpetuar su presencia, de pasar a la posteridad como persona ejemplar, en contra de la opinión de Paul Westheim, que no niega la intención de individualidad en el arte mesoamericano. También abre un interrogante el hecho de que Ahuitzotl decidiera inmortalizarse junto a su hermano, si estuvo implicado en su asesinato y si fue un *tlatoani* cuya actuación no merecía ser recordada.

La lápida está plagada de símbolos cósmicos y la escena que se representa está vinculada con un acto religioso. Pero no es menos cierto que el *tlatoani* tiene interés en dejar explícitamente su nombre, representado en una actitud que parece decir: yo, Ahuitzotl de Tenochtitlan, en el año 1487 concluí la gran obra del Templo Mayor; con mi sacrificio personal logré poner en armonía todas las esferas del mundo que no percibes, pero que te permiten vivir con tranquilidad.

En definitiva el gobernante transmitía que era la garantía de vida para su comunidad y, por tanto, políticamente sus decisiones debían ser aceptadas. Para transmitir su mensaje utilizaba un lenguaje religioso que todo el mundo comprendía, esto no es nuevo para nuestra cultura y ¿quién con tanto poder no querría dejar constancia de que lo tuvo?



FIG. 31. Museo Nal. Antropología, México, D.F.

En este contexto ritual del sacrificio los artistas nos muestran que para realizarlos son necesarios otros tipos de elementos como las *techcatl* que eran

piedras verticales sobre las que se apoyaba al cautivo para que, una vez arqueado el tronco por la presión de la piedra, el sacerdote extrajera el corazón con más facilidad (Fig. 31); en este acto utilizaba cuchillos de obsidiana ricamente decorados con los que hacía la incisión para obtener la preciada ofrenda, ésta se depositaba en un recipiente llamado *cuauhxicalli*. Estaban realizados en piedra y ricamente ornamentados con los símbolos que aludían al sacrificio. Estos recipientes guardan similitud con algunas representaciones que aparecen en las lápidas de Tula.



FIG. 32. Museo Nal. Antropología, México, D.F.

Además de los *cuauhxicalli* (Fig. 32) existen otros continentes que también están relacionados con el ritual: los *tepetlacalli*. Son cajas de piedra rectangulares, con tapa, cuya función no se sabe con exactitud, pero por la decoración se puede inferir que se hacían para guardar en ella útiles para el sacrificio, como los cuchillos ceremoniales, los punzones, hechos con huesos de distintos animales, que se utilizaban para el autosacrificio (Fig. 33). Éstos, una vez celebrado el rito, se prendían en unos acericos de heno que se llamaban *zacatapayoli*.



FIG. 33. Templo Mayor, Tenochtitlan

Y los que querían hazer gran penitencia [...] Y en llegando al lugar determinado, luego ponía las puntas de maguey, metiéndolas en una pelota hecha de heno. (Sahagún 1990: 245)

La música también era un elemento fundamental en las celebraciones ya que conseguía aumentar la tensión del momento y propiciaban el éxtasis. Se utilizaban dos tipos de tambores el *teponaxtli* hueco y de madera, que se percutía con palillos cuyas puntas estaban envueltas en hule. El otro modelo era el *huehuetl* o *tlapanhuehuetl* tenía un tamaño mayor que el anterior, se ponían en posición vertical y se tocaba con las manos directamente. La decoración de estos instrumentos estaba relacionada con el sacrificio y la guerra.

Piedra del calendario

Esta escultura realizada en basalto de olivino, procedente de las canteras situadas al sur de México, es mayor que la piedra de Tizoc. Presenta un diámetro de 3,5 m y pesa 24 toneladas. Está fechada en 1512, por lo que pertenece al gobierno de Moctezuma II.

Técnicamente la piedra del Sol está ejecutada con gran maestría y precisión, utilizando un lenguaje muy conciso. En su composición dispone un programa iconológico cuyo protagonista es el sol, con todas sus connotaciones míticas y justificaciones políticas, además de todos los símbolos que hacen referencia al tiempo mesoamericano rodeado por una banda celeste, y en la parte inferior la tierra, en la que acontecen las batallas (fig. 34)



FIG. 34. Museo Nacional de Antropología, México, D.F.

La identificación del dios que asoma su rostro en la superficie del disco ha sido objeto de polémica, para unos representa a Tlaltecuhltli (señor/a de la Tierra)^[535] y para otros a Tonatiuh (el sol)^[536]. Los informantes de Sahagún ponen de manifiesto que en ocasiones el Sol y la Tierra eran la misma deidad, y como padre/madre de los guerreros estos debían alimentarlos con el líquido divino a través de la guerra y el sacrificio. Sabemos que los dioses mesoamericanos se divierten poniendo difícil su identificación a los estudiosos, y para ello gustan de intercambiar sus atuendos y sus atributos y, así casi todos gozan de complementariedad, esta cualidad se denomina estilo difrasismo.

Tlaltecuhltli era considerado por los aztecas como el Señor de la tierra y, además, estaba relacionado con el sacrificio humano:

Esta diosa lloraba algunas veces por la noche, deseando comer corazones de hombres, y no se quería callar, en tanto que no se le daban, ni quería dar fruto, si no era regada con sangre de hombres. (Thevet 1979: 108 en Garibay 1979)

Cada vez cobra más fuerza la idea de que los sacrificios humanos se hacían con la doble finalidad de complacer al Sol y al Señor de la Tierra, porque el equilibrio del universo dependía de la alternancia de estos dos principios y correspondía a los humanos mantenerlo equilibrado a través de un elaborado ritual de estricto cumplimiento.

Tlaltecuhltli estaría relacionado con la agricultura y la productividad de ésta y, por tanto en consonancia con el grueso de la comunidad, por el contrario, en su segunda acepción estará conectado con la guerra sagrada y con la élite.

Esta dualidad, lejos de extrañarnos, se nos hace más cercana, puesto que el mundo mesoamericano funcionaba gracias a la dialéctica que se establecía entre los contrarios. Sería extraño que el mundo estético, que representaba esa realidad del mito, no participara de este principio.

Además de la polémica sobre el dios que está representado en su superficie tampoco parece haber acuerdo sobre cuál era su posición original, si horizontal o vertical, como está colocada en la actualidad en el Museo Nacional de Antropología. Los que apuestan por la posición horizontal lo hacen comparándola con la piedra de Tizoc^[537] y atendiendo también a la posición del mismo dios. nos parece que el rostro esculpido en medio del Calendario Azteca o Piedra del Sol, no es de Tonatiuh sino de Tlaltecuhltli, que irrumpe hacia arriba mirando al cielo de acuerdo con la verdadera posición del monumento, esculpido y dedicado al Quinto Sol, el Sol de Movimiento de Tierra. Nahuí Ollin o 4 Movimiento. (Navarrete y Heyden 1974: 374)

Sin embargo, en el *teocalli* de la guerra sagrada, aparece representada una piedra calendárica similar que está colocada en posición vertical (Fig. 34).

Éste es un monumento con un complicadísimo programa iconográfico a favor de la guerra sagrada y en él también aparecen representados diferentes objetos que hacen alusión al sacrificio como cajas, púas de distintos materiales, cuchillos, acericos, lápidas con numerales etc., que merecen una reseña en este paseo por el poder y el arte.

El teocalli de la guerra sagrada

En esta pieza se resumen todos los aspectos que hemos comentado en relación con la guerra y el sacrificio humano. Se descubrió en 1831 mientras se excavaba el palacio de Moctezuma II. Es una escultura con forma de trono piramidal, que mide 1,2 m. Está cubierta totalmente por relieves y glifos (Fig. 35). En medio de este *horror vacui* destaca el disco solar, situado en el respaldo del asiento, junto al glifo 4 movimiento, que es idéntico al de la piedra del calendario, por lo que, siguiendo la misma línea de explicación, el dios representado es Tlaltecuhltli.



FIG. 35. Templo Mayor, Tenochtitlan

En cada uno de los lados de la pirámide están situados 4 dioses, cuyo autosacrificio origina el movimiento del quinto sol, flanqueado por dos figuras que representan a Tezcatlipoca (sol nocturno) y Huitzilopochtli (sol diurno). Éste a pesar de ser el dios principal mexicana no aparece representado en bulto, su imagen nos llega a través de los códices coloniales y en el Teocalli.

Volviendo a lo extraño que resulta la ausencia de imágenes arqueológicas de Huitzilopochtli, propongo que, el cráneo con un pedernal que fue encontrado en el Templo Mayor, es precisamente la representación metafórica de Huitzilopochtli Tetzauhteotl-Tezcatlipoca, simbolizada por el cráneo de Huitzilopochtli en el que reencarnó el dios Tetzauhteotl y que es, al mismo tiempo, el símbolo del día muerte —representado éste por la calavera—, es decir, el día calendárico de Tezcatlipoca, más, finalmente, el pedernal, que es el símbolo del día calendárico de Huitzilopochtli. (González Torres 1996: 72)

También aparecen representados numerosos símbolos que aluden al sacrificio como: *cuauhxicalli* para depositar los corazones, el monstruo de la tierra, la bola de cactus donde prender las agujas para la sangradura, el símbolo de guerra sagrada, un águila sobre un cactus

Este esquema no representa sólo Tenochtitlan; simboliza los cielos del día y de la noche, así como la guerra en busca de víctimas para el sacrificio. Las figuras de los seis dioses y del águila tienen volutas en las que hablan de guerra. La pirámide explica el sacrificio humano y la guerra ritual como pago por el sacrificio divino al que se debe el universo actual. (Kubler 1986: 102-103)

El significado del monumento ha ido variando con la evolución de los estudios mesoamericanos, Alfonso Caso (1927) interpreta la obra como la narración de la creación del quinto sol. Los autores actuales opinan que el monolito representa la guerra sagrada, y que su objetivo era proporcionar al sol su alimento de corazones para que no muera, como bien opinaba Alfonso Caso. Sin embargo, el mito se utiliza como metáfora del deber que los mexicanos tenían de ir a la guerra; es decir, se concibe como un trono que simboliza el poder real, y legitima la estrategia política del expansionismo imperial.

Como hemos ido viendo, el análisis del corpus artístico nos informa de los panteones de divinidades, de su concepción del mundo y del lugar que ocupaban en él los distintos miembros de la sociedad, principalmente las clases dirigentes, aunque también tenemos escenas y figurillas que nos transmiten la vida cotidiana de clases sociales más comunes, y sus relaciones exteriores, tanto por las conexiones estéticas como por el tipo de material empleado, que no han sido objeto de este estudio.

La progresión de los temas militares denota la importancia que éstos fueron tomando dentro de la sociedad, evolucionando en paralelo con el aumento de la población, la concentración urbana y la complejidad social, que encontramos en el Clásico y culmina en el Postclásico. Todo ello, acompañado de anotaciones calendáricas y nombres que, con el avance de la epigrafía en los últimos años, facilitan la comprensión de este complicado mundo estético.

Los estudios multidisciplinarios permitirán ir aclarando enigmas que década tras década se han ido quedando sin resolver por salirse del área del estudio propuesto, como la aparición, entre las muchísimas ofrendas que se han excavado en el Templo Mayor, de unas máscaras Olmecas y Teotihuacanas, que hacen que nos preguntemos sobre ellas y que no podemos dejar sin explicación, solamente porque no encajan en un esquema científico restringido y excesivamente estático o el eterno debate entre la originalidad de Tula y Chichén Itzá.

La expresión mexicana no surgió de repente con todo su acervo cultural y político, de modo espontáneo, sino que éste se creó de la integración de los símbolos, mitos y estructuras de la civilización mesoamericana antigua y que

para ellos la conciencia histórica debió tener un gran valor, al depositar estos objetos en el centro simbólico de su mundo. Ese *axis mundi* que constituía el Templo Mayor.

Como hemos visto la misma imagen del guerrero laureado, que procede del mito, pertenece al sustrato común mesoamericano que desemboca, casi tres mil años después, en Tenochtitlan, donde aparecerán una y otra vez redivivos los mismos usos ceremoniales, los ritos de ofrendas a los mismos dioses sedientos que obligan incesantemente a los hombres a combatir. Hombres que como dice hermosamente Eduardo Matos (1995a: 15) crearon *“a sus dioses moldeando el barro y tallando la piedra. Así como el hombre nació del maíz y de la voluntad de los dioses, éstos nacen de la piedra, del barro y de la voluntad de manos geniales que supieron dotar de vida a la materia muerta”*.

La función de los códices en la burocracia imperial

Este capítulo quedaría incompleto si no habláramos, aunque someramente, de los libros mesoamericanos porque, por un lado, su preciosismo en la ejecución les hacen merecedores de ser incluidos en la categoría de obra de arte (Fig. 36) y como tal pertenecían o eran manejados por la élite y, por otro, porque pueden analizarse como vehículo que transmitía el mensaje del régimen, desde un punto de vista utilitario, como el resto de las obras de arte que hemos comentado, y es el aspecto que aquí nos interesa.

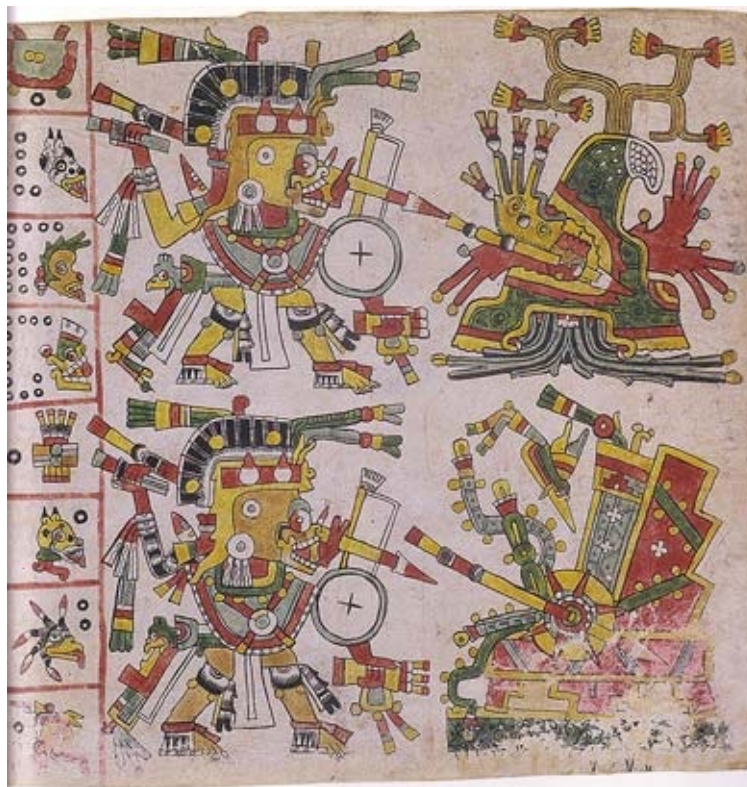


FIG. 36. *Códice Cospi*. Mixteco

El control de la escritura por parte del Estado tuvo muchísima importancia, pues no sólo permitió llevar las cuentas y transmitir ordenamientos burocráticos, sino que al controlar el tiempo por medio del calendario, los gobernantes pudieron alterarlo y plasmar en los manuscritos sus genealogías, nacimientos, matrimonios, defunciones, victorias, entronamientos etc., convenientemente manipulados, buscando su mejor adaptación a los propios intereses.

La posesión y manejo de los códices por la clase dirigente, señores y sacerdotes, aseguraba la conservación y el control exclusivo de todo el saber alcanzado, lo cual contribuía a su afirmación en el poder. (Galarza 1997: 8-9)

Pocas son las muestras que quedan de los libros prehispánicos, sin embargo, muchas son las referencias que los cronistas hacen de ellos y amplió el vocabulario nahuatl que alude al mundo literario: *amoxcalli* (lugar donde se guardaban), el *xiuhtonalamatl* (libro de la cuenta del año), el *xiuhtlapoalamatl* (libro de la cuenta del año, historia, crónica), y *xiuhtlacuilo* (quién escribe los Anales, cronista).

Es sabido que los españoles durante la Conquista y después de ella quemaron muchísimos libros, aunque una vez hecho el mal intentaron enmendarlo encargando, por un lado, la Iglesia códices que explicaran con detalle cuál era su sistema religioso, para poder combatirlo^[538] y, por otro, el Estado estaba interesado en conocer los aspectos de la ordenación económica-administrativa para calcular lo que podía exigir. Este hecho originó una atractiva situación para los investigadores actuales porque como señala Juan José Batalla (2003a) “*Lo interesante de esta etapa, siglo XVI y gran parte del XVII, es que los códices presentan dos tipos de información, la realizada por los escribas en el sistema prehispánico (Libro Indígena) y los comentarios explicativos de la misma (Libro Escrito Europeo), que en muchas ocasiones no coinciden, pues los encargados de explicar el primero o no sabían interpretarlo, o no eran informados correctamente*”.

Pero no se puede culpar exclusivamente a los españoles de la destrucción de los libros indígenas. Sabemos que los propios indígenas lo hacían, cuando entraban en liza con otro pueblo y obtenían la victoria quemaban el templo y allí guardaban los libros, además también hay abundantes pruebas de que los mexica, una vez que fueron independientes, quemaron los libros antiguos y escribieron una nueva historia (Fig. 37).

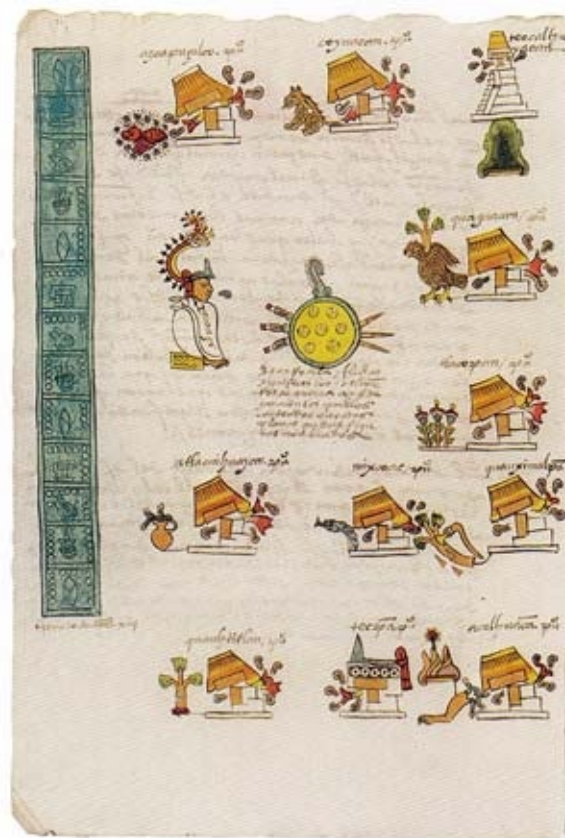


FIG. 37. Códice Mendoza

Persuadidos de que en los códices y tradiciones antiguas “el rostro azteca era enteramente desconocido”, se empeñaron en suprimir hasta donde les fue posible la antigua versión de los otros pueblos, para imponer la suya propia. [...] el cuarto rey de México-Tenochtitlan, Izcóatl, y su consejero supremo Tlacaélel, después de vencer a sus antiguos dominadores, los tepanecas de Azcapotzalco, mandaron quemar los viejos códices, para iniciar la nueva versión de su historia. (León-Portilla 1983: 74)

Tras la victoria sobre los tepaneca, las conquistas de la Triple Alianza parecían no tener fin. Las ciudades más importantes del Valle caían unas tras otras, Xochimilco, Cuitlahuac y Chalco. Con el ánimo enardecido decidieron crear una nueva historia que les redimiera de su pobre pasado y al más puro estilo ‘sueño norteamericano’ se hicieron a sí mismos. Para ello, “*De común acuerdo se determinó entonces quemar los antiguos códices y libros de pinturas de los pueblos vencidos y aun los propios de los mexica, porque en ellos la figura del pueblo azteca carecía de importancia. Implícitamente se estaba concibiendo la historia como un instrumento de dominación*”. (León-Portilla 1983: 90)

Entonces no sería de extrañar que esta fuera una práctica habitual entre los demás pueblos. De contar con ellos, hoy hubiéramos dispuesto de una información importantísima como bien se lamenta Fray Diego Durán.

[...] para escribir con pinturas y efigies sus historias y antiguallas, sus memorables hechos, sus guerras y victorias, sus hambres y pestilencias, sus prosperidades y adversidades: todo lo tenían escrito y pintado en libros y largos papeles, con cuentas de años, meses y días en que habían acontecido. Tenían escritas en estas pinturas sus leyes y ordenanzas, sus padrones, etc., todo con mucho orden y concierto.

De lo cual había excelentísimos historiadores que, con estas pinturas, componían historias amplísimas de sus antepasados. Las cuales no poca luz nos hubieran dado, si el ignorante celo no nos las hubiera destruido. Porque hubo algunos ignorantes que, creyendo ser ídolos, las hicieron quemar, siendo historias dignas de memoria y de no estar sepultadas en el olvido, como están, pues aun para el ministerio en que andamos del aprovechamiento de las ánimas y remedio de los naturales nos dejaron sin luz. (Durán 1967: 226)

La cuestión de la ‘prehispanidad’ en los códices es un problema para debatir pues se sitúa la barrera cronológica en 1521, pero esta fecha marca la caída de la ciudad de México y no la de toda Mesoamérica, además el proceso aculturador fue lento y en algunas regiones se mantuvieron independientes hasta el siglo XIX, por eso Juan José Batalla (1995: 76) no está de acuerdo con *“la premisa de la que parten los integrantes de esta corriente de investigación que consiste en diferenciar los documentos en preconquista y coloniales, [...] si revisamos las fuentes etnohistóricas coloniales observamos que los elementos culturales mexica perduraron durante bastante tiempo, siendo el proceso de aculturación muy lento”*.

Sea como fuere, no existen muchos códices prehispánicos sobre los que trabajar, tal vez de 15 a 20. Para su estudio se agrupan en la siguiente clasificación realizada por John B. Glass y Donald Robertson (1975) en el volumen 14 del *Handbook of Middle American Indians*. Dado que esta clasificación es de 1975 en algunos aspectos ha sufrido alteraciones por la catalogación de nuevos documentos, no obstante es la clasificación que se continua usando: Códices en general; Techialoyan, Testerianos y falsos.

Para el tema que nos ocupa el grupo que nos interesa es el de los códices en general, en los que se recogen aspectos rituales-calendáricos, históricos, genealógicos, cartográficos, cartográfico-históricos, económicos, etnográficos, misceláneos y no disponibles.

El soporte sobre el que fueron realizados es variado: piel curtida, papel realizado con fibras vegetales como el amate, algodón y corteza. Asimismo,

en la presentación también existen diferencias, en biombo, tira, rollo, lienzo y hoja.

Rituales-calendáricos: recogen los acontecimientos religiosos que celebraban siguiendo el calendario. Esta información es importante no sólo desde el punto de vista religioso y ceremonial, sino también político, ya que muchas de las celebraciones tenían como función ensalzar las grandezas del régimen político.

En época prehispánica, la función estaba relacionada con el tema principal. El *tonalpohualli* o calendario religioso indicaba los ritos y las fiestas religiosas, pero además pronosticaba el futuro del recién nacido; marcaba las fechas favorables para cualquier acontecimiento, un casamiento, la partida de una caravana de comerciantes, la construcción de alguna obra, e incluso, el inicio de una guerra.

[...] dezáyan que cualquiera que nacía siendo hijo de principal en dicho signo [mazatl], sería también noble y principal, y tendría qué comer y beber y con qué dar vestidos a otros, y otras joyas y atavios [...]. (Sahagún 1990: 255)

[...] mirar la ventura que les seguía a todos los que nacían en cada uno de ellos, pronosticándosela los agoreros y astrólogos, con sus falsas y mentirosas astrologías, o por mejor decir, hechicerías, la buena o mala ventura que les seguía, de larga o de corta vida, de riqueza o pobreza. (Durán 1967: 226)

Dentro de esta categoría destacan: el *Códice Borbónico*, cuyo contenido, naturalmente, muestra aspectos calendáricos y religiosos, donde se describen los dioses y los ritos. Es el único código de esta temática, procedente del Centro de México, que ha llegado hasta nuestros días (Fig. 38).

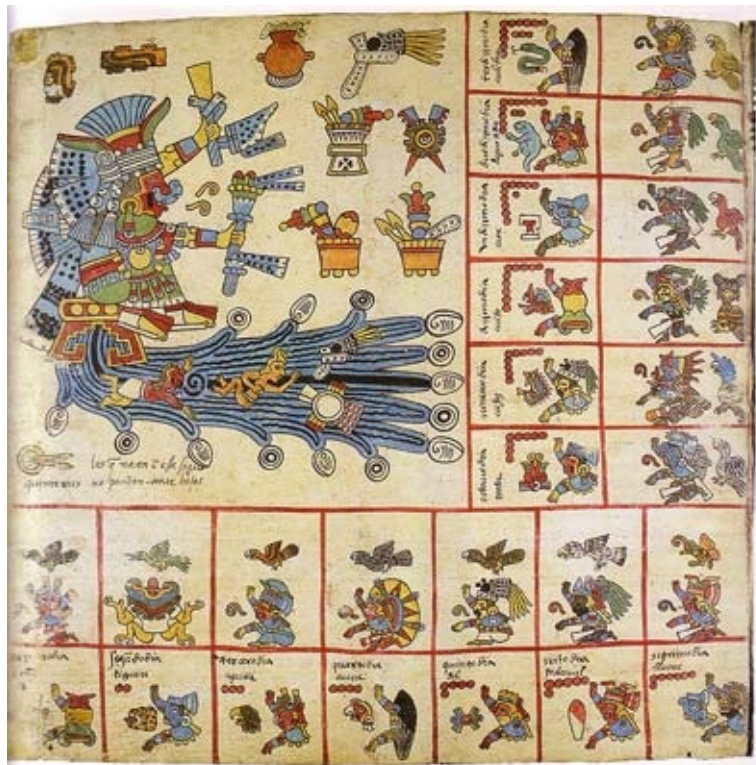


FIG. 38. Códice Borbónico

El Grupo Borgia: formado por el Códice Borgia, el Vaticano B, el Cospi, el Fejervary-Mayer y Laud. Están realizados sobre piel curtida y la temática es la que corresponde a los códices del mismo grupo. Proceden del sur de Puebla y del noroeste de Oaxaca, y por su estilo son de tradición mixteca.

Del área maya proceden cuatro códices prehispánicos el Códice de Madrid o Trocortesiano, el Códice de Dresde, el Códice de París y el Códice Grolier que “contienen una valiosa información sobre el sistema de creencias, rituales y los cálculos astronómicos de los mayas inmediatamente anteriores a la conquista, y han servido para la reconstrucción de la sociedad del postclásico” (Ciudad e Iglesias 1989: 97)

Históricos y genealógicos: Durante el período Postclásico las casas reales gustaron de plasmar en los libros sus hazañas y su genealogía. Por eso aunque en la clasificación se distingue entre códices de temática histórica y de temática genealógica, prácticamente, los mismos libros pueden adscribirse a uno u otro apartado. Destacan los códices de tradición mixteca y los procedentes del centro de México.

Durante el Postclásico las familias reales mixtecas demandaron un tipo de escritos que recogieran su vida y milagros, de una manera más explícita e individualizada que lo hacían hasta ahora las denominadas Cartografías. En opinión de Bruce Byland y John Pohl (1994: 117) estos códices mixtecos

nacen con una intencionalidad política, cuya función era la de dejar constancia de los acuerdos alcanzados por la elite, como si fueran una especie de contrato que vinculaba a las partes comprometidas.

Ejemplo de estos códices son el *Selden*, realizado al oeste de Oaxaca sobre piel, en cuyas 20 hojas se describe la vida de la Señora 6 Mono, desde su nacimiento hasta el de sus hijos. En 1964 Alfonso Caso realizó un análisis del código y concluyó que era colonial porque la narración de sus acontecimientos llegaba hasta los años 1556-1560.

Sin embargo, en opinión de Juan José Batalla (2003a) es prehispánico aunque las fechas dadas por Alfonso Caso sean correctas, pues aunque la caída de México-Tenochtitlan fue en 1521 la aculturación de toda el área fue lenta y, concretamente, en la Mixteca, lugar de procedencia de este código, no se funda la primera ciudad española (Antequera) hasta 1560.

El *código Colombino-Becker*, formado por dos fragmentos que proceden de la costa mixteca. En él aparece la apasionante vida del gobernante 8 Venado, Garra de Jaguar, cuya política, marcada por las alianzas y las traiciones, intentó girar hacia la centralización de la región, pero su intento desapareció con él.

La importancia política de estos personajes debió ser enorme pues sus vidas aparecen recogidas también en los códices *Nuttall*, *Bodley*, *Viena* y *Sánchez Solís*, dejando bien claras las complicadas relaciones de parentesco y alianzas políticas que había entre las élites.

Efectivamente, alianzas y facciones van unidas y esta narración está plagada de ellas. Tilantongo instauró una dinastía hereditaria y aglutinó en torno a él a muchas comunidades con las que estableció unas relaciones variadas en las que pasaban por el vasallaje y la autonomía, dependiendo del juego de las alianzas. En el Postclásico el Señor 8 Venado parece eliminar la influencia zapoteca, iniciando el camino de la ‘toltequización’ política.

El centro de México fue un área productora de abundantes documentos, sin embargo por los motivos ya aludidos son pocos los que han llegado hasta nosotros. En opinión de Juan José Batalla (2003a) tan sólo el *Código Borbónico* y la *Matrícula de Tributos*, son con seguridad prehispánicos, aunque el *Tonalamatl de Aubín* y el *Código Boturini* o la *Tira de la Peregrinación* también podrían considerarse en el mismo sentido.

La forma que tuvieron de plasmar los acontecimientos los artistas del centro de México se denomina Anales porque el hilo conductor de la

narración son los años. Estos códices fueron la respuesta al deseo de la élite mexica por dejar constancia de sus hechos para la posteridad. Sin embargo, no aceptó el modelo mixteco y prefirió desarrollar uno propio que se adaptara a las exigencias que planteaba la nueva historia oficial.

El elemento organizativo de los manuscritos mexica es el tiempo, registrándose los hechos a lo largo del año, independientemente de su relevancia. Esto hace que el abanico de temas que recogen y su importancia sea muy variado: fenómenos celestes y climáticos, migraciones, ascensiones y defunciones de gobernantes, fundaciones de ciudades, guerras y conquistas, así como acontecimientos rituales. Por ejemplo, la página 71 del *Códice Mexicanus*, muestra que en el año 4 Caña (1483) Axayacatl murió y Tizoc asumió el poder. En el año 6 Casa (1485) los mexica sufrieron una derrota a manos de los Huexotzinca. En el año 7 Conejo (1486) murió Tizoc y Ahuitzotl le sucedió y en el año siguiente se conmemoró el fin de las obras del Gran Templo de Tenochtitlan.

Como elemento importantísimo de la propaganda imperial los Anales están creados para ponerse al servicio de los gobernantes mexica y de la nueva ideología. Por eso hacen referencia exclusivamente a los hechos ocurridos en esta comunidad desde la migración, plasmando los distintos lugares por los que pasaron; pero sin reflejar a las gentes que ya estaban en esas comunidades, de tal forma que, si solamente conociéramos estos libros, parecería que el desarrollo del imperio se debió exclusivamente al arrojo de los mexica, sin la participación de los otros miembros de la Triple Alianza.

Muestran cómo los mexica, desde su salida de Aztlan y a su paso por las distintas comunidades, van desprendiéndose de sus hábitos menos “civilizados”, —según el *Códice Mexicanus*, en su página 38, en 1286 es cuando abandonaron definitivamente la indumentaria chichimeca y adoptaron la del Valle de México— desde que eran un grupo nómada hasta que llegan a liderar un imperio. El camino de la peregrinación se asemeja a un viaje de purificación por el que los mexica tienen que pasar para que, desprendiéndose de sus atributos chichimecas, renazcan en todo su esplendor a una *new age*, la del quinto sol, en la que ellos serán los líderes incontestables.

No obstante, como hemos señalado en páginas anteriores la “chichimecación”, si se me permite la expresión, de los mexica parece más una “pose” que una realidad, que se ajusta más a concesiones ideológicas que a una realidad constatable. Los mexica se preocuparon cuidadosamente de reinterpretar una historia a medida, las veces que fue necesario, poniéndola a

su servicio desde antes de crear el imperio, representándose a sí mismos como pueblo elegido, que superaban orgullosamente las adversidades hasta conseguir la meta final para la que estaban inexorablemente abocados. Con esta manipulación podían mostrarse como herederos de un poder que los legitimaba a gobernar sin lugar a dudas y activar una serie de emociones que eran necesarias para la eficacia de la propaganda del régimen, como explicamos más adelante.

Sirviéndose de la *Itoloca* [tradición] y los *Xiuhámatl* [libros de años] como de auténticos instrumentos de dominación consignaron en ellos una nueva conciencia de su pasado. Irá surgiendo así un pueblo azteca de rostro que cada vez se define mejor: es el elegido del Sol, cuya misión suprema es la guerra. (León-Portilla 1983: 74)

Si cupiera la posibilidad de que los Anales se ligaran al crecimiento del imperio, sería interesante comprobar si su utilización guardaba relación con la fuerza de los lazos políticos y administrativos que se establecían entre la metrópoli y las comunidades sujetas. Hay que advertir, no obstante, que existen Anales de época colonial, que pueden pertenecer a lugares geográficamente más amplios que los que ocupó el imperio, pues llegaron a ser documentos muy útiles para plasmar la historia colonial, como para exigir propiedades en los pleitos. A esta categoría pertenecen los *Anales de Puebla 1524-1686; 1638-77*, y 14 de los 16 *Anales de Puebla y Tlaxcala* que eran parte de la Colección Boturini (Información de 1519-1739).

De la provincia de Hidalgo proceden el *Códice de Huichapan* que inicia su relato con la entronización de Acamapichtli en Tenochtitlan y continúa con acontecimientos que suceden tanto en la capital, como en el resto de la provincia hasta el año 1528, y los *Anales de Tula* realizados en la provincia de Xilotepec.

De la zona de Guerrero destaca la región de Tlapan, desde allí nos llegan el *Códice Azoyu I* y el *Códice Azoyu II*, así como también el fragmento del *Humboldt I*. Es interesante destacar que, a pesar de la distancia con el corazón del imperio, los textos que acompañan a las pinturas están escritos en nahuatl y aunque los escribas no lo fueran, no parece arriesgado deducir que la escritura nahuatl fue “*unificadora del “imperio” en época prehispánica*”.^[539]

El *Códice Azoyu I* desarrolla la historia de Tlapan desde el siglo XIV hasta el siglo XVI, concretamente hasta 1565. En el *Códice Azoyu II* podemos distinguir por el anverso una versión de parte del *Azoyu I*, del período que va desde 1429 a 1564, mientras que en el reverso está pintada la lista del tributo

que la ciudad de Tlapan entregaba al imperio, que también aparece en el fragmento del *Humboldt I*^[540].

Ambas provincias tuvieron un alto interés estratégico para el imperio por su situación fronteriza y, por ello, el régimen tuvo una relación constante que se plasmaba en los documentos y en la erección de guarniciones.

En la zona de Puebla y Oaxaca la estética del imperio quedaba poco reflejada en los códices debido a la fuerte implantación que tenía la tradición autóctona. Sin embargo, la presencia política se hacía realidad en las dos guarniciones imperiales establecidas en la región con motivo de la proximidad a la frontera del siempre enemigo reino de Tlaxcala^[541]. De estas zonas proceden la *Historia Tolteca-Chichimeca*, y el *Códice Boturini* o *Tira de la Peregrinación* (Fig. 39), que contrasta con el resto de los códices por su ausencia de color. Narra las migraciones de los grupos aztecas desde su lugar de origen hasta su llegada al Valle de México.



FIG. 39. *Códice Boturini*

Respecto a su antigüedad no hay unanimidad, para algunos autores es claramente colonial^[542] por algunos rasgos estilísticos como el modo de colocar los cuadrados calendáricos, cómo están dobladas algunas mantas, o la representación del árbol de la página veinte. A pesar de estos argumentos, otros autores apuestan por su naturaleza prehispánica^[543].

Cartográficos: Generalmente, son mapas que informan de la fundación de algún lugar. Tuvieron mucha difusión en Mesoamérica antes y después de la Conquista, ya que durante el período colonial estos manuscritos fueron claves como pruebas en los pleitos que la comunidad planteaba para reclamar la propiedad de la tierra, e incluso sirvieron como títulos de propiedad, ya en el siglo XIX^[544] hasta tal punto que “Un gran número de los códices ¿coloniales? se utilizaron en litigios, por lo que muchos de ellos se conservan todavía formando parte de los expedientes o legajos de archivos como el AGN (Archivo General de la Nación) y el de la Reforma Agraria” (Galarza 1997: 12)(Fig. 40)

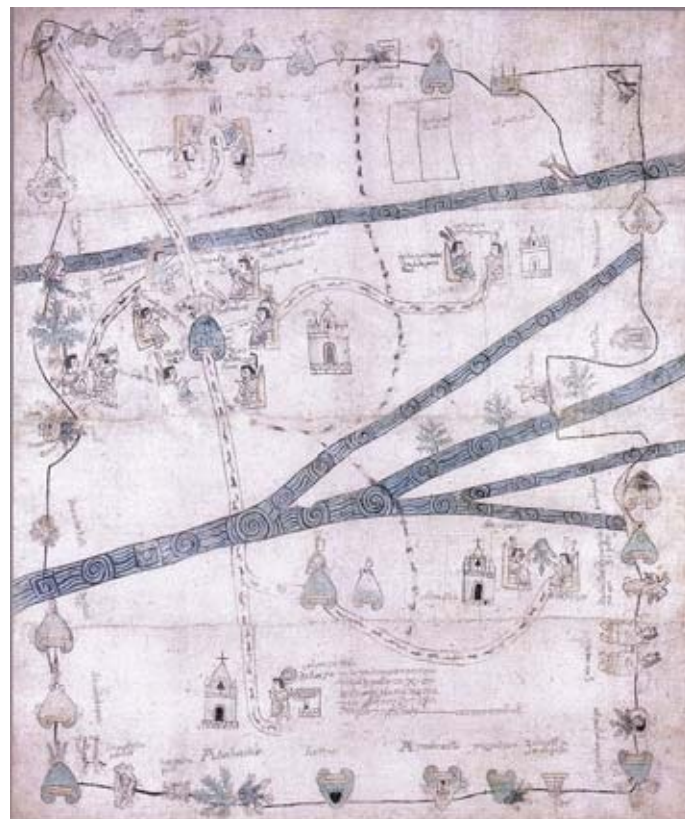


FIG. 40. *Lienzo de Quetzapalan, Puebla*

Se conocen dos mapas cuya procedencia parece ser del área de Tochpan, situada en el norte de Veracruz, el *Mapa Local* y el *Mapa Primero Regional*. Además de ser una zona estratégica y económicamente importante para el imperio de la Triple Alianza, fue fundamental en la década de 1450, cuando la hambruna hizo estragos en el Valle y muchos emigraron a esta zona^[545].

Económicos: Los cronistas se hacen eco de que los indígenas registraban en libros todo lo referente a la hacienda pública (Zorita 1992: 169). Como ejemplo de aquéllos registros ha llegado hasta nosotros la *Matrícula de Tributos* (Fig. 41) donde quedaba anotado lo que tributaban las provincias

sujetas al imperio. Su estudio posterior ha proporcionado datos muy valiosos para pensar que es un libro prehispánico a pesar de su encuadernación europea



FIG. 41. *Matrícula de Tributos*

Es posible que la Matrícula fuese una tira que se recortó y ensambló, pegando las secciones para formar hojas pintadas en el recto y en el verso. Su posterior organización en el formato de libro respondió posiblemente a una exigencia hecha por los conquistadores que se interesaban en conocer los recursos que aportaban los pueblos sometidos a Tenochtitlan. (Mohar Betancourt 1997: 63)

En opinión de Juan José Batalla (2003b) intervinieron 5 ó 6 *tlacuilos* en la realización de la *Matrícula*, y el que pintó los folios 6-r a 11-v, es quien 30 años después recibió el encargo del virrey D. Antonio de Mendoza para hacer el *Códice Mendoza* (Batalla, 2003c).

Este códice es una valiosa fuente para conocer la cultura mexicana, ya que se ocupa de la extensión del imperio a través de sus *tlatoque*, de los tributos que dicha expansión proporcionaba al régimen imperial, así como de la evolución de la vida de una pareja desde su nacimiento hasta su muerte.

Etnográficos: Son códices, generalmente encargados por la Corona o la Iglesia española, para conocer la mayor cantidad de asuntos sobre los indígenas, a modo de enciclopedias que recopilaban todo tipo de datos relativos a las costumbres, leyes, fauna, flora, ritos y ceremonias, tributación etc. Es representativo la tercera parte del *Códice Mendoza* (Fig. 42).



FIG. 42. *Códice Mendoza*

Misceláneos: No tienen claramente definida su temática o están tan deteriorados que no se pueden clasificar en ninguno de los grupos anteriores.

No disponibles: Se sabe de su existencia porque aparecen en catálogos de códices, pero se desconoce su suerte actual.

Sin duda, además de una política socio-económica común, y de hermanamiento entre las élites, la creación de un corpus artístico compartido fue fundamental como elemento integrador, donde se reflejaban los valores políticos, religiosos y calendáricos del área mesoamericana, además de informar sobre aspectos sociales como la forma de vestir, del gusto de la élite por determinados objetos y materiales, que la distinguían del resto. Todo ello quedó fielmente reflejado en los manuscritos.

La escultura, arquitectura, cerámica etc. eran, por motivos obvios, para un público más extenso porque los códices era un arte de carácter más privado y exclusivo de la élite. Como en el arte monumental, las comunidades adoptaron para los manuscritos fórmulas ya conocidas; pero con un sello distintivo, de tal forma que aunque presentaban influencias regionales, se creaban estilos nuevos que se adaptaban mejor a su propia ideología. En el caso de los mexica los códices que los distinguían eran los denominados Anales, que tuvieron gran aceptación entre las élites provinciales, en parte por su afán de pertenecer a la gran familia imperial y, en parte, porque fue el modelo oficial al que tuvieron que adaptarse burocráticamente.

Resapitulación: Arte y propaganda política

Este estudio no ha pretendido hacer un análisis iconográfico o dar una explicación de las piezas escogidas atendiendo a sus valores artísticos, sino utilizarlas como fuentes complementarias de los datos etnohistóricos que aparecen en los capítulos previos, pues las obras de arte son testigos contemporáneos de los momentos históricos estudiados. Para ello, el criterio que se ha seguido ha sido el de presentar las piezas atendiendo a diferentes temas como si se tratara de salas de una exposición, más que agrupándolas por esquemas tradicionales: escultura, pintura, arquitectura o artes decorativas.

El estudio de las piezas artísticas como fuentes históricas no sólo han confirmado que la situación de inestabilidad en Mesoamérica fue una constante y no un aspecto privativo del Postclásico, sino también un cambio político que se inclinaba más a ‘convencer’ al enemigo, aunque fuera usando la fuerza de las armas, para colaborar en el proyecto de crecimiento del centro dominante, que a eliminarlo. Este cambio en la estrategia política lo recoge el arte al reflejar al cautivo con mayor dignidad. La convención gráfica deja claro quien es el dominado y quien el vencedor, pero el primero ya no aparece completamente humillado.

Otro aspecto al que hemos aludido es al carácter multiétnico y jerarquizado que define la sociedad clásica y que hereda la postclásica.

Éste se aprecia en los retratos del templo de Xochicalco o en los murales teotihuacanos, entre otros, al representar a grupos corporativos poderosos que hacían crecer a la sociedad, como estrategia de integración de una élite que aunque retenía el poder, permitía la participación en las altas esferas político-económicas, a grupos foráneos que aportaban riqueza.

Con estos cambios sociales, el arte se vuelve más ecléctico y refleja el espíritu expansionista y dominador, así como ese secular gusto por el comercio que caracterizó a la sociedad mesoamericana, y que ponía en contacto, no solo mercancías, sino las diferentes corrientes culturales, como reflejan los murales de Cacaxtla, Bonampak o las pinturas de las tumbas de Monte Albán. Este nuevo orden social necesitaba un lenguaje estético que

transmitiera las transformaciones de una manera clara y concisa, para ello nada mejor que reciclar una serie de mitos tradicionales de sobra conocidos.

Así, el arte mesoamericano participa de las reglas fundamentales de lo que modernamente se ha venido a denominar propaganda política. Como veremos más adelante, el lenguaje que se busca para emitir un mensaje claro, como debe ser toda propaganda eficaz, es una serie de mitos tradicionales y por lo tanto muy conocidos, por la élite y por la masa. Estos mitos debían transmitir el mensaje que justificaba la supremacía de un pueblo sobre otro, la guerra y la ratificación de ese poder a través de grandiosas puestas en escenas, que enardecían el fervor ‘nacional’ y que culminaba en la apoteosis de masificados sacrificios humanos. Al hablar de una sociedad multiétnica parece contradictorio hacerlo también de sentimiento nacional. Sin embargo, la sociedad atendía a consideraciones más amplias que dotaban al ‘nacionalismo’ de un significado más universal y práctico de lo que entendemos actualmente.

El repertorio propagandístico se compone de diversos mitos heredados que tuvieron gran aceptación tanto por los emisores como por los receptores y que no conocieron fronteras: el mito de la Serpiente Emplumada y del Quinto Sol, para escenificar que en ésta época los triunfadores son aquellos guerreros valerosos, capaces de dar su vida por el bienestar del proyecto político, como vemos en Teotihuacan, Cacaxtla, Chichén Itzá o Xochicalco y que vienen a confirmar los datos que las fuentes históricas proporcionan al describir un colorista, acicalado y bravío mundo militar. Con este lenguaje tradicional se consigue, por un lado eficacia comunicativa y, por otro ‘camuflar la sensación de ruptura’, teniendo una aceptación mayoritaria.

En la siguiente sala de nuestra exposición virtual vemos cómo todas las virtudes que propugna esta propaganda política, a través de sus viejos mitos, está encarnada en el gobernante como la máxima exaltación del guerrero triunfante, que cada vez tendrá más importancia, como muestra la evolución de las representaciones en las estelas y en las piedras sacrificiales mexica.

El nuevo orden tenía necesidad de un líder fuerte y carismático que condujera a la masa en la dirección que marcaban los objetivos del sistema político. Y es aquí donde juega un papel fundamental la propaganda, porque a través de la puesta en práctica de grandiosas ceremonias, en las que el gobernante en muchos casos participaba, lograban enardecer a la multitud. Para lograrlo se hace imprescindible disponer de un escenario adecuado para tales propósitos, dando cabida a la siguiente sala.

La arqueología va dejando al descubierto enormes plazas en Teotihuacan, Tula, Cholula o México, donde las fuentes históricas nos narran con todo lujo de detalles las ceremonias que en ellas se llevaban a cabo. En estos escenarios el ambiente dramático se conseguía gracias a la conjunción de una arquitectura y escultura monumental, ayudado por un colorido ‘agresivo’ que, junto a la luz titilante de las antorchas y al ensordecedor e hipnótico sonido de los instrumentos musicales, evocaba una atmósfera de sublimación y fanatismo que trasmataba a los participantes en ese pueblo elegido, con una misión divina que no le permitía escapar de su propio destino.

En estos espacios el recinto que condensaba toda la fuerza cósmica, que se traducía en impulso político, era la pirámide o templo mayor donde confluían las líneas del cielo, la tierra y el inframundo, dotándolo de una energía sin igual, que le convertía en el lugar ideal para construir en torno a él el resto de los edificios más importantes, creándose un lazo invisible que unía en el mismo lugar, simbólicamente, el poder político-económico con el religioso. El máximo exponente de este ‘teatro’ es el Templo Mayor de Tenochtitlan, que al encarnar estas singularidades se convierte en el *axis mundi* del imperio.

Este modelo de centro ceremonial tenía una larga tradición mesoamericana que funcionaba perfectamente para la misión que tenía encomendada y que los mexica tomaron con gusto, como herederos del poder tolteca.

El arte mexica es un arte al servicio del Estado y por eso en él encontramos las claves que definen una eficaz propaganda. Era un lenguaje simbólico, muy conocido, porque el símbolo da inmediatez al mensaje y no se detiene en detalles accesorios y, otro aspecto que también encontramos en los manuales de la moderna teoría de la propaganda, que defiende la psicología, es la selección, presente de una manera consciente en el arte imperial, al seleccionar solamente aquellos mitos que expresaban exactamente el mensaje que el gobierno quería emitir y no cualquier otro.

Así se crea un programa edilicio monumental, al servicio del Estado, que tenía la misión de transmitir la grandeza imparable del régimen político. Éste, como su arte, no podía dejar indiferente a quien lo conociera y en éste sentido fue muy eficaz porque esa inquietud que despierta su contemplación ha llegado hasta nuestros días, sin embargo, su mensaje con nosotros no lo es tanto al desconocer en toda su dimensión lo que transmite.

Las ceremonias que realizaban en este contexto, venían a completar la obra arquitectónica, de la misma manera que los sermones de los clérigos medievales completaban el mensaje de los capiteles historiados que adornaban las columnas de sus iglesias. Los regímenes políticos necesitan echar mano de la imagen para difundir lo que quieren transmitir, y sin que los medios de comunicación hubieran hecho todavía acto de presencia, el control de la educación en las escuelas y las representaciones ceremoniales venían a cumplir la misma misión. Las ceremonias más importantes se hacían en honor de Tlaloc y Huitzilopochtli que representaban en el ámbito teológico simple el agua y el sol, pero que traducido a los intereses políticos eran las claves vitales de la economía y política mexica. De tal modo que el crecimiento del imperio se imbricó en el desarrollo del propio Templo Mayor, pues con las victorias se celebraban nuevas ampliaciones del mismo, que se sancionaban con sacrificios de cautivos de dichas batallas, así como con las ofrendas que los líderes de estos pueblos sometidos hacían en el Templo Mayor. En este sentido era el símbolo tangible del enorme poder político que había logrado el imperio mexica.

Estas ampliaciones de las que nos hablan las fuentes históricas nuevamente son ratificadas por la arqueología. En este magnífico escenario no podía faltar otro edificio que tiene también mucho que ver con la idea política que desarrolló el imperio, es el *coateocalli* o templo donde se alojaban las deidades de los pueblos sometidos. Sabemos que al conquistar una ciudad quemaban el templo y tomaban a su dios, lo que no sabemos es si esta imagen era la que colocaban en el ‘Panteón’ mexica o encargaban que las esculpieran de nuevo, como parece que hizo Moctezuma II.

El hecho de tener una representación de todos los dioses patronos de los pueblos sometidos, puede interpretarse a modo de ‘melena de Sansón’ que al dejarles sin ellos perdían su fuerza y así la capacidad de rebelarse contra el imperio. Pero, también podemos pensar que al convertirse Tenochtitlan en el corazón del mundo mesoamericano, podía ser interesante tener un lugar donde los peregrinos que vinieran a la ciudad, por motivos comerciales u otros, pudieran honrar a sus dioses y de alguna manera ser una fuente de ingresos para el centro ceremonial mexica.

Las fuentes históricas además de describir este escenario, donde la concepción del espacio y del tiempo cobra gran relevancia, también nos ofrecen el relato detallado de las ceremonias que tenían lugar en él. Especialmente, se detienen en aquéllas en las que el imperio festejaba su

poder sacrificando a los guerreros que habían sido apresados en la batalla. Así pues, el espacio para el sacrificio queda plenamente justificado en esta exposición virtual.

La escultura junto a la escenificación, es decir la propia ceremonia, completaban el programa ‘iconográfico’ que sancionaba la legitimidad del régimen y reafirmaba su superioridad frente a los más débiles. Los temas que más fortuna tuvieron para decorar los monumentos, relacionados directamente con el sacrificio, fueron las victorias en las que los ejércitos de la Triple Alianza, ataviados a la ‘manera tolteca’ sometían a los que se interponían en su responsabilidad de salvar el mundo; y el mito en el que Huitzilopochtli, desde una situación de inferioridad, pues es un recién nacido, es capaz de derrotar a sus hermanos mayores, fue el otro tema estrella. Este mito queda simbólicamente resumido en la representación de Coyolxauhqui, que adquiere todas las connotaciones del enemigo derrotado. Logrando, nuevamente con esta reducción del mensaje, un símbolo de una eficacia propagandística enorme.

Dentro de los sacrificios destaca el conocido como gladiatorio que está directamente relacionado con la creación de unas enormes piedras talladas en las que el prisionero quedaba sujeto por una pierna para escenificar un simulacro de combate, en el que el cautivo se batía atado y con falsas armas contra el victorioso guerrero del imperio que lo había apresado, completamente armado, preludiando el éxito de la batalla, del que participaba toda la comunidad, que contemplaba ávida el espectáculo.

Como en otros aspectos de su cultura los mexica ni fueron los introductores de los sacrificios humanos, ni los creadores de estas piedras sacrificiales. En ellas están representados todos los elementos que hacían grande al imperio y es de suponer que cada *tlatoani* encargaba al menos una para conmemorar sus hazañas, o una ampliación del Templo Mayor. Sin embargo, en esta ocasión, la arqueología no puede venir a auxiliarnos. Las piedras más conocidas son las de Moctezuma I y Tizoc, como piedras sacrificiales y la llamada piedra del sol o del calendario, símbolo mexicano por excelencia.

El estudio de estas piedras presenta la problemática de su descontextualización y también el desconocimiento de cuáles fueron las batallas que realmente hizo cada *tlatoani* o si tenían la costumbre de asumir las de sus predecesores, como hacían otros pueblos antiguos del Mediterráneo. Esto hace que aunque las piedras estén asignadas, por ejemplo

a Moctezuma I, basándonos en los datos que ofrecen los cronistas, principalmente Diego Durán, no haya unanimidad al respecto. Pero lo que aquí nos interesa, fundamentalmente, es su valor de propaganda del régimen, y en ese sentido sí queda completamente claro.

Además de las hermosas piedras sacrificiales encontramos otras piezas que están directamente relacionadas con la penitencia del autosacrificio. Los personajes relevantes socialmente tenían que realizar una serie de sangradas para mantener la armonía del universo y con ella el beneplácito de los dioses. El arte nos deja el testimonio de estos actos privados al proporcionarnos inmensos murales que los retratan y los utensilios con los que los realizaban como las cajas de piedra hermosamente decoradas, en las que se guardaban las púas y los acericos. Tampoco podemos olvidar otras piezas que son una verdadera apología de la guerra, que a través del arte se sacraliza y, por lo tanto se legitima, como el fabuloso Teocalli de la Guerra Sagrada.

En este recorrido llegamos a la última sala donde se nos muestran los preciosos libros indígenas en donde el poder político dejaba bien establecido su origen, sus leyes, sus dominios y la trayectoria de sus vidas. En este sentido las fuentes históricas constatan claramente cómo los mexica manipularon su historia todas las veces que lo necesitaron para colocarse en el lugar que estaban seguros de merecer, y si lo hacían ellos por qué no pensar que también lo hacía el resto, pues ha quedado completamente claro que los mexica se encargaron de asumir casi todos los presupuestos culturales que les habían precedido y gracias a esa rica herencia y a su propio genio conspirador lograron hacerse los señores del mundo.

Hemos visto que utilizaron una serie de características que se repiten en todos los regímenes autoritarios para difundir su propaganda: la creación de edificios monumentales, que mostraban la grandeza del Estado y apabullaban al individuo, y, a la vez, servían de escenario para la realización de actos de masas, que se acompañaban de música y griterío, que aturdí el entendimiento y difuminaba el lugar donde se encontraba, pudiendo trasladarse con la emoción creada al lugar que el gobernante pretende evocar, también aparece el gusto por la utilización de uniformes vistosos, donde la individualidad desaparece, así como el control de la enseñanza.

Todo esto se acompañó de un lenguaje estético que cumplía a la perfección los principios de una propaganda eficaz, como es la inmediatez, el mensaje transmitido nunca puede ser difícil de interpretar.

Por el contrario, debe ser atractivo y conceptual, por eso el símbolo es la representación perfecta, porque además tiene la cualidad de transmitir un mensaje imperativo y atemporal.

El gran cartelista Cassandre decía que *“el cartel es solo un medio para un fin, un medio de comunicación entre el comerciante y el público, algo así como el telégrafo. El diseñador de carteles tiene el mismo papel que el funcionario de telégrafos: él no inicia las noticias, simplemente las transmite. Nadie le pregunta su opinión, solo se le pide que proporcione un enlace claro, bueno y exacto”* (en Barnicoat 1997: 81). Las acertadas palabras de Cassandre pueden muy bien aplicarse al artista mesoamericano y al mensaje que transmitía.

Sociólogos y psicólogos que se han dedicado a investigar sobre la propaganda política y la ideología coinciden en destacar que la eficacia de la propaganda política se basaba en un conocimiento de la psicología de las “masas”. Este control estaba muy relacionado con la conciencia que tenía el hombre de su propio sino, con frecuencia escaso, lo que propiciaba que un líder carismático o un grupo de presión pudiera hacer creer a las grandes masas de gente que son capaces de realizar las más extraordinarias hazañas y, de esta forma, adueñarse de sus destinos^[546].

Pero para que fuera verdaderamente eficaz la propaganda debía actuar desde la infancia, modelando la conciencia del niño a través de la educación y proyectando las ambiciones de la juventud, de tal forma que está preparado para aceptar las propuestas del régimen sin crítica y, a su vez, el Estado está seguro de ‘poseer’ individuos que no van a dar ‘sorpresas’. Por eso, la importancia de controlar la educación por parte del Estado radica en que es el momento en que se puede manipular la forma de pensar y la conducta. De esta manera el propósito principal de la propaganda que es influir, tanto en la conducta como en la opinión social, se tiene asegurado.

La propaganda política en la actualidad recurre a los mismos ‘trucos’ que se han empleado en todos los lugares y en todos los tiempos. Se apela al orgullo del grupo o de la raza, y esta grandeza es necesaria que se difunda fuera de la propia comunidad para que aumente el prestigio. Se crea una historia en la que se han tenido que superar incontables obstáculos y calamidades y con ello se apela al sentimiento y se propicia la sugestión de ser atacados por otros; del deseo de dominio o de codicia, que se presentan como legítimas ambiciones políticas y sociales.

Para lograr movilizar a la masa con estos ‘ardides’ antes ha sido necesario poner en marcha la maquinaria de la censura, quemando los libros que no interesaban y creando nuevos textos que legitimaban tales expectativas, que suelen pretender el uso de la fuerza.

Pero falta un aspecto importantísimo para ejercer poder sobre la masa: el prestigio social. Éste, en muchas ocasiones, se toma ‘prestado’ de la antigüedad clásica, porque aunque desaparecida, perviven de ella los valores que la hicieron única y su sola evocación es capaz de transmitir emoción. Por eso, el lenguaje estético del régimen político debe tener entre sus cualidades la atemporalidad y también la sencillez, en el sentido de ser fácilmente identificable, tanto a nivel diferenciador, por ejemplo en cuanto a los distintivos que sólo pueden poseer los estratos más altos de la sociedad, o por el contrario quien deja de utilizarlos y con ello marca el deseo de dejar de pertenecer al grupo y se convierte en una amenaza.

Los símbolos estéticos que se seleccionan para emitir la propaganda también tienen sus raíces en la Antigüedad, con el mismo deseo de evocar unas emociones que están intrínsecas en él, para limar la resistencia de la masa a aceptar el mensaje.

Otro elemento que tiene gran importancia en la propaganda es el proceso que los psicólogos llaman “sugestión”, de la que se distinguen dos formas, la primera que se basa en la relación vertical de superiores e inferiores y, la segunda se basa en la igualdad o camaradería. Para el tema que nos ocupa, el tipo de sugestión que interesa es la primera, que guarda una relación muy directa con el prestigio político y social, que se suele tomar prestada y se redobra con las argucias que ya hemos aludido.

En cualquier grupo que se estudie los mecanismos de la propaganda política atienden a los mismos principios: Censura, purgas, control de la educación, así como de las artes, las actividades deportivas y festivas. Estas son las conclusiones que se recogen de estudios que analizan este fenómeno en su vertiente sociológica y psicológica.

Las sociedades mesoamericanas llegaron a las mismas conclusiones.

Así pues, la propaganda imperial tras la victoria tepaneca nació como consecuencia de las reformas ideológicas llevadas a cabo por Tlacaelel, que dieron lugar a nuevas necesidades sociales. La evolución del imperio imponía que la sociedad estuviera informada de las excelencias que propugnaba, frente a los que no formaban parte de él, para que lo apoyaran. Tanto para informar,

como para recibir el apoyo, fue necesario fabricar una eficaz propaganda imperial y parece que lo lograron pues, como sabemos, estremecieron a los pueblos que les conocieron, unas veces seduciéndolos, y otras horrorizándolos.

Conclusiones

A través de estas páginas se ha intentado analizar el valor que tenía la actividad guerrera en la ideología política mesoamericana en el postclásico. Cómo la guerra se imbricaba en todos los aspectos: políticos, económicos, religiosos y artísticos y cómo los legitimaba frente a la sociedad.

El grueso de la investigación se ha centrado en la sociedad mexicana por cristalizar en ella los logros de los anteriores pueblos, pero podemos afirmar que para todos la guerra era un acontecimiento más de la vida para el que había que estar lo mejor preparado posible. Y al ser ésta una faceta cotidiana y social, se puede someter a estudios que exceden objetivos puramente castrenses, y analizar a la sociedad de forma global al observar cuáles son los resortes que alimentan el sentimiento expansionista que los encamina hacia el imperio.

En este sentido Mesoamérica es un excelente escenario para el análisis de los elementos que formaban parte de las estructuras de poder, pues no hay descanso entre el surgimiento de un centro poderoso, su ocaso y el resurgir del siguiente, que esperaba impaciente su ‘oportunidad’.

Este estudio ha permitido ver qué tipo de Estado se desarrolla; si es éste el que define y determina el aspecto guerrero o, por el contrario, éste último es el que modela la clase de Estado; observar el uso que el Estado hace de la violencia; la formación y consolidación de élites armadas; el ejército como parte integrante de la burocracia; la relación que existía entre guerra, tributos y privilegios y el papel que jugaba el faccionalismo en la dialéctica que generaba la interacción de todos estos factores y, finalmente, cómo el Estado utilizaba el arte como una estrategia más para difundir su poder.

En Mesoamérica surgen una serie de centros que crecen y se hacen complejos, hasta dominar las áreas adyacentes. El modo de estructurar su ejecución y la capacidad de expansión evoluciona gracias a que cada uno aprovechó los recursos y estructuras que habían funcionado con anterioridad.

Por tanto, no debemos acercarnos al estudio de las estructuras mesoamericanas como si fueran entes extraños que crecen sin antecedentes y que se colapsan sin saber por qué.

Es cierto que aún quedan muchos aspectos sin resolver, pues los datos de los que hoy disponemos todavía no lo permiten, bien por su escasez o por nuestra incapacidad de comprenderlos. Sin embargo, podemos observar una serie de pautas claras que sirven para definir estas circunstancias y por ello, aunque de forma menos profunda que para el estudio de la sociedad mexicana, hemos mostrado el panorama general mesoamericano en el Postclásico, para reafirmar que la sucesión de estados complejos que se dan en Mesoamérica tienen un denominador común del que van heredando y perfeccionando sus estructuras políticas, sociales y artísticas y que todos estos aspectos tienen un *continuum*.

Los estudios mesoamericanos han intentado ofrecer una Historia lineal, sin sobresaltos, quizás porque las crónicas así la presentan y estas fuentes han sido la base para la mayoría de las investigaciones, despreciándose aspectos que en sí mismos no son instituciones políticas pero, que son importantes para crearlas, mantenerlas o destruirlas, y que han sido valoradas en la Historia política occidental como instrumentos de primer orden, sin los que no se podría entender la formación de los estados europeos.

Nos referimos a la importancia de los grupos de poder, de las facciones, de las intrigas, de los matrimonios de Estado, de la diplomacia; aspectos sin los que no se podrían explicar el crecimiento de los estados occidentales, el derrocamiento o entronamiento de casas reales, etc. Sin embargo, quizás por esa predisposición que han tenido los eruditos, a la hora de enfrentarse con culturas que diferían del patrón greco-romano, de analizarlas desde un punto de vista aéreo, se las ha estudiado superficialmente, resaltando los aspectos ‘exóticos’, como los sacrificios, en detrimento de los parámetros socioculturales complejos que los acercaban más a los imperios del Mediterráneo y que daban la medida de la grandeza que alcanzaron.

Por eso, no es de extrañar que, hasta prácticamente hoy en día, se siga cuestionando la complejidad estructural de estos pueblos y de cómo se les puede ‘etiquetar’. Estados, Imperio ¿sí o no? Nosotros hemos intentado dar una idea de conjunto a través de un eje vertebrador que ha sido el fenómeno de la guerra, aunque hemos tenido en cuenta que para tratar el tema entran en juego términos como estado, nación, soberanía o imperialismo que se ven muy afectados por el factor tiempo, pues los cambios socioeconómicos están

en constante evolución y estos términos no siempre tienen el mismo significado.

Aunque nos hemos ceñido principalmente al desarrollo de las estructuras político sociales mexicas, porque es donde eclosiona el devenir de los pueblos anteriores, hemos creído justificado mostrar parte de estos pueblos, aunque de forma menos detallada, precisamente para no incurrir en ese espejismo que presenta la Historia mesoamericana de que las altas culturas aparecen sin antecedentes y se difuminan tan misteriosamente como han aparecido.

Las últimas líneas de investigación cuestionan el supuesto pacifismo del período Clásico, subrayando la coincidencia de los mismos elementos belicistas tanto en el período Clásico como en el Postclásico.

También estas investigaciones han afectado a la manera de entender a sociedades fundamentales para el período Postclásico como Tula. Cada vez se cuestiona más firmemente su antigüedad real e incluso su ubicación geográfica. Tenemos muchos datos sobre ella, pero están transmitidos en clave mítica y se concilian difícilmente con los que proporciona la arqueología. Ésta dice que Tula no se corresponde con la magnificencia que la leyenda ha transmitido, pero sí que supieron aprovechar y mejorar las antiguas redes comerciales, lo que la situó en una posición de liderazgo frente a sus vecinos, que su progreso atrajo a gran cantidad de hombres y mujeres que buscaban mejorar dentro de esta próspera sociedad, lo que proporcionó una importante mano de obra, tanto para la construcción de grandes obras públicas, como para engordar las filas del ejército. Dada la variedad étnica que acogió la ciudad, es de suponer que la organización social sería de tipo meritocrático, que resolvía con mayor comodidad los problemas que suscitaba la pluriétnicidad.

A pesar del halagüeño futuro que parecía vislumbrarse, Tula no pudo escapar al violento final que el destino le tenía preparado y alrededor de 1179 su brillo se apagó. Los motivos fueron variados y no se debieron a una única causa, sino que al parecer se aliaron unos fuertes cambios climáticos con la irrupción de chichimecas que, con su armamento más efectivo, arcos y flechas, desestabilizaron el flujo de las caravanas comerciales.

La capital tolteca dejó de ser el líder comercial, pero el resto de las ciudades con las que mantenía sus actividades siguieron funcionando, esto indica que el sistema político que Tula había establecido era de tipo hegemónico o indirecto.

Aunque marcamos el final de Tula en 1179, hacia el 900 se sucedieron unos graves acontecimientos políticos que, tuvieron mucho que ver con el importante papel que jugaron las facciones en todo el desarrollo político mesoamericano. Como consecuencia de los enfrentamientos políticos entre la facción liderada por Huemac y la acaudillada por Topiltzin Quetzalcoatl, éste tuvo que exiliarse junto con sus seguidores, acrecentando y dificultando la comprensión de la historia-leyenda tolteca.

Es cierto que los mayas recogen en sus libros la llegada de gentes de origen mexicano que, parecen coincidir con el grupo liderado por Topiltzin Quetzalcoatl, que se instalan en Chichén Itzá. Y aquí se suscita un nuevo interrogante dentro del entramado cronológico mesoamericano. Pero haciendo referencia a las nuevas líneas de investigación parece que éste empieza a responderse, aunque con bastante polémica. Pues si hasta ahora parecía convincente la mayor antigüedad de Tula, ahora ésta se pone en duda, basándose en los contactos que mantuvo Teotihuacan durante su expansión con las tierras mayas, que le permitió familiarizarse con el arte, uso y costumbres mexicanas y que también se reflejan en las características eclécticas que muestra el arte de Cacaxtla y Xochicalco, y que por ello otorgaría una mayor antigüedad al estilo ‘tolteca’ de Chichén Itzá que a la propia Tula.

Sin embargo, la unanimidad no es total y otros historiadores siguen apostando por la autoría de Tula, por más antigua, al aceptar estudios también recientes, que señalan que los rasgos estilísticos que definen al arte tolteca como el *chacmool*, el *tzompantli* y las columnas sustentantes provienen de la cultura Chalchihuites, en el norte de México, que es 500 años anterior a Tula.

Aceptar la idea de que Tula tiene menos ‘edad’ de la que hasta ahora se creía, es más coherente para obtener una visión con menos interrupciones o ‘épocas oscuras’ en la historia mesoamericana del Clásico al Postclásico, proporcionando una mayor comprensión del proceso de desarrollo de las diferentes culturas.

El desarrollo político mesoamericano está caracterizado por el surgimiento de una ciudad que ejerce de aglutinador. En el centro de México la ciudad de Azcapotzalco destacó como centro integrador, pero su fama se debe más a su desgraciado final, que a la importancia de su esplendor.

El gobierno tepaneca tenía bajo su dominio a poblaciones que disfrutaban de un estatuto político diferente, que tenía que ver con su grado de

independencia y de autogestión política. El nivel de menor rango era denominado *cuauhtlatocayotl* y el de mayor importancia política *tlatocayotl*.

Los primeros tenían una mayor dependencia de Azcapotzalco y era ésta quien les imponía al *cuauhtlatoani* o gobernante para que gestionara los asuntos políticos, siempre favorables a los intereses tepaneca. En el segundo caso el *cuauhtlatocayotl* crece organizativamente hasta el estadio de *tlatocayotl*, donde la metrópoli delega mayores competencias y permite a éste tener sus propias dependencias de las que obtiene, también, un tributo.

Hemos dicho que la fama de Azcapotzalco nace de su propia desdicha. Efectivamente, ésta vino de la mano de uno de sus tributarios que llegó a ser más conocido que su propia metrópolis. Nos referimos a los mexica, que aprendieron de los tepaneca la manera de gestionar su poder y que también deberán su fama a su dramático final.

Los mexica llegaron al Valle de México tras un largo y, según narran sus fuentes, un penoso viaje. Después de probar suerte en varios lugares, finalmente, se asientan en tierras del señor de Azcapotzalco. Éste les otorga parte de un islote a cambio de pagar tributo.

Durante los primeros años los mexica tuvieron varios *cuauhtlatoque* impuestos por la capital tepaneca.

Sabemos que durante su peregrinación hubo problemas que originaron separaciones entre los mexica, unas veces se dirimían de forma pacífica y otras, sencillamente, se utilizaba la vía expeditiva para acallar a los disconformes, observando, una vez más, cómo las facciones políticas siempre han estado presentes en Mesoamérica como elemento esencial en la evolución política. Uno de estos grupos fueron los mexica-tlatelolca que ya eran tributarios de Azcapotzalco cuando los mexica-tenochca llegaron a tierras tepaneca. Este hecho nos parece de relevancia para entender muchos de los acontecimientos que siguieron.

Pasado el tiempo, unos 52 años, en 1376 los mexica, tanto tlatelolca como tenochca, se encuentran en posición de dar el salto político hacia el *tlatocayotl*, y esta situación recrudece antiguas hostilidades que no se zanjarán definitivamente hasta 1473.

Las fuentes dicen que los tenochca tomaron como *tlatoani* a Acamapichtli, de stirpe colhua y Tlatelolco se inclinó por continuar con el linaje tepaneca y que dicha separación se produce porque los tlatelolca intrigaban y malmetían en la corte de Azcapotzalco contra sus hermanos

tenochca. Es difícil aceptar estas afirmaciones que hasta ahora no parecen haberse cuestionado.

En primer lugar, los tlatelolca aparecen como infames en las fuentes porque la mayoría de éstas son favorables a los tenochca y, naturalmente, porque toda su historia fue reescrita para dejar constancia de su verdad. Pero un análisis desapasionado parece indicar que si fuera cierto que los tenochca ‘eligieron’ un gobernante colhua, fueron ellos quienes intentaron romper el orden establecido y no los tlatelolca que siguieron con los señores tepaneca. Pero en esta reflexión tampoco hay que despreciar el dato de que Colhuacan era dependiente de Azcapotzalco, aunque tenía un mayor rango político que Tenochtitlan y Tlatelolco, también debía obedecer los dictados de la capital imperial. Y esta observación, también explicaría el hecho de que aceptaran dar un Señor a los mexica después de cómo terminaron las relaciones entre ellos.

En segundo lugar, tampoco podemos olvidar la condición de vasallos que tenían mexica y tlatelolca y, por lo tanto su inferioridad.

Contemplando esta situación se hace difícil aceptar que ninguno de los dos grupos pudiera ‘elegir’ señor, sino que Tezozomoc, *tlatoani* de Azcapotzalco, sería quien tendría la decisión sobre ese punto. La imposición de gobernante en los *cuauhtlatocayotl* y *tlatocayotl*, estaba relacionada precisamente con el *status* político-jurisdiccional que esa situación les proporcionaba, por eso los mexica-tenochca, no sólo no eligieron gobernante, sino que era de menor rango que el que recibieron los mexica-tlatelolca, que gozaban de mayor consideración política al llevar establecidos más tiempo en tierras tepanecas.

Por esta misma opinión pensamos que, una vez establecidos los nuevos *tlatocayotl*, Tlatelolco pudo desarrollar su ‘vocación’ comercial y los tenochca se dedicaron a labores de menos relumbrón.

Las fuentes informan que en Tlatelolco se establecen grupos que están directamente relacionados con el comercio, sobre todo el de larga distancia que es el de mayor rendimiento. Aunque las fuentes que hemos consultado solamente indican que Cuacuauhpitzáhuac, el *tlatoani* tepaneca, permite asentarse a estos grupos extranjeros en su ciudad, como tributarios de los tepaneca sería Tezozomoc quien tendría que dar su aprobación, no sólo a la entrada del grupo, sino también establecer a qué actividad económica se iban a dedicar sus vasallos, pues no podía permitirse que prosperaran hasta un

punto que fueran una amenaza para el imperio y en ese sentido decimos que como Tlatelolco tenía una mayor importancia política que Tenochtitlan, pudo dedicarse al comercio que también tenía mayor prestigio.

En cuanto a Tenochtitlan, una vez que le fue impuesto el *tlatoani* colhua, reiteramos que no compartimos el sistema excesivamente ‘democrático’ que describen la mayoría de los historiadores, tuvo que conciliar las estructuras de poder existentes, los *calpulli*, con las nuevas para integrarse y desarrollarse en el orden político-económico establecido por Azcapotzalco.

Con la aceptación de Acamapichtli como gobernante mexica se integraron en el Valle de México y consiguieron establecer relaciones más fluidas con el resto de las ciudades, para abastecerse de los productos agrícolas que les eran tan necesarios. Este momento es especialmente interesante desde el punto de vista político, ya que hay que preguntarse en qué lugar quedaban los jefes tenochca que hasta ahora habían tenido mucho peso en la vida política del grupo. Las fuentes no son explícitas al respecto pero la lógica hace pensar que al menos se pueden contemplar dos opciones: a) los que intentaron retener el mayor poder plegándose como juncos a la cúpula tepaneca, a través de los matrimonios para vincularse al linaje gobernante; produciéndose una interacción de los intereses de ambos grupos de poder, pero dejando clara, una vez más, nuestra postura de que los *calpullis* tendrían poco margen de decisión dentro de la estructura de poder tepaneca; y b) los que no aceptaron de buen grado las nuevas estructuras, dando origen a grupos descontentos que formarían las facciones que en 1428 se hicieron oír.

Desde su posición de *tlatoayotl* los mexica pudieron crecer a través de las recompensas que recibían por su participación en las guerras, así como por los tributos que obtenían de otras comunidades, que les permitían tener los tepaneca, aunque parte de estos beneficios iba a parar a las arcas de Tezozomoc. Como hemos ido viendo, el imperio de la Triple Alianza puso sus pilares sobre sólidas bases ya experimentadas.

Respecto al sistema de sucesión, las fuentes muestran que hay distinto proceder durante el reinado de los tres primeros *tlatoque* del que se seguirá tras la guerra contra los tepaneca. A nuestro juicio, los primeros *tlatoque* no “señalaban” sucesor, como dicen las fuentes, porque no tenían potestad para ello, sino que Tezozomoc era el encargado de designar el candidato que ocuparía la vacante del trono de sus *cuauhtlatocayotl* y *tlatoayotl*.

Implicados plenamente en el sistema político del Valle, el gobierno tenochca fue haciéndose cada vez más cercano a la corte tepaneca, no sólo sirviendo bien en las guerras, sino utilizando un instrumento político muy útil: los matrimonios de Estado. A través de la política matrimonial consiguieron reducciones fiscales y otros tratos de favor que, unido a la avanzada edad de Tezozomoc, hacían que las facciones que conspiraban en su corte se dispusieran contra él y sus protegidos.

En el ambiente la intriga se palpaba, tanto en la corte tepaneca como en la tenochca. Tezozomoc llevaba muchos años reinando y sus hijos ambicionaban su trono, además no compartían la política, a su juicio permisiva, que seguía con los mexica. Aunque hay que destacar que el doble juego en la política mesoamericana era muy frecuente, y Tezozomoc siempre miró por sus intereses y procuró detener el crecimiento de sus tributarios tenochca. Por ejemplo, en el episodio de la muerte de Ixtlilxochitl, gobernante texcocano, Tezozomoc parece que pactó con los chalca para que lo asesinaran, a cambio de mantenerse neutral en los conflictos que Chalco tenía con Tenochtitlan.

La muerte de Tezozomoc marcó profundamente la política del Valle, dando paso a un nuevo orden en el que los belicosos mexica ocuparían el lugar de privilegio, tras ser los vencedores en una sangrienta guerra. Los dos bandos que se enfrentaron buscaron sus apoyos y eliminaron los obstáculos que se interponían en sus planes, desapareciendo en este torbellino violento la rama dinástica que gobernaba en Tenochtitlan y parte de la de Tlatelolco. Todos los indicios señalan como responsables a quienes ocuparían los cargos políticos más relevantes en la propia corte mexica, aunque una vez transformada la historia, los asesinos se encargaron de buscar los culpables más efectivos que, como no podía ser de otra manera, no eran otros que los odiosos y opresores tepanecas.

Con el pretexto de vengar estas muertes Itzcoatl, Nezahualcoyotl y Cuauhtlatoa se reunieron con el objetivo de crear una embajada que fuera hacia Huexotzinco en busca de ayuda para enfrentarse a los tepaneca. Tras varias negativas, finalmente consiguieron la ayuda que deseaban, al parecer no sólo por las riquezas aportadas por Tlatelolco, sino que la vieja amistad que les unía a Nezahualcoyotl influyó decisivamente. Y aquí también interesa destacar que en el momento en que se decide atacar a Azcapotzalco, Texcoco estaba subordinada a Tenochtitlan y tras la guerra ésta quedó independiente. Aunque las fuentes no lo aclaran no parece descabellado pensar que Nezahualcoyotl pudo negociar la independencia de Texcoco si lograba la

preciada ayuda de los pueblos de la Tramontana, así como algún pacto de no agresión con éstos por los servicios prestados.

Además de estos factores diplomáticos y de las innegables cualidades militares de los mexica, otros factores concurrieron para que la guerra ofreciera un resultado positivo al bando liderado por ellos, como fue el papel que jugaron las diferentes facciones que había en ambos bandos. Por un lado, Chimalpopoca, Tayauh y Tlacateozin, éste último sabemos por las fuentes que estaba a la cabeza del ejército del imperio tepaneca, porque gozaba de la confianza de Tezozomoc; por otro lado, Maxtla que defendía su derecho al trono tepaneca y que sin quererlo se convirtió en un eficaz aliado para la última y verdadera facción ganadora, Itzcoatl, Tlacaelel, Nezahualcoyotl y los hijos de Tlacateotl. La primera facción fue eliminada por la tercera, y culpar a la segunda fue la excusa perfecta para iniciar la guerra que daría la hegemonía del Valle a otro nuevo pueblo: los mexica.

Acabada la contienda los vencedores se reunieron para establecer las bases sobre las que empezar a construir lo que conocemos como imperio de la Triple Alianza. En el desarrollo de los pueblos anteriores a los mexica, era un rasgo común aliarse en una confederación de mutuo apoyo. Los nuevos señores, como herederos de un antiguo legado, hicieron lo mismo y es muy interesante observar quiénes fueron los componentes de tan famosa alianza.

Estaba claro que texcocanos y tenochca estarían en ella, pero el tercer miembro fue Tlacopan y no Tlatelolco, como cabría esperar.

Varios son los motivos que se pueden apuntar para que estuviera una y no la otra. Según las fuentes Tlacopan fue propuesta por Texcoco y Tenochtitlan fue reacia a admitirla, sin embargo esta podría ser una postura engañosa de Tenochtitlan pues desde el principio Tlacopan fue muy dependiente de ella, y por lo tanto Tenochtitlan se beneficiaba de tenerla como socia; si era cierto que no estaba de acuerdo, tal vez pudo poner como condición ser la cabeza militar de la Alianza o si, como apuntan otros autores, los tlacopanecas asesinaron a Chimalpopoca a instancias de Itzcoatl, ésta sería la recompensa.

Sea como fuere, Tlatelolco, que cumplía con creces los requisitos para ser miembro, fue excluido. Los tenochca tenían sobrados motivos pues la enemistad era legendaria y además podían argumentar que hasta el último momento los tlatelolca intentaron estar en el bando de Maxtla. Texcoco, por su lado, tampoco apoyó su entrada y a la luz de actuaciones posteriores cuesta entender por qué. Quizás el motivo estuvo en la ambición de Texcoco por

dominar en el futuro la Alianza y pensó que los tlacopanecas serían una oposición más débil y agradecida, que la tlatelolca y su creciente prosperidad comercial.

Vemos cómo los grandes centros mesoamericanos del Postclásico van superponiéndose en el tiempo, aprovechando los aspectos más exitosos del anterior, aprendiendo de sus errores y reutilizando o reinterpretando sus aciertos, llegando hasta el siglo XVI, momento en el que su desarrollo queda truncado por la irrupción de los europeos.

Estos puntos comunes son los siguientes: a) esperaban su ‘oportunidad’, acechando que el centro rector decayera para ocupar su lugar, evitando afrontar grandes conflictos directamente. Lo vemos desde los olmecas cuando abrieron sus vías comerciales hasta el entronamiento del segundo Moctezuma, con los estados independientes. b) Expansión a través del comercio, reutilizando las vías comerciales abiertas por el centro decadente y la exigencia del tributo. c) Utilización de las alianzas matrimoniales como elemento clave para consolidar la expansión y tejer la densa red de la política exterior, así como instrumento integrador. El caso de Acamapichtli y su vinculación con los *calpullis* es emblemático. La función de estos matrimonios de Estado cambió con la propia evolución política. Al principio las uniones entre la elite eran más bien un símbolo para asegurar una política de mutuos beneficios. Sin embargo, su protagonismo fue aumentando hasta ser verdaderos instrumentos políticos que hacían inclinarse la balanza del poder, de los centros dependientes, hacia uno u otro lado, en función de las predilecciones o intereses de la metrópoli. Esta política matrimonial también alentó el fenómeno del faccionalismo.

Efectivamente, el uso de los matrimonios de Estado como elemento integrador cada vez adquiría mayor protagonismo porque era muy útil, sin embargo ésta práctica guardaba un aguijón envenenado cuyo alcance era difícil de prever. Nos referimos al fenómeno del faccionalismo que fue extraordinariamente activo dentro de la política mesoamericana. Éste se veía potenciado por el uso de la poliginia y el tipo de elección del candidato al trono. La primera proporcionaba muchos candidatos posibles que jugaban sus cartas en busca de apoyos, esto hacía que el sistema se encontrara siempre alerta y desviaba la atención entre los posibles candidatos, dotando al trono de mayor estabilidad. d) Mantenimiento de estas estructuras a través de la amenaza armada, cada vez más presente en la sociedad, en detrimento de la influencia religiosa, como demuestran los legados artísticos. e) La asociación

de varios centros en torno a una organización de mutuo apoyo con una línea de actuación política común, ejemplos como los de los tepaneca, tarascos, tlaxcalteca, chalca, mexica, que terminará siendo, inevitablemente, controlada por uno de los miembros, rompiendo el equilibrio y dando lugar a una nueva etapa en la vida política mesoamericana, pues el más fuerte la utiliza como plataforma para obtener un poder absoluto. f) Otro rasgo interesante que comparten algunos Estados mesoamericanos es la forma brusca con la que ponen fin a su poder. Es un acto de ‘autoaniquilación’ del propio Estado, en el que el centro neurálgico que contiene el corazón del imperio aparece, sin excepción, destruido. Esto ha dado pie a numerosas teorías en las que se implican factores exteriores como invasiones, enfermedades y desastres ecológicos, que no son totalmente satisfactorias, pues si bien son elementos a tener en cuenta, a la hora de desestabilizar una economía no parecen tener en consideración los factores estructurales que forman el andamiaje del imperio.

Las teorías de por qué llegan a la decadencia los imperios son asimismo muy variadas desde las que la vinculan a la desidia moral de los ejércitos, o a la contracción de la economía, al exceder los gastos a los beneficios, vista no como una anomalía de la estructura política imperial, sino como una consecuencia de las oscilaciones que se producen en las condiciones iniciales y posteriores con los ‘socios’ comerciales.

Inevitablemente, el contacto de las sociedades con las que se produce el intercambio, va a tener como consecuencia que cada vez sean más competitivas. Esto a su vez origina un incremento para el imperio en los productos que inicialmente eran rentables, lo que plantea la opción de buscar mercados más baratos; aunque la búsqueda también supone un gasto mayor, o puede optar por reducir el área de expansión. Por lo tanto, para seguir obteniendo el mismo beneficio, se necesita que la maquinaria no se colapse y se tiene que gravar más a las áreas cercanas, sobre las que efectúa un control directo, generándose un malestar interior en estas regiones con el consiguiente peligro de disturbios e inestabilidades. Este hecho presiona sobre todas las clases sociales, incluidos los nobles, pues los productos exóticos suelen ser los más lejanos y los primeros que se ven afectados en las restricciones.

El siguiente punto hace referencia al nivel de complejidad que alcanzaron estos pueblos comparados siempre con patrones europeístas. La polémica arranca desde los olmecas y llega hasta los mexica, ¿fueron Estados? ¿Fueron Imperios? Primeramente, habría que ponerse de acuerdo sobre la definición de ambos aspectos, la bibliografía al respecto es abundante y, a menudo, está

teñida de fuertes cargas ideológicas que desvirtúan el sentido que pudieran tener en las épocas a las que se está haciendo referencia. Para nosotros, está claro que el nivel de Estado fue superado y que el imperialismo es la forma que tiene un Estado de explotar a otro u otros. Ahora bien, el objetivo prioritario de esta explotación marcará la forma de realizarla, desde un punto de vista territorial o desde un punto de vista hegemónico.

Pensamos que las estructuras que se cristalizan en la organización imperial de la Triple Alianza eran lo suficientemente flexibles para adaptarse a las circunstancias que le iban sobreviniendo en su difícil expansión. A pesar de estas variaciones sí se pueden esbozar las siguientes líneas de actuación: la expansión se daba en dos pasos. El primero, que consistía en afianzar una zona de ‘seguridad’ cuyo objetivo era surtir al corazón imperial de los productos y materiales de primera necesidad y que por eso la denominamos ‘despensa’ y, por otro lado, también acolchaban y protegían el núcleo de posibles agresiones.

El segundo paso consistía en expandirse hacia zonas más lejanas, toda vez que las necesidades básicas estaban aseguradas, para conseguir aquellos objetos de prestigio que demandaba la elite y los grupos de poder en general, era la zona lejana o ‘suntuaria’. En algunas de estas zonas se colocaban guarniciones que respondían al deseo del imperio de vigilar zonas de especial interés estratégico y comercial. Sobre la zona cercana se ejercía un control más directo porque las repercusiones políticas de cualquier alteración eran mayores que en las provincias lejanas.

Estas dos zonas se gestionaban de forma parecida a través de dos organizaciones que corrían paralelas, la administrativa y la tributaria. Ambas diferían en función de las relaciones que se hubieran establecido con el centro absorbido por la fuerza imperial. Políticamente se mantenía el equipo de gobierno local, aunque se cambiara al gobernante, y el tributo se imponía suave si se había incorporado a través de negociaciones diplomáticas o la resistencia militar no había sido excesiva, por el contrario, si la oposición había sido numantina las medidas del régimen eran ejemplares; se cambiaba a los dirigentes y se ponía un gobernador, generalmente mexicano y el tributo exigido también se incrementaba.

La organización tributaria era muy compleja, todos los tributos estaban reglamentados en meticulosos libros donde quedaba registrado el qué, el cómo, el cuánto y el cuándo tenían que cumplir con las obligaciones fiscales. Efectivamente, el tributo era recogido, de acuerdo a un calendario establecido,

por un funcionario imperial que las crónicas nombran como *calpixque*. La zona ‘despensa’ tributaba principalmente productos de primera necesidad y trabajo doméstico o en las obras públicas; y la zona ‘suntuaria’ productos más elitistas de menos peso y volumen y también aquellos que estaban más directamente relacionados con asuntos militares y que las crónicas no denominan tributo, pero que en nuestra opinión sí lo eran: auxiliando al ejército, proporcionando suministros, manteniendo y abasteciendo a las guarniciones.

Las referencias a las guarniciones también enfrentan a los analistas de las culturas mesoamericanas. Es cierto que quedan aspectos por aclarar, pero no compartimos la idea de quienes las niegan porque tanto las crónicas como la arqueología confirman la existencia de una red de guarniciones que se poblaban, generalmente, con colonos del núcleo. Éstas eran atendidas por los tributarios como parte del pago imperial, tanto en las plazas más importantes como en las fronteras, con múltiples objetivos: desanimar a quien intentara revelarse, tener una rápida respuesta ante quien lo hiciera, estuvieran ya dentro de la órbita imperial o no y custodiar que el tránsito de tributos y comercio no se interrumpiera.

A pesar de que tras una dura resistencia al régimen imperial se impusiera una nueva administración en las áreas conquistadas, se tendía a que, con el tiempo, se restituyera al gobierno local, que a través de los matrimonios políticos ya pertenecía a la familia imperial y sería más probable su fidelidad, además, el régimen operaba con una tendencia a la economía de gastos en todos los órdenes.

Respecto a la sociedad mexica hay que decir que estas estructuras son heredadas y que lo realmente nuevo es la dimensión que el imperio alcanza con ellas. Aunque, como hemos visto, reputados autores afirman que los mexica innovaron en la creación de un cuerpo de funcionarios imperiales *calpixques* dependientes de Tenochtitlan, también es cierto que en la *Relación de Michoacán* se habla de los *ocámbecha* tarascos, cuyas atribuciones guardan similitud con las del *calpixque* mexicano; asimismo, la sistematización de las funciones de las guarniciones también parece responder a necesidades específicas mexica que anteriormente no eran contempladas. A nuestro juicio, hoy no disponemos de datos para hacer estas afirmaciones, sino que al ampliarse desmesuradamente el tamaño del imperio, los estrategas imperiales necesitaron hacer adaptaciones para que el engranaje funcionara

sin interrupciones, pero sin olvidar que las estructuras son claramente heredadas.

Esta organización se vertebraba a través de la actuación del ejército, aunque desde el principio la expansión de los pueblos mesoamericanos parece estar más vinculada a criterios comerciales que a los puramente militares. Es indudable que la presencia de éste para garantizar la salud del comercio era imprescindible, no sólo porque velaba por la seguridad de las caravanas, sino porque cuando se planeaba una empresa comercial el ejército también se implicaba en los aspectos logísticos para calibrar las posibilidades de éxito. De esta manera economía, prosperidad y ejército quedaban vinculados, de tal forma que la sociedad se hacía dependiente de la institución militar, y a partir de aquí vemos la importancia que va adquiriendo y cómo los centros mesoamericanos que más destacaron optaron por un tipo de sociedad meritocrática, que facilitaba un ejército numeroso y motivado, porque ofrecía la esperanza de una mejora social para todas las clases sociales. Claro está que al no analizar sociedades igualitarias las expectativas eran muy diferentes para una y otra. Si bien un *macehual* podía ser distinguido por el Estado, premiando sus acciones meritorias en la guerra, los puestos claves de la vida pública estaban destinados a los *pillis*, que recibían una educación castrense más especializada y pertenecían a las grandes órdenes militares.

Como no podía ser de otra forma, en esta sociedad marcada por lo militar, el Estado se encargaba de la enseñanza de sus jóvenes para estar seguro de que no le faltarían soldados bien dispuestos y adoctrinados. Existían dos academias, la primera de ellas era el *calmecac* a la que asistían tanto nobles como *macehuales*, aunque, como hemos apuntado, no era una sociedad en la que abundara la igualdad de oportunidades; las materias que se impartían parecen indicar que el alumnado sería mayoritariamente noble o de nivel social alto, pues los formados en esta escuela trabajaban como altos funcionarios.

La otra escuela era el *telpochcalli* y con los datos que aportan las fuentes se deduce que se impartía ‘formación profesional’ ya que sus enseñanzas eran principalmente prácticas, para fortalecer el cuerpo y adiestrarse en el manejo de las armas.

El Estado se esforzaba en el aspecto de la educación, y además de las escuelas militares existían otras que también completaban a éstas, pues eran muchos los aspectos que se necesitaban dominar para que las campañas militares fueran exitosas y para que su celebración tuviera el impacto visual

deseado sobre las masas. Así, se hacía imprescindible el *cuicacalli* donde se enseñaba baile y canto y el *mecatlán* que era el conservatorio para aprender a tocar los instrumentos musicales.

Al analizar el tema del ejército también se impone despejar la incógnita de si éste era profesional o no. Entendemos por profesional aquella persona o institución que desarrolla su actividad con destreza.

El soldado mexicano recibía desde la infancia formación específica que le ponía en contacto con los aspectos fundamentales del arte militar estrategia, logística y el manejo de las armas, y cuando salía al combate era diestro y temido, y a tenor por los resultados alcanzados parece que efectuaba su trabajo con sobrada profesionalidad. Así que para las metas que el Estado imponía al ejército éste respondía con la profesionalidad que se le requería, como queda claramente recogido en los vivos documentos que los cronistas nos legaron.

El núcleo del ejército imperial se incrementaba con las tropas auxiliares que aportaban las provincias, que venían equipadas para entrar en combate. Además en este tipo de organización hegemónica era más importante la efectividad de los escuadrones que el número que los formaba, pues como decimos éste aumentaba considerablemente con las *auxilia*, cuando la empresa así lo requería, pero en muchas ocasiones para lo que se reclamaba al ejército era para apoyar alguna de las facciones que habían ido a solicitar ayuda al imperio, entonces ellos se sumaban a los efectivos que ya disponían las provincias. Así el imperio aplicaba su máxima de gastos mínimos y beneficios máximos también al ejército.

En la táctica destacamos las guerras floridas y las batallas navales, las primeras por ser muy conocidas y las segundas por todo lo contrario. Con las guerras floridas se ponía de manifiesto que tampoco era imprescindible poseer un ejército numerosísimo y siempre dispuesto. Sino que teniendo a los escuadrones necesarios bien entrenados era suficiente para enfrentarse a un enemigo quizás demasiado fuerte, y que a través de este combate el imperio minimizaba el fracaso y los gastos y le permitía aislar su objetivo a través del agotamiento y del aislamiento.

Aunque la mayoría de las fuentes y de historiadores asignan la autoría ideológica a Tlacaelel y Moctezuma I, la atenta lectura de las mismas informa de que los antecedentes de las guerras floridas se pueden encontrar en la sociedad tolteca, en la chalca y en la tepaneca, mucho antes de la formación

de la Triple Alianza. Esto viene a confirmar una y otra vez que los mexica fueron herederos de una larga tradición.

Los objetivos que se pretendían con estos combates eran múltiples y abarcaban desde los que hemos denominado ‘clásicos’, como la toma de cautivos para el sacrificio y entrenamiento para los nobles, a otros más acordes con las estructuras políticas, tales como la propaganda del régimen imperial, el mantenimiento de un *status* exclusivo para la elite y como táctica militar que pretendía el agotamiento del contrario con un mínimo esfuerzo por parte del imperio.

Las guerras floridas podrían responder a una necesidad pactada entre los gobiernos de los más poderosos, para mantener un cierto *status quo* que el último Moctezuma no respetó, al iniciar una política que parecía encaminada a terminar con las zonas que permanecían independientes, principalmente Tlaxcala y Michoacán. El desarrollo de esta política se vio truncada por la llegada de un grupo de extranjeros que desestabilizaron los cimientos del imperio. Por eso, valorar si Moctezuma II hubiera podido conquistarlos o no, o si el imperio había entrado en decadencia y podía ser absorbido por éstas, son aspectos que entran en el terreno de la especulación, y que no pueden ser respondidos con los datos que hoy disponemos.

Este planteamiento, de evitación directa de objetivos poderosos, no pudo aplicarse para resolver el problema que planteaba el nuevo grupo de invasores, que apareció en la costa, y que también deseaba controlar la riqueza de Mesoamérica. Aunque fue un enemigo formidable, el más fuerte tecnológicamente al que los mexica se habían enfrentado, supieron desarrollar inteligentes estrategias en las que combinaron su ejército en espectaculares batallas terrestres y navales y soportaron un intenso y largo asedio, que con seguridad superó con creces las expectativas de los españoles y, en este escenario es donde inscribimos las guerras navales que han sido descritas ampliamente por los cronistas.

No debe de extrañarnos que pueblos que vivían rodeados de agua fueran diestros en el manejo de las canoas. Tenochtitlan, como muchos de los pueblos que estaban ubicados en los lagos, estaba acostumbrada a utilizar el medio acuático para dirimir sus diferencias, aparte de tener un transporte más ágil y fácil de productos y de personas que aliviaba la carencia de animales de carga. Conforme se fueron desarrollando las infraestructuras hidráulicas lo hicieron las tácticas navales, y aunque tenemos noticias de la implicación de las canoas en campañas militares en las que participó Huitzilihuitl, Itzcoatl,

etc., sin duda las más importantes son las que se desarrollaron contra los españoles y sus aliados.

Hernán Cortés, como estratega de estas campañas dejó constancia en sus cartas, repetidas veces, de que solamente derrotando a la armada mexicana sería posible adueñarse del corazón del imperio: Tenochtitlan, que palpitaba en el centro del lago. Consciente de la destreza naval de los mexicanos Cortés intentó derrotar al imperio por tierra antes de botar sus bergantines. Sin embargo, como él se temía, esto no sucedió hasta que el 13 de agosto de 1521 venció a la flota mexicana y a sus aliados.

Cuando se habla de la Conquista de México no se valoran dos aspectos que, a nuestro juicio, dan la dimensión de lo que fue. Por un lado, que los españoles sólo fueron un grupo de hombres poco numeroso en medio de un enorme ejército indígena, en un territorio hostil y que desconocían las lenguas y las características de la complicada política mesoamericana, por lo que hay que contemplar hasta qué punto Cortés fue manipulado por los indígenas para desasirse del control mexicana y, por otro lado el tiempo real, dos años, que duró la Conquista solamente de Tenochtitlan, que dan la medida del enorme potencial de la Triple Alianza, a pesar de que no pasaba por su mejor momento, y las situaciones extremas que soportaron los españoles por esta circunstancia. Desde esta perspectiva, se repetía la lucha india por el poder, esperando su oportunidad para ocupar el primer puesto, sin embargo en esta ocasión otro grupo también esperaba ansioso y desesperado la suya.

Esta organización funcionaba acompasadamente aunque tenía sus ventajas e inconvenientes. Entre las ventajas podemos destacar mutuos beneficios, sobre todo económicos y políticos, aunque asimétricos. Los tributarios podían acceder a productos variados que fuera de la órbita imperial serían difíciles de conseguir, poner sus propios productos en circulación a través de la vasta red comercial imperial y sobre todo recibía el apoyo del régimen para mantener su poder.

El imperio, por su parte, recibía excedentes, mano de obra para trabajo y el ejército, el control de los mercados, rutas y conexiones que abrían otras nuevas. El éxito fundamental vino de la conjunción de varios aspectos que le daban la flexibilidad de sus instituciones, esto le permitía, a través de una buena labor diplomática, establecer relaciones en las que el imperio dispensaba un trato personalizado a sus clientes, sobre todo a los más alejados, atendiendo al interés que la provincia tuviera para el imperio, su nivel cultural y la fidelidad de ésta. Todo ello aderezado con sabias dosis de

terror, que desplegaba tanto en las campañas ejemplares, como en las fiestas más señaladas en su calendario, donde no faltaba ninguna de las casas reales.

En este sistema de control indirecto la diplomacia y las alianzas jugaban un papel fundamental. En realidad el imperio prosperaba gracias a la colaboración de las élites provinciales, unas veces sería éste quien estaría interesado en una provincia concreta y otras sería la provincia quien vendría a pedirle ayuda. Si la facción que era apoyada obtenía el poder quedaba obligada al imperio y dependiente de él, pues necesitaría su apoyo para seguir manteniendo el poder local, frente al poder de la facción perdedora. A cambio de esta ayuda el imperio exigía fidelidad y tributo, por eso este tipo de vinculación visto superficialmente ofrece la imagen de que la provincia no está conquistada, porque conserva su ‘independencia’.

Entonces cabría preguntarse por qué si había ventajas para todos, la guerra estaba presente para que las provincias permanecieran dentro del imperio. Esta situación se deriva de la propia estructura de control indirecto ya que éste descansaba en la fidelidad de los colaboradores, había que estar atento a las señales que indicaban que ésta flaqueaba. Es un sistema que tiene como mal endémico el riesgo constante de la rebelión, sobre todo cuanto más distancia se interpone entre la provincia y la metrópoli, porque era más difícil que el ejército pudiera dar una respuesta tan inmediata como en la zona nuclear.

Los tributarios más fuertes esperaban ansiosos cualquier señal de debilidad por parte del imperio para intentar obtener su ‘oportunidad’, estos momentos de peligro eran más reales cuando moría un *hueitlatoani*, y había que elegir al sucesor, pues tanto la práctica de la poliginia como el sistema de elección por selección, propiciaban las facciones que creaban tensiones en la política interna que repercutían en la política exterior, hasta tal punto que cada nuevo *tlatoani* tuvo que iniciar su reinado con una campaña en la que demostraba sus dotes como máximo dirigente del imperio.

La distancia en sí misma fue otro factor que jugó en contra del sistema de control indirecto pues las demandas de la sociedad imponían al régimen que proporcionara abundancia sin restricciones, por lo que la expansión abarcaba cada vez distancias mayores que intranquilizaban al ejército. Este proceso generó un círculo vicioso de difícil solución pues hacía que el sistema se recalentara, con el peligro de colapsar las instituciones.

El éxito del imperio se basó en la hábil combinación de estructuras heredadas a las que dotaron de un envoltorio nuevo, dando origen a una

atractiva ideología que convencía a todas las clases sociales de que, trabajando para ella, se beneficiaban. Como el resto de las sociedades autoritarias esta ideología, que generalmente se inculcaba desde la niñez en las escuelas estatales, les hacía sentirse superiores y diferentes frente al resto y como masa homogénea para el Estado era fácilmente manejable. Por eso, después de todo lo expuesto no estamos de acuerdo con aquellos autores que siguen afirmando que los motivos de la expansión del imperio de la Triple Alianza fueron religiosos. No cabe duda de que la religión imperial estuvo al lado del régimen político, ayudándole y reforzando su imagen en las grandes ceremonias públicas, porque de este acuerdo ambos obtenían beneficios.

Tampoco compartimos la opinión de aquéllos que hablan de la decadencia del imperio mexicano. Los datos que tenemos sólo nos permiten afirmar que la llegada de los europeos sacudió violentamente los cimientos de éste y que con su presencia lo damos por finalizado. Pero eso no quiere decir que las estructuras que mantenían el entramado político estuvieran decadentes o hubieran dejado de funcionar.

Sólo sabemos que el resto de los indígenas que estaban subordinados al imperio aprovecharon la irrupción de los españoles para, a través de la manipulación de éstos, intentar derrocar a quien entonces le oprimían. Tanto los españoles como los indígenas deseaban lo mismo, y de este acuerdo nació el derribo del imperio. Sin sospechar que quienes ahora les tendían la mano, más tarde les oprimirían, cuando menos, en la misma medida que el régimen imperial de Moctezuma II.

Por último, no hemos podido resistir la tentación de buscar confirmación de este análisis político en las obras artísticas más representativas del imperio, ya que éstas también se pueden utilizar como fuentes primarias.

El estudio de las manifestaciones artísticas resulta muy eficaz para extraer conclusiones acerca de las comunidades que las realizaron, no sólo de carácter estético, sino también aquéllas que se relacionan con las estructuras de poder, la ideología, la jerarquía, las relaciones exteriores, sucesos concretos como natalicios, esponsales, defunciones de personajes regios, o batallas victoriosas que merecen perpetuarse en la Historia de la comunidad, porque estos hechos son los que conforman la memoria colectiva de los pueblos.

También proporcionan claves sociales, como la moda en todas sus ramificaciones, especializaciones laborales y si había división sexual a la hora

de realizarlas. Estos aspectos permiten reconstruir la Historia con fidelidad, unas veces complementando y otras corroborando o no a las diversas disciplinas que se interesan por el estudio de la misma comunidad.

Generalmente, la aparición de usos y convenciones iconográficas indican que hay un sustrato cultural común que ayuda a los investigadores a clasificar y a asociar culturas. Del mismo modo que aplicamos greco-latino para indicar el sedimento cultural que influyó en el desarrollo de las culturas occidentales, especialmente del área mediterránea, atendiendo a estos cánones estéticos podríamos seguir acotando más el estudio. El término mesoamericano identifica un área que comparte una tradición cultural de la que van, por un lado, alimentándose, y por otro, enriqueciendo ese acervo cultural común con sus propias innovaciones regionales. Todos estos aspectos que los definen están plasmados en sus manifestaciones artísticas, estelas, murales, pirámides, esculturas, manuscritos a la espera de una certera interpretación que permita conocerlas en todo su esplendor.

En Mesoamericana se produjo una alternancia de supremacías políticas que se rompió con la llegada de los europeos. Entre la confusión y la destrucción, muchos de los testimonios culturales de estas comunidades desaparecieron, y con ellos claves importantes para conocerlas. A través de los años, que han ido dando carácter a los estudios mesoamericanos, estas obras artísticas se han presentado ante nosotros como testigos de la grandeza y el poderío de las culturas que las crearon, pero estaban mudas para los investigadores que las encontraban descontextualizados. En la actualidad, estos análisis están avanzando y proponiendo nuevas e interesantes lecturas del material disponible, aunque aún queda vencer la tentación de adaptarlo al canon estético occidental para definirlos.

Es necesario el cambio de las calificaciones que siempre se habían aplicado para describir las obras de arte, como bello, estilizado, armonioso, por el de rotundo, monstruoso, abigarrado, conceptos que no son válidos, porque carecen de universalidad. Lo bello, lo terrible, lo sublime, muchas veces tienen una significación muy dispar de una cultura a otra. Lo que sí es de reconocimiento universal es que el arte es un lenguaje que pretende, a través de un vocabulario comprensible por el entorno cultural que las crearon, transmitir un mensaje lleno de intencionalidad, por parte del Estado o de facciones poderosísimas de la sociedad.

Por muy diferente que sea el canon estético mesoamericano, la intencionalidad del arte lo hermana con el occidental, pues siempre ha servido

a los propósitos políticos y ha tenido el objetivo de informar y ‘educar’ en qué sentido debía moverse la sociedad. No olvidemos la difusión de los capiteles historiados de nuestro arte religioso, que suplía a los libros para aquéllos que no sabían leer, pero debían estar informados de las consecuencias que traía desafiar las normas establecidas; y más tarde, hemos sido testigos de cómo ha ido cambiando estética y soporte sin que el arte haya perdido un ápice de su poder aleccionador, por ejemplo los carteles aparecidos en las revoluciones y guerras contemporáneas o los murales de inspiración soviética.

Aparte de consideraciones políticas, el arte lleva innato otra serie de connotaciones que han aparecido de forma sistemática en todas las culturas y son aquéllas que permiten, a los Estados o a las individualidades que puedan costearlo, rodearse de los mejores artistas pues el arte contribuye, en sí mismo, a dar y difundir prestigio, y sacia a la perfección el ansia de inmortalidad que posee el ser humano. Así pues, la utilización del arte para expandir la propaganda imperial fue una estrategia utilizada por la élite. Fue la expresión gráfica de una política que supo encadenar, de una forma ordenada, aspectos que hoy todavía se nos escapan. Averiguar cuál es la cadencia de ese orden proporcionará la llave para situar a las culturas mesoamericanas dentro de la Historia en el lugar que por méritos propios les corresponde.

Bibliografía

ABRAHAM, R. G. 1966. "Succession to the chiefship in northern Unyamwezi". En *Succession to high office*, edited by Jack Goody. Cambridge Papers in Social Anthropology, N°. 4: 127-141. London y New York: Cambridge University Press.

ACOSTA, José de. 1793. Historia natural y moral de las Indias en que se tratan de las cosas notables del cielo, elementos, metales, plantas y animales dellos y los ritos y ceremonias, leyes y gobierno de los indios. Fondo de Cultura Económica, México.

ACUÑA, René. 1982-87. *Relaciones geograficas del siglo XVI*. 9 Vols. Universidad Nacional Autónoma de México, México.

AGUILERA, Carmen. 1978. *Coyolxauhqui. Ensayo iconográfico*. Serie Investigación 2, Biblioteca Nacional de Antropología e Historia. México.

ALBIG, William. 1956. *Modern Public Opinion*. McGraw-Hill, New York.

ALCINA, José. 1999. *Los Aztecas*. Historia 16. Madrid.

ANALES DE CUAUHTITLAN. 1793. En *Códice Chimalpopoca, Anales de Cuauhtitlan y Leyenda de los Soles*, (trad. De Primo Feliciano Vázquez), 3-68, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

ANALES TEPANECAS. 1948. En *Anales antiguos de México y sus contornos*, trad. De Faustino Galicia Chimalpopoca, comp. Por José Fernando Ramírez, MNA (Antigua), vol. 1: 309-390.

ANALES DE TLATELOLCO. 1948. *Unos anales históricos de la nación Mexicana y Códice de Tlatelolco*, edición preparada y anotada por H. Berlin, Porrúa México.

ANDERSON, Perry. 1979. *Transiciones de la antigüedad al feudalismo*. Siglo XXI, Madrid.

ANDREWS, Anthony P. 1990. "The Fall of Chichen Itza: A Preliminary Hypothesis". *Latin American Antiquity* 1: 258-67.

ARISTÓTELES. 1998. *Política*. Introducción, traducción y notas Carlos García Gual y Aurelio Pérez Jiménez. Alianza Editorial, Madrid.

ARMILLAS, Pedro. 1969. "The Arid Frontier of Mexican Civilization." *Transaction of the New York Academy of Sciences*, series II, 31: 697-704.

1987. "La realidad del imperio azteca". En Rojas 1987: 13-33.

BANDELIER, Adolfo. 1877. "On the art of war and mode of warfare of ancient mexicans". *Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology: 10th annual report*, Cambridge.

BAQUEDANO, Elizabeth. 1997. "Guerra y tierra". *Pensar en América*. Ed. Alberto Garrido. 159-178.

BARLOW, Robert. 1949. *The Extent of the Empire of the Culhua-Mexica*. Ibero-Americana, 28. University of California Press Berkeley.

1987. *Tlatelolco: rival de Tenochtitlan*. *Obras de Robert Barlow vol I*. Jesús Monjarás Ruiz, Elena Limón y M^a. de la Cruz Paillés (eds.). Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

BARNICOAT, John. 1997. *Los carteles. Su Historia y Lenguaje*. Gustavo Gili, Barcelona.

BARTLETT, F. C. 1956. *La propaganda política*. Huella, Buenos Aires.

BATALLA, Juan J. 1995. "La escritura nahuatl. Problemas sobre su definición como sistema logosilábico". En Lacadena, García, Batalla y Rojas 1995: 73-83.

1996. "Prisión y muerte de Motecuhzoma, según el relato de los códices mesoamericanos". En *Revista Española de Antropología Americana*, 26: 101-120.

2003^a. *El Códice Borgia: una guía para un viaje alucinante por el inframundo*. Editorial Testimonio, Madrid.

2003b. "Análisis sobre el número de *tlacuiloque*-"escribas" que participaron en la *Matrícula de Tributos*". *Actas del XXIV Congreso Internacional de Americanística. Quaderni di Thule II*: 363-368, 2002.

2003c. "Similitudes iconográficas y escriturarias entre el *tlacuilo* principal de la *Matrícula de Tributos* y el *tlacuilo* que confeccionó el *Códice Mendoza*".

Actas del Simposio Internacional Dire le monde dans le Mexique précolombien du roi poète Nezahualcoyotl.

BERDAN, Frances F. 1982. *The Aztecs of Central Mexico: An Imperial Society*. Holt, Rinehart y Winston, New York.

1996. "The Tributary Provinces". En Berdan, Blanton, Boone, Hodge, Smith y Umberger 1996: 109-136

BERDAN, Frances y Michael SMITH. 1996. "Imperial strategies and Core-Periphery Relations". En Berdan, Blanton, Boone, Hodge, Smith y Umberger 1996: 209-218.

BERDAN, F., R. BLANTON, E. H. BOONE, M. HODGE, M. SMITH y E.

UMBERGER. 1996. *Aztec Imperial Strategies*. Washington D. C.: Dumbarton Oaks.

BEYER, Hermann. 1965. "El llamado calendario azteca. Descripción e interpretación del cuauhxicalli de la Casa de las Águilas". En *Mito y simbología del México antiguo*, Sociedad Alemana Mexicanista, Instituto Cultural Alemán. 10: 134-256. México

1979. "La Procesión de los Señores" (1955). In *Trabajos Arqueológicos en el Centro de la Ciudad de México*. Edited by Eduardo Matos Moctezuma. SEP-INAH, México: 149-166.

BLANCO FREIJEIRO, Antonio. 1988. *La República de Roma*. Colección Historias del viejo mundo Vol 12. Historia 16, Madrid.

BLANTON, Richard. 1996. "A Consideration of Causality in the Growth of Empire: A Comparative Perspective". En Berdan, Blanton, Boone, Hodge, Smith y Umberger 1996: 219-228.

BOONE, Elizabeth. 1996. "Manuscript Painting in Service of Imperial Ideology". En Berdan, Blanton, Boone, Hodge, Smith y Umberger 1996: 181-208.

BOSCH, Pedro. 1966. "Pueblos e imperios". *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos* 20: 9-39, México.

BRINTON, Daniel. 1882. *The maya Chronicles*, Filadelfia, D. G. Brinton (Lib. Of Aboriginal American Literature, nº 1).

BRODA, Johanna. 1978. "Relaciones políticas ritualizadas: el ritual como expresión de una ideología". En Carrasco y Broda 1978: 221-255.

1979. "Estratificación social y ritual mexica". *Indiana*. Vol 5: 45-85. Berlín.
1980. "Templo Mayor as Ritual Space". En Broda, Carrasco y Moctezuma 1987: 61-123.
- BRODA, J., D. CARRASCO y M. MOCTEZUMA. 1987. *The Great Temple of Tenochtitlan: Center and Periphery in the Aztec World*. University of California Press.
- BROWN, J. A. C. 1971. *Técnicas de persuasao*. Zahar, Río de Janeiro.
- BRUMFIEL, Elizabeth M. 1994. "Ethnic groups and political developemt in ancient Mexico". En Brumfiel y Fox 1994: 89-102
- BRUMFIEL, Elizabeth M. y John W. FOX. 1994. *Factional competition and political development in the New World*. University Press, Cambridge. Londres
- BUENO, Isabel. 1999. *México y Roma. Claves comunes en el discurrir de sus imperios*. Tesina de Licenciatura, Universidad Complutense de Madrid.
2004. "La importancia del faccionalismo en la política mesoamericana". En *Revista de Indias*, vol LXIV, nº 232: 651-672.
- 2005^a. "Tlatelolco: la Gemela en la sombra" *Revista Española de Antropología Americana*, Vol, 35, 2005: 133-148, Universidad Complutense de Madrid.
- 2005b. "La guerra naval en el valle de México". *Estudios de Cultura Nahuatl* 36: 199-223. UNAM. México.
2006. "Moctezuma Xocoyotzin y Hernán Cortes: dos visiones de una misma realidad". En *Revista Española de Antropología Americana*, Vol, 36-2, 2006: 17-38, Universidad Complutense de Madrid
2008. "El trono del águila y del jaguar: una revisión a la figura de Moctezuma II". *Estudios de Cultura Nahuatl*, 39: 137-166, Universidad Nacional Autónoma de México.
- E.p. Los espectáculos sangrientos en Roma y Tenochtitlan. En *Revista Española de Antropología Americana. Dossier La Guerra en Mesoamérica*.
- BURLING, Robbins. 1974. *The Passage of Power: Studies in Political Succession*. New York: Academic Press.
- BYLAND Bruce y John POHL. 1994. "Political factions in the transition from Classic to Postclassic in the Mixteca Alta". En Brumfiel Elizabeth M. y

Fox John W. 1994: 117-126.

CABRERO, Leoncio. 1989. Introducción en *La Relación de Michoacan*. Crónica de América nº. 52. Historia 16. Madrid

CALNEK, Edward. 1982. "Patterns of Empire Formation in the Valley of México". En Collier, Rosaldo y Wirth 1982: 43-62.

CARMACK, Robert M. 1981. The Quiché Mayas of Utatlán: The Evolution of a Highland Guatemala Kingdom. University of Oklahoma Press. Norman.

CARRASCO, David. 1987. "Myth, Cosmic Terror, and the Templo Mayor". En Broda, Carrasco y Moctezuma 1987: 124-162.

CARRASCO, Pedro. 1961. "The Civil-religious Hierarchy in Mesoamerican Communities: Pre-Spanish Background and Colonial Development". *American Anthropologist*, vol. 63: 483-497, Menasha.

1976. "La sociedad mexicana antes de la Conquista". *Historia general de México*, vol. 1, El Colegio de México: 165-288, México.

1978. "La economía del México prehispánico". En Carrasco y Broda 1978: 15-76.

1996. *Estructura político-territorial del imperio technoca: La Triple Alianza de Tenochtitlan, Tetzaco y Tlacopan*. Fondo de Cultura Económica y el Colegio de México, México.

CARRASCO, Pedro y Johanna BRODA. 1978. *Economía, política e ideología en el México Prehispánico*. Carrasco y Broda. Nueva imagen, México.

CASO, Alfonso. 1927. *El teocalli de la guerra sagrada*. Talleres gráficos de la Nación. México.

1953. *El pueblo del sol*. Fondo de Cultura Económica, México.

1966. *Interpretation of the Codex Colombino*. México: Sociedad Mexicana de Antropología.

CASTILLO, Cristóbal del. 1991. *Historia de la venida de los mexicanos y otros pueblos e Historia de la Conquista*. estudio introductorio de Federico Navarrete Linares, México.

CASTILLO, Victor. 1972. *Estructura Económica de la Sociedad Mexica. Según las fuentes documentales*. Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Autónoma de México.

CERVANTES DE SALAZAR, Francisco. 1971. *Crónica de la Nueva España*. 2 vols. Biblioteca de Autores Españoles CCXLIV y CCXLV. Atlas, Madrid.

CHARNAY, Desiré. 1885. *Les anciennes villes du Nouveau Monde. Voyages d'explorations au Mexique et dans l'Amérique Centrale*, par Désiré Charnay, 1857-1882, París, Hachette.

CHAVERO, Alfredo. 1887. "Los mexica", en *México a través de los siglos*, dir. Vicente Riva Palacio, Ballesta y compañía, vol I, lib. 4: 459-740, México.

CHIMALPAHIN CUAUHTLEHUANITZIN, Francisco. 1965. *Relaciones Originales de Chalco Amaquemecan*. Fondo de Cultura Económica. México.

CIUDAD, Andrés. 1989. *Las culturas del antiguo México*. Alhambra. Madrid.

CIUDAD Andrés y Josefa IGLESIAS. 1989. *El arte precolombino (I)*. Historia del Arte. Historia 16. Madrid.

CLAUSEWITZ, Carlos von. 1980 [1853]. *De la guerra*. Ejército, Madrid.

COBEAN, Robert H., y Alba Guadalupe MASTACHE. 1989. "The Late Classic and Early Postclassic Chronology of the Tula Region." En Healan 1989a: 34-47.

1995. "Tula". En López Luján, Cobean y Mastache 1995: 143-222.

CÓDICE CHIMALPOPOCA. 1975. *Códice Chimalpopoca, Anales de Cuauhtitlan y Leyenda de los soles*, trad. De primo Feliciano Vázquez, 119-128, Universidad Nacional Autónoma de México, México

CÓDICE COZCATZIN. 1994. *Códice Cozcatzin*. Instituto Nacional de Antropología e Historia y la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. México

CÓDICE MENDOZA. 1979. *Códice Mendocino*. Ed. de José Ignacio Echegaray (ed.), San Ángel Ediciones, México.

CÓDICE RAMÍREZ. 1980. *Códice Ramírez*. Por Manuel Orozco y Berra Porrúa, México

COHEN, Ronald. 1977. "Oedipus Rex and Regina: the Queen Mother in Africa". *África* 47: 14-30.

COHEN, Yehudi. 1969. "Ends and Means in Political Control State Organization and the Punishment of Adultery Incest and Violation of Celibacy". *American Anthropologist* 71: 658-687.

COLLIER, George, Renato ROSALDO y John WIRTH. 1982. *The Inca and Aztec States 1400-1800*. Academic Press, New York.

CONRAD, Geoffrey y Arthur DEMAREST. 1988. *Religión e Imperio*. Alianza América, Madrid.

CORTÉS, Hernán. 1963. *Cartas de Relación de la Conquista de México*. Porrúa, México.

CREVELD, Martin van. 1989.

Technology and War: From 2000 B. C. to the present. New York: The Free Press

DAVIES, Claude Nigel Byan. 1968. *Los señoríos independientes del Imperio Azteca*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México

1973. *Los mexicas. Primeros pasos hacia el imperio*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

1977. *Los Aztecas*. Destino, Barcelona.

1980. *The Toltec Herit age, from the fall of Tula to the Rise of Tenochtitlan*, Norman, University of Oklahoma Press.

1987. *The Aztec empire: the toltec resurgence*, Norman, University of Oklahoma Press.

DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal. 1984. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Ed. Miguel León Portilla. Historia 16, 2 vols. Madrid.

DIEHL, Richard A. 1974. *Studies in Ancient Tollan: A report of the University of Missouri Tula Archaeological Project*. University of Missouri Monographs in Anthropogy, Number One.

1983. *Tula: The Toltec Capital of Ancient Mexico*. New York: Thames and Hudson, Inc.

DUPUY, Trevor, N. 1984. *The Evolution of Weapons and Warf are*. Fairfax, Virginia: Hero Books

DURÁN, Fray Diego. 1967. *Historia de la Indias de Nueva España e islas de Tierra Firme*. Ed. de A. M. Garibay, 2 vols. Porrúa, México.

EISENSTADT, S. N. 1966. *Los sistemas políticos de los imperios*. Revista de Occidente, Madrid.

ELIADE, Mircea. 1965. *The Myth of the Eternal Return*. Pantheon Books. New York.

ELLUL, Jacques. 1967. *Histoire de la propagande*. PUF, París.

ERDHEIM, Mario. 1978. "Transformaciones de la ideología mexica en realidad social". En Carrasco y Broda 1978: 195-220.

ESPEJO, A. y Arturo MONZÓN. 1945. "Algunas notas sobre organización social de los tlatelolca", en *Tlatelolco a través de los tiempos*, Memorias, Academia mexicana de la Historia, vol VI: 48-53. México.

FELDMAN, Lawrence H. 1974. "Tollan in Central Mexico: The Geography of Economic Specialization." En Diehl 1974: 150-189.

FERNÁNDEZ DE ECHEVARRÍA y VEYTIA, M. J. 1944. *Historia antigua de México*, notas y apéndices de C. F. Ortega, 2 vol. México.

FERRIL, Arther. 1985. *The Origins of War: From the Stone Age to Alexander the Great*. New York: Thames and Hudson.

FINLEY, Moses I. 1986. *Historia antigua: problemas metodológicos*. Crítica, Barcelona.

FLANNERY, Kent V. 1983. "Mayor Monte Albán V Sites: Zaachila, Xoxocotlán, Cuilapan, Yagul, and Abasolo." En Flannery y Marcus 1983a: 290-295.

FLANNERY, Kent V. y Joyce MARCUS. 1983a. *The Cloud People. Divergent Evolution of the Zapotec and Mixtec Civilization*. Academic Press, Nueva York.

1983c. "An Editorial Opinion on the Mixtec Impact." En Flannery y Marcus 1983a: 277-279.

FONCERRADA DE MOLINA, Marta. 1993. *Cacaxtla, la iconografía de los olmeca-xicalanca*, Universidad Nacional Autónoma de México.

FOWLER, William R., Jr. 1989. *The Cultural Evolution of Ancient Nahua Civilizations: The Pipil-Nicarao of Central America*. Norman: University of Oklahoma Press.

FOX, J. W. 1978. *Quiche Conquest: Centralism and Regionalism in Highland Guatemalan State Development*. Albuquerque: University of New Mexico press.

1987. *Maya postclassic State Formation: Segmentary Lineage Migration in Advancing Frontiers*. Cambridge: Cambridge University Press.

1989. "On the Rise and Fall of Tulsans and Maya Segmentary States", *American Anthropologist*, n° 91: 656-681

1994. "Conclusions: moiety opposition, segmentation, and factionalism in New World political arenas". En Brumfiel y Fox 1994: 199-206.

FRANKFORT, Henri. 1993. *Reyes y Dioses*. Alianza Universidad. Madrid.

FUENTE, Beatriz de la, Silvia TREJO y Nelly GUTIÉRREZ SOLANA. 1988.

Escultura en piedra de Tula. Instituto de Investigaciones Estéticas. Universidad Nacional Autónoma de México. México

1990. "Retorno al pasado tolteca", *Artes de México*, nueva época, n° 7: 36-53.

GALARZA, Joaquín. 1997. "Los códices mexicanos". *Revista Arqueología Mexicana*. Vol. IV, n° 23: 6-13. México.

GARCÍA QUINTANA, J. y Rubén ROMERO GALVÁN. 1978. *México-Tenochtitlan y su problemática lacustre*, Universidad Nacional Autónoma de México, México

GARDUÑO, Ana. 1997. *Conflictos y alianzas entre Tlatelolco y Tenochtitlan: siglo XII a XV*. Instituto Nacional de Antropología, México.

GEERTZ, Clifford. 1980. *Negara: The Theatre State in Nineteenth Century Bali*. Princeton University Press.

GENEALOGÍA DE LOS REYES DE AZCAPOTZALCO. 1948. En *Anales de Tlatelolco. Unos annales históricos de la nación mexicana*, preparada y anotada por H. Berlin, Porrúa México. 21-24

GLASS, John. 1964. *Catálogo de la colección de códices*. Museo Nacional de Antropología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

GLASS, John B., y Donald ROBERTSON. 1975. "A Census of Native Middle American Pictorial Manuscripts." En *Handbook of Middle American Indians*, n.º 14: 81-252. Austin.

GONZÁLEZ TORRES, Yólotl. 1975. *El culto a los astros entre los mexicanos*. Secretaría de Educación Pública, México.

1996. "Huitzilopochtli, su representación metafórica". *Arqueología Mexicana* 4(22): 70-72.

GOODY, Jack. 1966. *Succession to high office*. Cambridge Papers in Social Anthropology, nº 4. London y New York Cambridge University Press

GORENSTEIN, Shirley. 1965. "The differential development of New World empires". *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos* XX: 41-67. México.

GRAULICH, Michel. 1983.

"Templo Mayor, Coyolxauhqui und Cacaxtla". *Mexicon*. Berlin V, nº 5: 91-94.

1990. *Mitos y Rituales del México Antiguo*. Istmo, Madrid

1992. "On the so-called 'Cauhxicalli of Motecuhzoma Ilhuicamina' the Sánchez-Nava Monolith". En *Mexicon*, XIV-1: 5-10. México.

1998. "La Royauté sacrée chez les aztèques de Mexico". En *Estudios de Cultura Nahuatl*, 28: 197-218. México

2002. "Los reyes de Tollan". En *Revista Española de Antropología Americana*, nº 32: 87-114

GULIAEV, Valeri I. 1984. "Tipología y estructura de los estados antiguos de Mesoamérica", *Revista Española de Antropología Americana*, Vol. 14: 33-46.

HAMMOND, Norman. 1982. *La civilización Maya*. Istmo, Madrid

HANDBOOK OF MIDDLE AMERICAN INDIANS. 1965a. *Archaeology of Southern Mesoamerica*, part 1, Vol. 2. Robert Wauchope y Gordon R. Willey, Editores Austin: University of Texas Press.

1965b. *Archaeology of Southern Mesoamerica*, part two. Vol. 3. Robert Wauchope y Gordon R. Willey, Editores. Austin: University of Texas Press.

1971. *Archaeology of Northern Mesoamerica*. Part. 2, Vol. 11. Gordon Ekholm e Ignacio Bernal, Editores. Austin: University of Texas Press.

1975. *Guide to Ethnohistorical Sources*. Part 3. Vol. 14. Howard H. Cline, Editor. University of Texas Press, Austin.

HARNER, Michael. 1977. "The Ecological Basis for Aztec Sacrifice". *American Ethnologist*, 4: 117-135.

HASSIG, Ross. 1988. *Aztec Warfare. Imperial Expansion and Political Control*. University of Oklahoma Press, Norman.

1990. *Comercio, Tributo y Transportes: La economía política del valle de México en el siglo XVI*. Alianza Mexicana. México.

1992. *War and Society in Ancient Mesoamerica*. University of California Press, Berkeley.

1994. *Mexico and the Spanish Conquest*. Longman, New York.

HEALAN, Dan M. 1989a. *Tula of the Toltecs: Excavations and Survey*. Iowa City: University of Iowa Press.

1989b. "Tula, Tollan, and the Toltecs in Mesoamerican Prehistory." En Healan 1989a: 3-6.

HEALAN, Dan M., Robert H. COBEAN, y Richard A. DIEHL. 1989. "Synthesis and Conclusions." En Healan 1989a: 239-251.

HERS, Marie-Areti. 1989. *Los toltecas en tierra chichimecas*. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituciones de Investigaciones Estéticas, México.

HEYDEN, Doris. 1974. "La diosa madre: Itzpapalotl". *Instituto Nacional de Antropología e Historia*, n°. 11: 3-14. México.

HICKS, Frederic. 1979. "Flowery War in Aztec history". *American Anthropologist* 6: 87-92.

1994. "Alliance and intervention in Aztec imperial expansion". En Brumfiel Elizabeth M. y Fox John W. 1994: 111-116.

HIRTH, Kenneth G. 1989. "Militarism and Social Organization at Xochicalco, Morelos." En Diehl y Berlo 1989: 69-81.

HISTORIA DE LOS MEXICANOS POR SUS PINTURAS. 1941. *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, En Nueva Colección de Documentos para la Historia de México: 209-240 J. García Icazbalceta (Ed.), México.

1979. *Historia de los mexicanos por sus pinturas* En *Teogonía e historia de los mexicanos: Tres opúsculos del siglo XVI* Ed. Angel María Garibay K. Porrúa. Mexico: 23-90.

HISTORIA DE TLATELOLCO DESDE LOS TIEMPOS MÁS REMOTOS.

1948. *Historia de Tlatelolco desde los tiempos más remotos*. En *Anales de Tlatelolco*. Unos anales históricos de la nación mexicana, preparada y anotada por H. Berlin, Porrúa México. 31-37.

HISTORIA TOLTECA-CHICHIMECA. 1976. *Historia Tolteca-Chichimeca*.

Con estudios, cuadros y mapas de P. Kirchoff, L. Odena Güemes y Luis Reyes García, paleografía y versión al español de L. Reyes García. Instituto Nacional de Antropología e Historia-CISINAH, México.

HODGE, Mary. 1996. "Political Organization of the Central Provinces". En Berdan, Blanton, Boone, Hodge, Smith y Umberger 1996: 17-45.

HOLT, Barry. 1979. *Mexica-Aztec Warfare: a Developmental and Cultural Analysis*. Ph. D. diss. University of Texas.

HOPKINS, N. 1988. "Classic Mayan kinship systems: epigraphic evidence for patrilineality". *Estudios de Cultura Maya* 17: 87-122.

IXTLILXOCHITL, Fernando de Alva. 1985. *Historia de la nación chichimeca*. Edición de Germán Vázquez. Crónicas de América nº 11. Historia 16. Madrid

JOHANSSON, Patrick. 1998. "Tlahtoani y Cihuacoatl. Lo diestro solar y lo siniestro lunar en el alto mando mexica". En *Estudios de Cultura Nahuatl*, 28: 39-74. México

JONES, Lindsay. 1995. *Twin City Tales: A Hermeneutical Reassessmentn of Tula and Chichén Itzá*, Niwot, University of Colorado Press.

JUSTESON, John S., William M. NORMAN, Lyle CAMPBELL, y Terrence KAUFMAN. 1985. *The Foreign Impact on Lowland Mayan Language and Script*. Nueva Orleans, Tulane University (Middle American Research Institute, Publication 53).

KAPUSCINSKI, Ryszard. 2000. "La pobreza ya no genera revoluciones". En *El País*, 31 de diciembre de 2000: 12-13.

KATZ, Friedrich. 1966. *Situación social y Económica de los Aztecas Durante los Siglos XV y XVI*. México.

1972. *The Ancient American Civilizations*. Praeger, New York.

KELLY Isabel y Ángel PALERM. 1952. *The Tajin totonac*. Instituto Social Anthropology N° 13. Smithsonian Institution. Washington D. C.

KLEIN, Cecilia. 1980. "Who was Tlaloc?". *Journal of Latin American Lore*, 6 (2): 155-204.

1988. "Rethinking Cihuacoatl: aztec Political Imagery of the conquered Woman". En Josserand y Dakin 1988: 237-277.

KUBLER, George. 1975. "Chichén-Itzá y Tula". *Estudios de Cultura Maya*, nº 1: 47-80.

1986. *Arte y Arquitectura en la América Precolonial*. Cátedra. Madrid.

LACADENA, A.; J. M. GARCÍA; J. J. BATALLA y J. L. de ROJAS. 1995.

Escritura indígena en México. Instituto de México en España, Madrid.

LAMEIRAS, José. 1985. *Los déspotas armados*. Colegio de Michoacán. Zamora.

1994. *El encuentro de la piedra y el acero*. Colegio de Michoacán, Zamora.

LANDA, Fray Diego de. 1959. *Relación de las cosas de Yucatán*. Editorial Porrúa. México. D. F.

LEÓN-PORTILLA, Miguel. 1956. "Itzcoatl, creador de una cosmovisión guerrera". En *Universidad de México*, México.

1983. *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*. Fondo de Cultura Económica. México.

LEYENDA DE LOS SOLES. 1975. En *Códice Chimalpopoca, Anales de Cuauhtitlan y Leyenda de los soles*, trad. de Primo Feliciano Vázquez, 119-128, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

LINNÉ, Sigvald. 1934. *Archaeological Research at Teotihuacan, Mexico*. Ethnological Museum of Sweden Stockholm.

LISTA DE LOS REYES DE TLATELOLCO. 1948. En *Anales de Tlatelolco*

Unos anales históricos de la nación mexicana, edición preparada y anotada por H. Berlin, Porrúa México. 3-12.

LITVAK KING, Jaime. 1971a. "Las relaciones entre México y Tlatelolco antes de la conquista de Axayácatl. Problemática de la expansión mexicana", En *Estudios de Cultura Nahuatl*, vol 9: 17-20. México.

1971b. *Cihuatlan y Tepecoacuilco: Provincias tributarias de México en el siglo XVI*. Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Investigaciones Históricas, México.

LOMBARDO DE RUIZ, Sonia. 1973. *Desarrollo urbano de México-Tenochtitlan, según las fuentes históricas*, Instituto Nacional de Antropología

e Historia, México.

LÓPEZ AUSTIN, Alfredo. 1973. *Hombre-Dios religión y política en el mundo nahuatl*. Universidad Nacional Autónoma de México, México.

1981. *Tarascos y Mexicas* Fondo de Cultura Económica. México.

1995. "Los mexicas y su cosmos". *Dioses del Antiguo México*. Catálogo. Antiguo Colegio de San Ildefonso. Ed. Equilibrista, S. A. de C. V. Turner: 21-29.

LÓPEZ AUSTIN, A. y L. LÓPEZ LUJÁN. 1999. *Mito y realidad de Zuyúa*. Fondo de Cultura Económica, México.

LÓPEZ DE GÓMARA, Francisco. 1987. *La conquista de México*. Ed. José Luis de Rojas. Historia 16, nº 36. Madrid.

LÓPEZ LUJÁN, Leonardo. 1989. *La recuperación mexicana del pasado teotihuacano*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, GV Editores, México.

LÓPEZ LUJÁN, L., R. H. COBEAN y G. MASTACHE. 1995. *Xochicalco y Tula*. Milán. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México.

MARCUS, Joyce. 1983. "The Conquest Slabs of Building J, Monte Albán." En Flannery y Marcus 1983a: 106-109.

MARTÍNEZ, Hidelberto. 1984. *Tepeaca en el Siglo XVI: tenencia de la tierra y organización de un señorío*. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Mexico.

MARX, Karl. 1979. *Formaciones económicas precapitalistas*. Crítica, Barcelona.

MATOS MOCTEZUMA, Eduardo. 1975. Muerte al filo de la obsidiana. Los nahuas frente a la muerte. S. E. P., México

1981. *Una visita al Templo Mayor de Tenochtitlan*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

1983. "Notas sobre algunas urnas funerarias del Templo Mayor". *Jahrbuch für Geschichte*, 20: 17-32

1984. *Guía oficial del Templo Mayor*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

1986. *Tula*. México: G. V. Editores.

1987. "The templo Mayor of Tenochtitlan: History and Interpretation". En Broda, Carrasco y Moctezuma 1987: 15-60.

1995^a. "El hacedor de dioses". *Dioses del Antiguo México*. Catálogo. Antiguo Colegio de San Ildefonso. Ed. Equilibrista, S. A. de C. V. Turner: 15-19.

1995b. "Los dioses de la muerte". *Dioses del Antiguo México*. Catálogo. Antiguo Colegio de San Ildefonso. Ed. Equilibrista, S. A. de C. V. Turner: 147-155.

MILLER, Mary Ellen. 1985. "A Re-examination of the Mesoamerican Chacmool". *The Art Bulletin*, n° 67 (1): 7-17.

MILLON, René. 1973. *Urbanization at Teotihuacán, Mexico*. Vol. 1, The Teotihuacán Map, Text. Austin: University of Texas Press.

1976. "Social Relations in Ancient Teotihuacan." En Wolf 1976: 205-248.

MOHAR BETANCOURT, Luz María. 1997. "Tres códigos nahuas del México antiguo". *Revista Arqueología Mexicana*. Vol. IV, n° 23: 56-63. México.

MOLINA, Fray Alonso de. 1970. *Vocabulario en Lengua Castellana y Mexicana*. Porrúa, México.

MOMMSEN, Wolfgang. 1980. *Theories of Imperialism*. Traslated by P. S. Falla. University of Chicago Press, Aldine.

MOORE, Sally. 1977. "Political meetings and the simulation of unanimity: Kilimanjaro in 1973". En Moore y Myerhoff 1977: 151-172.

MOORE, Sally y B. MYERHOFF. 1977. *Secular ritual*. Amsterdam: van Gorcum.

MORANTE, Rubén. 2001. "Las piedras de Xipe y las amenazas del imperio". *Estudios de Cultura Nahuatl*, n°. 32: 15-28.

MORLEY, Sylvanus. 1947. *The Ancient Maya*, Stanford University Press.

MORLEY, Sylvanus G., George W. BRAINERD, y Robert J. SHARER. 1983. *The Ancient Maya*. Stanford: Stanford University Press.

MOTOLINÍA, Toribio de Benavente. 1970. *Memoriales e historia de los indios de la Nueva España*; estudio preliminar por Fidel de Lejarza. Atlas, Madrid.

MUÑOZ CAMARGO, Diego. 1979. *Historia de Tlaxcala: Crónica del siglo XVI*. Ed. Innovación, México.

NAGAO, Debra. 1989. "Public Proclamation in the Art of Cacaxtla and Xochicalco." En Diehl y Berlo 1989: 83-104.

NAVARRETE Carlos y Doris HEYDEN. 1974. "La Cara Central de la Piedra del Sol: Una Hipótesis." *Estudios de Cultura Nahuatl*, 11: 355-376. México.

NOGUEZ, Xavier. 1989. "Cuauhyotl y oceloyotl. Un problema de Status adscritos y adquiridos en la sociedad mexicana prehispánica". En *Historia de Mexicana*, México. El Colegio de México, col XXXIX, nº 2: 355-386.

ORELLANA, T. Rafael. 1959. "La guerra" En *El esplendor del México antiguo*, 2 vols., vol. II: 837-860, CIAM, México.

ORIGEN DE LOS MEXICANOS. 1991. Edición de Germán Vázquez. *Crónicas de América*, nº 65. Historia 16, Madrid.

OROZCO y BERRA, Manuel. 1978. *Historia antigua y de la conquista de México*. Estudio de Ángel Garibay y bibliografía de Miguel León-Portilla 4 vols, Porrúa, México.

PASO y TRONCOSO, F. 1905-06. *Papeles de Nueva España. Segunda Serie, geografía y estadística*, 7 vols. Tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, México.

PASZTORY, Esther. 1983. *Aztec Art*. Abrahams. New York.

1988. "A Reinterpretation of Teotihuacan and its Mural Painting Tradition." En Berrin 1988: 45-77.

PIÑA CHAN, Román. 1980. *Chichén Itzá: La ciudad de los brujos del agua*. Fondo de Cultura Económica. México.

POHL, Bruce y John BYLAND. 1990. "Mixtec Landscape Perception and Archaeological Settlement Patterns." *Ancient Mesoamerica* 1: 113-31.

POHL, Mary y John POHL. 1994. "Cycles of conflict: political factionalism in the Maya Lowlands". En Brumfiel y Fox 1994: 138-157.

POLANYI, Karl. 1971. *Primitive, Anclaire, and modern economies*. Essays of Karl Polanyi, ed. By George Dalton. Boston, Beacon press.

POLLARD, Helen P. 1994. "Ethnicity and political control in a complex society: the Tarascan State of prehispanic Mexico". En Brumfiel y Fox 1994:

79-88.

POMAR, Juan Bautista de. 1991. *Relación de Texcoco*. Edición de Germán Vázquez. Crónicas de América, nº 65. Historia 16, Madrid.

POPOL VUH. 1997. *Popol Vuh*. Artemis-Edinter, Guatemala.

PREM, Hanns. 1999. "Los reyes de Tollan y Colhuacan". *Estudios de Cultura Nahuatl*, 30: 23-70.

PRICE, Barbara. 1978. "Demystification, Enriddlement, and Aztec Canibalism: A Materialist Rejoinder to Harner." En *American Ethnologist* 5: 98-115.

PROSKOURIAKOFF, Tatiana. 1950. *A Study of Classic Maya Sculpture*. Washington, D. C.: Carnegie Institution of Washington, Publication 593.

RELACIÓN DE LA GENEALOGÍA Y LINAJE DE LOS SEÑORES QUE HAN SEÑOREADO ESTA TIERRA DE LA NUEVA ESPAÑA. 1991. Ed. Germán Vázquez. Crónicas de América, nº 65, Historia 16. Madrid.

RELACIÓN DE MICHOACÁN. 1989. Ed. Leoncio Cabrero. Crónica de América, nº 52. Historia 16, Madrid.

REYES GARCÍA, Luis. 1977. *Cuahtinchan del siglo XII al XVI*. Franz Steiner Verlag, Wiesbaden.

RINGLE, W., GALLARETA, T. y BEY G. 1998. "The Return of Quetzalcoatl: Evidence for the Spread of a World Religion During the Epiclassic Period". *Ancient Mesoamerica*, nº 9 (2): 183-232.

RIVERA DORADO, Miguel. 1985. *Los mayas de la antigüedad*. Alhambra, Madrid.

ROBLES CASTELLANOS, Fernando y Anthony ANDREWS. 1986. "A Review and Synthesis of Recent Postclassic Archaeology in Northern Yucatan." En Sabloff y Andrews 1986: 53-98.

ROJAS, José Luis de. 1991. "La organización del imperio Mexica". *Revista Española de Antropología Americana*, nº 21: 145-169. Universidad Complutense de Madrid.

1994. "After the Conquest. Quauhtinchan and the Mexica Province of Tepeacac". En Hodge y Smith 1994: 405-431.

ROSAS HERRERA, Gregorio. 1946. "Verba sociorum domini Petri Tlacauepantzi". Traducción de Gregorio Rosas Herrera. *Tlalocan* 2: 150-162.

ROUNDS, Jeffrey. 1979. "Lineage, class and power in the Aztec State". *American Ethnologist*, 6 (1): 73-86.

1982. "Dynastic Succession and the Centralization of Power in Tenochtitlan". En Collier, Rosaldo y Wirth 1982: 63-89.

ROYS, R. 1965. "Lowland Maya Native Society at Spanish Contact." En *Handbook of Middle American Indians*, vol. 3: 659-678.

SABLOFF, J y W. ANDREWS. 1986. *Late Lowland Maya Civilization: Classic to Postclassic*. Albuquerque: University of New Mexico Press.

SAHAGÚN, Bernardino de. 1990. *Historia General d e las Cosas de Nueva España*. Crónicas de América, nº 55a y 55b. Historia 16. Madrid

SELER, Eduard. 1960. *Gesammelte Abhandlungen zur Amerikanischen Sprach und Altertumskunde*, 5 vols. Akademische Druck und Verlagsanstalt, Graz.

SMITH, Mary Elizabeth. 1973. *Picture Writing from Ancient Southern México*. Mixtec Place Signs and Maps, Univ. Of Oklahoma Press, Norman.

SMITH, Michael E. 1996. "The Strategic Provinces". En Berdan, Blanton, Boone, Hodge, Smith y Umberger 1996: 137-150.

SMITH, M., y F. BERDAN. 1996. "Introduction". En Berdan, Blanton, Boone, Hodge, Smith y Umberger 1996: 1-9.

SOLÍS Felipe y David MORALES. 1990. "El período indígena de Tlatelolco. Arqueología e historia", en *Tlatelolco*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 13-33

SOLÍS OLGUÍN, Felipe. 1995. "El hombre frente a la naturaleza mítica". *Dioses del Antiguo México*. Catálogo. Antiguo Colegio de San Ildefonso. Ed. Equilibrista, S. A. de C. V. Turner: 91-99.

SOUTHWOLD, Martin. 1966. "Seccession to the throne of Buganda". En Goody 1966: 82-126.

SPINDEN, Herbert J. 1928. *Ancient Civilizations of Mexico and Central America*. American Museum for Natural History. Nueva York.

1948. "New Light on Quetzalcoatl". *Actes du XXVIII Congrès International des Americanistes* (Paris 1947): 505-512.

SPORES Ronald. 1983a. "Postclassic Settlement Patterns in the Nochixtlán Valley." En Flannery y Marcus 1983a: 246-247.

1983b. "Postclassic Mixtec Kingdoms: Ethnohistoric and Archaeological Evidence." En Flannery y Marcus 1983a: 255-260.

SPRAJC, I. 1996. La estrella de Quetzalcóatl. El planeta Venus en Mesoamérica. Editorial Diana, México.

STOCKER, Terrance. 1974. "Mayapan Figurines from Tula". En Diehl 1974: 42-55.

STRESSER-PÉAN, G. 1971. "Ancient Sources on the Huasteca." En *Handbook of Middle American Indians*, vol. 11: 582-602.

TÀPIES, Antoni. 1999. *El arte y sus lugares*. Siruela, Madrid.

TCHAKHOTINE, Serge. 1963. *Le viol des foules par la propagande politique*. Gallimard, París.

TEZOMOC, Hernando Alvarado. 1975. *Crónica Mexicayotl*. Universidad Nacional Autónoma de México, México.

1997. *Crónica Mexicana*. Eds. Gonzalo Díaz Migoyo y Germán Vázquez. Crónicas de América, nº 76. Historia 16. Madrid.

THEVET, Andrés. 1979. "Historia de México", *Teogonía e historia de los mexicanos. Tres opúsculos del siglo XVI*. Ed. Ángel M^a. Garibay. Porrúa, México

THOMPSON, J. E. 1970. *Maya History and Religion*. Norman: University of Oklahoma Press.

TORQUEMADA, Juan de. 1969. *Monarquía indiana*. 3 vol. Porrúa, México

TOUCHARD, Jean. 1985. *Historia de las ideas políticas*. Tecnos. Madrid

TOZZER, Alfred M. 1957. Chichen Itza and Its Cenote of Sacrifice: A Comparative Study of Contemporaneous Maya and Toltec. Carnegie Institution of Washington, Vols. 11-12. Washington.

TREJO, Silvia. 2000. "La imagen del guerrero victorioso en Mesoamérica". *Estudios de Cultura Nahuatl*, 31: 231-268.

TUCÍDIDES. 1990. *Historia de la guerra del Peloponeso*. Biblioteca Clásica Gredos, Tomo I, Madrid.

UMBERGER, Emily. 1987. "Antiques, Revivals, and References to the Past in Aztec Art" En *RES, Anthropology and Aesthetics*, nº 13: 62-105.

- 1996a. "Art and Imperial Strategy in Tenochtitlan". En Berdan, Blanton, Boone, Hodge, Smith y Umberger 1996, 85-108.
- 1996b. "Aztec Presence and Material Remains in the Outer Provinces". En Berdan, Blanton, Boone, Hodge, Smith y Umberger 1996: 151-180.
- VÁZQUEZ, Germán. 1985. En *Historia de la nación chichimeca*. Edición de Germán Vázquez. Crónicas de América nº 11. Historia 16. Madrid: 7-46.
1991. En *Relación de Texcoco*. Edición de Germán Vázquez. Crónicas de América, nº 65. Historia 16, Madrid.
- VERDÚ, Vicente. 2000. "Contra el siglo XXI". En *El País*, 31 de diciembre de 2000: 1-3.
- VETANCURT, Agustín de. 1982. *Teatro mexicano*, Porrúa México.
- WAUCHOPE, Robert. 1948. *Excavations at Zacualpa, Guatemala*. Middle American Research Institute, Publication 14.
- WEBSTER, David. 1976a. "On theocracies". *American Anthropologist*, nº, 78: 812-828.
- 1976b. "Lowland Maya Fortifications." *Proceedings of the American Philosophical Society* 120: 5: 361-71
- WESTHEIM, Paul. 1987. Ideas fundamentales del arte prehispánico en México. Alianza Forma, Madrid.
1988. *Arte antiguo de México*. Alianza Forma, Madrid.
- WILLEY, Gordon R. 1986. "The Postclassic of the Maya Lowlands: A Preliminary Overview." En Sabloff y Andrews 1986: 17-51.
- ZANTWIJK, Rudolf van. 1962. "La paz azteca. La ordenación del mundo por los mexica". En *Estudios de Cultura Nahuatl*, 2: 101-135.
1985. *The Aztec Arrangement, the Social History of Pre-Spanish Mexico* (Introducción por Miguel León-Portilla). University of Oklahoma Press, Norman.
1990. "El concepto de imperio azteca en las fuentes históricas indígenas". *Estudios de cultura Nahuatl*, 20: 201-211.
1994. "Factional divisions within the Aztec (Colhua) royal family". En Brumfiel y Fox 1994: 103-110.

ZORITA, Alonso de. 1992. *Relación de los Señores de la Nueva España*. Edición de Germán Vázquez. Historia 16. Crónica de América nº 75, Madrid.

Glosario nahuatl

Acatl: Caña. También uno de los días del calendario azteca que representa el invierno y el este.

Altépetl: Pueblo, monte de agua o monte lleno de agua

Amoxcalli: Biblioteca.

Anecúyotl: Armas que portaban los hermanos de Huitzilopochtli cuando fueron vencidos por éste.

Aoxacali: Tienda que levantaba el ejército para montar el campamento

Atl: Agua. Significado cargado de simbolismo y también es el noveno día del mes del calendario azteca.

Atlatl: Lanzadardos, arpón. Arma característica de los pueblos civilizados de Mesoamérica.

Atóyatl: Corriente de agua, río grande

Azcapotzalco: Lugar de los hormigueros”. Fue la capital del Imperio Tepaneca que tuvo como tributarios a los mexica...

Calli: Casa. Tercer día del calendario azteca

Calmecac: Colegio de enseñanza superior. Sus alumnos solían ocupar cargos en la administración del imperio.

Calpixque: Funcionario que tenía funciones protocolarias y tributarias.

Calpulli: Barrio, grupo étnico.

Chalchihuites: Esmeralda, jade, piedra preciosa

Chalchiuhtlicue: La de la falda de jade, diosa del agua.

Chimalayotl: tortuga del mar

Cihuacoatl: Mujer serpiente. Era una diosa lunar y también el segundo cargo político más importante en la organización mexica.

Cipactli: Cocodrilo. Día del calendario azteca.

Coateocalli: Casa de diversos dioses

Coyolxauhqui: Señora de los cascabeles en la cara. Era la diosa de la luna y hermana de Huitzilpochtli

Cuauhcalli: Casa de las águilas

Cuauhtlatoani: Gobernador de pueblos

Cuauhtlatocayotl: Territorio que gobierna el Cuauhtlatoani

Cuauhtli: Águila. Símbolo del sol y de la guerra. Día quince del calendario azteca

Cuauhuehuatl: Águilas viejas. Guerreros muy experimentados.

Cuauhxicalco: Pilón de piedra donde quemaban ofrendas para los dioses.

Cuauhxicalli: Vaso del águila. Recipiente para depositar ofrendas.

Cuicacalli: Escuela donde se impartían clases relacionadas con la música.

Culhuacan: Lugar de los antepasados. Ciudad del Valle de México donde los mexica se asentaron antes de fundar Tenochtitlan.

Huehuatl: Tambor vertical que se tocaba con las manos.

Hueicalpixque: El calpixque de mayor rango.

Hueytlatoani: El gobernante que controlaba el imperio

Hueytlatocayotl: El territorio perteneciente al hueytlatoani.

Huitzilopochtli: Colibrí zurdo. Dios tutelar mexica. Justifica la guerra y los sacrificios humanos.

Itoloca: Tradición

Macehual: plebeyo, gente del pueblo.

Macuahuitl: Arma de madera a la que se le incrustaba navajones de obsidiana.

Maxtlatl: Lienzo con el que los hombres cubrían sus genitales.

Mecatlán: Escuela para aprender a tocar instrumentos musicales.

Mictlan: Inframundo, lugar de los muertos. Tenía 9 niveles.

Nahualli: Alter ego, generalmente animal del que se recibe sus cualidades. Brujo.

Omeyocan: lugar de la dualidad.

Otomitl: Cuerpo de élite del ejército azteca.

Pilli: Noble.

Pochteca: Comerciante de larga distancia. Tenían enorme prestigio y riqueza.

Quachic: Cabeza rapada. Guerreros muy valientes.

Teccalco: Salas para juzgar a los nobles

Teccalli: Casa real palacio, sala donde había juicios civiles

Techcatl: Piedras sobre las que se colocaba al sacrificado.

Tecpatl: Xílex, pedernal. Décimo octavo día del calendario azteca.

Tecpilcalli: Sala de justicia para los nobles

Tecutli: Señor, amo.

Telpochcalli: Escuela donde impartían todas las artes de la guerra.

Temalacatl: Piedra redonda para el sacrificio gladiatorio.

Teocalli: Templo

Tepetlacalli: Cajas de piedra rectangulares, con tapa en la que se guardaban los útiles del autosacrificio.

Teponaxtli: Tambor de madera horizontal que se toca con palillos de madera.

Tequioacacalli o cuauhcalli cuauhcalli: Casa de los guerreros águila. Institución que se encargaba de los asuntos relacionados con la guerra.

Texoxotlaticitl: Médico de guerra.

Tezcatlipoca: Espejo humeante. Complicado dios azteca, relacionado con la guerra.

Ticitl: Médico

Tlacatecatl: Máxima graduación militar

Tlacatecuhtli: Señor, noble

Tlacaxipehualiztli: Desollamiento de hombres. Era una festividad relacionada con la fecundidad de la tierra.

Tlacochcalcatl: Alto mando militar

Tlacochtecuhli: Consejero del tlatoani

Tlacuilo: Pintor, escriba.

Tlacxitlan: Sala para juzgar causas criminales.

Tlaloque: Ayudante del dios Tlaloc.

Tlameme: Cargador, porteador.

Tlapanhuehuetl: Tambor vertical.

Tlatelli: terraplén, montículo.

Tlatoani: Gobernante.

Tlatocan: Consejo de los asesores del tlatoani.

Tlatocayotl: Provincia, territorio.

Tlatoque: Plural de tlatoani.

Tlazolyáotl: Guerra fingida.

Tlazolyaoyotl: Guerra sucia.

Tochtli: Conejo. Dios azteca. Octavo día del calendario azteca.

Tonalamat: Era el libro donde los sacerdotes consultaban el destino.

Tonalpohualli: Calendario ritual.

Tzin: Sufijo reverencial.

Tzompantli: altar de cráneos

Xicalli: Jícara

Xihupohualli: Calendario solar.

Xipe: Desollado. Xipe Totec es dios al que se le dedicaba la ceremonia del desollamiento, relacionado con la regeneración y la primavera.

Xiquipilli: Bolsa, saco, ocho mil.

Xiuhámat: Libros de los años.

Xiuhtlacuilo: Quién escribe los Anales, cronista.

Xiuhtlapoalamatl: libro de la cuenta del año, historia, crónica.

Xiuhtonalamatl: libro de la cuenta del año.

Xochiyaoyotl: guerra florida

Xuchimiquiztli: Muerte afortunada.

Yaotanacalco: Tienda militar que servía de almacén de alimentos y armas.

Yaotlalli: Espacio sagrado durante el combate.

Yaoyotl: guerra

Zacatapayoli: Bola de heno donde se prendían las púas impregnadas de sangre tras la ceremonia de la sangratura.

ÍNDICE DE FIGURAS

1. Lápida del Templo de los Danzantes de Monte Albán, Oaxaca. Fotografía Juan Antonio Rodríguez.

2. Cautivo en Toniná, Chiapas. (Tomada de la página web: www.famsi.org/.../kerr/articles/chama/index.html. Ir al índice a los dibujos de linda Schele, explore la colección de dibujos de Schele n° 149

3. Guerreros águilas con corazones ensartados en cuchillos de sacrificio. Pintura mural, Palacio de Tetitla, Teotihuacan. Fotografía Isabel Bueno.

4. Escena de batalla. Pintura mural en Cacaxtla, Tlaxcala.

5. Escudo Jaguar victorioso frente a su enemigo Ah-Nic. Estela 15 de Yaxchilan, Chiapas. Fotografía Isabel Bueno.

6. Columnas de atlantes, pirámide “B” Tula, Hidalgo. Fotografía Juan Antonio Rodríguez.

7. *Chac Mool*, Museo de Tula, Hidalgo. Fotografía Juan Antonio Rodríguez.

8. *Figura reclinada*. 1979. Henry Moore. (Tomada de la página web: www.xtec.es/~jarrimad/contemp/moore.html.

9. *Chac Mool*, características tarascas. Museo Nacional de Antropología, México, D. F. (Tomada del libro El imperio Azteca con motivo de la exposición El imperio Azteca. 2004 Instituto Nacional de Antropología e Historia/CONACULTURA 2005 The Solomon R. Guggenheim Foundation New York y FMGB Guggenheim Bilbao Museoa, Bilbao. Pág. 328)

10. *Yácatas*, Tzintzuntzan. (Tomada de George Kubler 1986, fig. 157: 205).

11. Maqueta del Templo Mayor de Tenochtitlan. (Tomada de la página web: www.history.ucsb.edu/syllabi/cline/slides/aztec/mayor1.jpg).

12. Tlaloc como dios de la lluvia (Códice vaticano). (Tomada de Alfredo López Austin 1994, fig. IV.1.b: 177).

13. Maqueta fases Templo Mayor, Tenochtitlan. Fotografía Juan Antonio Rodríguez.

14. Ofrenda Templo Mayor, Tenochtitlan. Fotografía Isabel Bueno.

15. Guerrero Águila. Templo Mayor de Tenochtitlan. Fotografía Juan Antonio Rodríguez.

16. Friso de guerreros, Templo Mayor de Tenochtitlan. Fotografía Juan Antonio Rodríguez.

17. *Chac Mool* Templo Mayor de Tenochtitlan. Fotografía Juan Antonio Rodríguez.

18. Pinturas rupestres de Oxtotitlan. Estado de Guerrero. Olmeca. (Tomada de la página web: www.famsi.org/spanich/research/grove/section06.html)

19. Trono 4 de la Venta, Tabasco. (Tomada de la página web: www.famsi.org/research/pohl/sites/laventa.html)

20. Dibujo de pinturas rupestres de Oxtotitlan. Estado de Guerrero. Olmeca.

(Tomada de la página web: www.famsi.org/spanich/research/grove/section03.html)

21. Templo circular labrado en la roca, Malinalco, México. Fotografía Juan Antonio Rodríguez.

22. Representación de *Coyolxauhqui*. Fase IVb, Templo Mayor de Tenochtitlan. Fotografía Juan Antonio Rodríguez.

23. Sacrificio gladiatorio. Códice Tovar. (Tomada del libro *Aztecs* con motivo de la exposición *Aztecs* en Londres. 2002 Royal Academy of Arts, London. Pág. 377)

24. Piedra de Moctezuma I. Museo Nacional de Antropología, México, D. F. Fotografía Juan Antonio Rodríguez.

25. Detalle Piedra de Moctezuma I. Museo Nacional de Antropología, México, D. F. Fotografía Isabel Bueno.

26. Piedra del Gigante o Peña de Ocazacatl, Orizaba. (Tomado de Rubén Morante 2001, fig. 2: 17).

27. Piedra de Amecameca. (Tomado de Rubén Morante 2001, fig. 3: 20).

28. Piedra de Tizoc. Museo Nacional de Antropología, México, D. F. Fotografía Isabel Bueno.

29. Detalle piedra de Tizoc. Museo Nacional de Antropología, México, D. F. Fotografía Isabel Bueno.

30. Lápida de la dedicación. Azteca (Tomado del libro *El imperio Azteca* con motivo de la exposición *El imperio Azteca*. 2004 Instituto Nacional de Antropología e Historia/CONACULTURA 2005 The Solomon R. Guggenheim Foundation New York y FMGB Guggenheim Bilbao Museoa, Bilbao. Pág. 157)

31. Piedra de sacrificio mexicana, Postclásico Tardío. Museo Nacional de Antropología, México, D. F. Fotografía Isabel Bueno.

32. *Cuauhxicalli* mexicana, Postclásico Tardío. Museo Nacional de Antropología, México, D. F. Fotografía Juan Antonio Rodríguez.

33. Caja azteca. Postclásico Tardío. Templo Mayor, México, D. F. Fotografía Isabel Bueno.

34. Piedra del Calendario, Museo Nacional de Antropología, México, D. F. Fotografía Isabel Bueno.

35. *Teocalli* de la Guerra Sagrada. (Tomada del libro *Aztecs* con motivo de la exposición *Aztecs* en Londres. 2002 Royal Academy of Arts, London. Pág. 61)

36. *Códice Cospi*. Mixteco. (Tomada del libro *Aztecs* con motivo de la exposición *Aztecs* en Londres. 2002 Royal Academy of Arts, London. Pág. 361)

37. *Códice Mendoza*. (Tomado del libro *El imperio Azteca* con motivo de la exposición *El imperio Azteca*. 2004 Instituto Nacional de Antropología e Historia/CONACULTURA 2005 The Solomon R. Guggenheim Foundation New York y FMGB Guggenheim Bilbao Museoa, Bilbao. Pág. 269).

38. *Códice Borbónico*, página 4 Diosa del agua. (Tomado del libro *Aztecs* con motivo de la exposición *Aztecs* en Londres. 2002 Royal Academy of Arts, London. Pág. 71).

39. *Tira de la peregrinación o Códice Boturini*. (Tomado del libro El imperio Azteca con motivo de la exposición El imperio Azteca. 2004 Instituto Nacional de Antropología e Historia/CONACULTURA 2005 The Solomon R. Guggenheim Foundation New York y FMGB Guggenheim Bilbao Museoa, Bilbao. Pág. 86).

40. *Lienzo de Quetzapalan. Puebla*. (Tomado del libro El imperio Azteca con motivo de la exposición El imperio Azteca. 2004 Instituto Nacional de Antropología e Historia/CONACULTURA 2005 The Solomon R. Guggenheim Foundation New York y FMGB Guggenheim Bilbao Museoa, Bilbao. Pág. 351).

41. *Matrícula de Tributos*. (Tomado del libro El imperio Azteca con motivo de la exposición El imperio Azteca. 2004 Instituto Nacional de Antropología e Historia/CONACULTURA 2005 The Solomon R. Guggenheim Foundation New York y FMGB Guggenheim Bilbao Museoa, Bilbao. Pág. 254).

42. *Códice Mendoza*. (Tomado del libro Aztecs con motivo de la exposición Aztecs en Londres. 2002 Royal Academy of Arts, London: 46).



ISABEL BUENO BRAVO es doctora en Historia de América y licenciada en Historia del Arte por la Universidad Complutense de Madrid. Especialista en la guerra mesoamericana y las estructuras de poder del imperio azteca, ha publicado artículos en las más prestigiosas revistas sobre la materia de su especialidad, colaboradora habitual de Historia National Geographic y conferenciante internacional.

A lo largo de estos años, su trabajo ha destacado por tener un carácter interdisciplinar que ha proporcionado nuevos enfoques al estudio de la guerra mesoamericana —con una muy buena acogida en los medios científicos— y la estrecha vinculación que establece entre el arte y la sociedad.

También ha dedicado parte de su tiempo a la publicación de novelas, teniendo ahora en prensa dos nuevos títulos.

Notas

[¹] Sobre estas cuestiones vid. Anderson 1979; Aristóteles 1998; Clausewitz 1980; Finley 1986; Marx 1979; Touchard 1985; Tucídides 1990. <<

[2] Mexica es una voz precolombina que señala al grupo étnico que se asentó en Tenochtitlan-Tlatelolco y que fuera del valle de México eran conocidos como colhua o colhua-mexica. El término azteca designa a los grupos de habla nahuatl que vivieron en el Valle de México durante los siglos XIV al XVI, aunque su uso se ha generalizado para nombrar a los mexica. <<

[3] Esta ruptura puede recordarnos al pacto que narra Diego Durán (1967: 79,80) entre los mexica y que también originó un cambio político Ce Acatl = *calpulli* y Huemac= *tlatoani* Itzcoatl. <<

[4] Nos referimos a la confusión de Cortés con Quetzalcoatl y su vuelta anunciada, 2008 <<

[5] Cobeau y Diehl 1989: 251; Davies 1977: 106; Feldman 1974: 131-34; Healan 1989b: 3; Healan, Katz 1972: 125. <<

[6] Healan, Cobean y Diehl 1989: 251; Justeson, Norman, Campbell y Kaufman 1985: 68. <<

[7] Matos Moctezuma 1986. <<

[8] Dupuy 1984: 2-3; Ferril 1985: 43. <<

[9] Diehl 1983: 72; Stocker 1974: 49,52. <<

[¹⁰] López Luján 1989: 83. <<

[¹¹] Armillas 1969: 697-701. <<

[¹²] Graulich 2002; López Austin y López Luján 1999, Prem 1999, Ringle, Gallareta y Bey 1998. <<

[13] Kukulcán es Quetzalcoatl en lengua maya. <<

[¹⁴] Caso 1966: 128-29; Nuttall 1975: 20,81. <<

[15] Bruce Pohl y John Byland 1990: 123-27; Hassig 1992: 122. <<

[16] Byland y John Pohl 1994: 117. <<

[17] Morley, Brainerd y Sharer 1983: 157,159. <<

[18] Hassig 1992: 128. <<

[19] Creveld 1989: 45. <<

[20] Hassig 1992: 133. <<

[21] Hers 1989; López Austin y López Luján 1999. <<

[22] En el mismo sentido se pronuncia Matos Moctezuma (1975: 111-112) al afirmar que el *tzompantli* de Tula es más moderno que el de Chichén <<

[23] Flannery y Marcus 1983a: 217. <<

[²⁴] Spores 1983a: 247-48. <<

[25] Flannery 1983: 290; Flannery y Marcus 1983b: 278. <<

[26] Stresser-Péan 1971: 594-95. <<

[27] Spores 1983b: 259. <<

[28] Hassig 1988: 231-232. <<

[29] Tezozomoc 1997: 187. <<

[30] Hassig 1988: 134, 233. <<

[31] Davies 1968: 61. <<

[32] Claude Davies (1968: 171,172) afirma que el culto al dios Xipe Topec procede de los yopis y, apoyándose en Chimalpahin y Sahagún, mantiene que tal vez compartían algún parentesco con los mexica y que esta vinculación quedaba reflejada, además, en los templos que había en el recinto del Templo Mayor de Tenochtitlan que aludía a los yopis. <<

[33] Sahagún 1990: 767. <<

[34] Vázquez nota 145 en Ixtlilxochitl 1985: 277. <<

[35] Sahagún 1990: 770. <<

[36] Relación de Michoacán 1989: 192. <<

[37] Pollard 1994: 82. <<

[38] Relación de Michoacán 1989: 192. <<

[39] Cabrero 1989: 15; Relación de Michoacán 1989: 253; Zorita 1992: 56. <<

[40] Relación de Michoacán 1989: 228, 246. <<

[41] López Austin 1981: 44. <<

[42] Pollard 1994: 85. <<

[43] Relación de Michoacán 1989: 246. <<

[44] López Austin 1981: 53 <<

[45] Hellen Perlstein Pollard 1994: 80,88. <<

[46] Aunque el sitio natural para tratar Chichén Itzá y Cobá era éste, no se han incluido aquí, sino en la influencia tolteca, en aras, a nuestro juicio, de una mayor claridad expositiva. <<

[47] Hassig 1992: 155 <<

[48] Miguel Rivera (1985: 233-34) deja la puerta abierta a la posibilidad de que los mexica tuvieran responsabilidad en la desaparición de Mayapán. <<

[49] Hassig 1992: 157; Willey 1986: 37. <<

[50] Rivera 1985: 223. <<

[51] Andrews 1990: 262-64. <<

[52] Robles y Andrews 1986: 91-93. <<

[53] Morley, Brainerd y Sharer 1983: 169. <<

[54] Landa 1959: 51; López de Gómara 1987: 176,177; Roys 1965: 671;
Webster 1976b: 365. <<

[55] Fowler 1989: 41-42. <<

[56] Fox 1987: 36-37. <<

[57] Wauchope 1948: 19. <<

[58] Acuña 1982-87: 88,106,129,142. <<

[59] Fox 1978: 282. <<

[60] Carmack 1981: 148-49. <<

[61] Rivera 1985: 250-251. <<

[62] Carmack 1981: 65-66. <<

[63] Fox 1989: 672-73. <<

[64] Fox 1987: 31,191. <<

[65] Carmack 1981: 142-43. <<

[66] Anales de Cuauhtitlan 1975: 37. <<

[67] Garduño 1997: 54; Noguez 1989: 362, 371-372. <<

[68] Hodge 1996: 34. <<

[69] Tezozomoc 1975: 121, 140. <<

[70] Anales Tepanecas 1948: 319. <<

[71] Garduño 1997: 57. <<

[72] Para profundizar en estas cuestiones Bueno 2005a. <<

[73] Chimalpahin 1965: 186; Ixtlilxochitl 1985: 95; Origen de los mexicanos 1991: 147; Relación de la genealogía 1991: 120. <<

[⁷⁴] Chimalpahin 1965: 190-191; Sahagún 1990, II: 560; Tezozomoc 1975: 106. <<

[75] Fernández de Echevarría y Veytia 1944: 397. <<

[76] Ixtlilxochitl 1985: 96. <<

[77] Davies 1977: 81; Pomar 1991: 75. <<

[78] Carrasco 1996: 60; Chimalpahin 1965: 190; López Austin 1981: 73; Origen de los mexicanos 1991: 147; Relación de la genealogía 1991: 120. <<

[79] Davies 1977: 58; Hassig 1988: 140; Rounds 1982: 69. <<

[80] Ixtlilxochitl 1985: 102. <<

[81] Chimalpahin 1965: 71. <<

[82] Llama la atención el comportamiento tenochca, si como dice Durán, no sólo el rey accedió a emparentar con ellos, sino que, además, les dio la princesa heredera ¿por qué se permiten ofender al señor de Colhuacan, si estaban prosperando?. No es descabellado pensar que hubiera otras intenciones que respondieran a intereses ocultos para crear inestabilidad política y que otro grupo más poderoso sacara provecho y, a su vez, ellos fueran recompensados por los servicios prestados, pero no tenemos, datos con los que fundar nuestras sospechas y, por lo tanto, sólo son especulaciones. <<

[83] Castillo 1972: 36. <<

[84] Acosta 1979: 331. <<

[85] Durán 1967, II: 51; Tezozomoc 1975: 80; Torquemada 1969, I: 99) <<

[86] Tanto el *Códice Ramírez* 1980: 34 como Diego Durán 1967, II: 53. <<

[87] Origen de los mexicanos 1991: 145. <<

[88] Historia de los mexicanos por sus pinturas 1941: 237; Tezozomoc 1975: 98; Torquemada 1969, I: 99. <<

[89] Davies 1977: 44. <<

[90] Torquemada 1969, I: 127. <<

[91] Tezozomoc 1997: 79. <<

[92] Garduño 1997: 64. <<

[93] Anales de Cuauhtitlan 1975: 42; Tezozomoc 1975: 100. Aunque la *Genealogía de los reyes de Azcapotzalco*(1948: 23) y la *Historia de Tlatelolco desde los tiempos más remotos* (1948: 53), así como los propios *Anales de Cuauhtitlan* (1975: 36) dicen que era hijo de Cuacuahpitzáhuac.

<<

[94] Ixtlilxochitl 1985: 82. <<

[95] Fernández de Echevarría y Veytia 1944: 397. <<

[96] Espejo y Monzón 1945: 48-53. <<

[97] Garduño 1997: 67; Vetancurt 1982: 23. <<

[98] Vetancurt 1982: 22. <<

[99] Tezozomoc 1975: 75. <<

[100] Davies 1973: 84 <<

[101] Sahagún 1990, II: 610. <<

[102] García Quintana y Romero Galván 1978: 65-66. <<

[103] Relación de la genealogía 1991: 115. <<

[104] Hassig 1988: 125 y Rounds 1979. <<

[105] Davies 1977: 44; Hassig 1988: 125. <<

[106] Zantwijk (1994: 106) afirma que muchas fuentes muestran que algunas mujeres accedian al gobierno. <<

[107] López Austin 1973: 173,178. <<

[108] Juan de Torquemada 1969, I: 101. <<

[109] Ixtlilxochitl 1985: 97. <<

[110] Durán 1967: 65. <<

[111] Tezozomoc 1975: 93. <<

[112] Brumfiel 1994: 90. <<

[113] Davies 1977: 50. <<

[114] Chimalpahin 1965: 83-85. <<

[115] Tezozomoc (1997: 81) sitúa este episodio para Huitzilihuitl. <<

[116] Tezozomoc 1997: 83. <<

[117] Davies 1977: 52. <<

[118] Ixtlilxochitl 1985: 93. <<

[119] Las fuentes así lo mencionan pero suena realmente extraño que un rey renuncie voluntariamente a ejercer su poder. <<

[120] Torquemada 1969: 108 <<

[121] Ixtlilxochitl 1985: 83 <<

[122] Chimalpahin 1965: 89; Ixtlilxochitl 1985: 89 <<

[123] Anales de Cuauhtitlan 1975: 42. <<

[124] Anales de Cuauhtitlan 1975: 46. <<

[125] Ixtlilxochitl 1985: 91; Pomar 1991: 72 <<

[126] Ixtlilxochitl 1985: 105. <<

[127] Anales de Cuauhtitlan 1975: 46 <<

[128] ¿Cómo es que dieron asilo a los que estaban en el bando contrario?. Son muchas las incógnitas que, de momento quedan sin respuesta, aunque cada vez se va perfilando más una historia unitaria para el desarrollo político del Valle de México. <<

[129] Davies 1968: 105 <<

[130] López Austin y López Luján 1999: 99,100 <<

[131] Pedro Carrasco (1996: 31) traduce la expresión como “se gobierna en tres partes”, o “el lugar de gobierno en tres partes” y es la utilizada por Chimalpahin al referirse a la unión que mantenía Colhuacan, primero con Tollan y Otompan y después con Coatlichan y Azcapotzalco. Por lo tanto, “La unión de tres cabeceras que domina hegemónicamente no era extraña en Mesoamérica” (López Austin 1981: 39). <<

[132] Ixtlilxochitl 1985: 132 <<

[133] Origen de los mexicanos 1991: 149-150 <<

[134] López Austin 1981: 76 <<

[135] Ixtlilxochitl 1985: 122 <<

[136] Barlow 1987: 138-139 <<

[137] Davies 1973: 157-158; Garduño 1997: 85 <<

[138] López Austin, 1981: 74; Orozco y Berra 1978: 218 <<

[139] Anales de Cuauhtitlan 1975: 43-44 <<

[140] Anales de Cuauhtitlan 1975: 66; Lista de los Reyes de Tlatelolco 1948: 4
<<

[141] Carrasco 1996: 52 <<

[142] Zorita 1992: 86 <<

[143] Ixtlilxochitl 1985: 124 <<

[144] Carrasco 1996: 322 <<

[¹⁴⁵] Cortés 1963,75; Zorita 1992: 118 <<

[¹⁴⁶] Hodge 1996: 23, 40, 40; Zorita 1992: 146 <<

[¹⁴⁷] Ixtlilxochitl 1985: 197; Zorita 1992: 142 <<

[148] Berdan 1996: 110; Carrasco 1996: 307; Hodge 1996: 35; Smith 1996: 210; Umberger 1996b: 159. <<

[149] Ixtlilxochitl 1985: 146-147. <<

[150] Ixtlilxochitl 1985: 147 <<

[151] Hassig 1990: 137 <<

[152] Sahagún 1990: 629; Tezozomoc 1997: 146; Zorita 1992: 95 <<

[153] Berdan 1996: 132; Carrasco 1978: 63; Polanyi 1971: 262; Zorita 1992:
117 <<

[154] Berdan 1996: 116; Smith 1996: 137,141 <<

[155] Carrasco 1996: 307; Zorita 1992: 75,76 <<

[156] Carrasco 1996: 311 <<

[157] Carmack 1981: 142-143 <<

[158] Hassig 1988: 112-113 <<

[159] Origen de los mexicanos 1991: 146 <<

[160] Garduño 1997: 68. <<

[161] Carrasco 1996: 213; Hodge 1996: 35 <<

[162] Brumfiel 1994: 94; Chimalpahin 1965: 106, 197; Davies 1980: 8 <<

[163] Hassig 1988: 26; Lameiras 1985: 68-90 <<

[164] Guliaev 1984: 46; López Austin 1981: 87 <<

[165] Cohen 1969 en Rounds 1979: 76; Conrad y Demarest 1988: 82; Davies 1977: 97,100; Gorenstein 1966: 60, 63 <<

[166] Hassig 1988: 12 <<

[167] Bosch 1966: 14; Gorenstein 1966: 60-63; Pomar 1991: 79 <<

[168] Ixtlilxochitl 1985: 179, 188; Tezozomoc 1997: 187, 315-321; Zorita 1992: 76 <<

[¹⁶⁹] Davies 1987: 133-158; Hassig 1990: 103-110; Zorita 1992: 75 <<

[170] Tezozomoc 1997: 151 <<

[171] Durán 1967: 437, 441 y 443 <<

[172] Tezozomoc 1997: 184 <<

[173] Hassig 1990: 107 <<

[174] Calnek 1982: 56; Smith y Berdan 1996: 1 <<

[175] Hassig 1990: 111 <<

[176] Davies 1977: 72; Tezozomoc 1997: 92,108 <<

[177] Acosta 1979: 343 <<

[178] Broda 1979: 79-80; Davies 1977: 73; Hassig 1988: 146 <<

[179] Utilizo el término *calpulli* como la organización tradicional de poder, entre los mexica, que se encargaba de los asuntos internos, fundamentalmente hasta que el cuarto *tlatoani*, Itzcoatl, consigue centralizar el poder, tras un largo y delicado proceso que se inició durante la migración. <<

[180] Cohen 1977: 29; Webster 1976a: 820 <<

[181] Eisenstadt 1966: 44 <<

[182] La *Relación de Michoacán* (1989: 216) afirma que los traidores eran condenados a muerte y que sus bienes se confiscaban para incrementar el patrimonio del *cazonzi*. <<

[183] Hicks 1994: 112 <<

[184] Durán 1967: 203 <<

[185] Chimalpahín 1965: 196; Davies 1977: 59; Zantwijk 1985: 3-22 <<

[186] Hassig 1994: 14-36 <<

[187] Zorita 1992: 57 <<

[188] Pomar 1991: 27,50 <<

[189] Relación de la genealogía 1991: 112,113 <<

[190] Zorita 1992: 56,57 <<

[191] Rounds 1982: 71 <<

[192] Motolinía 1970: 152-153 <<

[193] Diego Durán 1967; Tezozomoc 1997; Zorita 1992: 53 <<

[194] Chimalpahin 1965: 91,118: 189 <<

[195] Torquemada 1969: 104,148 <<

[196] Rounds 1982: 71 <<

[197] Acosta 1979: 342; Hassig 1988: 146,147 <<

[198] Brumfiel 1994: 92 <<

[199] Chimalpahin 1965: 205 <<

[200] Sahagún 1990: 596-596. <<

[201] Sahagún 1990: 591,585,586. <<

[202] Zantwijk 1990: 204. <<

[203] Sahagún 1990: 587, 593. <<

[204] Es un hecho que se repite en muchas culturas. El mismo Tito Livio lo justifica cuando Augusto reescribió la historia de Roma (Blanco Freijeiro 1988: 6). <<

[205] León Portilla 1983: 90-91. <<

[206] Ixtlilxochitl 1985: 127,215,218. <<

[207] Tezozomoc 1997: 353. <<

[208] Abrahams 1966: 131; Burling 1974: 23; Goody 1966: 10-12,29;
Southwold 1966: 84. <<

[209] Johansson 1998: 67. <<

[210] Torquemada 1969: 104. <<

[211] Ixtlilxochitl, 1985: 172; Zorita 1992: 67. <<

[212] Rounds 1982: 79; Hodge 1996: 31-32. <<

[213] Zantwijk 1994: 106. <<

[214] Johansson 1998: 60. <<

[215] Durán 1967: 316; Torquemada 1969: 352; Zantwijk 1962: 133-134. <<

[216] Goody 1966: 10-11. <<

[217] Durán 1967: 249-250; Tezozomoc 1997: 264,265. <<

[218] Davies 1977: 179; López Austin 1981: 81. <<

[219] Chimalpahin 1965: 228; Durán 1967: 419; Rounds 1982: 86; Zantwijk 1994: 109. <<

[220] Rounds 1982: 82-83. <<

[221] Johansson 1998: 44. <<

[222] Sprajc 1996: 147. <<

[223] Durán 1967: 131. <<

[224] Ixtlilxochitl 1985: 149; Sahagún 1990: 587. <<

[225] Davies 1977: 84. <<

[226] Lameiras 1994: 44. <<

[227] Davies 1977: 81; Ixtlilxochitl 1985: 161. <<

[228] Chimalpahin 1965: 99. <<

[229] Durán 1967: 145; Chimalpahin 1965: 191. <<

[230] Durán 1967: 148. <<

[231] Hodge 1996: 37. <<

[232] Chimalpahin 1965: 205,218,223. <<

[233] Tezozomoc 1997: 145,184. <<

[234] Rounds 1979: 80. <<

[235] Hassig 1988: 36-42, 168-169. <<

[236] Durán 1967: 237. <<

[237] Durán 1967: 211-214. <<

[238] Ixtlilxochitl 1985: 196; Pomar 1991: 28,58; Tezozomoc 1997: 437;
Zorita 1992: 91,92. <<

[239] Cervantes de Salazar 1971 I: 326; Díaz del Castillo 1984: 330,331. <<

[240] Garduño 1997: 86. <<

[241] Chavero 1887: 546; Litvak 1971a: 17. <<

[242] Torquemada 1969: 157; *La Historia de los mexicanos por sus pinturas* 1941: 230; *Los Anales de Cuauhtitlan* 1975: 66; *Leyenda de los Soles* 1975: 128; Chimalpahin 1965: 91,95-96,193 y el *Códice Mendoza* 1979, 5v. y 6r: 62-63. <<

[243] Sahagún 1990: 560; Barlow 1987: 138-139. <<

[244] Barlow 1987: 89; García Quintana y Romero Galván 1978: 64. <<

[245] 245 Lombardo 1973: 65. <<

[246] Matos Moctezuma 1984: 131; Torquemada 1969: 164. <<

[247] Zorita 1992: 54. <<

[248] Carrasco 1996: 559. <<

[249] Garduño 1997: 92. <<

[250] Tezozomoc 1997: 145-146; Torquemada 1969: 164. <<

[251] Garduño 1997: 114. <<

[252] García Quintana y Romero Galván 1978: 65-66. <<

[253] Anales tepanecas 1948: 363; Chimalpahin 1965: 206; Tezozomoc 1975: 115. <<

[254] Chimalpahin 1965: 206; Tezozomoc 1997: 195. <<

[255] Relación de la genealogía 1991: 121-122. <<

[256] Ixtlilxochitl 1985: 172. <<

[257] Ixtlilxochitl 1985: 176. <<

[258] Chimalpahin 1965: 206; Ixtlilxochitl 1985: 176. <<

[259] Hassig 1988: 20. <<

[260] Chimalpahin, 1965: 208; Tezozomoc 1975: 117-119; Torquemada 1969: 177. <<

[261] Garduño 1997: 143. <<

[262] Realmente lo sorprendente sería la veracidad de este dato, dada la cercanía entre ambas ciudades y la fiesta que habían preparado, en la que ‘degustaron’ a los embajadores tlatelolca entregados por los chalca. <<

[263] Tezozomoc 1997: 211; Torquemada 1969: 179. <<

[264] Códice Cozcatzin 1994: 14v, 15r. <<

[265] Ixtlilxochitl 1985: 177. <<

[266] Durán 1967: 264. <<

[267] Tezozomoc 1997: 211. <<

[268] Sahagún 1990: 628; Tezozomoc 1997: 212; Zantwijk 1962: 120. <<

[269] Anales tepanecas, 363; en Garduño 1997: 165. <<

[270] Ixtlilxochitl 1985: 177; Solís y Morales 1990: 29; Tezozomoc 1975: 120-121; Torquemada 1969: 180. <<

[271] Lameiras 1985: 147; Tezozomoc 1997: 213. <<

[272] Sahagún 1990: 626, 628. <<

[273] Diego Durán 1967: 268. <<

[274] Durán 1967: 275; Chimalpahin 1965: 90, 175; Tezozomoc 1997: 217. <<

[275] Ross Hassig 1988: 199. <<

[276] Chimalpahin 1965: 110; Ixtlilxochitl 1985: 187. <<

[277] Ixtlilxochitl 1985: 216; Muñoz Camargo 1979: 73-75. <<

[278] Brumfiel 1994: 3, 89; Pohl y Pohl 1994: 138. <<

[279] Zantwijk 1994: 103. <<

[280] Southwold 1966: 91. <<

[281] Zantwijk 1994: 103. <<

[282] Brumfiel 1994: 91. <<

[283] Ixtlilxochitl 1985: 59-61. <<

[284] Esta ‘preferencia’ debe leerse en el mismo sentido que la ‘elección’
mexica de su primer *tlatoani*. <<

[285] Zantwijk 1994: 105. <<

[286] Zantwijk 1994: 106. <<

[287] Bueno 2004: 659. <<

[288] Zantwijk 1994: 107. <<

[289] Tezozomoc 1975: 133. <<

[290] Una vez más las mujeres juegan un papel político importante, Malinalxóchitl y Coyolxauhqui, Ilancuéitl, las tías de Nezahualcoyotl que intercedieron por él ante Itzcoatl, consiguiendo poner fin a su exilio. Aunque siempre con un matiz poco positivo. <<

[291] Zantwijk 1994: 108. <<

[292] Ixtlilxochitl 1985: 210-211. <<

[293] Hicks 1994: 111. <<

[294] Llama la atención que se dirigieran a Tenochtitlan, cuando era una subordinada tepaneca. Sin embargo, Frederic Hicks (1994: 112) basándose en la *Relación de Genealogía*, observa que los gobernantes de Tollan no fueron los únicos que quisieron. <<

[295] Rosas Herrera 1946: 159. <<

[296] Durán 1967: 186. <<

[297] Anales de Cuauhtitlan 1975: 48. <<

[298] Hicks 1994: 113. <<

[299] Historia Tolteca-Chichimeca 1976: 220-4; Martínez 1984: 46-7,51;
Reyes García 1977: 56. <<

[300] Durán: 156-162; Historia Tolteca-Chichimeca 1976: 220-25; Tezozomoc 1997: 141-146. <<

[301] Rojas 1994: 428-429. <<

[302] Pohl y Pohl 1994: 144-145. <<

[303] Hopkins 1988: 108. <<

[304] Pohl y Pohl 1994: 143, 151. <<

[305] Bueno 2006: 19. <<

[306] Díaz del Castillo 1984: 481, 52. <<

[307] Díaz del Castillo 1984: 285, 272, 273. <<

[308] Cortés 1963: 67. <<

[309] Cortés 1963: 99,127; Díaz del Castillo 1984: 471; Tezozomoc 1975: 150 y 151. <<

[³¹⁰] Cortés 1963: 93; Díaz del Castillo 1984: 459; López de Gómara 1987: 234 <<

[311] Cortés 1963: 127. <<

[312] Cortés 1963: 160. <<

[313] Cortés 1963: 128. <<

[314] Díaz del Castillo 1984: 114. <<

[315] Díaz del Castillo 1984: 214; López de Gómara 1987: 132, 201. <<

[316] Díaz del Castillo 1984: 208, 210. <<

[317] Díaz del Castillo 1984: 40. <<

[318] Davies 1977: 137. <<

[319] Chimalpahin 1965: 111-113; Davies 1977: 168. <<

[320] Tezozomoc 1997: 310, 315-321. <<

[321] Davies 1977: 170. <<

[322] Zorita 1992: 75 y 76. <<

[323] Durán 1967: 182, 183, 482; Sahagún 1990: 592; Tezozomoc 1975: 333 y 338. <<

[324] Calnek 1982: 59; Códice Mendoza 1979: 17 y 18. <<

[325] Carrasco 1996: 169; Ixtlilxochitl 1985: 188. <<

[326] Rojas 1991: 164. <<

[327] Berdan y Smith 1996: 212, 215. <<

[328] Lameiras 1985: 68-90. <<

[329] Carrasco 1996: 531-552. <<

[330] En la tranquila lectura de las fuentes encontramos a un gobernante culto, valiente y poderoso, que poco tiene que ver con la imagen que ha llegado hasta nosotros del noveno *tlatoani* de Tenochtitlan, apocado, cobarde y traidor. (Bueno 2008). <<

[331] Ixtlilxochitl 1985: 210-211. <<

[332] Ixtlilxochitl 1985: 211; Tezozomoc 1997: 358. <<

[333] López Austin 1981: 89; Erdheim 1978: 218. <<

[334] López Austin 1973: 28. <<

[335] Hassig 1988: 263. <<

[336] Ixtlilxochitl 1985: 219. <<

[337] Ixtlilxochitl 1985: 219-222. <<

[338] Ixtlilxochitl 1985: 221, 232. <<

[339] Ixtlilxochitl 1985: 215. <<

[340] Hassig 1988: 233. <<

[341] Díaz del Castillo 1984: 186 187. <<

[³⁴²] López de Gómara 1987: 148. <<

[343] Cortés 1963: 5. <<

[344] Díaz del Castillo 1984: 194, 204. <<

[345] López de Gómara 1987: 154. <<

[346] Díaz del Castillo 1984: 272, 273, 297. <<

[347] Díaz del Castillo 1984: 312. <<

[348] Cortés 1963: 60. <<

[349] Este suceso es interesantísimo para apreciar que Moctezuma II no era el hombre pusilánime que la Historiografía presenta. Cortés sabía desde su estancia en Cholula que los españoles habían sido atacados y muertos, pero no hace uso de esta información hasta que deciden apresar a Moctezuma, justo después de que los españoles descubrieran el gran tesoro de Axayacatl (Bueno 2008). <<

[350] Cortés 1963: 62. <<

[351] Las cuestiones del presunto vasallaje de la Triple Alianza a Carlos V y la naturaleza divina de los españoles son analizadas en Bueno (2008). <<

[352] Díaz del Castillo 1984: 393. <<

[353] Cortés 1963: 84, 85. <<

[354] Díaz del Castillo 1984: 404. <<

[355] Díaz del Castillo 1984: 446. <<

[356] Díaz del Castillo 1984: 448. <<

[357] Bueno 2008. <<

[358] Cortés 1963: 97. <<

[359] Cortés 1963: 99; Ixtlilxochitl 1985: 263; Sahagún 1990: 979. <<

[360] López de Gómara 1987: 244. <<

[361] Díaz del Castillo 1984: 480. <<

[362] Díaz del Castillo 1984: 490, 492. <<

[363] Cortés 1963: 111. <<

[364] Cortés 1963: 108. <<

[365] Cortés 1963: 112, 113. <<

[366] Cortés 1963: 118, 119. <<

[367] Díaz del Castillo 1984: 500-503. <<

[368] Cortés 1963: 113; Díaz del Castillo 1984: 489. <<

[369] Díaz del Castillo 1984: 515. <<

[370] Cortés 1963: 123, 124. <<

[371] Cortés 1963: 125. <<

[372] Díaz del Castillo 1984: 524. <<

[373] Cortés 1963: 129. <<

[374] Cortés 1963: 132, 133. <<

[375] Cortés 1963: 139; Díaz del Castillo 1984: 18. <<

[376] Cortés 1963: 145. <<

[377] Díaz del Castillo 1984: 40. <<

[378] Cortés 1963: 149, 150. <<

[379] Díaz del Castillo 1984: 52. <<

[380] Díaz del Castillo 1984: 54. <<

[381] Sahagún, 1990: 427-428. <<

[382] Lameiras 1994: 83. <<

[383] Lameiras 1985: 104-116; Zorita 1992: 95. <<

[384] Durán 1967: 183; Sahagún 1990: 591. <<

[385] Orellana 1959: 860. <<

[386] Hassig 1988: 71. <<

[387] Katz 1966: 160. <<

[388] Torquemada 1969: 384. <<

[389] Durán 1967: 288. <<

[390] Hassig 1994: 14-36. <<

[391] Lameiras 1985: 171-191 y 1994: 17. <<

[392] Zorita 1992: 76 y 95. <<

[393] Armillas 1987: 19. <<

[394] Davies 1977: 97-100; Gorenstein 1966: 60-63. <<

[395] Hassig 1990: 109. <<

[396] Hassig 1990: 100. <<

[397] Carrasco 1996: 531; Umberger 1996b: 152. <<

[398] Paso y Troncoso 1905-06: 149. <<

[399] Smith 1996. 149. <<

[400] Tezozomoc 1997: 187. <<

[401] Carrasco 1996: 543. <<

[402] Barlow 1949: 127, 128; Davies 1987: 173-175. <<

[403] Smith 1996: 142. <<

[404] Carrasco 1996: 531; López Austin 198: 53; Smith 1996: 142. <<

[405] Díaz del Castillo 1984: 344; Holt 1979: 366, 367; Litvak: 1971b: 38. <<

[406] Sahagún 1990: 112. <<

[407] Bandelier, 1877: 118 en Lameiras 1994: 70. <<

[408] Díaz del Castillo 1984: 32, 287, 274; Torquemada 1969: 539. <<

[409] Díaz del Castillo 1984: 55, 65. <<

[410] Lameiras 1994: 73, Bandelier 1877: 138. <<

[411] León Portilla 1956: 43. <<

[412] Sahagún 1990: 983. <<

[413] Sahagún 1990: 603 y 604. <<

[414] Broda 1979; Davies 1968: 141; Hassig 1988, 1992, 1994; Hicks 1979.

<<

[415] Durán 1967: 235 y 236; Muñoz Camargo 1979: 111; Tezozomoc 1997: 186. <<

[416] Davies 1977: 269. <<

[417] Chimalpahin 1965: 152, 153, 177. <<

[418] Davies 1968: 26. <<

[419] Chimalpahin 1965: 89, 157, 182, 189. <<

[420] Hicks 1979: 89. <<

[421] Cortés 1963: 162, 179; Díaz del Castillo 1984: 117, 118. <<

[422] Davies 1968: 109, 112, 119, 141. <<

[423] Muñoz Camargo 1979: 111. <<

[424] Lameiras 1985: 89. <<

[425] Fox 1994: 205. <<

[426] Hassig 1988: 253-256. <<

[427] Blanton 1996: 224. <<

[428] Durán 1967: 417. <<

[429] Hassig 1988: 176. <<

[430] Torquemada 1969: 187. <<

[431] Anales de Cuauhtitlan 1975: 58. <<

[432] Chimalpahin 1965: 223. <<

[433] Torquemada 1969: 288-289. <<

[434] Durán 1967: 435. <<

[435] Muñoz Camargo 1979: 114; Pomar 1991: 73. <<

[436] Ixtlilxochitl 1985: 215. <<

[437] Ixtlilxochitl 1985: 268; Muñoz Camargo 1979: 232. <<

[438] Hassig 1988: 225. <<

[439] Davies 1968: 146, 149, 221. <<

[440] Muñoz Camargo 1979: 116. <<

[441] Díaz del Castillo 1984: 55, 65. <<

[442] Hassig 1988: 94, 133. <<

[443] Durán 1967: 66; Torquemada 1969: 103, 104. <<

[444] Anales de Cuauhtitlan 1975: 37; Ixtlilxochitl 1985: 82, 83. <<

[445] Ixtlilxochitl 1985: 90. <<

[446] Acosta 1979: 346; Durán 1967: 119-21. <<

[447] Anales de Cuauhtitlan 1975: 50, 66; Torquemada 1969: 148-150. <<

[448] Díaz del Castillo 1984: 532. <<

[449] Díaz del Castillo 1984: 521-522. <<

[450] Díaz del Castillo 1984: 33. <<

[451] Cortés 1963: 125-126; Díaz del Castillo 1984: 522. <<

[452] Cortés 1963: 127, 132, 150; Díaz del Castillo 1984: 525. <<

[453] López de Gómara 1987: 287. <<

[454] Cortés 1963: 159, 160-162, 177. <<

[455] Díaz del Castillo 1984: 65-68. <<

[456] Díaz del Castillo 1984: 64, 71. <<

[457] Díaz del Castillo 1984: 73. <<

[458] Cortés 1963: 166-173. <<

[459] Cortés 1963: 177, 180; Díaz del Castillo 1984: 77. <<

[460] Díaz del Castillo 1984: 91-92. <<

[461] En la versión de Bernardino de Sahagún (1990: 1001) la imagen de Cuauhtemoc queda limpia al ser el *tlatoani* quien se entrega voluntariamente a Cortés. <<

[462] Lameiras 1994: 77; Vázquez nota 48 en Pomar 1991: 55. <<

[463] Hassig 1992: 141-148; Zorita 1992: 99. <<

[464] Sahagún 1990: 239; 243. <<

[465] Motolinia 1970: 133; Sahagún 1990: 188, 203. <<

[466] Lameiras (1994: 79. <<

[467] Sahagún 1990: 239, 244. <<

[468] Sahagún 1990: 591. <<

[469] Sahagún 1990: 246-246. <<

[470] Motolinía 1970: 136. <<

[471] Motolinía 1970: 136; Sahagún 1990: 238. <<

[472] Sahagún 1990: 603. <<

[473] Durán 1967: 49. <<

[474] Sahagún 1990: 241, 586. <<

[475] Motolinía 1970: 137. <<

[476] Durán 1967: 189; Sahagún 1990: 240. <<

[477] Durán 1967: 50. <<

[478] Hassig 1988: 30-37; Muñoz Camargo 1979: 14. <<

[479] Berdan 1982: 63-66; Lameiras 1985: 156-162. <<

[480] Lameiras 1994: 83. <<

[481] Berdan y Smith 1996: 212. <<

[482] Brumfiel 1994: 93. <<

[483] Hassig 1994: 14-36. <<

[484] Broda 1979: 47. <<

[485] Carrasco 1961, Broda 1979: 47. <<

[486] Conrad y Demarest 1988: 17. <<

[487] Durán 1967: 414-416. <<

[488] Broda 1978: 231. <<

[489] Sahagún 1990: 99. <<

[490] Bueno 2009. <<

[491] Umberger 1996b: 151. <<

[492] Brumfiel 1994: 94; Hassig 1992: 147. <<

[493] Conrad y Demarest 1988: 67. <<

[494] Hassig 1988: 200. <<

[495] Broda 1978: 253-54. <<

[496] Ciudad e Iglesias 1989: 18; Westheim 1987: 183. <<

[497] Foncerrada 1993; Hirth 1989, Nagao 1989. <<

[498] Millon 1976: 223. <<

[499] Trejo 2000: 232. <<

[500] López Austin y López Luján 1999: 81. <<

[501] Broda 1987: 81; Pasztory 1983: 144 <<

[502] Brinton 1882; Charnay 1885; Tozzer 1957. <<

[503] Linné 1934; Morley 1947; Proskouriakoff 1950. <<

[504] Kubler 1975; Piña Chan 1980; Spinden 1928 y 1948. <<

[505] Graulich 2002: 108; Marcus 1983: 108; Miller 1985. <<

[506] Pollard 1994: 86. <<

[507] Umberger 1996a: 8. <<

[508] Broda 1987: 94; Carrasco 1987: 130. <<

[509] Carrasco 1987: 141. <<

[510] Umberger 1996a: 92. <<

[511] Umberger 1996b: 162. <<

[512] Umberger 1996a: 89. <<

[513] Broda 1987: 80. <<

[514] Sahagún 1990: 68, 97. <<

[515] Broda 1987: 94; Carrasco 1987: 130. <<

[516] Broda 1987: 100-101; Eliade 1965. <<

[517] Umberger 1996a: 92. <<

[518] Beyer 1979: 149-166. <<

[519] Umberger 1996a: 94. <<

[520] Matos Moctezuma 1995b: 153. <<

[521] Carrasco 1987: 128. <<

[522] Hassig 1988: 105. <<

[523] Los dioses toman atributos unos de otros y, a veces, el mismo dios recibe varios nombres. Quizás porque los mesoamericanos tenían la costumbre de incorporar a su panteón los dioses de los grupos a los que derrotaban (Heyden 1974: 3). Esta práctica compartida por mexica, tlatelolca y tlaxcalteca, puede tener su fundamento mítico en el hecho de que Huitzilopochtli toma los atributos de sus hermanos al derrotarlos en Coatepec (Umberger 1996a: 94).

<<

[524] Trejo 2000: 238 <<

[525] Bueno 2009. <<

[526] Chimalpahin 1965: 90, 175. <<

[527] Matos 1983: 20; Umberger 1996a: 97. <<

[528] Bueno 2004. <<

[529] Entre los soldados mesoamericanos se utilizaba como un insulto las referencias femeninas, pues así lo recogen innumerables veces las crónicas, sin embargo, albergamos dudas sobre que el cinturón sea un taparrabos. <<

[530] Umberger 1996a: 95. <<

[531] Frankfort 1993: 363, nota 3. <<

[532] Umberger 1987: 70. <<

[533] Durán 1967: 177. <<

[534] Morante 2001: 19, 25. <<

[535] Navarrete y Heyden 1974: 355. <<

[536] Beyer 1965: 149-158; Caso 1953: 27. <<

[537] Alcina (1999: 169), Beyer (1965: 137-48), Navarrete y Heyden (1974: 373) 269. <<

[538] León-Portilla 1983: 66. <<

[539] Batalla 1995: 74; Boone 1996: 205. <<

[540] Glass 1964: 163-165; Glass y Robertson 1975: 92-93. <<

[541] Berdan 1996: 120. <<

[542] Robertson 1959. <<

[543] Batalla 2003a; Betancourt 1997: 63. <<

[544] Smith 1973: 169. <<

[545] Durán 1967: 244; Tezozomoc 1997: 190. <<

[546] Albig 1956, Bartlett 1956, Brown 1971, Domenach 1963, Ellul 1967, Tchak-hotine 1963. <<